
3 1761 09546666 0

LA TEMPESTAD

LA TEMPESTAD

MELODRAMA

EN TRES ACTOS, EN PROSA Y VERSO

ORIGINAL DE

MIGUEL RAMOS CARRION

MÚSICA DEL

MAESTRO CHAPÍ

Estrenado en el TEATRO DE LA ZARZUELA el 11 de Marzo de 1882

DECIMATERCERA EDICION

MADRID
R. VELASCO, IMP., MARQUÉS DE SANTA ANA, 11 DUP.°
Teléfono número 551
1912

Al Excmo. Señor

Don Práxedes M. Sagasta

dedica esta obra en prenda de gratitud y amistoso afecto

El Autor.

Al consignar aquí mi profundo agradecimiento á la prensa madrileña por los elogios que ha hecho de este melodrama, no debo olvidar que algún periódico ha creído ver en el pensamiento de LA TEMPESTAD *semejanza notable con el de un drama de Erckmann-Chatrian titulado* El judío polaco.

Suplico á todo aquél que haya dado crédito á tal afirmación, que busque la obra del popular novelista francés. Pasará leyéndola un agradable rato, y podrá convencerse de que la acción, los caracteres, las situaciones y el diálogo *de* LA TEMPESTAD *son en absoluto invención mía.*

Creo esta razón suficiente para estampar en la primera página el calificativo de original.

REPARTO

PERSONAJES		ACTORES
ÁNGELA	SRA.	CORTÉS DE PEDRAL.
ROBERTO		FRANCO DE SALAS.
MARGARITA		RIVAS.
UNA ALDEANA	SRTA.	GONZÁLEZ (D.ª Elisa).
SIMÓN	SR.	FERRER.
BELTRÁN		BERGES.
MATEO		OREJÓN.
EL JUEZ		SUBIRÁ.
EL PROCURADOR		BELLOC.
UN PESCADOR		JIMENEZ.
MARINERO 1.º		BARRAGÁN.
IDEM 2.º		VIDAL.

Mujeres del pueblo, marineros y pescadores

La acción en un puertecito de Bretaña, en los primeros años del siglo XIX

Por derecha é izquierda, se entenderá la del actor

ADVERTENCIA IMPORTANTISIMA

Ténganse muy presentes, para la representación de esta obra en los teatros de provincias, las notas á los directores insertas al final.

ACTO PRIMERO

Sala baja en la hostería de Simón, con bancos y mesas de madera tosca. A la derecha, escalera practicable que conduce á una galería de cristales que da paso á las habitaciones del piso alto. Puertas á derecha é izquierda y puerta y ventana grandes al foro, por las cuales se ve la playa y rocas que cierran el fondo en declive de izquierda á derecha. En la sala, á la derecha, en una hornacina, una imagen de la Virgen, alumbrada por una lamparilla. A la izquierda el mostrador y detrás aparador alto con botellas, jarros y vasos.

ESCENA PRIMERA

Música

Al levantarse él telón óyense el aguacero, los truenos y el viento huracanado. La luz de los relámpagos ilumina de vez en cuando la playa, reflejándose en los cristales de la galería. Las mujeres, con algunos niños, rezan arrodilladas ante la Virgen, y sobre las rocas de la playa algunos marineros tiran de un largo cable

MUJERES — Estrella de los mares,
que brillas en la altura,
potente y limpio faro
de luz celeste y pura,
del triste navegante
el rumbo incierto guía
y amparo presta al náufrago,
¡Virgen María!

—

MARINEROS dentro, imitando, el grito especial con que acompañan sus maniobras de fuerza, y especialmente la de sirgar

¡Ohí-eohí!
Amarra ese cable,
y aboga hacia aquí.
¡Ohí-eohí!

(Truenos y relámpagos.)

—

MUJERES
Del mísero que llora,
consuelo y esperanza,
que brillas entre nubes
cual iris de bonanza,
aplaca de los mares
la cólera bravía
y enjuga nuestras lágrimas.
¡Virgen María!

MARIN,
¡Ohí-eohí!
Si bogas con fuerza
te salvas aquí.
¡Ohí-eohí!

(La tempestad se aleja poco á poco. Las mujeres se levantan y van hacia la puerta y la ventana, desde donde miran con ansiedad la maniobra de los Marineros, cuyo canto se repite varias veces.)

MUJERES
¡A la anhelada orilla
todos llegando van!
¡Gracias, oh, Virgen Santa,
ya en tierra están!

(Prepáranse alegres para recibir á los Marineros.)

ESCENA II

DICHAS, MATEO, que entra brincando, y luego CORO DE MARINEROS

MATEO
La carga y el pasaje
salváronse por fin
y libre ya en la orilla
se mece el bergantín.
Ahí llegan los valientes,
que á fuerza de luchar
no sé cómo han logrado
que no los trague el mar.

(Entran los Marineros con los trajes mojados, escurriendo el agua de algunas prendas. Abrazan á las mujeres y á los niños.)

MARIN. Tras la penosa
ruda faena,
justo es que un trago
nos fortalezca.
Tráenos, Mateo,
ron ó Ginebra,
que á nuestra sangre
calor devuelva.

MUJERES Tráeles, Mateo,
ron ó Ginebra,
que al frío cuerpo
calor devuelva.

(Mateo les sirve de beber.)

MARIN. Bebamos, sí, bebamos.

MATEO Bebed, bebed;
que bien, valientes,
lo merecéis.
¡Bebamos todos!

MARIN. ¡Bebamos pues!

MUJERES ¡Bebed, bebed!

(Beben todos después de chocar los vasos.)

—

MATEO (A las mujeres que le rodean.)
Para ser marinerito
no he nacido yo;
hombre soy de tierra firme,
pero de agua no.
Me embarqué por broma un día
en que fuí á pescar,
y pesqué sólo un mareo
más que regular.

—

De pensarlo sólo
no sé qué me da.

CORO ¡Ja, ja, ja! (Riendo y haciéndole burla.)

MATEO Tengo todo el cuerpo
alterado ya. (Como sintiéndose mareado)

CORO ¡Ja, ja, ja!
sólo al recordarlo

alterado está;
por temor al agua
no se lavará.
¡Ja, ja, ja!

—

MATEO Del horror que tengo al agua
puedo asegurar
que si no hay otro diluvio
yo no me he de ahogar.
Y de fijo, aun cuando lo haya,
yo me salvaré
si para los animales
hay otro Noé.

—

¡Con el balanceo
qué sudor me da!
CORO ¡Ja, ja, ja!
MATEO De pensarlo sólo
estoy malo ya.
CORO ¡Ja, ja, ya!
Puede asegurarse
que no se ahogará.
¡Ja, ja, ja!
Sólo de pensarlo
mareado está.
¡Ja, ja, ja!

ESCENA III

DICHOS, ROBERTO, en traje de pescador: MARGARITA que sale por la puerta derecha

MARIN. (Que abren paso al verle.)
Aquí está el mancebo
valiente y audaz
que sabe á los mares
la presa arrancar
Hoy todos anhelan
tu mano estrechar
y de camarada
el nombre te dan.

ROB. Mil gracias, amigos.
(Estrecha la mano de todos.)
MATEO (Ofreciéndole su vaso)
Un trago por mí.
(Roberto lo apura de un sorbo.)
MUJERES ¡Es ya todo un hombre!
ROB. ¡Pues claro que sí!

—

TODOS ¡Honor al mancebo
valiente y audaz,
que sabe á los mares
la presa arrancar!

—

ROB. Hijo soy del mar salobre
y una barca fué mi cuna.
¿Qué me importa á mí ser pobre
sí él me brinda una fortuna?
Las riquezas de su fondo
yo, atrevido, he de buscar,
que en su seno, turbio y hondo,
mil tesoros guarda el mar.

—

¡Que airado el viento ruja
y silbe en derredor;
que, roto el mástil, cruja
al golpe destructor;
que estalle la tormenta,
que brame el huracán,
ni el rayo me amedrenta
ni temo á la mar!
CORO ¡Que estalle la tormenta
que brame el huracán.
ni el rayo le amedrenta,
ni teme á la mar!

—

ROB. De la mar al golpe blando,
que la borda con su espuma,
mi barquilla va bogando

más ligera que una pluma.
Mientras yo dejando el remo
perezoso descansar,
voy tranquilo y nunca temo
las traiciones de la mar.
Que, airado, el viento ruja, etc.

CORO — Que estalle la tormenta, etc.

Hablado

MARIN. 1.º — ¡Bravo, muchacho!

MARIN. 2.º — ¡Es un hombre!

PESC. — Hoy bien ha probado serlo.

MARIN. 1.º — ¡A tu salud!

ROB. — Vaya en gracia.

MATEO — (Ofreciéndole un vaso.)
¡Bebe otro trago!

ROB. — Lo acepto.
Ya que me mojé por fuera,
justo es mojarme por dentro.

MARIN. 1.º — Y que el chapuzón fué grande.

MARIN. 2.º — ¿Que si lo fué? ¡Ya lo creo!

MARIN. 1.º — Bien se ha trabajado, bien.

PESC. — Y gracias á los esfuerzos
de todos, el bergantín
fondeado está en el puerto,
los tripulantes en salvo,
en tierra los pasajeros,
la carga sin averías
y el capitán satisfecho.

MATEO — No sé cómo hay quién se embarque
para correr tales riesgos.
¡Dios nos libre de la mar!

PESC. — ¡Habráse visto el zopenco!

MATEO — ¡Pues me gusta!

ROB. — Se conoce
que tú eres de tierra adentro.

MATEO — Lo más adentro posible.
No ví más agua en mi pueblo
que la de un arroyo chico
que en el verano está seco,
y que lleva, cuando más,
tres cuartillos en invierno.

PESC. — (A Roberto.)
Y el bergantín, que pensábamos

que había entrado en el puerto
por arribada forzosa ..

ROB. Claro está.

PESC. Pues nada de eso.
venía para dejar
en tierra á ese pasajero
que has salvado tú y que dicen
que del bergantín es dueño.

ROB. (A Margarita.)
¿Y cómo sigue?

MARG. Está bien;
ha dormido. Hace un momento
ya quería levantarse,
pero Angela se ha opuesto.

ROB. ¿Está á su lado?

MARG. Sí.

ROB. Entonces...

MARG. ¿Qué?

ROB. Volveré á verla luego.

MARG. ¿Quieres que la llame?

ROB. No.

MARG. Cuando sepa lo que has hecho,
qué orgullosa va á ponerse.

ROB. ¡Bah! ¿Qué vale todo ello?
Me voy á ver á mi madre,
que estará inquieta, temiendo
que me haya ocurrido algo,
y antes que anochezca vuelvo.
¡Felices tardes!

PESC. Espera.
Vamos con él, compañeros;
sepa la infeliz baldada
que dejó aquí un heredero
digno en todo de su nombre,
su padre, que está en el cielo.

TODOS Vamos, sí.

MARIN. 1.º Bien lo merece.

ROB. ¡Oh, gracias! (Conmovido.)

MARIN. 1.º ¡Viva Roberto!

(Dan todos un viva, y hombres y mujeres siguen á Roberto, que se va por el foro izquierda.)

Música

Honor al mancebo
valiente y audaz
que sabe á los mares
la presa arrancar.

ESCENA IV

MARGARITA y MATEO

Hablado

MATEO Ese muchacho no es un muchacho, es un salmonete.

MARG. Ea, voy á ver cómo sigue el náufrago.

MATEO A estas horas estaría con la barriga bien hinchada si no hubiera sido por el arrojo de Roberto.

MARG. Eso dicen todos.

MATEO ¡Si le hubiérais visto! No hay oro con qué pagar un valor semejante. Un golpe de mar había arrebatado al pasajero de la cubierta del bergantín, y aunque se conoce que es buen nadador, sea por la fuerza del oleaje, que era terrible, sea porque el deseo de conservar la caja que llevaba bajo el brazo sólo le permitía nadar con uno, es lo cierto que vimos al hombre desaparecer desfallecido entre las olas. Gritamos todos, pero ninguno se atrevía á salvarle. Tirarse al agua era perecer con él. De pronto, ese muchacho se ata por aquí (Señalando debajo de los brazos.) un calabrote, lánzase al mar con una bravura de que no hay ejemplo, y después de hundirse muchas veces le vimos llegar á tierra nadando jadeante y remolcando con su propio cuerpo el del otro, que apenas pisó la arena cayó sin sentido y medio muerto. Prorrumpimos todos en vítores y palmadas, y yo os aseguro que no había ojos que no llorasen y que... al recordarlo ahora, se me llenan de agua los míos. (Enjugándoselos.)

MARG. ¡Valiente es el mozuelo! Bien merece que Angela le quiera.

MATEO ¡Ya lo creo! Pero veréis en lo que para tal amor. El día que el señor Simón lo descubra, se armará aquí la de Dios es Cristo. El soñará, en su avaricia, casar á la muchacha con algún ricachón que le traiga montes de oro

MARG. ¡Pues hará mal!

MATEO ¡Claro que sí! Más encantadora pareja no puede juntarse.

ESCENA V

DICHOS, el JUEZ y el PROCURADOR por el foro

JUEZ Buenas tardes.

MARG. Felices, señor Juez; bien venido, señor Procurador.

MATEO (Pajarracos de mal agüero.)

MARG. ¿Cómo es esto? Yo os hacía ya camino de Ploermel.

JUEZ La carretera se ha puesto intransitable con la lluvia, y preferimos esperar á mañana para emprender el viaje.

MARG. Bien pensado: pero os aconsejo que lo hagáis por la mañanita, pues á la tarde es casi seguro que volverá la tormenta.

PROC. ¿Sí, eh?

MARG. Ocurre en estos países montañosos. Generalmente siete días seguidos y á la misma hora, poco más ó menos, se reproduce la tempestad.

JUEZ Pues es divertido. (A Margarita.) Venga un jarro de cerveza. ¿No os parece bien, señor Procurador?

PROC. Aceptado.

MARG. Mateo, sirve á estos señores. (Se sienta en primer término y Mateo les sirve.) ¿Y cuándo tendremos el honor de volver á veros por aquí?

JUEZ Pronto acaso. El pueblecillo es muy pintoresco, y tal vez con mi familia venga á pasar las vacaciones veraniegas.

MARG. Mucho lo celebraremos.

JUEZ Si antes mi deber no me obligase de nuevo á visitaros.

MARG. ¡Dios no lo quiera! Aterrado está el pueblo de haber visto la ejecución. Es la vez primera que se ha levantado aquí el cadalso —¡Pobre hombre!

JUEZ Bien hacéis en compadecer al delincuente; pero la justicia ha cumplido con su deber.

MARG. ¡Ya lo creo! ¡Con qué menos que con la vida podía pagar ese hombre, que mató á su esposa en un arrebato de cólera, sin más motivo que una cuestión de esas que hay todos los días en los matrimonios!

MATEO Por eso yo no me caso.

MARG. A mi amo le han hecho tal impresión el crimen y la ejecución de la sentencia, que piensa, según dice, condenar la puerta de la estancia que ha servido de prisión al reo, y derribar los tabiques para que no quede ni memoria del sitio.

PROC. Verdaderamente debían habilitar en el pueblo una casa cualquiera para que sirviese de cárcel. Es raro que con tantos vecinos no la tenga.

MARG. Ni falta que nos hace, señor. Felizmente en toda mi vida no recuerdo que se haya cometido más crimen que el expiado ayer por ese infeliz.

JUEZ De otro bien horrible me han hablado, que por cierto quedó impune.

MARG. ¡Ah, sí! Pero de eso hace ya muchos años, y como no se dió con el asesino, la cárcel no fué necesaria.

JUEZ Ayer me lo refirió el señor cura.

PROC. ¿Y qué fué ello?

JUEZ Un asesinato cruel, con circunstancias bien extrañas por cierto —Figuráos que hará unos veinte años llegó á este pueblo un comerciante que regresaba de la feria de Ploermel y alojóse en esta misma hostería. Según los que le vieron, traía mucho dinero ganado en la feria, donde vendió todas sus mercancías, y pensaba embarcarse para la Gascuña, su país. La mujer se le había muerto en el viaje, y llevaba consigo una niña muy pequeña.

PROC. ¡Pobre criatura!

JUEZ Pasó aquí el día, hasta que al anochecer se desató una tempestad más grande que la de hoy, pues que duró hasta la madrugada.

MARG. Es muy cierto; lo recuerdo perfectamente.

JUEZ El barco en que había de ir el comerciante debía darse á la vela aquella noche, y él, deseoso sin duda de aguardar á bordo el momento de marchar en cuanto el tiempo serenase, salió de aquí con la niña, apenas anochecido, resguardándose de la lluvia y llevando un maletín con el dinero. A la mañana siguiente, los primeros que bajaron á la playa lo encontraron muerto sobre la arena, con cinco puñaladas en el pecho y despojado de cuanto llevaba. La criatura dormía junto al cadáver de su padre.

PROC. ¡Qué horror! ¿Y no se supo quién había sido el infame?

MARG. Sí, señor.

JUEZ Un mozo de este pueblo, huérfano de padre y madre, vago de oficio, pendenciero y mala cabeza, que debía embarcarse aquella noche para las Indias, á donde iba en busca de fortuna.

MARG. Exactamente.

JUEZ Por la tarde estuvo bebiendo aquí, y según dicen, vió al comerciante que contaba su dinero. Le cegó la codicia sin duda; esperó á que saliera, y aprovechándose de la obscuridad de la noche, le asesinó, robándole luego, y se embarcó en el buque, que zarpó al romper el alba, cuando ya estaba en calma la mar y aún se ignoraba el crimen.

PROC. Todas las circunstancias le favorecieron; pero, ¿cómo se averiguó que fuera él?

JUEZ Un cuchillo que dejó clavado en la herida y que era suyo, sus malos antecedentes y mil otras pruebas que fueron hallándose en el curso del proceso, convencieron al tribunal, que le condenó á muerte en rebeldía.

MARG. Sí, señor; y en vano se enviaron requisito-

rias en su busca. El capitán del buque que lo llevó dijo que había desembarcado no sé dónde .. y hasta hoy. No han vuelto á tenerse más noticias.

JUEZ Acaso haya pagado por allá su crimen.

PROC. ¿Y la hija del asesinado?

JUEZ ¡Ah! ¿No sabéis quién es?

PROC. Yo, no.

MARG. Angela, la ahijada de mi amo.

PROC. ¿Esa linda joven que nos ha servido á la mesa estos días?

JUEZ Esa.

MARG. El señor Simón, compadecido de ella, la prohijó y se la trajo con él.

PROC. Acción meritoria, digna de un hombre tan honrado.

MARG. Y no parece sino que la bendición de Dios vino sobre la casa desde que la niña entró en ella. Hasta entonces el señor Simón había vivido humildemente con lo poco que le daba la hostería; pero desde que tuvo á su lado ese ángel del cielo, los negocios le fueron mejor, y ganando, ganando, ha llegado á ser el más rico del pueblo.

JUEZ ¿Sí, eh?

MATEO ¡Ya lo creo! Sacando las entrañas á todos los infelices que necesitan dinero y se lo piden prestado.

MARG. ¡No digas eso! El hace muchos beneficios...

MATEO Sí; por eso le aborrecen todos.

JUEZ Es muy frecuente pagar los favores con la ingratitud.

MATEO Si tiene una avaricia que lo consume.

MARG. Debieras ser más tolerante con los defectos del amo que te da el pan.

MATEO Si me lo regalara, justo que sí; pero como trabajo más que puedo para ganar una miserable soldada...

MARG. Basta de murmuración.

JUEZ Pues él avaro será, y de ello tiene ciertamente fama por el pueblo, según he oído, pero no lo demuestra el hecho de haber levantado á expensas suyas esa ermita que esta mañana visitamos, dedicada al Arcángel San Miguel.

MARG. En ruinas estaba y él la reedificó, gastándose en ello muy buenos doblones.

MATEO Yo creo que no lo hizo por devoción al santo, sino al demonio que tiene á los pies.

MARG. Quita de ahí, mala lengua.

MATEO ¡Claro, como que digo las verdades!

JUEZ (Levantándose.) ¿Y por dónde anda el señor Simón?

MATEO Estará encerrado en su cuarto, como siempre que hay tormenta.

JUEZ ¿Es posible?

PROC. ¿Cómo es eso?

MATEO Le produce tal espanto, que apenas oye los primeros truenos se esconde atemorizado, pálido y lleno de terror.

JUEZ ¡Es extraño en un natural de este país, donde las tempestades son tan frecuentes!

MATEO Pues no sale de su habitación aunque lo maten hasta que el cielo se serena. Y todo eso es pequeñez de alma. A mí, como la tengo tan grande, no hay nada en la tierra que me asuste.

MARG. ¡Qué valiente! ¡Y no se atreve á embarcarse de miedo á la mar!

MATEO Por eso digo que no me asusta nada *en la tierra*. Con el agua no quiero bromitas.

JUEZ Vamos arriba, señor Procurador, y guardaremos todos aquellos papelotes.

PROC. Como gustéis.

JUEZ Cuando sea hora, que nos suban la cena. Hoy nos acostaremos temprano, y mañana, siguiendo vuestro consejo, emprenderemos de madrugada nuestro viaje.—¡Ah! No os olvidéis de enviarme la cuenta de nuestros gastos.

MATEO El amo ha dado orden de que no se os cobre nada.

JUEZ ¡Extraordinaria generosidad! Y luego dirán que el señor Simón no es desprendido.

MATEO ¡Ah! Sí. Siempre hace lo mismo con la gente de justicia. En la casa no se cobra nunca ni aun lo que beben los gendarmes cuando pasan por el pueblo.

JUEZ Exagerada consideración á los representantes de la ley.

MATEO ¡Sí! (O miedo.)

JUEZ (Al Procurador.) ¡Vaya, si se empeña en no cobrarnos el hospedaje, haremos cualquier obsequio á su ahijada!

PROC. Como dispongáis.

JUEZ Quedad con Dios. (El Juez y el Procurador suben la escalera y entran por la puerta derecha.)

MARG. Con él vayáis, señores.—Tú anda á poner en orden la bodega en tanto que yo veo cómo sigue el náufrago. Y guárdate otra vez de hablar delante de gente como lo has hecho de nuestro amo.

MATEO Está bien; cerraré el pico; pero lo que es para mí, ese viejo es un bribón de siete suelas Así, clarito. (Vanse Mateo por la izquierda y Margarita por la derecha.)

ESCENA VI

SIMÓN, que abre la puerta izquierda de la galería, sale á ésta, observa el cielo á través de los cristales y baja luego lentamente á la escena

Música

La lluvia ha cesado,
aléjase el trueno;
el cielo nublado
se torna sereno.
Pasó la tormenta,
la mar está en calma:
¿por qué tan violenta
se agita mi alma?
¿Por qué, por qué—¡ay, de mí!—
eternamente ruje
la tempestad aquí?
(Poniéndose la mano sobre el corazón.)

La luz de los relámpagos,
que rápida fulgura
con resplandor fatídico
me llena de pavura,
y escucho de la víctima
los ayes exhalar
del aire entre las ráfagas
que gimen al pasar.

Hirviente se alza indómito
el mar embravecido,
suspenso deja el ánimo
su aterrador mugido,
¡Y el trueno derrumbándose,
me dice desde allí
que Dios su justa cólera
desata contra mí!

—

(Tembloroso y aterrado se deja caer sobre uno de los bancos.)

Ya el trueno apagado
más lejos resuena;
el viento ha callado,
la mar se serena.
Volvió la alegría;
renace la calma,
lo mismo que el día
serénase el alma.
¿Por qué, por qué temblar?
El cielo está sin nubes,
azul está la mar.
¿Por qué temblar?

(Vase. Apenas ha salido por el foro aparece en la puerta Roberto, que se detiene allí, viéndole marchar. Cesa la música.)

ESCENA VII

ROBERTO; luego ANGELA

Hablado

ROB. Marchose el viejo. ¡Bien haya
esa ocurrencia bendita!
Se dirige hacia la ermita..
Irá á rezar. ¡Con Dios vaya!

ANG. ¡Roberto!

ROB. ¡Gracias á Dios
que al fin me veo á tu lado!
Mira, el viejo se ha marchado,
solos estamos los dos.
La ocasión tan esperada
llegó de poderte hablar...

ANG. No te debiera escuchar;
me tienes muy enojada.

ROB. ¿Enojada tú? ¿Por qué?
Y yo que tan satisfecho...

ANG. Porque sé lo que hoy has hecho.

ROB. ¿Qué sabes?

ANG. Todo lo sé.
Roberto, fué una imprudencia.
Si acaso mueres allí,
¿qué hubiera sido de mí?

ROB. ¡Pues me gusta la ocurrencia!
Dirías seguramente
en medio de tu dolor:
¡bien merecía mi amor!
¡se portó como un valiente!

ANG. Tu noble audacia y tu brío
yo ver tranquila no puedo.

ROB. ¿Cómo he de tenerle miedo
al mar, que es amigo mío?
Junto á su orilla nací,
en sus rocas me crié,
con sus arenas jugué,
sobre sus olas crecí.
Cuando mi niñez corría,
aun con la mar dura y brava,
yo á mi padre acompañaba
alegre en la pesquería,
y mi mano pequeñuela
supo en más de una ocasión
mover el tosco timón
y amainar la hinchada vela.
A bordo aprendí á rezar,
y más alto á Dios comprendo
su inmensa grandeza viendo
en la grandeza del mar.
Allí, escuchando el rumor
de su oleaje espumoso,
sentí el dulce y misterioso
primer impulso de amor.
Sobre el hirviente oceano,
en dura tabla tendido
y por sus olas mecido
en las noches de verano,
contemplando las estrellas
el sueño al fin me rendía
y á veces... me parecía
que te divisaba entre ellas.

ANG. ¡Roberto!
ROB. Bien mío, dí,
¿por qué de mí estás quejosa?
ANG. ¡Tonto! Si estoy orgullosa
de que me quieras así.
¡Oyéndoles relatar
tu arrojo y tu valentía,
entre el miedo y la alegría
cuánto me has hecho llorar!
ROB. ¿Y el náufrago?
ANG. Lo he dejado
hace un momento dormido.
Y ya le dije que ha sido
mi novio quien le ha salvado.
ROB. No has hecho bien.
ANG. ¿Por qué no?
Cualquiera se lo diría...
ROB. ¿Qué necesidad tenía
de saber que he sido yo?
ANG. El ninguna, mas yo sí.
Eres un valiente y quiero
que lo sepa el mundo entero...
¡Y que lo sepa por mí!

Música

ROB. ¡Angela mía,
mi dulce encanto!
ANG. ¿Por qué, Roberto,
te quiero tanto?
ROB. Tú eres mi vida.
ANG. Tú mi tesoro.
ROB. ¡Cuánto te quiero!
ANG. ¡Cuánto te adoro!
ROB. ¡Tú no me quieres
como yo á tí!
ANG. ¡Ay! ¡Demasiado
sabes que sí! (Roberto va á abrazarla.)

—

ANG. Por Dios, no venga el viejo.
ROB. No viene, no.
(En un arranque de energía.)
Y si viene le digo que te adoro
y se acabó.

—

¿Cuándo, dulce paloma
lucirá el día
en que pueda llamarte
esposa mía?

ANG. ¿Cuándo será el momento
tan venturoso,
en que llamarte pueda
querido esposo!

—

ROB. ¡Porque ello al cabo,
hemos de ser,
yo tu marido,
tú mi mujer!

ANG. Pues si ello tiene
que suceder,
que sea lo antes
que pueda ser. (Con ingenuidad.)

—

LOS DOS Cuando eso llegue
á suceder,
¡oh, qué dichosos
podremos ser!

—

ANG. Cuando en las noches del estío
azul y blanca esté la mar,
juntos iremos, dueño mío,
á navegar.
Allí, en alegres barcarolas,
cantar podremos nuestro amor,
entre el arrullo de las olas
halagador.

ROB. ¡Con cuánto afán que llegue ansío
el dulce instante en que cruzar,
preso en tus brazos, ángel mío,
la verde mar!
Yo escucharé tus barcarolas,
alegre cántico de amor,
entre el arrullo de las olas
murmurador.

—

ANG. ¡Solos, en medio
del ancho mar,

qué dulces noches
se pasarán!

ROB. Cuando te lleve
sobre la mar,
¡oh! ¡qué orgullosa
mi barca irá!

—

¡Tú con un remo,
con otro yo,
así abrazados
bogar los dos!

—

(Cogiéndola con el brazo derecho por la cintura, mientras con la mano izquierda figura remar. Angela hace lo mismo.)

ANG. Tú con un remo,
con otro yo, etc.

(A la última nota del dúo, Roberto estrecha á Angela entre ambos brazos, á tiempo que aparece en la puerta del foro Simón.)

ESCENA VIII

DICHOS y SIMÓN

Hablado

SIMÓN ¡Oh! ¿Qué es esto?
ANG. / ROB. ¡Ay! (Separándose.)
SIMÓN ¡Vive Dios!
¡Hase visto el atrevido!
(¿Cómo yo no he comprendido
que se querían los dos?)
(Indica á Angela con un ademán que se retire. Ella se va por la derecha.)
ROB. Señor... yo...
SIMÓN Silencio; vete
y no vuelvas por acá.
¡Pues me gusta! ¿Qué se habrá
figurado el mozalbete?
ROB. Oidme.
SIMÓN ¡Y aún se propasa!

Haz el favor de marcharte
y no me obligues á echarte
á puntapiés de mi casa.

ROB. ¡Eh! Poco á poco, eso no.

SIMÓN Yo por tu bien te lo aviso.

ROB. Para eso fuera preciso
que lo tolerase yo.

SIMÓN ¿Qué?

ROB. Porque sois un anciano
vuestras palabras oí,
pero os advierto que á mí
nadie me amenaza en vano.

SIMÓN ¡Hola! (Que Dios me dé calma.)

ROB. Ya no he de negarlo, no:
Angela me quiere, y yo
la adoro con toda el alma.

SIMÓN (Conteniéndose.)
No la crié para tí,
y te aconsejo, rapaz,
si quieres vivir en paz,
que no vuelvas por aquí.

ROB. ¿No verla más? ¡Ah, señor!
Mil veces morir prefiero.

SIMÓN Está dicho, yo lo quiero
y haré que acabe ese amor.

ROB. ¡Como si pudiera ser!

SIMÓN Antes la mato. ¡Hola, hola!

ROB. (Con decisión.)
Y Angela es huérfana y sola,
y libre para querer.

SIMÓN ¡Vive Dios! Desventurado,
¿qué es lo que diciendo estás?
¿No sabes que la amo más
que si la hubiera engendrado?
¿No sabes que es el profundo
amor que por ella siento
el único sentimiento
dulce, que gocé en el mundo?
¿No sabes que yo daría
por ella cuanto poseo,
que ella es todo mi recreo
qué ella es toda mi alegría?

ROB. ¡Lo sé, y por esa razón
como á su padre os venero: (Arrodillándose.)
mas ved que también la quiero,
con todo mi corazón!

SIMÓN ¡Basta, levántate y largo!
no des con mi calma al traste.
De todo lo que pensaste
ya me voy haciendo cargo.
Tú has dicho: el señor Simón
más herederos no tiene;
esta niña me conviene,
es muy buena proporción.
Viviré sin trabajar...

ROB. ¿Cómo? (Sorprendido.)

SIMÓN Eso es lo que pretendes.

ROB. ¿Decís?... (Turbado.)

SIMÓN Ya veo que entiendes
la aguja de marear.
¡Pero es en balde, chiquillo,
renuncia á ilusión tan bella;
(Riendo sarcásticamente)
eres poco para ella!
¡Vete, vete, mendiguillo!
(Riendo siempre y mirándole con el mayor desprecio. Vase por la izquierda.)

ESCENA IX

ROBERTO, luego ANGELA, que sale apenas desaparece SIMÓN y se acerca poco á poco á Roberto

ROB. ¿Qué es esto? ¡Aturdido estoy!
¿Cómo he escuchado con calma?...
¡Ay, Dios mío de mi alma,
qué desventurado soy!
¡Angela! (Viéndola junto á sí.)

ANG. Todo lo oí.

ROB. Entonces nada te digo;
Ya lo ves, soy un mendigo,
no debo pensar en tí.

ANG. ¡Oh, calla, calla por Dios!
Yo seré tu compañera.
¿Qué importa que él no lo quiera
si lo queremos los dos?

ROB. No.

ANG. ¿Qué?

ROB. Yo quise aspirar (Con amargura.)
solamente á tu riqueza;
él lo ha dicho con franqueza,

otros lo pueden pensar
y es fuerza que determine
algo, y á ello estoy dispuesto
para no dar ni aun pretexto
á que nadie lo imagine.

ANG. ¿Qué intentas?

ROB. Yo bien lo sé;
¿quiere ese viejo inhumano
que aquel que aspire á tu mano
sea rico?... ¡Pues lo seré!
(Cogiendo de la mano á Angela.)
Allá, tras las crespas olas
de esa mar hirviente y fiera,
tal vez la suerte me espera
en las Indias españolas.
Nada tengo y nada soy;
para esa tierra lejana
zarpa un bergantín mañana...
me alisto en él y me voy.

ANG. ¡Roberto!

ROB. La India me ofrece
fortuna de gran valía:
mi padré me lo decía,
quien trabaja se enriquece.
Pues bien, yo al trabajo rudo
me entregaré con afán:
cuando tus brazos están
aguardándome, no dudo.
¿Juras esperarme?

ANG. ¡Oh! ¡Sí!

ROB. Pues juro que volveré.

ANG. Desiste.

ROB. No cederé.

ANG. ¡Por tu madre!

ROB. No.

ANG. ¡Por mí!

ROB. Es en vano que te esfuerces.

ANG. ¿Quieres matarme, Roberto?

ROB. Todo es inútil, te advierto
que mi voluntad no tuerces.
—Piensa que tengo razón,
que para mí es humillante
siendo pobre, ser tu amante...

ANG. ¡Calla!

ROB. ¡Y el señor Simón
ha dicho bien... por ahora

soy muy niño, aunque te adoro!
(Conmoviéndose gradualmente.)
Ya ves... yo me aflijo y lloro...
y un hombre... ¡un hombre no llora!
Estoy bien resuelto, sí.

ANG. ¿Y si mueres por allá?

ROB. Creo que no faltará
quien me llore por aquí.
Mi madre... ¡Rezad las dos!
(No me puedo contener.)
¡Volveré al amanecer
á darte mi último adiós! (Vase llorando.)

ESCENA X

ANGELA, sola

¡Roberto! ¡Escucha! ¡Se va!
¡Oh, qué idea! Yo sabré...
¡Su madre! ¡Sí, la veré
y ella le convencerá! (Sale corriendo á la playa.)

ESCENA XI

BELTRAN, por la primera derecha

Música

(Recorre la estancia, sale á la puerta y contempla un momento la playa. Luego canta desde allí la primera estrofa, viniendo después á primer término.)

Salve, costa de Bretaña,
donde nací;
hoy, dejando tierra extraña,
llego hasta tí.
Salve, asilo venturoso
de mi niñez,
anhelando tu reposo
vuelvo otra vez.

—

De tí muy lejos
hallé la suerte,
mas siempre ansiaba
volver á verte.

Y aun cuando ingrata
fuiste conmigo,
costa querida,
yo te bendigo;
que hoy al posar de nuevo
mi pie sobre tí,
la juventud parece
volver á mí.

—

Escuchando el rumor de ese mar
que amoroso mi cuna meció,
siento dulces del alma brotar
los recuerdos que avara guardó.

—

De aquel tiempo que rápido fué
y llevó la ilusión tras de sí,
el encanto de nuevo hallaré
recordando las horas aquí.

—

Tranquilo el pecho
ya no suspira,
que el aire patrio
con gozo aspira,
y aunque tú ingrata
fuiste conmigo,
costa risueña,
yo te bendigo;
que hoy al poner de nuevo
mi pie sobre tí,
la juventud parece
volver á mí.

Hablado

¡Oh! playa donde nací,
mal me recibes á fe;
con tempestad te dejé,
con tormenta vuelvo á tí.
Quiera Dios que al fin tu seno
me ofrezca amor y reposo,
y al pasado tempestuoso
siga un porvenir sereno—
¡Siento en mí tal alegría!...

ESCENA XII

DICHO y ANGELA, que sollozando se detiene á la puerta

BELT. ¿Quién solloza por ahí fuera?
ANG. ¡Oh! (Sorprendida al verle.)
BELT. ¡Si es mi linda enfermera!
¿Por qué lloras, hija mía?
ANG. (Enjugándose los ojos y procurando sonreir.)
No lloro.
BELT. ¿Cómo que no?
Tus ojos el llanto abrasa.
ANG. No.
BELT. Dime lo que te pasa,
vamos, que lo sepa yo.
ANG. Sin duda un grano de arena,
¡soplaba allí el aire tanto!...
BELT. Nunca es tan copioso el llanto
que no hace brotar la pena.
No finjas así conmigo,
y confiesa sin temor
la causa de tu dolor;
háblame como á un amigo.
ANG. Pues... sí, señor... he llorado...
mucho... (Rompiendo á lloaar.)
BELT. Serénate, ven.
(Atrayéndola cariñosamente.)
¿Qué tienes?
ANG. ¡Que se va!
BELT. ¿Quién?
ANG. Roberto, el que os ha salvado.
BELT. ¿Y por qué deja esta playa?
¿Habéis reñido quizá?
ANG. No, señor.
BELT. Entonces ya
haremos que no se vaya.
ANG. ¡Ay! Está muy decidido,
y cuando él quiere una cosa...
BELT. Anímate, niña hermosa,
y cuéntame lo ocurrido.
ANG. Mi historia os he relatado:
sabéis que huérfana soy
y que aquí acogida estoy...
BELT. Sí, sí, ya me lo has contado.

ANG. Pues bien; el señor Simón
poco hace me ha descubierto
conversando con Roberto,
y lleno de indignación
y de sorpresa al saber
que me quería... ¡ay de mí!
le ha despedido de aquí,
prohibiéndole volver.

BELT. ¿De veras?

ANG. Como os lo digo;
y humillándole de un modo...
Yo oculta lo escuché todo,
y le llamó hasta *¡mendigo!*
A él, que tan altivo es,
y que por mí lo sufría,
le dijo que me quería
tan sólo por interés;
y porque no haya quien crea
que es cierto, á la India se va,
y de allí no volverá
mientras que rico no sea.
Yo esperarle he prometido,
y lo cumpliré, eso sí.

BELT. ¿En dónde está?

ANG. Vedle allí,
(Señalando á la playa.)
triste el pobre y abatido.
Por más que quiere tener
energía para el paso,
piensa como yo que acaso
no nos volvamos á ver.

BELT. ¡Dile que venga!

ANG. Voy, pero...
Si le vieran...

BELT. No hay cuidado;
si soy yo quien le ha llamado.

ANG. ¡Roberto! ¡Ven, ven ligero!

ESCENA XIII

DICHOS y ROBERTO, que á la puerta se detiene

ROB. ¿Qué quieres? Ya estoy aquí.
¡Ah! Señor...

BELT. Pasa adelante.

(A Angela.)
(Es un muchacho arrogante
y guapo.)

ANG. (Con ingenuidad.)
(¿Verdad que sí?)

BELT. Ven á mis brazos, mancebo.

ROB. ¡Por Dios!...

BELT. Estrecharte ansío. (Se abrazan.)
Nunca olvidaré, hijo mío,
que la existencia te debo.

ROB. Señor, de eso no hay que hablar
pues ningún mérito encierra;
antes que andar poi la tierra
creo que aprendí á andar.

BELT. En vano te empequeñeces:
sin tu noble valentía
á estas horas yo sería
alimento de los peces.—
¿Eres huérfano?

ROB. De padre.

BELT. ¿Y de oficio?

ROB. Pescador.

BELT. (Reparando en el traje.)
¡Y muy pobre!

ROB. ¡No, señor!

BELT. ¡Cómo!

ROB. ¡Mantengo á mi madre!

BELT. (¡Honrosa altivez!)

ROB. Y creo
que de su cariño en pago
con el mío satisfago
cuanto sueña su deseo.
Siempre que salgo á pescar
dejo á la impedida anciana
enfrente de una ventana
por donde contempla el mar.
Allí mi regreso espera,
siguiendo con vista ansiosa
la marcha vertiginosa
de mi barquilla velera;
y al verme volver, erguida
y agitando su pañuelo,
parece un ángel del cielo
que me da la bienvenida.

BELT. Ni de ella te has de apartar,
ni de ésta, que te ama tanto.

ROB. ¡Cómo!
BELT. Seca ya ese llanto,
que tu suerte va á cambiar.
En tu alma existe un tesoro
de inapreciable valer;
desgraciado no has de ser
por faltarte un poco de oro.
¡Felizmente rico soy!
Admite, pues, de buen grado
algo de lo que has salvado,
que con el alma te doy.
Así te demostraré
cuánto es mi agradecimiento...
y mi cariño...
ROB. Lo siento,
pero... no es posible.
BELT. ¿Qué?
ROB. Fuera indigno en mí aceptar
tal dádiva, lo repito.
BELT. ¿Mas por qué?
ROB. Yo nunca admito
lo que no puedo pagar.
ANG. (¡Ay!)
BELT. (A Angela.)
(Su intención es honrada.)
No te brindé el beneficio
en cambio de un sacrificio
que no se paga con nada.
Lo que me atrevo á ofrecer
y que tú aceptar no quieres,
trabajando—¡joven eres!—
me lo puedes devolver.
(Después de pensar un momento.)
ROB. ¿Pensais que es posible?
BELT. ¡Claro!
y sabiendo la intención
debieras, en mi opinión,
aceptarlo sin reparo.
ROB. Trabajar... ¡Bien puedo, sí!
BELT. Tan sólo en ese concepto
te lo daré.
ROB. (De pronto.) Pues... lo acepto.
ANG. ¡Ah!
ROB. ¡Por mi madre... y por tí!
ANG. ¡Gracias!
BELT. (¡Qué alma tan hermosa!)

Muy en breve el santo lazo
os unirá. ¡Da un abrazo
á la que ha de ser tu esposa!
(Le empuja hacia donde está Angela, y ésta y él se abrazan estrechamente á tiempo de aparecer Simón.)

ESCENA ULTIMA

DICHOS y SIMÓN

Música

ROB. ¡El!
ANG. ¡Virgen santa!
SIMÓN ¡Ah! ¡Vive Dios! (Yendo iracundo hacia ellos.)
BELT. ¡Yo les amparo! (Interponiéndose.)
SIMÓN ¿Y quién sois vos?

—

BELT. Un hombre soy que debe
la vida á este rapaz,
que despreció la suya
por socorrerme audaz.
Fortuna y existencia
por él del mar salvé,
haciéndole dichoso
mi deuda pagaré.

—

Y como en esta niña
cifró su dicha toda,
dispuesto á darle gusto,
protegeré su boda.
En vano es oponerse,
pues lo he resuelto ya,
y pese á quien pesare
con ella casará.

—

SIMÓN ¡Ja, ja, ja, ja,
risa me da!
BELT. Reid, reid,
cuanto querais.

—

SIMÓN Vos ignorais, sin duda,
que si él quiere á la chica,
por cálculo es tan sólo,
pues la supone rica.

ROB. A ultraje tan villano,
ni aun quiero contestar.

SIMÓN ¡Ya veis, el miserable
se tiene que callar!

ROB. (Por tí tan vil ofensa (A Angela.)
me atrevo á devorar.)

ANG. (Tu inmenso sacrificio
mi amor sabrá apreciar.)

—

BELT. Yo de las Indias
traigo un tesoro:
puedo á este chico
pesar en oro.
Para él respeto
de vos exijo:
padre no tiene,
yo le prohijo.
Y si os parece poco,
no dudo ya,
¡todo cuanto poseo
suyo será!

—

ROB. ¡Cómo pagar, Dios mío,
tanta bondad!

ANG. ¡Mi alma de afecto llena
gracias os da!

—

SIMÓN Siendo tan generoso,
fuerza será ceder.

BELT. ¿Luego asentís gustoso?

SIMÓN ¿Pues qué he de hacer?

—

¡Ah!

(Beltrán hace unirse á Roberto y Angela, que se abrazan.)

ROB. }
ANG. } El alma mía enamorada
despierta en mágica explosión,
y con su fuerza arrebatada
gozoso late el corazón.

—

BELT. ¡Linda pareja enamorada!
(Contemplándolos con placer.)
¡Oh! ¡cuánto goza el corazón
viendo su dicha asegurada
al solo anuncio de su unión!

SIMÓN (Mirando á Beltrán.)
¿Por qué me turba su mirada?
¿Por qué se agita el corazón
y á mi memoria conturbada
acude fúnebre visión?

—

ROB. A ver voy á mi madre, (Separándose de Angela.)
que ya mi ausencia llora.
Dejad, señor, que bese (A Beltrán.)
su mano bienhechora.
(La besa. Beltrán le coge, y atrayéndole hacia sí le abraza á él y á Angela, formando grupo.)

BELT. ¡Fortuna y alegría
el cielo os quiera dar,
y así será la mía
vuestra felicidad!

—

¡Ah!

ROB. } ANG. } El alma mía enamorada, etc.

BELT. Linda pareja enamorada, etc.

SIMÓN (Contemplando el grupo.)
¿Por qué me turba su mirada? etc.

—

ROB. ¡No cabe en mi alma la alegría!
Adiós, mi noble protector.
¡Hasta mañana, vida mía!
Con Dios quedad, señor Simón.

—

ANG. ¡Adiós!

SIMÓN ¡Adiós!

BELT. ¡Adiós!
(Beltrán se acerca á Simón, en tanto que Roberto á Angela, ya cerca del foro.)
¡Gocemos en la dicha de los dos!

ROB. ¡Adiós!

ANG. ¡Adiós!

(Roberto le da un beso, á cuyo sonido se vuelven Simón fosco y Beltrán risueño. Angela se queda ruborizada. Roberto se despide desde la puerta.)

SIMÓN ¿Eh?
ROB. ¡Adiós!
TODOS ¡Adiós!

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

Exterior de la hostería de Simón, á la izquierda. Al foro rocas y el mar. A la derecha cierra el fondo un grupo de acantilados por entre los cuales se supone verse el mar. Las salidas deben hacerse por la izquierda, entre la hostería y las rocas y por el foro entre éstas y la marina.

ESCENA PRIMERA

La escena sola, la hostería cerrada. Aparecen varios grupos de pescadores y mujeres que vienen con los trajes de día de fiesta

Música

MUJERES Llegad, llegad,
venid, venid;
una alegre alborada cantemos
y así despertemos
á la novia que duerme feliz.

PESC. Venid, venid,
llegad, llegad;
la doncella que hoy va á ser esposa
despierta gozosa
á la voz de la dulce amistad.

TODOS Venid, venid,
llegad, llegad.
(Colocándose todos frente á la puerta de la hostería.)

Alborada

CORO Despierta, niña, despierta
que el día avanzando va

y la amistad á tu puerta
alegre llamando está.

—

Abre ya tu ventana,
mira el cielo azul,
que pintó la mañana
con hermosa luz;
que la niña que duerma
cuando nace el sol
de seguro está enferma
ó no tiene amor.

—

Ligera salta del lecho
y de él despídete ya,
que para dos harto estrecho
desde esta noche será.

—

Abre ya tu ventana, etc.

ESCENA II

DICHOS, MATEO, que abre la puerta de la hostería

MATEO — Tengan muy buenos días.
CORO — ¡Hola, Mateo!
MATEO — La novia os agradece
vuestro deseo.
Mas hoy que la despierten
no necesita,
que no pegó los ojos
la pobrecita.
Y es natural.
que en víspera de boda
se duerma mal.
CORO — Es natural,
que en víspera de boda
se duerma mal.

—

(Acercándose y rodeando á Mateo. En voz baja.)
¿Y es cierto lo que dicen
de que el padrino

con una gran fortuna
de la India vino?

MATEO No lo dudéis;
oid un solo instante
y juzgaréis.

—

Ha comprado veinte casas,
las mejores del lugar,
donde quiere, según cuentan
un palacio edificar.
Y para ir á pasearse
por el mar á su placer,
un navío de tres puentes...
dicen que ha mandado hacer.

CORO ¡Eso no puede ser!

MATEO Pues sí que puede ser.
¡Y en fin, después de todo,
ya lo hemos de ver!

CORO ¡Eso no puede ser!

—

MATEO Guarda en onzas mejicanas
un inmenso capital
y pepitas de oro puro
de más peso que un quintal.
Piedras finas, no digamos,
pues las tiene en un montón,
y hay entre ellas un diamante...
del tamaño de un melón.

CORO ¿No habrá exageración?

MATEO ¡No hay exageración!
Os digo que el indiano
trae un fortunón.

CORO Sin duda que el indiano
trae un fortunón.

Hablado

MATEO Nada, nada; os lo aseguro,
es un hombre poderoso,
y más sencillo y más franco...
Ayer me dijo: «Buen mozo,
»(me hace justicia), tal vez
»pienses en casarte pronto;

»cuando lo decidas, dímelo,
»que yo á la novia la doto.»

MUJER 1.ª ¿Y en cuánto?

VARIAS ¿En cuánto?

MATEO (¿Qué tal?
Ya han abierto cada ojo...)
(Dándose importancia.)
Pues... no lo sé; pero creo
que el dote debe ser gordo.
Conque á animarse, que soy
un partido como hay pocos.
(Desde hoy me van á asediar
las mozas con sus piropos.)

PESC. ¿Y el señor Simón?

MATEO Está
llevado de los demonios.

PESC. Es natural.

MATEO De la usura
vivía ese viejo zorro,
haciendo con el sudor
de los pobres su negocio;
cuando se entera del caso
el viajero, no sé cómo;
va, recoge los recibos,
y entre el general asombro,
«¡Tomad,—dice á los deudores,—
»yo vengo en vuestro socorro;
»á trabajar, ya sois libres,
»ya lo habéis pagado todo!»
Y rompió los documentos
y se quedó tan orondo.

MARIN. 1.º Ha sido un rasgo soberbio,

PESC. Cierto que lo es, pero noto
en la conducta de ese hombre
no sé qué de misterioso.
(Acercándose todos y le oyen con interes.)
Ayer se fué al cementerio
y se encerró con Ambrosio
el enterrador.

MARIN. 1.º ¡Canario!

PESC. Yo le ví entrar, y á muy poco
salió al patio de los muertos.
hizo entonar un responso
al padre cura; rezando
lo escuchó puesto de hinojos;
besó la tierra y después,

levantándose lloroso,
al cepillo de las ánimas
echó tres monedas de oro.

MUJER 1.ª ¡Es extraño!

OTRA ¡Muy extraño!

MATEO Pues yo en él lo encuentro propio;
como es tan bueno, sin duda
queriendo hacer bien á todos,
se ha dedicado á sacar
ánimas del purgatorio.

MARIN. 1.º Lo cierto es que el hombre tiene
un corazón muy hermoso.

MATEO Y ha hecho más bien en tres días
que en toda su vida otros.

PESC. ¡Ya lo creo!

MATEO Y en la boda
veréis hoy si es generoso.
¡Qué regalos!

MUJER 1.ª ¡Buen padrino
han encontrado los novios!
Entremos á verla á ella.

PESC. ¡Y á él á buscarle nosotros!

(Las mujeres entran en la hostería y los hombres vanse por la izquierda. Música en la orquesta.)

ESCENA III

MATEO y después MARGARITA

MATEO ¡Estoy más alegre que unas Psacuas! Aunque sólo fuera por salir de esa hostería, donde tanto se trabaja, y no ver más la cara de buho del señor Simón, y no aguantar sus regaños y sus gruñidos... ¡Digo, y ahora que echará un humor de todos los diablos, viendo que se le ha ido el negocio de entre las uñas! ¡El demonio que lo aguante!

MARG. (Desde la puerta.) ¡Mateo!

MATEO ¿Qué hay?

MARG. Ven acá, que está todo esto en desorden.

MATEO Mejor. (Con tranquidad y sorna.)

MARG. ¡Pero muchacho, que haces falta!

MATEO Mejor.

MARG. (Acercándose.) Que el señor va á bajar y se pondrá hecho una fiera.

MATEO Mejor que mejor.

MARG. ¿Te has vuelto loco?

MATEO Más cuerdo no lo he sido nunca. Pero ya estoy harto de servir bien á gente que no sabe agradecerlo.

MARG. ¡Mira que si te oye va á despedirte!

MATEO ¿A mí? ¡Je, je, je!

MARG. ¡Ya lo creo! ¡Le faltarán criados para su casa!...

MATEO Pues puede buscar uno, porque yo hoy mismo tomo soleta.

MARG. ¿Qué dices?

MATEO Que me voy á servir á los recién casados.

MARG. ¡Es posible!

MATEO Que su padrino y mi padrino, y el padrino de todos, porque ese hombre es el padrino de todo el mundo, dijo anoche, dice: «Muchacho, desde mañana cuenta con doble »salario del que tienes, y así que se ve»rifique la boda, te vas con los novios á su »casa.»

MARG. ¿De manera que me quedo sola con el señor Simón?...

MATEO Y añadió: «A Margarita nada le digo por»que como ha pasado en la hostería toda su »vida, acaso no quiera abandonarla y sepa»rarse de su antiguo amo. Sin embargo, si »desea venirse con nosotros, también le »ofrezco una buena soldada.»

MARG. Yo se lo agradezco, pero no abandono á mi señor. ¡Pobre viejo!... Todo esto va á quitarle la vida.

MATEO No se perdería mucho.

MARG. ¡Mateo!

MATEO Pero, descuidad, que cosa mala nunca muere.

ESCENA IV

DICHOS, SIMÓN á la puerta de la hostería

SIMÓN ¡Eh, muchacho! ¡Margarita! Así me gusta; la casa abandonada á toda esa patulea de

comadres que se ha colado de rondón, y vosotros mano sobre mano.

MARG. Yo había salido á buscar á este... (Mal humorado se levanta hoy.) (Entra en la hostería.)

SIMÓN ¿Y tú qué haces ahí?

MATEO Pues... ya lo veis... nada. (Dándose mucha importancia.)

SIMÓN A trabajar, andando.

MATEO Lo que es por ahora... me parece que no estoy dispuesto para eso.

SIMÓN ¿Qué dices?

MATEO Es día de boda y fiesta, me he vestido muy majo y el cuerpo me pide mucho jaleito.

SIMÓN ¡Insolente!

MATEO Y no pienso ocuparme en otra cosa que en bailar y divertirme.

SIMÓN ¡Vive Dios, que ya es mucha falta de respeto! (Yendo hacia él con aire amenazador.)

MATEO ¡Eh! ¡Eh! No hay que alborotarse. Si lo queréis así, bueno, y si no, tan conformes. Ni vos necesitais de mis servicios, ni yo de vuestra casa. El padrino de los novios, que sabe apreciar á las personas que valen, me ha ofrecido doble salario para que vaya á servirle, y con él me voy y Cristo con todos, y buscad otro infeliz que sufra vuestras impertinencias, que yo ya estoy de ellas... hasta aquí.

SIMÓN ¿Cómo?

MATEO ¡Hasta aquí! (Ay! ¡Qué tranquilo me ha dejado este desahogo!) (Entra en la hostería.)

ESCENA V

SIMÓN, solo

¡El infierno se ha desatado en contra mía! ¿Quién es ese hombre que así se goza en mortificarme, que destruye todos mis proyectos, descompone mis negocios y arranca de mi lado á los que antes me querían y respetaban?—Parece mi castigo.—Le odio y le temo.—Su sonrisa me hiela, su mirada me aturde... No he podido resistirla de frente... —Y después, los recuerdos que trae á mi

memoria ..—¡Bah! Serán sospechas hijas del temor, recelos de mi alma inquieta... Siempre dudando, temiendo siempre...

ESCENA VI

DICHO, BELTRÁN, que llega por el foro, se acerca á él sin ser visto, y le pone la mano sobre el hombro

SIMÓN (Asustado, volviéndose.) ¿Eh?—¡Ah! ¡Sois vos!

BELT. ¡Meditabundo estabais!

SIMÓN Tengo mucho en qué pensar. ¡Que Dios os guarde.

BELT. Escuchad un momento y hablemos como buenos amigos.

SIMÓN Es difícil.

BELT. ¿Por qué?

SIMÓN No querais añadir el sarcasmo á las ofensas que me habéis hecho.

BELT. ¿Yo? ¿En qué puedo haberos ofendido?

SIMÓN En cuanto hicísteis desde vuestra llegada. ¡Maldigo la hora en que arribásteis á la playa!

BELT. ¡Y yo con toda mi alma la bendigo!

SIMÓN Sea en hora buena; dejadme en paz.

BELT. No por cierto. La ocasión de sincerarme ante vos no puede ser más oportuna, y he de aprovecharla. Además, tengo que pediros un favor.

SIMÓN ¿Cuál?

BELT. Que asistáis á la boda.

SIMÓN No por cierto.

BELT. Amargaréis la dicha de Angela.

SIMÓN Más acibara ella la mía.

BELT. Pero, en un principio, ¿no accedísteis á que se casaran?

SIMÓN No lo pensé bien. Además, creí entonces que al proteger el amor de esos muchachos teníais una buena intención; luego he visto que os anima contra mí un espíritu de venganza que no acierto á explicarme.

BELT. Es natural; ¿cómo habéis de explicaros un sentimiento que no existe?

SIMÓN Separando á Angela de mi lado, me arreba-

táis el solo bien que poseo, el único consuelo de mi vejez.

BELT. Pues quédese el matrimonio á vivir con vos, y así estaréis todos contentos.

SIMÓN No quiero en mi casa á ese mozo insolente y atrevido.

BELT. Y él no querrá, como comprendereis, vivir separado de su mujercita.

SIMÓN Os habéis propuesto dejarme aislado en el mundo y vais á conseguirlo. (Con amargura.)

BELT. (Cariñosamente.) Vaya, vaya: ni soy yo quien arranca de vuestro lado á esa niña, ni hago otra cosa protegiendo al que va á ser dueño suyo, que llenar de gozo el corazón de ambos, pagar una deuda de gratitud á quien debo mi vida y mi fortuna, y premiar las virtudes de Angela, que en vuestro poder no ha sido muy dichosa. (Bajando la voz.)

SIMÓN ¡Es posible! ¿Tiene alguna queja contra mí? ¿No la he tratado como á una hija?

BELT. En efecto, como hubiérais tratado á una hija vuestra... Todo lo bien que os permite la avaricia que seca vuestra alma.

SIMÓN (Sorprendido.) ¿Ella lo ha dicho?

BELT. De su boca no han salido para vos sino palabras de gratitud y de respeto. De cariño no, porque es difícil que os hagáis querer de nadie.

SIMÓN (Sufro de este hombre ofensas que no toleraría á ningún otro.)

BELT. (Siempre en tono afectuoso.) Desengañaos, señor Simón, yo he venido á tiempo de evitar que en los últimos años de vuestra vida seáis aborrecido de cuantos os rodean. Aun podéis conquistaros su afecto.—Vuestros deudores, redimidos por mí, olvidarán bien pronto la explotación de que fueron objeto, y Angela, feliz al lado de su esposo, alegrará los días de vuestra ancianidad.

SIMÓN (Con ironía.) Por lo visto, aún debiera daros gracias por lo que habéis hecho.

BELT. ¿Quién lo duda? Y yo he de conseguir al fin y al cabo que disfrutéis un goce del cual no tenéis ni la idea más remota.

SIMÓN ¿Cuál?

BELT. El de hacer bien. Delicia no comparable á

ninguna otra; placer que vierte en el alma un bálsamo tan dulce como no es posible ni soñarlo.

SIMÓN ¡Ah! Vos pensáis, sin duda, que el hacer bien consiste en solventar las deudas de unos cuantos haraganes, que os pagarán con su ingratitud ese beneficio; llamáis hacer bien á realizar la boda de dos muchachuelos sin experiencia, que van á ser infelices; suponéis que el hacer bien se reduce á regalar trajes y galas á la chica para envanecerla... No conocéis lo que es el mundo; sois demasiado joven.

BELT. Friso en los cuarenta.

SIMÓN Pues estáis haciendo una porción de niñerías y ya recogeréis el pago.

BELT. (Casi suplicante.) En fin, prometedme que asistiréis hoy á la iglesia. (Oyese rumor de gente que llega.)

SIMÓN No autorizo con mi presencia esa unión que considero desatinada... Allí viene tan satisfecho vuestro protegido. No quiero ni verle. ¡Quedad con Dios! (Entra en la hostería.)

BELT. ¡Id con él!—¡Miserable viejo! ¡La dicha ajena le sirve de tortura! Digno es de compasión.

ESCENA VII

DICHOS, CORO DE HOMBRES que acompañan á ROBERTO, el cual viste lujoso traje de fiesta. Sale de la hostería el CORO DE MUJERES, y ANGELA, vestida de novia. BELTRAN baja del foro al proscenio abrazando á Roberto

Música

HOMBRES
En busca de su novia,
que ya le espera,
el novio, engalanado,
contento llega.

MUJERES
En busca de su novio
que ya le aguarda,
aquí sale la novia
engalanada.

—

ROB. ¡Angela mía!
ANG. ¡Roberto amado!
Mi buen padrino.
BELT. ¡Que os guarde Dios!
ROB. } Ya llegó el día
ANG. } tan esperado.
BELT. ¡Que eterno sea
para los dos!
CORO (Rodeando á los novios.)
Según vieja costumbre
(Solemnemente.)
del pueblo bretón,
antes que os eche el cura
la bendición,
de todos los amigos
debéis escuchar
consejos saludables
que os quieren dar.
ROB. } Podéis empezar,
ANG. } que ya estamos dispuestos
para escuchar.

—

(Beltrán se retira al foro. Las mujeres, formando semicírculo, rodean á Roberto, y los hombres, en la misma forma, á Angela.)

MUJERES Con su mujer muy complaciente
todo marido debe ser.
HOMBRES Debe la esposa humildemente
á su marido obedecer.
MUJERES Si hay disensión, porque no siga,
él es quien tiene que callar.
HOMBRES Diga el marido lo que diga,
ella no debe replicar.

—

MUJERES Debe el marido cariñoso
ser á su esposa siempre fiel.
HOMBRES Y ella vivir para su esposo
y estar pensando siempre en él.
MUJERES Junto á su esposa todo el día,
un buen marido debe estar.
HOMBRES Y si el marido se extravía...
mucha paciencia y aguantar.

—

TODOS (Ocupando la posición anterior.)
¡Novios felices,
ya lo sabéis,
el cielo os premie
si así lo hacéis!

—

ANG. Vuestros consejos
no olvidaré
y á mi marido
feliz le haré.
ROB. Vuestros consejos
no olvidaré
y haré la dicha
de mi mujer.

(Roberto y Angela, pasando de uno á otro lado, quedan al contrario que antes, es decir, él entre los hombres y ella entre las mujeres, que vuelven á formar rápidamente los dos semicírculos. Ambos grupos se estrechan para decir los siguientes versos.)

MUJERES Mete en un puño (A Angela.)
á tu marido.
HOMBRES Ten bien sujeta (A Roberto.)
á tu mujer.
Tú no te fíes.
MUJERES ¡Tú ten cuidado!
HOMBRES ¡Ojo con ella!
MUJERES ¡Ojo con él!

—

TODOS Novios felices, etc.

Hablado

MATEO (Que ha salido de la hostería momentos antes.) ¡Ea, basta ya de consejos! Al fin y al cabo en cuanto se casan los olvidan y hace cada uno su santísima voluntad.

BELT. ¡Mateo! Da de beber por mi cuenta á todos los presentes lo más añejo que haya en la casa!

MATEO Pues adentro todos. Y aunque ya no sirvo en la hostería, como soy el único que sabe los secretos de la bodega, os obsequiaré dignamente en nombre del padrino. Pero an-

tes, y para que rabie el señor Simón, que está allá dentro, demos unos cuantos *vivas* que retumben en toda la costa. (Acercándose con el Coro á la puerta.) ¡Viva el padrino!

TODOS ¡Viva!

MATEO ¡Vivan los novios!

TODOS ¡Vivan!

MATEO (Que corta la prolongación de cada uno de los vivas con un movimiento á la manera de los directores de orquesta.) Estas revoluciones pacíficas me llenan de entusiasmo. (Entran en la hostería.)

ESCENA VIII

ANGELA, BELTRÁN y ROBERTO

BELT. Gracias, hijos míos, muchas gracias.

ROB. Aprecian en lo que vale vuestra generosidad.

BELT. Me la pagan con creces y consigo de esta manera que participen todos de vuestra dicha.

ROB. ¡La mía no puede ser mayor!

BELT. Angela, ¿qué es eso? ¿qué tienes?

ROB. ¿Lloras?

ANG. Sí, no lo extrañéis; el cielo de mi felicidad se halla hoy empañado por una nube de tristeza.

BELT. ¿Qué es ello?

ROB. ¿Qué puede afligirte?

ANG. Cuando me levanté esta mañana, fuí como todos los días á saludar al señor Simón, y no ha querido verme.

ROB. ¡Bah! ¿Y eso te desconsuela?

ANG. Yo no puedo olvidar que niña, desvalida y huérfana, me recogió en su casa; que á su lado pasé mi vida entera, y que no he conocido otro padre.—Al unirme á tí contra su voluntad, pensará acaso que soy una ingrata, que olvido los favores que le debo..

BELT. No digas eso. Harto bien te conoce para saber que no cabe en tu pecho la ingratitud.

ROB. Y sobre todo, yo te aseguro que antes de

mucho ha de querernos á los dos más que antes á tí sola.

ANG. No lo creas. Yo le estimo, yo le respeto, pero conozco que tiene una mala condición; no olvida los agravios.

ROB. Oye, cuando salgamos de la iglesia, después de ver á mi madre, que ya nos aguarda con impaciencia para unirnos en un estrecho abrazo, vendremos los dos á la hostería, nos echaremos á las plantas del señor Simón, y como si en algo le hubiéramos ofendido, le pediremos perdón humildemente.—Yo le haré ver que no he venido á robarte su amor, sino á hacer más grande y duradera la dicha de su hogar; que seré el báculo de su vejez... En fin, le diré tales cosas, que acabará por quererme mucho. ¡Vaya! Pues si me pinto yo sólo para engañar á cualquiera.

ANG. ¿Cómo?

BELT. ¿Eh?

ROB. De buena manera, se entiende. Porque, de veras te lo digo, por mucho respecto que le finja y mucho cariño que le aparente, nunca podrá ser santo de mi devoción tu padre adoptivo. Hay en él algo que no me atrae... Ese carácter huraño... ese ceño sombrío se avienen mal con mi genio alegre y bullicioso.

ANG. Si soy yo, y no he podido acostumbrarme en mi vida.—Dame un beso, me dijo algunas veces; no correspondes al cariño que te tengo. Y yo le respondía besándole en la frente con timidez:—No sé por qué, pero... parece que me dais miedo. Entonces él me rechazaba con violencia, se ponía más sombrío que antes, y yo me retiraba asustada.. Y á solas luego, llorando, decía, reprendiéndome.—Sí, yo debía quererle, debía quererle... y no le quiero.

BELT. Difícilmente recoge cariño quien no sabe sembrarlo.

ROB. Yo te ruego que procures alejar esos pensamientos que te entristecen. ¡Todo el tiempo me parece poco para gozar de la ventura que nos sonríe!

BELT. En tí consiste que no se desvanezca.

ROB. ¿En mí?

BELT. Tú puedes hacer feliz ó desgraciada á esta pobre niña.

ROB. ¿Y dudais que la haré dichosa?

BELT. No; pero temo que para casado seas demasiado niño.

ROB. ¿Niño? Yo os probaré que no.

BELT. ¡Dios lo quiera!—Y, vamos á ver, ¿qué regalo de boda has hecho á Angela? Porque ya sabes que la costumbre obliga al novio á ofrecer un rico presente.

ROB. (Cortado.) Pues, yo... la verdad es que...

ANG. A mí me basta con su cariño. Ya me habéis puesto bastante engalanada. ¿Para qué quiero más?

BELT. Sin embargo, ese vestido exige alguna joya; un collar, por ejemplo.

ROB. Cierto que sí, y yo la prometo... que con lo primero que gane he de comprárselo.

BELT. Que te agradezca la intención, pero no es preciso. Permite que en tu nombre le ofrezca yo éste. (Enseñándole uno que saca del bolsillo.)

ROB. ¡Oh! ¡Qué hermoso es! En mi vida ví cosa que se le parezca.

Música

BELT.
Diamantes brasileños
tan claros como el sol.
te ofrezco, hermosa niña,
en cariñoso don.
Del fondo de la tierra
mi mano los sacó;
que adorne tu hermosura
su mágico fulgor.

(Le da el collar, que Angela contempla un instante.)

ANG.
¡Oh, qué linda joya!
¡Causa admiración!

ROB.
¡Dignas de una reina
tales piedras son!

BELT. (Dándole un lindo espejito de mano.)
Póntelas, y en este
diáfano cristal,
todos tus encantos
puedes admirar.

ROB.
¡Sois muy generoso!

ANG. Gracias mil os doy.
ROB. Deja, que yo mismo (A Angela.)
á adornarte voy. (Le pone el collar.)

—

ANG. (Contemplándose en el espejo.)
Como gotas de fresco rocío
que adornan temblando
la cándida flor,
estas piedras sobre el pecho mío
se agitan brillando
con limpio fulgor.

—

¡En su seno la luz juguetea
con lindos cambiantes
que trueca al azar,
y parece que el sol se recrea
mil chispas radiantes
haciendo brotar!

—

ROB. Aunque de su rostro, (A Beltrán.)
fiel ese cristal
todos los encantos
sepa reflejar,
en su hermosa imagen
faltará calor;
viéndose en mis ojos
se verá mejor. (Se acerca á ella.)
BELT. Tiene el jovencillo
celos del cristal
que de su adorada
copia así la faz.
Y á la vez risueño
piensa con su amor
que en sus negros ojos
se verá mejor.

—

ROB. Aunque de tu rostro, etc. (A Angela.)
Mírate en mis ojos,
te verás mejor.

—

ANG. Yo por tí desprecio
este fiel cristal,
y cuando mi rostro
quiera contemplar,
como tu mirada
llena está de amor,
siempre en esos ojos
me veré mejor.

Hablado

ROB. ¡Hermoso es el collar!

ANG. Como yo no podía ni soñarlo. ¡Ah! ¡Con qué podremos pagaros tantos beneficios!

BELT. Con vuestro afecto me considero bien pagado.

ROB. Yo no encuentro ya palabras para expresar mi agradecimiento.

BELT. Ni hace falta que las busques. Vaya, se acerca la hora de encaminarnos á la iglesia. Vé á ponerte el velo de desposada.

ROB. Tiene razón, y yo, con vuestro permiso voy á ayudarle á ponérselo.

BELT. Sí, sí; no la dejes sola un momento, no vaya á evaporarse.

ANG. ¿Os burláis?

BELT. ¿Burlarme yo del amor? No, hija mía, no. ¡Benditos los que aman!

ANG. Hasta luego.

ROB. Hasta después.

ESCENA IX

DICHOS, el JUEZ, que sale de la hostería

ANG. ¡Ah, señor!

JUEZ Buenos días, felices novios.

ANG. Buenos los tengais.

ROB. Con vuestro permiso, vamos adentro...

JUEZ Id con Dios. (Entra en la Hostería.)

BELT. (Acercándose.) Señor Juez, no sabéis cuánto os agradezco el favor de haberos detenido para honrar con vuestra presencia la ceremonia.

JUEZ Yo me complazco en satisfacer ese deseo, y

tengo sumo gusto en asistir al enlace de esos buenos muchachos, que os deben su felicidad.

BELT. Creo que la merecen toda. Ella y él tienen un corazón de oro.

VOCES (Dentro.) ¡Que beba! ¡Que cante! ¡Vivan los novios! ¡Viva el padrino!

SIMÓN (Dentro.) Dejadme en paz.

VOCES ¡Que cante! ¡Que cante!

ESCENA X

DICHOS, SIMÓN y CORO que sale tras él y rodeándole

JUEZ ¿Qué algazara es esa?

SIMÓN Os digo que me dejéis.

MATEO ¡Que cante el viejo! (Un poco achispado.)

SIMÓN Para canciones estoy yo ahora.

TODOS ¡Que cante, que cante!

MATEO Así, así, hacedle rabiar.

BELT. Pero, ¿qué es eso?

MARIN. 1.º Que no queremos ver á nadie triste cuando todos estamos alegres.

MATEO Sí, demasiado. Me parece que estamos demasiado alegres. ¡Je, je!

MARIN. 1.º Vamos, señor Simón, cantadnos alguna cosa de vuestros tiempos.

BELT. Basta ya, dejadle.

SIMÓN No; voy á complacerles. Precisamente recuerdo ahora una antigua balada, que es muy oportuna para lo que se festeja.

VOCES ¡Que la cante!

SIMÓN ¡Allá va! Se llama *El abrazo de los novios.*

TODOS ¡Bravo! (Le rodean y canta.)

Música

SIMÓN

¡Din, don!
¡din, dan!
Alegres las campanas
repica el sacristán.
¡Din, don!
¡din, dan!
La novia es una perla
y el novio es muy galán.

—

El cura los bendice,
colmando así su afán.
¡Din, don!
¡din, dan!
Ya salen de la iglesia.
¡qué alegres todos van!
¡Din, don!
¡din, dan!

—

Los dos recién casados,
huyendo de la gente,
dirígense á la mar;
la pálida neblina
envuelve, pudorosa,
la nave donde van.

—

De pronto el mar sereno
desátase iracundo,
y el viento se hace oir;
y á un golpe de las olas,
la novia, arrebatada,
desaparece allí.

—

Tras ella, audaz el novio,
se lanza al mar bravío,
y al fondo juntos van;
y allí los dos se estrechan...
¡qué triste es el abrazo
primero que se dan!

—

¡Din, don!
¡din, dan!
Mañana las campanas
por ellos doblarán.
¡Din, don!
¡din, dan!
Sus cuerpos á la arena
las olas echarán.
¡Din, don!
¡din, dan!

Hablado

(Todos, que al principio de la canción escuchaban alegres, han ido entristeciéndose poco á poco hasta quedar sombríos y cabizbajos.)

MATEO (Gimoteando.) ¡Vaya una canción para alegrar á cualquiera! ¡El demonio del viejo!

SIMÓN (Separándose de ellos.) ¡Je, je! ¿No queríais cancioncitas?

MATEO ¡Cuando yo digo que este tío es muy malo! (Suenan lejos el tambor y la gaita.)

MARIN. 1.º ¿Oís? ¡La gaita!

MATEO ¡Y el tamborilero!

MARIN. 1.º ¡En danza, muchachos! (Animanse todos.)

MATEO ¡Viva la alegría! (Vanse hacia el foro, acercándose á Simón.) Aunque haya en el mundo mochuelos, nunca faltarán ruiseñores. (¡Anda, chúpate esa!) (Vase brincando y desaparece con los demás por el foro.)

ESCENA XI

SIMÓN, BELTRÁN y JUEZ

JUEZ Ciertamente, la canción (A Simón.)
es harto triste y sombría
é impropia de la ocasión.

BELT. Nunca la ajena alegría
dió gozo al señor Simón.
Siempre su enemigo fué.

SIMÓN ¿Qué sabéis vos?

BELT. Sí, lo sé.

SIMÓN ¿Por referencias quizá?

BELT. ¿Por referencias? No á fe,
que os conozco hace años ya.

SIMÓN ¿Vos?

BELT. Yo, sí. Tanto he cambiado
con el tiempo transcurrido
y vengo tan transformado,
que, la verdad, no he extrañado
que me hayais desconocido.
Pero bien seguro estoy
de que, al fin, haréis memoria,

y porque sepais quién soy,
en pocas palabras voy
á referiros mi historia.

JUEZ Escuchemos.

(El Juez presta atención. Simón escucha con ansiedad.)

SIMÓN (¡Ay de mi!)

BELT. En esta playa nací
de unos padres sin fortuna;
huérfano desde la cuna
solo en el mundo me ví.
Sin hogar, techo ni abrigo,
siendo de todo linaje
de orden y freno enemigo,
disfrutaba del mendigo
la independencia salvaje.
Buscando siempre al azar
el cuotidiano sustento
despreciando el trabajar,
vivía libre y contento
de los despojos del mar.
Y con juvenil ardor,
tanto ansiaba la pelea
en que mostrar mi valor,
que llegué á ser el terror
de la gente de la aldea.
Por mi audacia y bizarría,
el más valiente en la playa
me respetaba y temía...
¡alguno, acaso, no me haya
olvidado todavía!

SIMÓN (¡No!)

BELT. Pasó el tiempo, crecí;
hombre un día me sentí,
capaz de un oficio honrado
y al verme pobre y menguado
vergüenza tuve de mí.
—Soy joven, dije, soy fuerte,
no tengo miedo á la muerte;
mil á las Indias han ido
y encontrado allí su suerte...
¡Por ella voy decidido!
Y con el ansioso afán
de los que en su busca van,
dejé esta playa arenosa
una noche tormentosa
en alas del huracán.

SIMÓN (¡El es!)
BELT. La región indiana,
hermosa tierra lejana
que cría en su seno el oro,
al que en buscarlo se afana
da, generosa, un tesoro.
Yo, con ardor sin igual,
rendido más de una vez
al trabajo corporal,
y abrasándose mi tez
bajo el fuego tropical,
gasté pródigo mi vida;
pero con fe no abatida
logré colmado el deseo,
y una fortuna poseo
por el trabajo adquirida.
Dueño de ella pensé ya
feliz en volver acá;
de esta tierra me acordaba,
acaso porque pensaba:
¡mis padres duermen allá!
¡Y ayer á su tumba fuí,
y sobre ella, arrodillado,
dulces lágrimas vertí;
ya debo estar perdonado
si en algo les ofendí! (Conmovido.)
SIMÓN (Como haciendo un esfuerzo para convencerse al fin.)
¿Y os llamais?...
BELT. Claudio Beltrán.
SIMÓN (¡Dios me valga! ¡Soy perdido!)
BELT. Pronto me recordarán,
y mi nombre oscurecido
algunos bendecirán.
Que como Dios me conceda
la quietud apetecida
y á mis deseos acceda,
he de consagrar mi vida
á hacer todo el bien que pueda.
ROB. (Asomándose á la puerta de la hostería.)
¡Padrino, padrino!
BELT. ¡Voy!
Conque ya sabéis quién soy:
si útil me juzgais en algo,
vuestro será desde hoy
cuanto tengo y cuanto valgo.
(Entra en la hostería.)

ESCENA XII

SIMÓN, JUEZ

JUEZ ¿Estais temblando?
SIMÓN (Procurando serenarse.) No tal.
(¡Sí yo lo debo decir!)
(Como si se sintiera desfallecer se apoya en el Juez.)
JUEZ ¿Eh? ¿Qué es esto? ¿Os sentís mal?
SIMÓN Es. . sorpresa natural
por lo que acabo de oir.
(Sólo así me salvo yo.)
JUEZ Pero ¿qué os pasa?
SIMÓN (En voz muy baja.) Ese hombre...
¡Ese... es... quien asesinó
al padre de Angela!
JUEZ ¡Oh!
¿Qué decís?
SIMÓN Yo... por su nombre...
El mismo se ha delatado;
ante vos lo ha pronunciado:
¡Claudio Beltrán!
JUEZ ¡Ah, sí! Ahora
recuerdo. ¿Pero él ignora
que está á muerte condenado?
SIMÓN (¡A muerte!) (Aterrado.) Sin duda, sí.
JUEZ ¿Y cómo la audacia tiene
de presentarse hoy así?
SIMÓN Cierto, mas...
(Óyense la gaita y el tamboril.)
JUEZ La gente viene,
retirémonos de aquí.
Hay que probar si es el mismo.
Tal valor y tal cinismo
no se pueden comprender.
SIMÓN (¡Se abre á mis pies un abismo,
pero yo no he de caer!)
(Vanse por la izquierda.)

ESCENA XIII

CORO general, precedido de los que tocan la gaita y el tamboril. Después BELTRÁN, ROBERTO, ANGELA, MARGARITA y MATEO

Música

CORO En tanto que los novios
salen acá,
la alegre cornamusa
vuelva á sonar,
y al redoblar ligero
del tamboril,
los mozos y las mozas
bailen aquí.
(Suspenden el baile, comenzando cuando salen los personajes indicados arriba.)
De la casa ya sale
el cortejo nupcial;
ved la novia dichosa
qué hermosísima va.
Dios les dé luengos años
de fortuna y de paz,
y que juntos consigan
su ventura gozar.

—

ROB. / ANG. ¡Mentira me parece
tanta felicidad!
BELT. A la iglesia marchemos.
CORO Vamos todos detrás.

—

Dios les dé luengos años, etc.

ESCENA XIV

DICHOS, el JUEZ y el SEÑOR SIMÓN. Tras ellos cuatro gendarmes que se detienen á la izquierda, en segundo término

JUEZ ¡Alto, señores, todos,
en nombre de la ley!
CORO ¿Qué es esto? ¿Qué sucede?
¿Qué busca el señor Juez?

SIMÓN (¡Señor! ¡Qué horrible angustia!
¡Piedad de mí tened!)
JUEZ ¡De aquí nadie se mueva!
(Acercándose á Beltrán.)
¡Daos preso!
BELT. ¡Yo! ¿Por qué?
ROB.
ANG. } ¡Oh, Dios! ¿De qué os acusan?
BELT. No acierto á comprender...
¡Mas el error en claro
bien pronto yo pondré!
JUEZ En vano es que tranquilo
finjáis aparecer;
hoy vuestro horrendo crimen
al fin expiaréis.
TODOS
BELT. } ¡Un crimen!
BELT. Es un sueño.
SIMÓN (¡Qué horrible padecer!)
BELT. ¿De qué me acusan; pronto,
decidlo ya, de qué?

—

JUEZ Veinte años há que la justicia
á muerte vil os condenó.
(A Angela.)
Este es el hombre, desgraciada,
que á vuestro padre asesinó.
BELT. ¡Yo!
TODOS ¡Oh!

—

BELT. ¡Ah! ¡Qué impostura tan infame!
¡Yo mi inocencia probaré!
ANG. (Acercándose.)
¡Por Dios, decidnos vuestro nombre!
BELT. ¡Claudio Beltrán!
ANG. (Separándose de Beltrán.) ¡Jesús!
CORO (Retirándose algo.) ¡Es él!
¡Es él! ¡Es él!

—

BELT. ¿Por qué mi nombre, siempre honrado
rechazan todos hoy así?
(A Angela y Roberto.)
¡Soy inocente, yo os lo juro!

ANG. ¡No os acerquéis, no os acerquéis á mí!
BELT. ¡Ellos también, oh, santo cielo!
¿Es sueño todo lo que oí?
CORO (Creyó su crimen ignorado,
tal vez por eso ha vuelto aquí.)

—

BELT. Tú, Señor, que la inocencia
ves brillar desde la altura,
sabes bien que en tu presencia
puedo alzar mi frente pura.
¡De mi nombre envilecido
salva el honor,
y haz que vea confundido
al infame acusador!
¡Víctima fuí
de un impostor;
yo espero en tí
piedad, Señor!
SIMÓN (Tiemblo y dudo en su presencia,
y al mirar su desventura,
agitada la conciencia
implacable me tortura.
De mi pecho estremecido
huye el valor,
y aterrado y confundido
soy mi propio acusador.
Nunca sufrí
tanto dolor.
¡Piedad de mí!
¡Piedad, Señor!)
ROB. / ANG. El temor de la evidencia
llena el pecho de amargura.
¡Quiera Dios que su inocencia
vuelva á todos la ventura!
¡Ah, por qué, por qué has nacido,
sueño de amor,
para verte sumergido
en los mares del dolor!
¡Triste de mí!
¡Cuánto rigor!
¡Yo espero en tí
piedad, Señor!

JUEZ, MATEO, MARGARITA, CORO GENERAL

¡Es extraña su imprudencia
de venir á la ventura
donde existe una sentencia
que la muerte le asegura!
Si del crimen cometido
es el autor,
no se explica que atrevido
se presente sin temor.
Yo nunca ví
tanto valor,
él es aquí
su delator.

—

Belt. (Al Juez.)
Vos sois de la justicia
representante aquí;
¡vos mismo mi inocencia
proclamaréis al fin!

—

¡Si á la justicia humana
hoy ciega torpe error,
tranquilo y resignado
confío en la de Dios!

Simón (¡Qué horrible es el tormento
porque pasando estoy!
¡Un medio de salvarle
inspírame, Señor!)

Ang. / **Rob.** (Al verle tan sereno
se ensancha el corazón.
¡Si acaso es inocente,
ampárale, Señor!)

Juez (Al criminal impune
que así la ley burló,
severa la justicia
aplique su rigor.)

CORO, MATEO y ÁNGELA

(Jamás el que villano
un crimen cometió,

rechaza tan altivo
la horrible acusación.)

(Beltrán se dirige hacia los gendarmes como entregándose á ellos. Roberto y Ángela le contemplan formando grupo. Simón, aterrado, se separa al ver pasar á Beltrán. Cuadro.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO



ACTO TERCERO

Sala corta de paso. A derecha, izquierda y foro, puertas

ESCENA PRIMERA

CORO DE HOMBRES y MUJERES, que salen por la derecha

Música

CORO (Señalando á la izquierda.)
Esa es la puerta
del Tribunal:
por aquí el reo
debe pasar.
Hasta que llegue
no dejarán
que los curiosos
entren allá.

—

¡Pero, silencio,
que ahí viene ya!

ESCENA II

DICHOS: BELTRÁN que, seguido de dos gendarmes, aparece en la puerta del foro y entra lentamente en el Tribunal

CORO ¡Qué triste el desdichado
y qué abatido está!

Dios haga que inocente
le juzgue el Tribunal.
¡Qué triste va!
¡Qué triste va!

HOMBRES Entremos á la Audiencia,
que el juicio va á empezar,
y el fallo inapelable
muy pronto dictarán.
¡Vamos allá,
vamos allá! (Entran los hombres.)

—

MUJERES ¿Nosotras, qué hacemos?

OTRAS Yo dudo si entrar,
porque á mí estas cosas
me impresionan mal.
Y en entrando, tengo
la seguridad
de que por la noche
lo he de recordar.

—

En cuanto me acuesto
sueño con fantasmas,
unos que me roban,
otros que me matan.
Mi alcoba se llena
de negras lechuzas,
y vienen los duendes
y salen las brujas.
Y aquí me pellizcan,
y allá me atenazan,
y—¡plún!—de repente
se vuelca la cama.
Y siento unas cosas,
—¡ay, Jesús, qué horror!
que me pongo, primero muy mala,
y luego peor.

—

Por ver yo, curiosa,
al guillotinado,
así viva un siglo
no podré olvidarlo.
Recuerdo su cara,
sus ojos recuerdo,

sus barbas, sus dientes,
su voz y sus gestos.
Y de haberle visto
tuve varias noches
una pesadilla
de las más atroces;
pues soñé que el reo,
—¡ay, qué atrocidad!—
¡me venía á tirar de las piernas
en la oscuridad!

—

Mas si al fin y al cabo
nos lo han de contar,
casi, casi creo
preferible entrar. (Decidiéndoee.)
¿Vamos allá?
¡Vamos allá!
¡Ay, qué maldita
curiosidad!
¡Vamos allá! (Entran.)

ESCENA III

MATEO, ROBERTO por la derecha

Hablado

MATEO Anda, entra conmigo. No seas cobarde.

ROB. No, no puedo. Déjame.

MATEO Pues yo haré de tripas corazón, pero he de verle. Tal vez, al fin y al cabo, los jueces encuentren hoy alguna prueba en favor suyo.

ROB. Todas le acusan. Ese maldito cuchillo, que unido al proceso, ha conservado, y que, según dice, dejó sin duda olvidado en la hostería y ha reconocido como suyo, es la prueba más convincente. Luego, las declaraciones del señor Simón y de los otros dos testigos, únicos que viven después de tantos años, han confirmado la opinión de los jueces.

MATEO Pero no la mía.

ROB. Ni la mía tampoco.

MATEO ¿De modo que tú piensas, como yo, que es inocente?

ROB. ¿Quién lo duda?

MATEO Oye, Roberto; yo seré un pedazo de alcornoque, pero tengo un corazón que no me engaña. Y lo que yo digo: si ese hombre fué quien mató al padre de Angela y huyó, y allá en las Indias con el dinero robado hizo fortuna, ¿para qué necesitaba volver aquí, donde debía comprender que pesaba sobre él una sentencia?

ROB. Lo mismo pienso yo.

MATEO Y si después de tanto tiempo ausente le dió la mala idea de volver á su tierra, puesto que ninguno le ha reconocido, pudo muy bien llamarse de otro modo y nadie habría sospechado que este caballero millonario era aquel mozo miserable.

ROB. ¡Claro que sí!

MATEO Por todo lo cual, digo y repito que mientras él siga sosteniendo, como lo hace, que es inocente y que no tenía ni noticia del crimen, yo le creeré tan honrado y tan bueno como el que más.

ROB. Es imposible que sea delincuente. La seguridad de sus contestaciones en el interrogatorio, aquel acento de verdad que tienen todas sus palabras, lo sereno de su mirada, revelan una conciencia tranquila.

MATEO Estamos conformes.

ROB. Y esa es la opinión de todos. Sólo vacilan ante las pruebas del antiguo proceso y la convicción que en el pueblo había de que Claudio Beltrán era el asesino del padre de Angela. Yo á veces he pensado: ¿será un sentimiento egoista el que me hace juzgar á ese hombre inocente? ¿Cerraré los ojos ante la evidencia por los favores que le debo y porque de él sólo depende mi fortuna?

MATEO ¡No! También se me ha ocurrido eso, pero inmediatamente he pensado esto otro:— Desde el intante en que fué preso, la justicia, como de costumbre, se apoderó de cuanto él tenía, y aquello que la justicia agarra, tarde ó nunca lo suelta; de modo que hoy por hoy, ese infeliz es más misera-

ble que cualquiera de nosotros. Y sin embargo de esto, y de no esperar recompensa alguna, si hoy, como se dice, le condenan á muerte, yo estoy decidido á salvarle.

ROB. ¿Tú? ¿Qué dices?

MATEO Y si me ayudas, aún confío más en lograrlo.

ROB. ¿Pero cómo? ¿Cuál es tu proyecto?

MATEO Escucha. Ya sabes que el día de la boda, es decir, el día en que debió ser la boda, me despedí del señor Simón diciéndole cuatro cositas muy bien dichas. ¡Como que no pen saba volver!—Pero no fué así. En vista de lo ocurrido, y viéndome sin colocación, hablé con Margarita, y ésta con el amo, y me pintó tan arrepentido de haberle dicho aquellas claridades, que el señor Simón, haciendo algo bueno por pri mera vez en su vida, me admitió de nuevo en la casa y continúo sirviendo en ella.

ROB. Bien; ya lo sé; sigue.

MATEO Al volver, acariciaba la idea de salvar á ese hombre.

ROB. ¿De qué manera?

MATEO Verás.—El cuarto que le sirve de prisión, y que es el mismo en que estuvo el otro reo, tiene dos puertas. Una da al pasadizo alto y la custodian dos gendarmes; otra comunica con la alcoba del señor Simón, y allí no hay guardia.—Un fuerte cerrojo la asegura, y el amo viene á ser por aquel lado, como quien dice, el único carcelero.

ROB. ¡Ya!

MATEO Enciérrase para dormir, costumbre de gente mala; pero probando yo en la cerradura de la alcoba todas las llaves de la casa, he hallado una con la cual se abre fácilmente. Y aquí está. (Sacándola.)

ROB. Bien, pero eso no basta.

MATEO Déjame concluir.—Hoy está el cielo encapotado y sopla fuerte el viento de tierra, señales casi seguras de que á la noche se repetirá la tempestad de estos días pasados.

ROB. ¿Y eso qué?...

MATEO Ya sabes que el viejo al primer relámpago que ve, se acuesta lleno de terror. Yo entonces, aprovechando su sueño en caso con-

trario, penetraré en la alcoba, descorreré el cerrojo de la otra puerta, que ya he tenido la precaución de untar con aceite, y sacaré al preso, que puede saltar á la playa por una ventana cualquiera.

ROB. Bueno; ¿y después?

MATEO Esperas con tu barca amarrada á la orilla y le llevas hasta el bergantín.

ROB. ¿Y allí?

MATEO La tripulación es toda suya. Por interés ó por gratitud le juzga inocente como nosotros. El barco es velero, según dicen, y como el viento debe serles favorable para alejarse de la costa, podrán estar ya cerca de Inglaterra cuando se descubra que el pájaro ha volado.

ROB. Arriesgada es la empresa, pero no importa; estoy pronto á ayudarte.

MATEO Lo mejor será que los jueces le absuelvan y nuestro proyecto se quede en proyecto.

ROB. No lo espero, desgraciadamente.

MATEO ¡Quién sabe! Yo adentro voy.

ROB. Aquí te aguardo con el alma llena de inquietudes.

MATEO ¡Si condenan á este hombre, digo que no hay justicia en la tierra! (Entra por la izquierda.)

ESCENA IV

ROBERTO, luego ANGELA

ROB. En vano procuro arrancar de mi pecho toda esperanza. Parece que el alma, ansiosa de realizar lo que he soñado, se complace en darme aliento con ilusiones que acaso dentro de un instante se desvanecerán para siempre. ¡Oh, Angela! ¿Tú aquí?

ANG. La impaciencia me trae. ¿Sabes algo? ¿Qué dice la gente? ¿Se espera que sea absuelto?

ROB. Todos temen que el tribunal, en vista de las pruebas, confirme la sentencia anterior.

ANG. ¡Oh, sería horrible! Su muerte no disiparía mis dudas.

ROB. ¿Pues tú lo supones culpado?

ANG. ¿Yo? No lo sé. Estoy loca. A veces creo que

la sombra querida de mi padre se me aparece airada porque no aborrezco bastante al asesino. A veces, pienso que ese desdichado es víctima de una acusación infame, de un error inconcebible; que es inocente y que mi padre desde el cielo me dice ámale, hija mía; hazle tú la justicia que los hombres le niegan.

ROB. ¡Terrible lucha!!

ANG. Si alguna prueba inesperada pusiera hoy en claro su inocencia y el tribunal le absolviese...

ROB. Su libertad sería nuestra dicha, nuestra fortuna.

ANG. Por eso no la espero. Soy muy desgraciada.

ROB. Angela, tengamos confianza en Dios, que no ha de abandonarnos. ¡Quién sabe si muy pronto oiremos partir de allí (Señalando á la puerta del tribunal.) el grito de alegría que lancen los que asisten al juicio al escuchar la absolución del acusado!

ANG. ¡Cuánto sería mi gozo al verle libre! ¡Qué tranquila se quedaría el alma!

ROB. Nuestra felicidad renacería para no desvanecerse nunca.

ANG. ¡Todos nuestros sueños de amor podrían realizarse!... (Rumor dentro.)

ROB. ¿Qué es eso? ¿No has oído? ¡La gente habla en voz alta! Acaso se hayan retirado los jueces para pronunciar luego su fallo.

ANG. ¿Por qué no entras? Yo no tengo valor.

ROB. ¡Sí, haré un esfuerzo! todo es preferible á la duda. Espérame.

ANG. ¡Dios haga que sea portador de la buena nueva!

ROB. ¡Ay, Dios lo haga! (Entra.)

ESCENA V

ANGELA, sola

Música

Con él mi esperanza va;
temblando lo espero aquí,

sabe Dios si volverá,
¡triste de mí!

—

Inquieta el alma mía
y llena de amargura,
las horas de ventura
recuerda en su aflicción;
ayer todo alegría,
hoy luto, llanto y duelo;
¡qué horrible desconsuelo
anubla el corazón!

—

Mis esperanzas seductoras
ayer risueña concebí;
horas de paz, benditas horas,
¡cuán breves fueron para mí!

—

Llorando el bien perdido
y en sombras inundada
el alma perturbada
por loca agitación,
anhela del olvido
la fuente hallar tranquila,
mas ya su fe vacila
y pierde la razón.

—

Dardo cruel, punzante duda
el pecho hiere sin piedad;
¡celeste luz, ven en mi ayuda!
¡Brilla, por fin, santa verdad!

ESCENA VI

DICHA, KOBERTO; luego MATEO

Hablado

ROB. ¡Angela! (Con profundo desaliento.)

ANG. ¡Roberto!—¡Ah! ¡No me lo digas! ¡No me lo digas! ¡Desventurada de mí! (Cayendo en sus brazos.)

ROB. ¡Ya no hay esperanza!

MATEO (Acercándose por detrás sin ser visto de Angela y en voz muy baja.) ¡Sí!—¡Hasta luego!—(Poco he de poder ó yo le salvo.) (Vase por la derecha.)

ESCENA VII

ANGELA. ROBERTO, después BELTRÁN con dos gendarmes, que quedan á la puerta durante la escena

Música

ROB. ¡Valor, Angela mía!
ANG. ¡El ánimo perdí!
ROB. ¡Ya sale!
(Al ver á Beltrán, Angela y Roberto se disponen á salir.)
BELT. (Al verlos.) ¡Deteneos!
No huyais, no huyais de mí,
(Los dos se detienen.)
por caridad. al menos;
tenedme compasión,
y oid de un desdichado
la triste confesión.

—

ANG. (¿Por qué al oir su acento
mi débil corazón
aun siente por ese hombre
afecto y compasión?)
ROB. (Al escuchar su acento,
leal mi corazón,
de su inocencia adquiere
profunda convicción.)

—

BELT. Al borde del sepulcro
ni el más villano miente;
yo moriré mañana,
mas moriré inocente.
¡Que por perjuro sufra
las penas del infierno,
que mi alma se condene
al padecer eterno,
y que al tocar mi vida

su término fatal,
de Dios maldito sea,
si he sido criminal!

—

ROB. } ¡Callad, callad!
ANG. } ¡Su voz tiene el acento
de la verdad! (Acercándose á él.)

—

BELT. El juicio de los hombres
me declaró culpado;
yo acato su sentencia
sumiso y resignado;
que al ser, por suerte mía,
creyente verdadero,
de un juez que siempre es justo
la absolución espero.
¡Y si el tremendo fallo
mi nombre deshonró...
júzguenme infame todos,
pero vosotros, no! (Llorando.)

ROB. } ¡Nosotros, no! (Acercándose á él decididos.)
ANG. } ¡La negra duda impía
del alma huyó!

—

BELT. ¿Vosotros no?
¡Al cabo el alma mía
consuelo halló!
¡Morir puedo ya! Mi adiós postrimero
tranquilo os daré partiendo de aquí.
¡Morir puedo ya! ¡Que al fin cuando muero,
vosotros quedais llorando por mí!

ROB. } ¡No quiero dudar! Su labio sincero
ANG. } al pecho volvió la fe que perdí.
¿Por qué, Santo Dios, hoy, tú justiciero,
el fallo cruel permites así?

—

BELT. ¡Fuerza es separnos!
¡Con cuánto dolor
os doy, hijos míos,
el último adiós!

ANG. ¡Cruel despedida!
¡Qué horrible dolor!

¡Oh! ¡Cuánto acongoja
el último adiós!

ROB. (¡Mi vida en peligro
pondré sin temor,
por que este no sea
el último adiós!)

ANG. ¡Adiós! ¡Adiós!

BELT. ¡Estrechen mis brazos
de nuevo á los dos!
(Con acento profundamente dramático.)
¡Adiós, hijos míos!
¡Para siempre adiós!

ROB.
ANG. } ¡Adiós! ¡Adiós!

(Vase por la puerta del foro. Los gendarmes que han estado durante la escena á la puerta del tribunal, salen tras él. Roberto y Angela vanse por la derecha llorando.)

MUTACION

Alcoba con puertas á derecha é izquierda. Esta con un gran cerrojo. A la izquierda una ventana. En el ángulo de la derecha una cama antigua de roble tallado, con grandes colgaduras de lana que la cierran por completo. Junto á la cama una mesita con una lámparilla encendida. Muebles antiguos. Un sillón cerca del lecho.)

ESCENA VIII

Cesa la música en el momento de entrar por la derecha SIMÓN, que cierra la puerta con llave

¡Ya estoy solo!—Ya puedo respirar libremente.—¡Qué día tan largo!—(Se sienta.) Temiendo siempre inspirar sospechas, aparentando tranquilidad ante los jueces, cuando el corazón se me saltaba del pecho y las piernas apenas podían sostenerme y el cuerpo quería temblar... y no bastaba mi voluntad firmísima para sujetarlo.—¡Ah! ¡Qué espantoso día!—(Se levanta.) Por fin, todo ha concluído... Sí, Pero, ¿cómo? ¡Con un nuevo crimen! Dejando que la ley, esta vez ciega, condene á ese desgraciado... ¿Por qué ha vuelto antes de morir yo? Corta puede ser ya mi vida; por eso, tal vez, temo tanto el perderla... Si él hubiera regresado algunos años más tarde, cuando yo hubiese muerto, habría aparecido inocente á los ojos de todos, y con la declaración que escribí en descargo de mi conciencia, vería reivincado su nombre aun á costa de la infamia del mío.—¡Hoy no es posible! La fatalidad le trajo antes, para su desdicha. ¡Dios... no; el infierno lo ha querido!...—Y la suerte, por un horrible sarcasmo, me hace su carcelero. ¡A mí!—Yo podría abrir esa puerta y decirle: ¡Huye! Pero, ¿y mañana? (Separándose de allí.) Envuelto en un proceso, la justicia fijaría sobre mí su mirada escrudiñadora, y acaso pudiera ver lo que milagrosamente se ha ocultado á sus ojos.—No; no puede ser. —Yo querría salvarle; pero, ¿cómo?—Arde mi cabeza. (Se dirige á la ventana y la abre.) ¡Ah! ¡Cuánto me consuela el viento fresco de la noche! ¡Siento en el pecho una angustia tan honda! ¿Qué es esto que pesa sobre mi co-

razón? Parece que en todo ese inmenso espacio no hay aire bastante para que yo respire. (Brilla un relámpogo.) ¡Jesús me valga! (Retirándose de la ventana.) ¡La tempestad! ¡Dios misericordioso, haced que se aleje, que no llegue el trueno á mis oídos! (Otro relámpago y trueno.) ¡Ah! (Se acerca y cierra violentamente la ventana.) Con la tormenta vienen á mi memoria los recuerdos de aquella noche horrible. Veinte años han pasado y parece que ha sido ayer. Diviso entre sombras la playa, adonde llegan mugiendo las olas encrespadas del mar; oigo el estampido de los truenos, y á luz del relámpago veo á aquel hombre envuelto en su capote, resguardando á la criatura... llegar junto á la roca... y allí... (Se oye un trueno más cercano.) ¡Oh! Sí; fué horrible el crimen; pero el castigo es muy grande... Todo el fragor de la tormenta retumba en mi cerebro, y me aturde y me enloquece. (Va con paso vacilante hacia la cama, en la cual se apoya.) ¡Perdón, Dios mío! (Cae de rodillas tapándose los oídos con ambas manos.) ¡Aplaca tu cólera un momento, ten piedad de mí! (Se oye un trueno muy cercano. Simon, aterrado, abre las cortinas de la cama y se deja caer sobre ella.)

Música

Se desencadena la tempestad. A poco, la pared del fondo de la alcoba desaparece, viéndose á través de una niebla misteriosa la playa erizada de rocas y el mar alborotado, sobre cuyas aguas se agita un barco con las velas recogidas. A la luz de los relámpagos, única que alumbra casi constantemente la escena de la aparición, se ve salir por la izquierda á Simón, que se oculta tras una roca de la derecha. Después el padre de Angela, cubierto por un largo capote, lleva de la mano una niña como de dos años de edad. Al aproximarse á la roca, detrás de la cual le espera Simón, toma en brazos á la niña, dejando para esto en el suelo el maletín, que recoge después; resguarda bajo la capa á la niña, y entra por la derecha. Simón sale de su escondrijo inmediatamente y le asesta el golpe á la vista del público. El hombre cae dentro dando un grito. Trueno espantoso, todo lo grande que pueda hacerse. Antes que acabe, se ve pasar corriendo á Simón, que lleva el maletín y mira aterrado hacia atrás. La pared vuelve á cerrarse, y cesa la música.

ESCENA IX

SIMÓN, en la cama, MATEO, que abre la puerta de la derecha y entra con el mayor sigilo

Hablado

MATEO ¡Dios me ayude! (Se santigua.) ¡Si tuviera cascabeles en las pantorrillas, valiente música se armaba! El señor Simón está dormido, sin duda, pero bueno será cerciorarse... (Se acerca á la cama y escucha.) ¡Como un tronco! (Levanta la cortina y se ve á Simón, que da la espalda á la escena.) Cuando despiertes mañana, buen chasco te vas á llevar, viejo marrullero. (Simón se vuelve de pronto de cara al público.) ¡Huy! (Ocúltase detrás de la cortina envolviéndose en ella rápidamente.) ¡Qué susto me ha dado!

SIMÓN ¡Ay de mí!

MATEO Se conoce que sueña. Mejor. Eso prueba que duerme profundamente. Aprovecharé el tiempo. (Deja caer la cortina que cierra la colgadura casi por completo.) ¡Cómo se va á quedar el preso cuando me vea! Ahora sólo falta que rechine el cerrojo. (Descorriéndolo.) Así, poquito á poquito. Mateo, no lo eches á perder. No. El unto hizo su efecto. Ya está. (Respirando con mucha fuerza.) Ahora abriré con precaución. (Abre la puerta.) ¡Ah! (Poniéndose un dedo sobre la boca.) ¡Chis! ¡Chis! (Hace señas á Beltrán para que salga.)

ESCENA X

DICHOS y BELTRÁN

BELT. ¿Qué es esto?

MATEO ¡Silencio! Venid acá y empujad esa puerta, no vayan á oirnos los gendarmss que guardan la otra.

BELT. Pero, ¿á qué vienes?

MATEO Hablad más bajo, que el señor Simón está durmiendo allí.

BELT. ¿Y cómo has podido?...

MATEO ¡Ingeniándome! No soy tan torpe como parezco.

BELT. ¿Y qué quieres de mí?

MATEO ¡Salvaros!

BELT. ¿Qué dices?

MATEO Sé que sois inocente...

BELT. ¡Oh, gracias! ¡Aun queda en el mundo quien me hace justicia!

MATEO ¡Chis! Y he preparado vuestra fuga.

BELT. ¡Cómo!

MATEO Todo está dispuesto. Roberto aguarda en esa orilla con su barca para llevaros hasta el bergantín. La tripulación está pronta á levar anclas en cuanto llegueis.

BELT. ¡Imposible!

MATEO ¿Qué decís?

BELT. Yo os lo agradezco, pero no puedo aceptarlo.

MATEO ¿Por qué?

BELT. ¡El que es inocente, no huye!

MATEO ¡No huye, pero le ahorcan!

BELT. Es inútil que insistas. O salír de aquí á la luz del día, con la frente muy alta, volviendo á llevar mi nombre sin mancilla, ó esperar sólo en Dios y morir resignado.

MATEO ¡Eso es una locura!

BELT. Además, huyendo por aquí, sería responsable el señor Simón, y la justicia le pediría cuenta de mi fuga.

MATEO ¡Pues podéis estarle agradecido! En sus declaraciones maldito si se ha cuidado de favoreceros.

BELT. El, diciendo la verdad, ha obrado conforme á su conciencia, y no me quejo, yo sigo los impulsos de la mía.

MATEO Pero pensad que mañana...

BELT. Mañana dejaré de sufrir.

MATEO ¡Venid conmigo! Aquí os aguardan la deshonra y la muerte; allí la libertad y la vida. De rodillas os lo suplico.

BELT. Levanta y déjame. Yo te agradezco con toda mi alma este último esfuerzo... pero... no... no debo aceptar.

MATEO Pensadlo bien, luego será ya tarde.

BELT. Vete y recibe este abrazo en prueba de eterna gratitud y de entrañable cariño. (Abrazándolo.)

MATEO ¡Demonio con el hombre! (*Sollozando.*) Vamos, decidíos. Es cuestión de un momento. Salimos de aquí, saltáis por la ventana.

BELT. No. Adiós.

MATEO (¡Si Roberto lograse convencerle!...)

BELT. Hasta mañana. Dí á Roberto y á Angela que vuelvan por aquí. Necesito oir otra vez de sus labios que no me juzgan delincuente.

MATEO Bueno; ya que os empeñais... quedad con Dios.

BELT. Adiós, mi buen amigo.

MATEO Sí que lo soy; eso podéis asegurarlo.

BELT. Y... cierra bien esta puerta El corazón es cobarde, podría ocurrírseme la idea vergonzosa de escapar... (*Entra.*)

ESCENA XI

MATEO; SIMON, dormido

MATEO ¡Este hombre es un santo! (*Cierra la puerta.*) ¡No echo el cerrojo! A ver si le da esa idea que él llama vergonzosa. Y ahora buscaré á Roberto. Quizá consiga él...

SIMÓN ¡Favor! ¡Socorro!

MATEO ¿Eh? ¡Caracoles! Se conoce que sueña á voces. (*Acércase á la cama y levanta los cortinajes, viéndose á Simón.*) ¡Cómo tiembla! Le castañetean los dientes. Por lo visto tiene una pesadilla. Si se le ocurriera despertar...

SIMÓN ¡El acusado! ¡Yo!

MATEO ¿Qué dice?

SIMÓN ¿Quien se atreve á acusarme? ¿Dónde están las pruebas? ¡No existe ninguna! ¿Que vaya al tribunal? ¿Para qué? Ya he declarado como testigo. Ya han condenado al otro... ¡Al otro! ¡Ja, ja, ja, ja! ¡La justicia! ¡Buena está la justicia!

MATEO ¡Demonio! Yo he de oir todo lo que diga.

SIMÓN ¡Ja, ja, ja, ja! (*Gritando alterado.*) ¡Los gendarmes! ¡Dejadme! ¡No quiero ir! ¡No quiero ir! (*Mateo se sienta en la cama y aplica el oido.*)

Música en la orquesta

ESCENA XII

Desaparece, como antes, la pared del fondo y se ve el Tribunal á la izquierda. En el centro un banquillo. A la derecha, detrás de la barra, pueblo que asiste con interés al juicio. El JUEZ y otros dos con pelucones blancos y largos y togas negras. El escudo de armas del primer imperio francés en la pared de la izquierda. Al verificarse la aparición todas las figuras del cuadro están inmóviles. El Juez agita la campanilla, QUE NO SUENA. Preséntase un Ugier por la puerta del foro

JUEZ (Indica ordenar que se presente el acusado. El Ugier levanta la cortina de la puerta del foro y aparece la contrafigura de Simón entre dos gendarmes. El Juez le manda sentarse en el banquillo.)

SIMÓN ¿Que me siente yo ahí? ¿En el banquillo del acusado? ¿Por qué? Yo soy inocente, yo no he hecho nunca mal á nadie. (La contrafigura de Simón moviendo los labios y accionando, figura, durante todo el cuadro, decir lo que pronuncia Simón en la cama, lo más simultáneamente posible.)

JUEZ (Indica á los gendarmes que obliguen á sentarse á Simón. Ellos lo hacen y se retiran dos pasos atrás junto á la barra.)

JUEZ (Figura dirigir á Simón duras acusaciones mientras habla Mateo.)

MATEO ¿Tendrá una pesadilla, ó será cierto lo que he sospechado siempre de que este viejo es un tunante? (Escucha con mayor ansiedad.)

SIMÓN ¡Yo no he escrito ese documento! ¡Mentira! ¡Mentira! ¿Por qué había de declarar bajo mi firma que Claudio Beltrán era inocente y que yo había asesinado al padre de Angela?

MATEO ¡Dios mío! ¿Qué está diciendo este hombre?

JUEZ (Levantándose señala á la contrafigura con ademán enérgico.)

SIMÓN ¿Que guardo esa declaración en el pecho? ¡No es verdad!

JUEZ (Manda á los gendarmes que sujeten á Simón y le saquen del pecho el documento. Ellos obedecen.)

SIMÓN ¡Dejadme! (Llevándose las manos al pecho y casi incorporándose en la cama.)

MATEO ¿Será cierto todo lo que dice?

SIMÓN (Resistiéndose.) ¡Ni los gendarmes ni nadie me lo arrancarán!

MATEO ¡Y forcejea! ¡Pues yo he de ver si es realidad ó pesadilla! (Procurando desabrocharle el chaleco al mismo tiempo que los gendarmes á la contrafigura.) ¡Cómo se resiste el condenado! ¡Oh, sí, sí! ¡Aquí hay un pliego! (Sacándolo.) ¡Aquí está! (A esta última frase, el gendarme, que ha sacado el pliego del pecho de la contrafigura, lo enseña y se acerca á entregárselo al Juez. Desaparece la visión, cerrándose de nuevo la pared rápidamente.) ¿Qué será esto? ¡Corro en busca del Juez! (Sale por la derecha y cierra por fuera la puerta.)

ESCENA XIII

SIMÓN, despierta despavorido y salta del lecho

¡Oh! ¡Qué terrible sueño! ¡Sí, sueño ha sido! Estoy solo. ¡Ah! (Reparando de pronto en el desorden de su ropa.) ¡Me lo han robado! ¡Me lo han robado! (Con acento de horrible desesperación.) ¿Quién ha podido entrar aquí? ¿Dónde está el pliego? ¿Dónde? ¿Quién ha sido? (Va hacia la cama y luego á la puerta derecha.) ¡Cerrada está! ¿Por dónde han entrado?... ¡Ah!... (Yendo á la de la izquierda.) ¡El ha sido, él! Pero, ¿cómo? ¡Pierdo la razón! ¿Quién ha abierto ahí? ¡Oh! ¡Si aún es tiempo yo lo recobraré! (Saca de la mesilla un puñal, y armado con él abre la puerta de la prisión.) ¡Salid, miserable!

ESCENA XIV

DICHO y BELTRÁN

BELT. ¿Qué es esto?

SIMÓN (Cogiéndole de un brazo y amenazándole con el arma.) ¡Dame ese pliego ó mueres!

BELT. ¡Estáis loco! ¿De qué me habláis? (Sujetándole con violencia.)

SIMÓN ¿No has sido tú? ¡No has sido tú! (Aterrado.)

BELT. ¡Serenaos! ¿Qué os pasa?

ESCENA XV

DICHOS, MATEO y JUEZ

MATEO ¡Adelante, señor Juez! ¡Adelante! (Abriendo la puerta.)
SIMÓN ¡Oh! (Dejando caer el arma.)
MATEO ¡Ahí tenéis á esa buena alhaja!
JUEZ ¡Daos preso, miserable!
BELT. ¿Qué dice?
SIMÓN ¡Piedad de mí! ¡Perdón! (Cayendo de rodillas.)
BELT. Pero, ¿qué es esto?
JUEZ ¡Ah! ¿Vos aquí?
MATEO He abierto yo la puerta; si merezco castigo que me lo impongan inmediatamente. (Arrodillándose también de manera que haga cómico contraste con la figura de Simón.)
JUEZ ¡No! (A Beltrán.) ¡Venid á mis brazos! ¡Mañana el tribunal proclamará vuestra inocencia! Y en cuanto á vos... (A Simón.)
SIMÓN ¡Piedad, piedad de mí! (Arrastrándose de rodillas.)
JUEZ Basta, desdichado. (Haciéndole levantar.) ¡La justicia humana puede equivocarse, pero nunca yerra la de Dios! (Empujándole hacia la prisión.) Esperad ahí vuestro castigo.
SIMÓN ¡Misericordia de mí! ¡Misericordia! (Entra.)
JUEZ (A Mateo.) ¡Cerrad la puerta!
MATEO Ya lo creo. Ahora sí que echo con gusto el cerrojo! (Haciéndolo sonar mucho.)

ESCENA ULTIMA

DICHOS, ROBERTO y ANGELA, por la izquierda

BELT. ¡Roberto! ¡Angela! (Al verlos.)
ANG. ¡Perdón!
¡Perdón por haber dudado!
BELT. ¡Hijos de mi corazón! (Abrazándolos.)
Logró, al fin, mi nombre honrado
la justa reparación.
JUEZ ¡Sí, la tendrá!

MATEO (Que ha abierto la ventana, iluminándose la escena con la luz de la aurora.)

¡Ya es de día!

ROB. El sol que alumbrar debió
vuestra espantosa agonía,
vertiendo luz y alegría,
por vuestra dicha brilló.

ANG. ¡Bendita su claridad!

BELT. ¡Ya en la inmensidad del alma,
como en esa inmensidad,
á reinar vuelve la calma
después de LA TEMPESTAD!

(Cuadro.—Telón rápido.)

FIN DE LA OBRA

A los directores de escena de los teatros de provincia

Una de las causas más poderosas del grandísimo efecto producido en el público por el acto tercero de este melodrama, ha sido indudablemente la precisión y exactitud con que se han ejecutado las dos apariciones fantásticas.

Se necesita, para conseguir, como deseo, el mismo resultado en cuantos teatros se represente, que la decoración del último cuadro se pinte y construya á propósito, procurando que tenga marco ó varillaje de madera el rompimiento del foro. Así se evitará que moviéndose el telón antes de las mutaciones, comprenda el público que en aquella pared va á suceder algo extraordinario.

A la sorpresa ha de deberse una gran parte del efecto.

La gasa que cubra el hueco del rompimiento será azul, y la luz de ambas apariciones, poca, verdosa y pálida.

Los reputados pintores escenógrafos Sres. Bussato y Bonardi han hecho las tres decoraciones de la obra, probando una vez más lo merecido de su fama.

Juzgo muy importante el reparto de los papeles *mímicos* de EL PADRE DE ANGELA y la CONTRAFIGURA DE SIMÓN.

No deben hacerlo dos comparsas, sino dos actores.

El Sr. Belloc, á pesar de haberse encargado de la parte de PROCURADOR, no tuvo inconveniente en representar con especial cuidado el primero de aquellos personajes, y el Sr. Toscano imitó con tal perfección la figura, los ademanes, gestos y actitudes del Sr. Ferrer, que á no haber oído que la voz de éste partia del lecho, hubiera creído el público ver al actor en la contrafigura.

Excusado me parece recomendar también la exactitud de los dos trajes hasta en los detalles que parezcan menos necesarios.

—

La figura de Simón en el primero de los sueños debe hacerla el mismo actor encargado del papel y no la contrafigura, preparada exclusivamente para el segundo, por lo cual ha de cuidarse mucho que las cortinas de la cama cierren por completo y con facilidad.

Obras dramáticas de Miguel Ramos Carrión

Un sarao y una soirée [1], zarzuela en dos actos y en verso, original, música del maestro Arrieta. (Tercera edición.)

El figle enamorado, sainete original, música del mismo maestro.

La mujer del prójimo, comedia en un acto y en verso, original.

De Madrid á Biarritz [2], zarzuela original, en dos actos y en prosa, música del maestro Arrieta.

Mas vale tarde que nunca, proverbio original y en prosa, en un acto.

Perro, 3, 3.° izquierda [3], juguete cómico en un acto, original y en prosa. (Tercera edición.)

¡Chitón! [3]. ídem ídem.

Un palomino atontado, zarzuela en tres actos y en verso, arreglo del francés, música del maestro Rogel.

Un cuarto desalquilado, pasillo cómico, original y en verso.

Se continuará, juguete en un acto, escrito sobre un pensamiento francés.

Esperanza, zarzuela dramática en dos actos y en verso, original, música del maestro Cereceda.

Las medias naranjas [3], comedia en dos actos, en prosa, imitada del italiano.

Eva y Adán, juguete cómico, original y en verso. (Segunda edición.)

La hoja de parra, juguete cómico-lírico, en verso, original, música del maestro Marqués.

La gallina ciega, zarzuela cómica, en dos actos y en prosa, imitada del francés, música del maestro Caballero. (Cuarta edición.)

Levantar muertos [4], juguete cómico en dos actos y en prosa. (Sexta edición.)

El domador de fieras [3], sainete lírico, escrito sobre el asunto de un vaudeville, música del maestro Barbieri.

Doce retratos seis reales, pasillo cómico, original y en verso. (Sexta edición.)

León y leona, entremés, en prosa, original. (Segunda edición.)

Cada loco con su tema, juguete cómico, original, en un acto y en prosa.

Los señoritos, comedia en tres actos, original y en prosa.

Los señoritos, refundida en dos actos. (Segunda edición.)

La viuda del zurrador [5], parodia en un acto y en verso.

La clave [3], zarzuela en dos actos, música del maestro Caballero.

La mamá política, comedia en dos actos, original y en prosa

La Marsellesa, zarzuela en tres actos, original y en verso, música del maestro Caballero. (Quinta edición.)

La careta verde, comedia de gracioso, en dos actos, original y en prosa. (Quinta edición.)

El siglo que viene [2], zarzuela cómico-fantástica, original, en tres actos y en prosa, música del maestro Caballero. (Segunda edición.)

El año sin juicio, revista cómica, original, en un acto.

Los madriles, revista cómica, original, en dos actos.

Los sobrinos del capitán Grant, novela cómico-lírico-dramática, en cuatro actos, música del maestro Caballero. (Séptima edición.)

El empresario de Valdemorillo, revista cómica en dos actos, original.

El diablo cojuelo, revista en tres actos, música del maestro Barbieri.

El noveno mandamiento, comedia en tres actos, original y en prosa. (Tercera edición.)

Las dos princesas, zarzuela en tres actos, arreglada del francés con música del maestro Caballero. (Segunda edición.)

Esto, lo otro y lo de más allá, revista cómica, original, en un acto.

Periquito [5], zarzuela cómica en tres actos, en prosa y verso, escrita sobre un pensamiento francés, música del maestro Rubio.

La ocasión la pintan calva [5], comedia en un acto y en prosa, imitada del francés. (Cuarta edición.)

¡Adiós, Madrid! [5], boceto de costumbres madrileñas, en tres actos, en verso y prosa, original.

¡Adiós, Madrid! [5], refundida en dos actos.

De tiros largos [5], juguete cómico, arreglo del italiano, en un acto y en prosa. (Séptima edición.)

La primera cura [5], comedia en tres actos y en verso, original.

La primera cura [5], refundida en dos actos. (Segunda edición.)

La calandria [5]. juguete cómico-lírico, en un acto y en prosa, original, música del maestro Chapí. (Sexta edición.)

El hijo de la nieve [5], novela cómico-dramática, en tres actos, en prosa y verso, original. (Segunda edición.)

Robo en despoblado [5], comedia de gracioso en dos actos y en prosa, original. (Séptima edición.)

La tempestad, melodrama, original, en tres actos, en verso y prosa, música del maestro Chapí. (Décimatercera edición.)

La mujer del sereno, comedia original en un acto y en prosa. (Tercera edición.)

La criatura, humorada cómica original, en un acto y en prosa. (Cuarta edición.)

La almoneda del 3.º [5], comedia en dos actos, original y en prosa. (Tercera edición.)

Papeles son papeles..., proverbio en un acto, original y en prosa.

Coro de señoras [5], pasillo cómico-lírico, original, en un acto y en prosa, música del maestro Nieto. (Tercera edición.)

Golondrina, comedia en un acto y en prosa, original. (Segunda edición.)

El padrón municipal [5], juguete cómico en dos actos y en prosa, original. (Séptima edición.)

Los lobos marinos [5] zarzuela cómica en dos actos y en prosa, original, música del maestro Chapí. (Tercera edición.)

La bruja, zarzuela en tres actos, y en prosa, original, música del maestro Chapí. (Sexta edición.)

El señor gobernador [5], comedia en dos actos y en prosa, original. (Sexta edición.)

El chaleco blanco, episodio cómico-lírico en un acto, en prosa, original, música del maestro Chueca. (Tercera edición.)

El rey que rabió [5], zarzuela cómica, original, en tres actos, en prosa y verso, música del maestro Chapí. (Octava edición.)

El oso muerto [5] comedia en dos actos y en prosa, original. (Cuarta edición.)

Zaragüeta [5], comedia en dos actos y en prosa, original. (Décima edición.)

El bigote rubio, comedia en un acto y en prosa, original. (Quinta edición.)

Agua, azucarillos y aguardiente, pasillo veraniego, original, en verso y prosa, música del maestro Chueca. (Cuarta edición.)

El espejo del alma, proverbio cómico en un acto y en prosa, original.

La muela del juicio, pasillo cómico, original y en prosa. (Cuarta edición.)

Circe, ópera en tres actos, música del maestro Chapí. (Sexta edición.)

Los lobos marinos [5], zarzuela cómica, refundida en un acto y dos cuadros, en prosa, original, música del maestro Chapí.

Pasacalle [6], sainete lírico madrileño en un acto y en prosa, dividido en cuatro cuadros, original, música del maestro Valverde (hijo).

Defectos íntimos, paso cómico, original y en prosa.

La crónica escandalosa, comedia en tres actos y en prosa, original.

El pan nuestro de cada día, pasillo cómico en un acto y en prosa, original.

La joroba [6], cuento cómico-lírico en un acto, dividido en tres cuadros, en prosa y verso, original, música del maestro Chapí.

Pepe Botellas, zarzuela en dos actos, divididos en ocho cuadros, música de los maestros A. y C. Vives.

Mi cara mitad, moraleja cómica en dos actos y en prosa, original.

LIBROS

Colorín colorao... Cuentos en prosa. Un tomo de 332 páginas.

Zarzamora, novela.

---

1 En colaboración con el Sr. Lustonó.

2 Idem íd., Coello.

3 Idem íd., Campo-Arana.

4 Idem íd., Blasco.

5 Idem íd., Vital Aza.

6 Idem íd., Ramos Martín.

LOS SEÑORITOS

LOS SEÑORITOS

COMEDIA

EN DOS ACTOS, ORIGINAL Y EN PROSA

refundida por su autor

MIGUEL RAMOS CARRIÓN

Estrenada en el TEATRO LARA la noche del 17 de Marzo de 1896

SEGUNDA EDICIÓN

MADRID

R. VELASCO, IMP., MARQUÉS DE SANTA ANA, 11 DUP.^{do}

Teléfono número 551

1902

CARTA-PRÓLOGO

Al Sr. D. Francisco Flores García, Director artístico del Teatro Lara.

El 24 de Noviembre de 1874, es decir, hace ya más de ventidós años, estrenóse esta comedia con general aplauso en el Teatro del Circo. La crítica hizo elogios de ella; pero las circunstancias políticas no favorecían por entonces á los teatros, de donde alejaba al público el temor de revueltas y trastornos casi diarios, y la obra se representó solamente cuatro ó cinco noches ante un auditorio muy escaso.

Si malas eran las circunstancias porque á la sazón atravesaba España, no eran mejores las que me atravesaban á mí, por lo cual procuré vender pronto, y á cualquier precio, la desdichada comedia que tan escasos productos me ofrecía.

En balde recorrí, con el original en la mano, todas las casas editoriales: afortunadamente no quiso nadie comprar la obra, y á eso debo el conservar su propiedad, que después me ha valido algunos miles de pesetas. ¡Pocas veces se equivocan así los editores!

D. Emilio Mario, que casualmente se hallaba en Madrid, asistió al estreno de esta comedia, y fué quien primero la representó en provincias, prestándole vida

al darla á conocer, excelentemente interpretada, en Valladolid, Zaragoza y otras poblaciones importantes.

La acogida que obtuvo en estas, y más tarde en el Teatro de la Comedia, decidió sin duda á muchas compañías á representarla y quedó en el repertorio, á pesar de la escasa fortuna que presidió su estreno.

Desde aquella época tenía yo cierta predilección por esta comedia, prefiriéndola á todas sus hermanas, tal vez por ser menos afortunada que ellas, como los padres tienen mayor cariño á sus hijos más desgraciados.

Cuando usted, amigo Flores, me indicó su deseo de que la redujese á dos actos para que se representase en el teatro confiado á su inteligente dirección, la verdad, consideré la idea poco oportuna, pues creí que la obra más podía perder que ganar al ser refundida, temiendo yo que la acción resultase demasiado precipitada é injustificado, por lo rápido, el desarrollo de los caracteres.

Sin embargo, por complacer á usted, que me favorecía con tal petición y no obstante mi aborrecimiento á eso que en la jerga teatral se llama *refrito*, hice el insignificante trabajo de reducir la comedia, y hoy me felicito de ello por varias razones.

La primera es una satisfacción de amor propio muy disculpable, y que no quiero ocultar con falsa modestia: me ha sido muy grato ver que mi obra no ha envejecido, y que el público, al cabo de tanto tiempo, la ha visto con la misma complacencia y la ha aplaudido más que cuando se estrenó.

La segunda razón para alegrarme de haber cometido este pecado de servir *fiambres* al público es el

haber dado ocasión á los artistas del Teatro Lara de patentizar una vez más lo notable del conjunto que ofrecen siempre en las producciones cómicas. Todos ellos han interpretado esta con singular acierto, y me complazco al consignarlo aquí y al enviarles mi sincera felicitación: bien merecen figurar en el nuevo reparto como creadores de sus respectivos papeles.

Sólo me falta, ya que contra mi costumbre y por rarísima excepción me permito *prologuear,* dar gracias á la prensa de Madrid, unánime en los elogios que ha hecho de mi obra.

A nadie se la dediqué cuando se estrenó, porque no creí entonces que significase ni valiese nada; pero hoy que, por las circunstancias antedichas la considero un poco más digna de estimación, tengo el gusto de dedicársela á usted.

Acójala como una prueba de la amistad que le profesa su afectísimo compañero

MIGUEL RAMOS CARRIÓN.

Marzo, 20, 1896.

REPARTO

PERSONAJES		ACTORES
MARÍA	SRA.	VALVERDE.
CLARA		PINO (R.)
DON JUAN	SR.	LARRA.
MARTÍN		RUIZ DE ARANA.
EL VIZCONDE DE LA ENCINA.		SANTIAGO.
ENRIQUE		VALLE.
UNA CRIADA	SRTA.	SINOVA.

La acción en Madrid.—Época actual

ACTO PRIMERO

Gabinete amueblado con mucha sencillez. Puertas al foro y laterales. A la derecha balcón con cristales y visillos. Mesa con recado de escribir. Estera de cordelillo. Sillería de gutapercha. Librería figurada al foro centro. Costurero y dos butacas á la izquierda. Dos sillas de rejilla. Bràsero de copa en medio de la habitación.

ESCENA PRIMERA

DON JUAN, cepillando la levita. Después MARÍA

JUAN ¡María! ¡María!

MAR. (Dentro.) Allá voy. ¿Qué hora es?

JUAN (Mirando el reloj.) Todavía es temprano; pero ven, que quiero hablarte.

MAR. Aquí me tienes. (Sale con la mantilla en la mano y la deja sobre una silla.)

JUAN Ven acá, mujer, ven acá, que deseo que hablemos un rato.

MAR. Todo lo que tú quieras. (Se sientan.)

JUAN Pues, señor... vamos á ver, ¿qué sientes tú hoy? Quiero saber si es lo mismo que yo.

MAR. Hombre, yo siento una alegría tal, que, te lo aseguro, hasta me dan ganas de brincar como una chiquilla.

JUAN (Abrazándola.) Lo mismo, lo mismo que yo. Verdad que el caso no merece menos.

MAR. ¡Ya lo creo!—Pero, vamos, debe ser tarde.

JUAN (Enseñándole el reloj.) No, mujer, no; tú crees sin duda que yo te engaño; mira. Son las

ocho, y hasta las nueve no llega el tren. Tomaremos un cochecito y en un momento llegamos. Y antes de ir á la estación quiero que tracemos el plan de vida que hemos de seguir de hoy en adelante.

MAR. ¡Toma! El mismo que hasta aquí.

JUAN Eso es imposible. Hasta hoy hemos vivido como unos recien casados, juntos en todas partes, sin separarnos más que las horas de oficina. Como comprendes, esto no es posible que siga cuando estén en casa nuestros hijos.

MAR. (*Con cariñosa zalamería.*) Pues yo quiero que siga y seguirá. No parece sino que por venir ellos hemos de separarnos nosotros. ¡No faltaba más!

JUAN No, mujer, no es eso; pero debes comprender... Clara no se separará de tí, naturalmente, y como ella viene ahora deseando ver Madrid, no creas que se va á contentar como nosotros con dar un paseíto por la Moncloa ó por los altos del Hipódromo. Adiós, paseos solitarios; no pienses más en ellos.

MAR. Pues sí pensaré; iremos como siempre... A fe que á mí me gusta dar vueltas arriba y abajo por Recoletos.

JUAN Te gustará, mujer, te gustará.

MAR. Tener que ponerse de veinticinco alfileres...

JUAN Pues yo digo que te gustará. Cuando vayas con tu hijita y veas que ella está contenta luciendo un traje nuevo, lo estarás tú también, y á mí me sucederá lo mismo con Enrique; donde él quiera iremos, y yo tan contento. Eso sí; como note que conmigo no va á gusto porque le falte libertad para algunas cosas, como por ejemplo, echar un cigarrillo ó...

MAR. ¡Fumar!

JUAN ¡Qué! Puede que te hagas la ilusión de que no fuma un muchacho de dieciseis años y educado en colegio, donde aprenden todas las picardías... si es que es picardía el fumar.

MAR. Vaya, pues ni en chanza lo digas.

JUAN — Todas las madres son iguales; creeis que ninguno de vuestros hijos puede tener un defecto... ni... Vamos á ver: ¿tú crees que á Clara no le gustará ya el coquetear, de buena manera se entiende, con los pollos que la rodeen y la echen flores? Vaya, vaya; no te coja de sorpresa de nada eso, porque antes de mucho has de verlo por tus propios ojos.

MAR. — ¡Oh! Yo evitaré que suceda.

JUAN — Harás mal; demos á cada edad lo que le es propio. El tener sujetos á los hijos da resultados muy funestos. Lo mismo que el hacerles carecer absolutamente de dinero. De ningún modo; yo daré á Enrique de vez en cuando lo que yo calcule que él puede y debe gastar, para que nunca se vea abochornado ante sus amigos, ni tenga que pedir á nadie prestado.

MAR. — Ahora que hablas de pedir, me recuerdas...

JUAN — ¿Qué? ¿Se te acabó el dinero?

MAR. — Ayer, como tuve que pagar la estera...

JUAN — ¡Hum! Mucho se ha gastado este mes.

MAR. — ¡Pues, hijo, más arreglo!...

JUAN — (Sacando dinero del cajón de la mesa.) Ya, ya; pero el caso es que lo menos se aumentará el gasto mensual en quince duros... y no se puede tirar de largo. Toma; estamos á veintiseis. Estira estos cinco duros hasta el día de cobrar.

MAR. — Está bien; los estiraré.

JUAN — Con la venida de los chicos, el presupuesto de gastos aumenta considerablemente.

MAR. — Eso es verdad.

JUAN — Desde que entraron en el colegio, casi nada nos han costado, gracias á mi hermano Antonio, pero ahora... Clara en el colegio gastaba poco más que nada en vestir, y ahora ya verás, ya verás..

MAR. — Yo la acostumbraré á que vista modestamente.

JUAN — Sí, por lo pronto el equipo para salir del colegio ha costado dos mil reales. ¡Este golpe nos ha arruinado! Lo que es si ahora se le ocurriera al ministro dejarme cesante...

MAR. Hombre, no lo digas ni en chanza.
JUAN Por eso, por eso estoy cada vez más contento de que nuestro hijo se halle en camino de poder vivir independiente, sin necesidad de empleos ni... Seguirá su carrera, y ya con los elementos que trae del colegio, verás tú en qué poco tiempo le vemos hecho todo un hombre.
MAR. Dios lo haga. Pero tú estás con mucha calma, (Levantándose.) y es ya muy tarde.
JUAN La impaciencia te hace creer que es ya medio día. Pero vamos, si quieres.
MAR. Sí, sí; más vale esperar.

ESCENA II

DICHOS. Una CRIADA. Después MARTÍN

CRIADA Un señorito pregunta por ustedes.
JUAN } ¡Un señorito!
MAR. }
MART. (Corriendo á abrazarles.) ¡Tío! ¡Tía!
MAR. (Con sorpresa.) ¡Martín!
JUAN (Idem.) ¡Martín!
MAR ¿Pero cuándo has llegado?
MART. Ahora mismo.
MAR. } ¡Cómo!
JUAN }
JUAN Y habrás venido por el Norte, es claro.
MART. Sí; ¿por qué?
JUAN (Sacando el reloj.) Pero hombre, si el tren llega á las once.. (Muy rápido lo que sigue.)
MART. Justo; y son las once y media (Sacando el suyo.)
JUAN ¡Calle! Si está parado. Se me olvidó darle cuerda.
MAR. ¡Y habrán llegado ya! Pero, ¿tú no les has visto?
MART. ¿A quienes?
MAR. A Enrique y á Clara.
MART. (Con alguna emoción,) ¡Clara! Venía...
JUAN Con su hermano; habrán llegado al mismo

tiempo que tú, y lo extraño es que no estén aquí ya.

MART. Se habrán detenido á coger el equipaje; yo, como no traigo más que una maleta á la mano...

MAR. Pero, ¿no les has visto?...

JUAN Tal vez no los conozca ya. (A Martín.) No sabes tú lo que han variado. Clara sobre todo. (A María.) Saca, saca los retratos.

MAR. ¡Verás qué mona está con el traje de colegiala!

MART. Si lo tengo. ¿No recuerdan ustedes que me lo enviaron?

JUAN ¡Ah! Sí; es verdad.

MART. No es extraño que no les haya visto, porque no me he apeado en ninguna estación. Ahí

MAR. tienes, (A Juan.) por tus distracciones me he privado del gusto de abrazarles más pronto.

JUAN Pero, mujer, ¡qué hemos de hacerle!

MAR. ¿Y ya no iremos?

JUAN ¿Para qué? ¡Nos cruzaríamos en el camino!

MART. Ya no tardarán. Si, en efecto, han venido en este tren...

JUAN De seguro. Nos pusieron un telegrama desde San Sebastián.

MAR. (Quitándose la mantilla con mal humor.) ¡Vaya, ahora tendremos que estar esperando aquí impacientes!.. ¡Ah! Creo que para un coche á la puerta. (Va al balcón y le abre. Tras ella van don Juan y Martín.) No; no son ellos. (Martín y Juan vuelven al proscenio. María queda en el balcón.)

JUAN ¿Y cómo tú por aquí? Amigo, hecho ya un hombre. . ¡Cómo pasa el tiempo! Parece que fué ayer, y hace ya cuatro años que nos vimos en Valladolid, cuando fuí á Francia á llevar los chicos al colegio. ¿Y á qué vienes? ¡Pero, María, cierra ese balcón, que entra un frío horrible!..

MAR. (Entrando.) Calla, hombre, calla; ya cierro. Estaba viendo si venían.

JUAN Sí; por estar tú al balcón, van á tardar menos...

MART. El recoger los equipajes es tan pesado, y hay tanto barullo, que aún tardarán algo.

JUAN Conque dinos á lo que vienes. (*Se sientan.*) Siéntate. (*María se sienta también, y durante toda la escena se levanta varias veces á mirar por el balcón, volviendo á sentarse luego.*)

MART. Pues vengo á ejercer mi profesión á Madrid.

JUAN ¡Hola! Pero habrás pensado que aquí se necesita mucho tiempo para darse á conocer, y...

MART. Vengo llamado por el doctor Molina, que, como sabe usted, era íntimo amigo de mi padre, y que me ofrece parte de su gran clientela.

JUAN Pues has hecho tu suerte.

MART. Así lo creo.

JUAN Te doy de todo corazón la enhorabuena.

MAR. (*Volviendo del balcón.*) Y yo también.

MART. Muchas gracias; ya sabía que ustedes habían de alegrarse, como yo mismo... ¿Y de dónde viene Clara?

JUAN Del colegio.

MAR. Yo creí que aún tardaría en salir.

JUAN Terminó completamente su educación, y vuelve á nuestro lado para no separarse ya...

MART. ¿Y Enrique?

JUAN Viene de Bayona, de casa de su tío Antonio, donde ha estado un año. Se empeñó en llevarsele á su lado cuando le sacó del colegio y yo ahora escribí á su tío para que Enrique acompañase á su hermana hasta Madrid.

MART. De manera que hace ya que no les ven ustedes...

JUAN ¡Cuatro años!

MAR. (*Que vuelve del balcón en este momento.*) ¡Cuatro años, dos meses y diecisiete días!...

JUAN Buen sacrificio ha sido para nosotros. Pero, ¡qué remedio! Hemos querido, ante todo, ya que no se les pueda legar un capital á nuestra muerte, dejarles siquiera una educación brillante.

MART. Muy bien pensado.

JUAN Mal acostumbradillo vendrá Enrique, porque su tío creo que le mimaba mucho, y

como tiene dinero y es ya viejo, le habrá satisfecho todos los gustos.. Escribía el pobre afligido con la idea de que Enrique se viniera... Pero no hay remedio; el chico tiene ya dieciséis años, y es necesario que empiece su carrera.

MAR. (Que está junto al balcón. Abriéndolo.) ¡Ay! ¡Ha parado aquí! (Martín y don Juan se levantan. María, entrando del balcón y saliendo por el foro rápidamente.) ¡Ellos son! ¡Ellos son!

JUAN ¡Ah! (Sale tras ella.)

ESCENA III

MARTÍN, solo. Queda de pie y como prestando oído á lo que sucede fuera

MART. ¡Voy á verla! ¡Parece que el corazón quiere salírseme del pecho! (Suenan dentro las voces de María, don Juan, Clara y Enrique que dicen: ¡Papá! ¡Mamá! ¡Hijos! ¡Hijos míos!)

ESCENA IV

DICHO, MARÍA, DON JUAN, CLARA y ENRIQUE, con dos elegantísimos trajes de camino. Al entrar en la escena vienen todavía abrazados María y Clara, y don Juan y Enrique. Martín se adelanta á recibirlos, dirigiéndose á Clara

MAR. (Llorando.) ¡Hija mía!

CLARA ¡Mamá!

MAR. ¡Hijo! (Abrazando á un tiempo á Enrique y á Clara, que la besan.)

JUAN ¡Qué guapos están los dos! (Abrazándolos.) ¿Eh? (A Martín.)

MART. Prima...

MAR. (Al ver que Clara desconoce á Martín.) Es Martín. (Le da la mano, saludándole con una seriedad afable.)

JUAN (A Enrique.) Abraza á tu primo.

ENR. (Abrazándole.) ¡Ah, primo! (Un primo nunca viene mal.)

MAR. Venid, venid á mi lado, hijos míos.

JUAN Sí, á nuestro lado. (*Se sientan. Martín algo separado.*)

MAR. Conque, decidnos: ¿qué tal viaje habéis traído? Habladnos de todo.

JUAN Eso es, de todo.

ENR. Hemos venido bien, muy bien. Con mucho frío, eso sí, porque están mal acondicionados los coches...

JUAN (*Yendo al brasero.*) Pues ven acá, hijo, ven á calentarte.

ENR. Traigo los pies como el hielo. (*Se sienta ante el brasero.*)

MAR. Y tú, hija mía, ¿tienes frío también? (*Besándola.*)

CLARA (*Levantándose.*) No, al contrario; lo que estoy es rendida de venir sentada tanto tiempo.

JUAN (*Reparando en una caja que Enrique no ha dejado de la mano.*) ¿Qué es eso?

ENR. Una compra que he hecho en Bayona. Un neceser de afeitar.

MAR. Pero, ¿te afeitas?

ENR. No... pero para cuando me afeite. Es elegantísimo. Mira, (*Abriéndolo.*) con los cabos de plata... Me ha costado ciento sesenta francos.

JUAN (¡Caracoles!)

MAR. (*A Enrique.*) ¿Y tu tío, cómo quedaba?

ENR. Bueno, muy bueno; lleno de manías, como todos los viejos, diciendo que de este invierno no sale, y que... ¡qué se yo! Tonterías... (*Clara, mientras hablan los demás, se ha ido acercando al balcón y mira por él.*)

MART. (*Contemplando á Clara.*) (¡Está lo mismo que en el retrato!)

CLARA (*Separándose vivamente del balcón.*) (¡Allí está, allí está, quieto como un guardacantón! Dios quiera que mamá no se fije...) (*Sigue andando de un lado á otro.*)

MAR. Ven aquí, Clara, á mi lado, y dime si te alegras de haber salido del colegio; en fin, háblame algo.

CLARA Sí...

ENR. Sí, sí, alegrarse; buena tonta está. Si vieras

los lagrimones que vertía al despedirse de sus compañeras... qué gimoteos y qué bobadas....

MAR. Eso es natural. Estando tanto tiempo al lado de unas mismas personas, se les toma cariño...

JUAN Es claro.

CLARA Ya ves, mamá, dejo tantas amigas... y gracias á que la que más quiero no está allí ya. Hace dos meses que la sacó del colegio su familia y vive en Madrid. La he escrito anunciándole mi llegada y diciéndole las señas de esta casa para que venga hoy mismo. Nos queremos mucho, muchísimo. Ya verás; es una chica tan buena y tan elegante.

ENR. Muy mona, muy mona es. A mí me gusta mucho.

MAR. ¿Y quién es?

CLARA Elvira.

MAR. Ah, sí: me has hablado de ella en muchas cartas.

CLARA Es mi mejor amiga; siempre estábamos juntas en el colegio...

MAR. Pero vosotros tendréis ganas de almorzar... Voy allá dentro...

ENR. Sí, mamá, sí; estoy pronto á devorar; ¡el viaje me ha abierto el apetito de un modo extraordinario... *epouvantable!*

MAR. (Besándole.) Así me gusta, que tengas apetito; eso prueba que estás bueno. Vuelvo al instante. (Da otro beso á Clara y vase por el foro izquierda.)

ESCENA V

DICHOS, menos MARÍA

JUAN Pero, Martín, acércate; estás ahí tan retirado. (Martín se aproxima á ellos. Clara va hacia el balcón.)

CLARA (Mirando á la calle.) (¡Qué tonto! Pues no esta allí todavía... Sin duda no ha entendido mi seña.)

ENR. (A Martín.) ¿Y hace mucho que estás en Madrid?

MART. Acabo de llegar. He venido en el mismo tren que vosotros.

ENR. ¿En el mismo tren?...

MART. Sí; no me he apeado en ninguna estación; por eso no os he visto.

ENR. Pues no venía más que un coche de primera clase.

MART. Es que he venido en segunda.

ENR. ¡Ah, ya! Para mayor comodidad, ¿eh? (Con ironía.)

MART. (Con seriedad.) No; porque es más barato. (¡Qué necio es mi primito!)

CLARA (Riéndose.) (¡Qué económico es mi primo!) (Vuelve cerca del balcón.) ¡Já, já, já!

JUAN (Acercándose á Clara.) ¿De qué te ríes, hija mía?

CLARA De nada. (Sigue mirando por el balcón.)

JUAN ¿Qué miras?

CLARA (Separándose.) Nada, la calle.

JUAN Pues no tiene mucho que mirar; es bien solitaria.

ENR. Eso he notado. No sé cómo vivís en un sitio tan poco céntrico; debemos mudarnos al momento... (Don Juan le mira con extrañeza.) Tiene esta casa una entrada tan fea... una escalera tan obscura... Y las habitaciones veo que no están decoradas con gran gusto, ni... Verdad es que tenéis un mueblaje tan feo y tan antiguo... y hasta incómodo; esta silla parece que está rellena de adoquines... Debéis variar todos estos muebles. Los viejos no sabéis ya nada; (Medio de broma.) es necesario que os enseñemos los hijos..

JUAN (Turbado.) Sí, sí... ya... ya los variaremos. (Aparte y en voz baja á Martín.) Mal acostumbrado viene este chico. (Llamando.) ¡María, María!

MAR. (Desde dentro.) ¡Allá voy! ¡Ya va á estar!

JUAN ¡Esta criada me desespera! Es lo más pesado y más...

ENR. ¿No estais contentos con la cocinera? Siento no haberlo sabido, porque el tío tenía una excelente. Y si me lo hubieses dicho, la hubiera traído conmigo. Es extraordinaria-

mente barata. No le da mi tío más que veinte francos diarios para la compra, y pone unos almuerzos y unas comidas *á merveille*... Pero si quieres que venga, escribe al tío y nos la enviará, sabiendo que es capricho mío...

JUAN No, no es necesario. Ya... ya buscaremos otra (Lo que digo, viene muy mal acostumbrado.)

MART. Tío, yo quisiera arreglarme algo antes de almorzar.

JUAN Sí, hombre, sí, ven conmigo á mi habitación, hasta que dispongan una para tí. Vamos.

MART. Vamos.—Hasta luego. (A Clara y Enrique.)

ESCENA VI

ENRIQUE y CLARA; ésta junto al balcón

ENR. (Sentado junto al brasero.) Clarita, ¿qué te ha parecido nuestro primo?

CLARA No es feo, pero algo encogido...

ENR. ¡Pobrecillo! Ya ves, no habrá salido nunca de su provincia... (Volviendo la cabeza y levantándose.) ¿Pero qué diablos haces junto al balcón que no te separas de ahí?

CLARA (Separándose y trayendo á Enrique hacia el proscenio.) Chist: calla, por Dios, no vayan á oir papá ó mamá...

ENR. ¿Qué?...

CLARA Está en la calle.

ENR. ¿Quién?

CLARA ¡El!

ENR. ¿Y quién es él?

CLARA Fernando; el que te dije que me hacía el amor desde ha seis meses, cuando fué á sacar del colegio á su hermana.

ENR. Ah, sí. Ya no me acordaba. Te oí entre sueños en el tren hablarme de eso.

CLARA Pues calcula tú si me querrá, que cuando hemos llegado aquí, ya estaba él rondando la casa. Como yo le escribí á dónde venía... Le he hecho señas para que se vaya, porque hace mucho frío y me da lástima verle, y

no quiere irse y está pasea que pasea... si es lo más constante.. ¡Ya ves, hace dos meses que tenemos relaciones!... Oye, vé con disimulo al balcón, y dime si te parece bien; verás qué muchacho tan elegante.. Pero no te fijes mucho, no vaya á conocer...

ENR. ¿Y qué? (Se acerca al balcón y mira.) No veo á nadie... ¡Ah! Sí, sí, allí hay uno parado... ¡Calle! Sí, es él, no hay duda...

CLARA ¿Quién?

ENR. El Vizconde de Encina.

CLARA ¡El mismo! ¿Le conoces?

ENR. Si es muy amigo mío. Nos hemos tratado lo menos, lo menos... un mes... En Bayona estuvo el verano pasado y fuimos juntos á Biarritz.

CLARA ¡Ay! qué gusto, así podrá venir á casa... ¿verdad?

ENR. ¿Que podrá?... ya lo creo; ahora mismo. (Abre el balcón y sale á él. Llamando.) ¡Fernando!

CLARA ¡Qué placer! ¡Estoy loca de alegría! (Da un salto palmoteando y la sorprende así don Juan.)

ESCENA VII

DICHOS y DON JUAN

JUAN ¿Qué es eso?

CLARA (Ruborizándose.) Nada... que... que... estoy muy alegre de verme ya en casa.

JUAN Más vale así, hija mía.

ENR. (Entrando del balcón.) ¡Ya sube!

JUAN ¿Quién?

ENR. ¡Ah!—Un amigo mío, que pasaba por la calle y le he llamado; el Vizconde de Encina...

JUAN Hombre, y ahora que vamos á almorzar...

ENR. ¿Y eso qué? Almorzará con nosotros si quiere. Así como así, á mí me aburre comer sin algún convidado... (Vase rápidamente por el foro derecha.)

JUAN ¿Sí, eh? (¡Pues me gusta!)

ESCENA VIII

DICHOS y el VIZCONDE

ENR. (Abrazándole.) ¡Ah! ¡Mon ami!
VIZC. ¡Ah, mon cher! Saludando.) Señorita, á los pies de usted. Caballero...
ENR. (Presentándoselo.) El Vizconde de Encina; tengo el gusto de presentártele, papá.
JUAN ¡Muy señor mío!—Tome usted asiento.
ENR. Asseyons nous, mon ami. (Se sientan. Clara va á sentarse también.)
JUAN Anda, hija mía, vé si tienen dispuesto el almuerzo, porque tu mamá está ya esperando. (Veremos si entiende la indirecta y se marcha pronto.)
CLARA (¿Hacerme ahora marchar?) ¿Dónde está mamá?
JUAN Allí, por allí enfrente. (Señalando al foro izquierda.)
CLARA (Rápido al Vizconde.) (Volveré.)
VIZC. A los pies de usted, señorita... (¡Te quiero mucho!)
CLARA (¡Y yo!) Beso á usted la mano. (Vase.)

ESCENA IX

DICHOS menos CLARA

ENR. ¡Quelle agrêable surprise!
VIZC. Moi aussi je suis bien content de te revoir. ¿Et vas tu rester longtemps á Madrid?
ENR. Je ne pars plus.
VIZC. Tant mieux. Nous allons bien nous amuser ensemble.
ENR. ¡Pour sur!
JUAN (¡Me estoy enterando!)
VIZC. ¿Tu es venu avec ta sœur?
ENR. Oui; j'ai été la prendre á son college á Ba-

yonne: elle m'a dit que c'est lá qu'elle á fait ta connaissance.

VIZC. En effet; c'est la que j'ai eu le plaisir de la voir plusieurs fois, j'allais souvent au collège par ce que j'avais la une cousine: la fille du Conte de Campo Verdé.

ENR. Je ne la connais pas.

VIZC. Elle vient de partir pour Paris avec ma tante et ne reviendra qu'au printems. Qui m'aurait dit que nous nous retrouverions ici! (Riendo)

ENR. (Riendo también.) Eh bien...; me voilá.

JUAN (Riendo como ellos.) (Es muy divertido esto.)

VIZC. ¡Oh! Tu verrá, mon ami...

JUAN (Interrumpiendo con amabilidad) Señores, ¿les sería á ustedes indiferente hablar en español?

VIZC. ¡Ah! Sí, si, por mí. . (¿Si no entenderá este hombre?. .)

ENR. ¡Já, já, já! La costumbre.

VIZC. Justo: la costumbre...

JUAN ¡Ah, ya! Usted, por lo visto, se ha educado también en Francia...

VIZC. No, educarme no; me he educado en España.

JUAN Ya, habrá usted vivido allá mucho tiempo.

VIZC. Los veranos suelo ir...

JUAN Como decía usted que hablaba el francés por costumbre...

VIZC. Eso es, por la costumbre de la buena sociedad (Este hombre es un ignorante.)

JUAN (Me carga este títere)

ENR. No extrañes que mi papá no esté muy al corriente de ciertas cosas... Como todos los de su tiempo, está montado á la antigua...

JUAN Oye, hijo, yo no estoy montado de ninguna manera. Lo que sí extraño, porque lo es en efecto, es que teniendo nuestra buena sociedad, como dice este caballero, un idioma propio, tan hermoso como el castellano, se expiese por moda en otro ajeno y pobre y...

VIZC. ¡Ah, no, no, no! Eso dispénseme usted, pero pobre... No es ciertamente tan rico *come là dolce lingua italiana; má...*

JUAN (Repito que me carga este títere.)

VIZC. (Sacando la petaca con cigarros puros.) ¿Un cigarro?

ENR. Gracias, no fumo sino de papel. (El Vizconde ofrece á Enrique, que toma uno y lo enciende.)

JUAN (Observando á Enrique con sorpresa.) (Anda, anda, y creía su madre que no fumaba ni aun cigarrillos.)

VIZC. ¿Y tú vienes ya á instalarte definitivamente en Madrid, eh?

ENR. Sí.

JUAN (¡Y qué bien echa el humo por las narices!)

VIZC. ¿Y á dónde piensas ir por las noches ahora?

ENR. Hombre todavía no lo sé.

VIZC. (A Juan.) ¿Ustedes tienen abono en el Real?

JUAN No, no señor.

VIZC. (A Enrique.) Tú, por supuesto, pensarás abonarte.

ENR. ¡Es claro, hombre!

JUAN (¡Pues no dice que sí!..)

VIZC. Te lo digo porque podemos tener juntas las butacas. Un amigo mío se marcha á Italia y te traspasará con mucho gusto su abono.

ENR. Pues sí, sí, que cuente conmigo.

JUAN Sí, que cuente. (Adoptando la misma actitud del Vizconde y como dándose mucha importancia.)

VIZC. (Después de mirar el reloj.) Yo dejo á ustedes; con su permiso... (Se levanta.)

ENR. Quédate á almorzar con nosotros.

VIZC. Gracias, lo he hecho ya; hoy he madrugado mucho y he almorzado fuera de casa. Comer, no como nunca en ella; tengo repartidos todos los días de la semana con distintas personas...

ENR. Pues es necesario que un día lo dediques para darnos ese gusto.

VIZC. Bueno, si tú vienes otro á mi casa.

ENR. El que tú quieras.

VIZC. Pues los jueves... los jueves no; los viernes me tendrás á almorzar contigo.

ENR. En eso quedamos.

JUAN (Sí, en eso quedamos.)

VIZC. Voy á visitar á un amigo, aquí en esta misma calle, y volveré después á buscarte para que demos una vuelta por ahí.

ENR. Me parece muy bien; aquí te espero.

VIZC. (A don Juan.) He tenido tanto gusto en conocer á usted. Alcalá, 68, principal, me tiene á sus órdenes.

JUAN Gracias; usted ha tomado posesión de esta casa.

VIZC. Gracias; hasta luego.

ENR. ¿No tardes, eh?

VIZC. No. Volveré pronto.

ENR. Cúbrete, hombre, cúbrete; no gastes cumplidos.

VIZC. ¡Adieu, mon ami!

ENR. ¡Au revoir! (El Vizconde se pone el sombrero y sale por el foro con Enrique.)

ESCENA X

DON JUAN, después María y CLARA por la izquierda segunda puerta

JUAN ¿Pero este hijo mío se figurará que tenemos una California en los bolsillos?

CLARA (Saliendo.) ¡Ay! ¡Ya se fué!...

MAR. (A Clara.) Anda, hija mía, vé á arreglarte un poco para almorzar. Aquella es tu habitación. (Señala á la segunda puerta de la izquierda.)

CLARA ¿Qué prisa tendria de irse ese tunante? (Vase por donde está indicado. Al mismo tiempo, entra Enrique por el foro.)

MAR. Vé á disponerte para almorzar, Enrique. Tu cuarto es aquel. (Segunda puerta derecha. Vase Enrique por ella.)

JUAN Oye, María, esto es grave... (Sale Martín por la primera izquierda.)

ENR. (Volviendo á salir.) Papá, llama á mi ayuda de cámara. (Vuelve á entrar. María y don Juan se quedan mirándose, y les saca de su asombro la voz de Clara que sale y vuelve á entrar inmediatamente, sin esperar contestación.)

CLARA ¡Mamá, que venga mi doncella!

ESCENA XI

DON JUAN y MARÍA, que han quedado más sorprendidos

MAR. ¡Doncella!

JUAN ¡Ayuda de cámara!

MAR. Como vienen acostumbrados... Vaya, por hoy seré yo su doncella. (A Martín, riéndose.)

JUAN (A Martín, riéndose.) Y yo por hoy seré su ayuda de cámara. (Vanse cada uno por las puertas que se indican, que dan á los cuartos de sus hijos.)

ESCENA XII

MARTÍN

¡Y lo echan á broma! ¡Qué error! ¡Qué error tan grande! Por lo que se ve, mis pobres tíos, sacrificándose por Clara y por Enrique, han hecho de ellos dos señoritos con una educación excelente; pero... muy mal educados (Pausa.) Y Clara acostumbrada á vivir como las hijas de los ricos, soñará con un matrimonio acomodado á sus aspiraciones... De seguro. Mis esperanzas han sido un sueño; yo he de parecerle muy poco... ¿Quién sabe? ¿Por qué no confiar? Si logro inspirarle algo de este amor que siento por ella, yo conquistaré bien pronto su cariño.

ESCENA XIII

DICHO y MARÍA por la segunda izquierda

MAR. ¡Vaya si tiene gracia!

MART. ¿Qué hay, tía?

MAR. ¿Qué ha de haber? Lo natural; viene acostumbrada á ver grandezas y los primeros días ha de hacérsele muy cuesta arriba lo modesto de nuestra casa. ¡Pobrecilla! Ya se irá acostumbrando. Ea, voy á preparar el almuerzo. (Vase por el foro izquierda.)

ESCENA XIV

MARTÍN, luego CLARA por la segunda izquierda

MART. ¡Quiera Dios que pueda acostumbrarse!

CLARA (Saliendo.) Hola, primo. (Se sienta.)

MART. ¿Qué es eso? ¿Qué te pasa? ¿No estás contenta al verte al lado de tus padres?

CLARA Pues ya lo creo. ¿No he de estarlo? Pero... mamá acaba de decirme una cosa que me ha disgustado mucho.

MART. ¿Sí? ¿Qué es ello?

CLARA Que no hay en la casa más que una criada, solo una... ya ves; no estaremos muy bien servidos

MART. ¡Y qué remedio, hija!... Tus padres no son ricos...

CLARA Es verdad; desgraciadamente. En fin, nos conformaremos; todo se reduce á esperar. (Se levanta.)

MART. ¿Esperar qué?

CLARA Toma; pues á pescar un novio rico.

MART. No digas eso.

CLARA ¿Por qué?

MART. ¿Y si te enamoras de uno que sea pobre?

CLARA Ya procuraré yo evitarlo.

MART. ¿Qué sabes de eso? Tú no has amado aún; eres una niña.

CLARA ¡Una niña! ¡Y que no he amado! Pues te equivocas, primo.

MART. ¡Cómo!

CLARA ¡Gracioso sería que no hubiera amado á los diez y siete años! Vaya, vaya, bien se conoce que vienes de una provincia.

MART. ¡Ah! ¡Conque has amado!

CLARA Amo, amo.

MART. ¿A quién?

CLARA Me gusta la curiosidad; ¿y á tí qué te importa?

MART. ¡Ah! Sí... tienes razón. (No sabe el daño que me ha hecho.)

CLARA En los colegios se aprende mucho, y aunque

yo hubiera sido tan desgraciada que nadie me hubiese dicho te quiero... sabría perfectamente lo que era el amor.

MART. ¿Y qué piensas tú que es el amor?

CLARA ¡Vaya una pregunta graciosa! El amor es... no sé cómo explicártelo, pero lo sé perfectamente. El hacerse el amor consiste en escribirse cartas muy tiernas, y en pasear el amante la calle de su amada, aguantando el sol en Agosto y la nieve en Enero; asomarse una al balcón para verle pasar y recrearse en su constancia; tener el gusto de poder decir á las amigas: mi novio es más guapo y más rico que el tuyo; y por fin casarse, si la posición del novio lo consiente.

MART. ¡Ah! ¿Conque tú comprendes el amor así?

CLARA Pues es claro; ¿cómo he de comprenderlo?

MART. Pues no es así.

CLARA ¿No? Pues dime, dime cómo es.

MART. El amor es un sentimiento que funde dos almas en una, y el hombre que ama verdaderamente, puede no pasear la calle ni acaso escribir cartas, ni tal vez decírselo á la mujer que ama. Tal puede ser el amor, que permanezca sin manifestarse, oculto en el alma. Amor es no pensar sino en la mujer amada, desearlo todo para ella: gloria, posición, felicidad; amor es no comprender la dicha sin el ser amado, amor es... amor. No sé decírtelo de otro modo...

CLARA ¿Sabes que más que un médico pareces un poeta?

MART. Cuando del amor se siente lo que se dice, las palabras son siempre poéticas.

CLARA ¿Luego estás enamorado? ¿Y quién es ella? En mí no es extraña la curiosidad, que al fin y al cabo soy mujer...

MART. La que yo amo es casi una niña. Creo que todavía no ha amado. Si pudiera comprender todo el cariño que para ella encierra mi pecho, me querría de seguro. Si ella supiera que sólo ambicionando su amor he estudiado con afán los últimos años de mi carrera, que mi única aspiración era poder ofrecerla

una posición que compartir conmigo, un cariño puro y sincero, que difícilmente podrá encontrar en otro hombre; si ella supiera todo esto, no podría amar á nadie sino á mí.

CLARA ¿Y no te quiere?

MART. No lo sé.

CLARA Pareces tonto; ¿y por qué no se lo preguntas?

MART. Soy el hombre que llega al sitio donde cree que existe un tesoro y retrasa el instante de verlo, ese instante esperado con ansia, porque teme que se desvanezcan todos los sueños que le han halagado tanto tiempo.

CLARA (¡Qué bien se expresa el diablo del primo!)

MART. Tú no puedes comprender todo esto.

CLARA ¡Dale con que no puedo comprenderlo! ¡Mire usted que es manía! ¿No te he dicho que sé perfectamente lo que es el amor, que amo? Ya conocerás á mi novio.

MART. ¡Ah! ¿Con que tienes un novio?

CLARA No; tengo dos. (Con la mayor ingenuidad.)

MART. ¡Cómo!

CLARA ¿De qué te asustas? Elvira tiene cuatro.

MART. Y tú... ¿sólo tienes dos? Bien poco es.

CLARA Eso digo yo. Y verdaderamente no tengo más que uno, porque el otro, es así como si dijéramos... de reserva. Es un chico de Bayona, hijo de un comerciante muy rico. El pobrecillo es feo, la verdad; pero es muy rico, muy rico. A ese le tengo para último caso, por si me falta este.

MART. ¿Y quién es este?

CLARA El Vizconde de Encina. Un muchacho muy elegante; aquí ha estado esta mañana y volverá luego. Ya le verás...

MART. ¿Y le quieres mucho?

CLARA ¡Hombre, me gusta la pregunta! Es un muchacho simpático, elegante, rico. ¿Por qué no he de quererle?

MART. ¿Y él, te quiere; estás segura de ello?

CLARA ¡Bah, ya lo creo! Pues poquito que ha paseado la calle. Es el hombre más constante...

MART. (¡Es una niña!) (Queda pensativo.)

CLARA (Lástima que tenga ese aire tímido de provincia: es muy simpático mi primo.) ¿Qué tienes, estás triste?

MART. No.

CLARA ¡Ah, vamos; ya comprendo... la ausencia! Tu amada se habrá quedado allá.

MART. No; está aquí.

CLARA ¿Y es guapa?

MART. Como tú.

CLARA Primo, no sé si me has dicho una galantería.

MART. Es preciosa.

CLARA Muchas gracias. ¿Tienes su retrato?

MART. Lo llevo siempre conmigo. (Sacando del bolsillo una cartera-petaca.) Aquí, sobre mi corazón.

CLARA ¡Ay, enséñamelo!

MART. No... no es posible.

CLARA ¿Por qué?

MART. Porque no puedo.

CLARA Eso es que es fea.

MART. ¡Tan hermosa como tú, te lo repito!

CLARA ¡Bah, si fuese guapa me la enseñarías! ¡Pues no sois vanidosos los hombres! Estoy segura de que es horrorosa.

MART. Si lo dices porque te enseñe el retrato, nada conseguirás.

CLARA No, hijo, no; empapélala y buen provecho te haga (Vaya, algún mamarracho. Pues él merecía otra cosa.) ¿Conozco yo á tu amada? (De pronto.)

MART. Sí

CLARA ¿Es amiga mía?

MART. ¡No!

CLARA ¡Sabes que vas picando mi curiosidad!

MART. Pues es inútil que insistas... ¡No he de decirte quién es de ningún modo!

CLARA Eres muy amable, primo.

MART. Siento no poder complacerte.

CLARA Insisto en que es fea... feísima, ¡horrorosa!

ESCENA XV

DICHOS y MARÍA por el foro izquierda

MAR. Clara: aquí está la amiga á quien esperabas, á la sala ha pasado.

CLARA ¡Ah, Elvira; cuánto me alegro! Avisa á Enrique, mamá. (Vase corriendo por el foro izquierda) ¡Elvira! ¡Elvirita!

MAR. ¡Enrique, Enrique! (Entra en el cuarto.)

MART. ¡Adiós mis ilusiones, adiós mis proyectos, adiós todo!

ENR. (A María.) ¿Dónde está, dónde está?

MAR. Por allí, en la sala

ENR. (Acercándose á Martín.) Chico, es una muchacha *merveilleuse, epatante.* (Vase por el foro izquierda. Martín quédase muy pensativo. Sale María de la segunda derecha, y acercándose de pronto á Martín le dice:)

MAR. Os estoy haciendo un arroz con pollos.. hasta allí. (Vase foro izquierda. Don Juan hace una pasada sin hablar desde la segunda derecha á la primera izquierda.)

ESCENA XVI

MARTÍN

¡Para pensar en pollos estoy yo ahora! A los dos que le hacen el amor á Clara, los ponía yo de buena gana en ese arroz.

ESCENA XVII

DICHO y el VIZCONDE

VIZC. Beso á usted la mano.

MART. Servidor de usted.

VIZC. (¿Quién será este prójimo?) (Se sienta.)

MART. Sírvase usted tomar asiento. (Sin ver que lo ha hecho ya.)

VIZC. (Tararea á media voz.) *La donna e móvile cual piuma al vento*, etc.

MART. (¡Valiente mosquito!) ¿Busca usted á don Juan?

VIZC. ¿Y quién es don Juan?

MART. El dueño de esta casa.

VIZC. ¡Ah, no! Busco á su hijo.

MART. Tal vez no le hayan avisado. Con permiso de usted voy á decirle que le esperan.

VIZC. Adiós. (Sigue tarareando.)

MART. (Hombre, me gusta la franqueza.) (Vase.)

ESCENA XVIII

El VIZCONDE, luego ENRIQUE

VIZC. Pues señor, decididamente hay que marchar por otro camino. Se conoce que esta es una familia cursi que ha educado á sus hijos en Francia para darse tono. Mejor que mejor. Así mi conquista será más provechosa. Lo malo será que Clara se esté por allá dentro y no pueda yo darle la carta... El método que la indico preparará bien el terreno. Por ahora seguiré haciéndole el amor como hasta aquí, y luego... ¡Quién sabe! ¿Estará enterado de nuestras relaciones el hermanito? Esto sería un inconveniente.

ENR. (Saliendo.) ¡Vizconde!

VIZC. Ya ves que he cumplido mi palabra de volver pronto.

ENR. Dispénsame que te haya hecho esperar. He estado saludando á la muchacha más bonita que puedes figurarte.

VIZC. ¿Sí, eh?

ENR. Una amiga de mi hermana, preciosa, chico, preciosa. Compañera suya del colegio de Pau, tú debes conocerla.

VIZC. ¿Cómo se llama?

ENR. Elvira.

VIZC. ¿Elvira Cortés?

ENR. La misma.

VIZC. (Santo Dios!)

ENR. ¿Qué?

VIZC. Nada, nada. Sí... la conozco algo.. (Maldita casualidad.)

ENR. ¿Bonita, eh?

VIZC. Sí, muy bonita. (Bonita se va á poner si se descubre..)

ENR. ¿Conque saldremos á dar una vuelta?

VIZC. Como quieras.

ENR. Pues ven á mi cuarto. Voy á vestirme.

VIZC. (¡Si ella saliese!) Te aguardaré aquí.

ENR. Al momento vuelvo. (Vase segunda derecha.)

ESCENA XIX

EL VIZCONDE, después MARÍA

VIZC. Me he lucido. Las mujeres se lo cuentan todo. De seguro á estas horas sabe ya que hago el amor á la otra. Ahora es preciso más que nunca darle la carta... ¿Cómo me compondría? Es preciso que yo la hable... (Viendo aparecer á María, que trae un vestido en el brazo y viene todavía con las mangas subidas y el mandilón puesto.) ¡Ah, la criada! Esto es lo mejor. (Con la mayor rapidez posible.) Oiga usted, es necesario que dé usted esto á la señorita. Llévesela usted con cualquier pretexto... Recompensaré. (Le da la carta. María queda sorprendida. El Vizconde entra por la misma puerta que Enrique tarareando.)

ESCENA XX

MARÍA, después DON JUAN

MAR. ¡Oiga usted! ¡Qué es esto! ¡Ay, ay, ay! Pues temprano empezamos... Y me ha tomado ese títere por la criada. Esto será alguna declaración, como si lo viera... (Abre la carta.) «Clara mía.» ¡No, pues no es una declaración!

JUAN. ¿Qué es eso?

MAR. ¡Una friolera! Una carta que me ha dado ese amiguito de Enrique tomándome por la criada.

JUAN ¡Cómo!

MAR. Toma, lee.

JUAN «Clara mía.» ¡Suya! ¡Habrá monuelo! «Ne»cesito hablarte.»

MAR. ¡Y la tutea!

JUAN ¡Claro! ¡La llama suya! «Vendré todos los »días á buscar á tu hermano, y por si hay »dificultad para darte las cartas, las dejaré »en el forro de mi sombrero. Ponme tú en »él las tuyas.» ¡Muy bien!

MAR. ¡Lo que discurren estos demonios!

JUAN Te aseguro que no se me hubiese ocurrido á mí con todos mis años. «No dejes de ha»cerlo así, y empieza, si puedes, contestán»dome por ese medio si vas ó no esta noche »al teatro. Tuyo, siempre tuyo, Fernando.» Suyo... suya... ¿Y dónde está ese mequetrefe?

MAR. Ha entrado en el cuarto de Enrique.

JUAN Estoy por hacerle salir por el balcón.

MAR. Pero, Clara... ¡Vamos, no vuelvo de mi asombro!

JUAN ¡Ah, tú creías sin duda que todavía jugaba á las muñecas! No, ahora empieza á jugar á los muñecos. No lo extraño. Lo malo es que ese caballerito tendrá gana de gastar el tiempo y de levantar de cascos á la muchacha... ¡Oh, yo lo evitaré! Te lo aseguro. ¿Dónde está Clara?

MAR. ¡Con esa amiga suya en su cuarto!

JUAN ¡Ah, no!... Mejor es... (Va á la mesa y escribe.)

MAR. ¿Qué vas á hacer?

JUAN A poner á ese joven la contestación en el sombrero.

MAR. Hombre...

JUAN ¡Ya verás!... ¡Ya verás! ¡Pues hombre, bonito método iba á enseñar á la muchacha! Así, perfectamente... (Leyendo.) «¡Caballerito, si »vuelve usted á poner los pies en esta casa »y á escribir cartitas á Clara, le pego un »puntapié que lo vuelvo loco!»

MAR. Pero hombre...

JUAN Así, así; pocas palabras. ¿Dónde está su sombrero? ¡Ah! debe ser éste. F. C. Sí, éste es. No, en el forro no; así, para que lo vea más pronto. (*Mete el papel dentro del sombrero y lo deja sobre la mesa.*)

ESCENA XXI

DICHOS y CLARA, por la derecha

CLARA (¡Infame, engañarme así!)

MAR. ¡Clara!

CLARA (*De mala manera.*) ¿Qué?

JUAN (¡No le digas nada!)

MAR. ¿Se marchó ya tu amiga?

CLARA ¡Sí, ya se marchó!

MAR. ¿Qué manera de contestar á tu madre es esa?

CLARA ¡Déjame en paz!

JUAN (¡Cállate!)

MAR. No es posible que calle. Has de saber que ese amigo de Enrique, ese Fernando... me ha confundido con la criada...

CLARA ¿Y tengo yo la culpa de eso? ¡Es natural! Te ve así, con esa facha... La ponéis á una en ridículo... ¡Estoy abochornada!

MAR. Niña...

CLARA ¡Bonito humor tengo yo ahora para venirme con tonterías!

MAR. ¡Pero tú oyes!

JUAN ¡Calla! (*María debe haberse quedado junto á la puerta por donde salen Enrique y el Vizconde para que éste no la vea hasta que sea preciso.*)

ESCENA XXII

DICHOS, ENRIQUE y el VIZCONDE

CLARA (¡Ah, él!)

VIZC. (*A don Juan.*) Servidor de usted.

JUAN Buenas tardes.

VIZC. Señorita...

CLARA (¡Traidor!)

VIZC. (¡Uy! Ya lo sabe.)

ENR. Almorzaremos pronto, ¿eh? Porque tengo que salir con éste.

JUAN ¡No! Esta tarde te necesito.

ENR. Pero. .

JUAN ¡No sales!...

VIZC. (¡Qué hombre tan grosero!)

CLARA (En voz baja á María.) (No estés aquí de esa facha. ¡Vete!)

VIZC. En ese caso... con permiso de ustedes me retiro (A Enrique.) Mañana volveré.

ENR. Sí... dispensa...

JUAN Tome usted. (Dándole el sombrero.) Tome usted.

VIZC. Gracias. (¡Ah!) (Coge la carta y la guarda rápidamente.)

JUAN (Ya la pescó.)

VIZC. (¡Y me la ha dado el padre! ¡Esto es divino!) Beso á usted la mano. A los pies de usted.

JUAN ¡Ah! Se me olvidaba... ¡María! (Llamándola y presentándosela al Vizconde.) Tengo el gusto de presentar á usted mi esposa...

VIZC. ¡Cómo! ¡Usted! ¡Señora... beso á usted la mano! ¡Caballero, á los pies de usted! ¡Qué plancha! ¡Qué plancha! ¡Qué plancha! (Vase derribando una silla completamente aturdido por el foro derecha.)

ENR. ¡Qué bochorno!

CLARA ¡Qué vergüenza!

JUAN (A María.) Ese orguilito se lo hemos alimentado nosotros.

MAR. (Ya se lo bajaremos.) (Al oído.)

(Para formar el cuadro final deben quedar Enrique á la derecha, sentado; Clara á la izquierda, sentada también, y ambos volviendo la espalda á don Juan y María que están en el centro de la escena. Telón rápido.)

FIN DEL ACTO PRIMERO



ACTO SEGUNDO



La misma decoración que el anterior

ESCENA PRIMERA

CLARA y ENRIQUE. Aquélla cosiendo y éste escribiendo

ENR. Pues señor, es capricho tenerme aquí dos horas copiando. Bien podía mi señor papá tener un escribiente.

CLARA ¡Ay, Enrique, me voy figurando que no puede!

ENR. (Levantándose.) ¿Qué dices?

CLARA Lo que oyes. ¿No has notado la economía conque viven? ¿No ves qué casa y qué muebles y qué todo?

ENR. En eso tienes razón.

CLARA ¿No has oído á mamá regañar á la criada porque ha traído para almorzar merluza á seis reales la libra? Esto prueba que no están en buena posición. ¡Y yo que creía!... Te aseguro que me da muy mal rato... A mí ya me había extrañado mucho que para salir del colegio me mandaran aquel equipo; me han puesto en ridículo. Figúrate enviarme nada más que tres vestidos, una miseria... cuando á todas las colegialas les man-

dan sus familias infinidad de trajes de todas clases; lo natural, señor, lo natural Pero, ¡ay, Enrique! voy viendo que no han podido hacer otra cosa, y esto me preocupa... Porque... ya ves; si en estas cosas pequeñas escatiman así... figúrate en cosas de más entidad, como por ejemplo, en mi dote. Y esto es importantísimo. Elvira me dijo que la que no tiene un buen dote, abur Madrid, no encuentra marido por un ojo de la cara ¡Y vete tú figurando el dote que tendrá la hija de un señor que no puede pagar seis reales por una libra de merluza! (Sollozando.)

ENR. Chica, tú te fijas en unas tonterías.. Eso no pasa de ser una aprensión tuya. (Se levanta y va junto á Clara.)

CLARA Sí, sí ¡Buena está la aprensión! ¡Desengáñate, si estuvieran en buena posición no me mandarían poner bocamangas á una levita de papá, hechas con pedazos de un vestido viejo de mamá!

ENR. Puede que sean un poco... ¿Eh? (Indicando con el puño.) Esto sin ofenderles.

CLARA También se me ha ocurrido á mí algo de eso.

ENR. Y así es sin duda, porque si estuviesen en mala posición no nos hubieran educado fuera de aquí costándoles muchísimo más que á su lado.

CLARA Eso es verdad.

ENR. Pues es claro. Es que son agarrados, no te quepa duda. Y es preciso que les acostumbremos desde el principio á no andar con tacañerías, porque si ahora les dejamos, será más difícil luego el que nos concedan lo que es natural en nuestra posición.

CLARA Es verdad; porque ya ves, tenemos que alternar con nuestros amigos... Estaría gracioso que quedásemos en segunda línea porque papá y mamá quisieran ahorrar dinero. Ahora estamos en la edad de gastar.

ENR. Eso es, eso es; hay que acostumbrarles á que no les duela.

ESCENA II

DICHOS y DON JUAN, por el foro derecha

JUAN — Buenas tardes, señoritos.
CLARA — Hola, papá.
ENR. — ¿Vienes de la oficina?
JUAN — De allí vengo, de cumplir con mi obligación. Y vosotros, ¿habéis trabajado también?
ENR. — Yo ya he concluído eso.
CLARA — Y yo estoy acabando.
JUAN — Así me gusta. (A Enrique.) ¿Tú no has salido al fin?
ENR. — Sí; estuve por ahí dando vueltas, pero me aburrí. Como iba sin dinero... No se me ocurrió pedírtelo...
JUAN — No se te ocurrió, ¿eh? Pues mira, fué una buena ocurrencia, porque á fines de mes no es ocasión oportuna para peticiones de ese género.
ENR. — (A Clara.) (¿No te digo?... ¡Son así!)

ESCENA III

DICHOS y MARÍA, por el foro izquierda

MAR. — ¿A dónde diablos habrá ido ahora la criadita?
CLARA — ¡Ay, mamá! La mandé yo á un recado.
MAR. — ¿Tú?
CLARA — Sí; á... á comprar unas sedas...
MAR. — Pues si tienes en el costurero sedas de todas clases.
CLARA — No lo sabía Ya terminé; ahí tienes la levita.
MAR. — Veamos tu obra. Póntela, Juan. (Ayudándole á ponérsela.) Así, hija mía; poquito á poco irás acostumbrándote á estas labores, no tan brillantes como las del colegio; pero necesarias en una casa como la nuestra.
JUAN — ¿Pero qué es esto? ¿Qué has hecho aquí?
MAR. — ¿Qué tiene?

JUAN — ¿No ves? Este par de fuelles. (Enseñándole la manga que, con el forro encogido, forma una especie de vuelo.)

MAR. — ¡Jesús! ¡Qué atrocidad!

CLARA — Qué, ¿qué tiene?

JUAN — ¡Esto es un mamarracho!

MAR. — Pero, hija, ¿dónde has tenido los ojos para hacer esto? Quítate eso, hombre, quítate eso. Si está todo el forro encogido.

JUAN — (Quitándose la levita.) Pues si es esto todo lo que has aprendido en el dichoso colegio francés, medrados estamos.

CLARA — En el colegio no me han enseñado á componer bocamangas.

MAR. — Pero, hija, debes haber aprendido á coser. (Cosiendo.)

CLARA — Claro está.

JUAN — Pues lo que es por la muestra, no se conoce mucho. Sepamos qué has aprendido allí en tanto tiempo.

MAR. — (Sentándose.) Sí, eso es; sepamos.

CLARA — ¿Vais á examinarme ahora? (Con displicencia.)

MAR. — No, mujer, no; pero dinos lo que sabes.

CLARA — Pues sé tocar el piano...

JUAN — Sí, ya te hemos oído tres polcas, bastante mal ejecutadas.

MAR. — Hombre...

JUAN — Sigue, sigue.

CLARA — Sé dibujo de figura y paisaje, baile y equitación; sé geografía, historia natural, aritmética y gramática francesa...

JUAN — ¿Y castellana?

CLARA — No. (Con naturalidad.)

JUAN — ¡Bien!

CLARA — De labores, sé hacer toda clase de mallas, crochet, bordados al realce en cañamazo, flores de trapo, de cera, de papel..

MAR. — Bueno, bueno que sepas todo eso, pero no basta...

CLARA — ¡Ah, también sé tirar al blanco!

JUAN — ¿Sí? Pues entonces no necesitas más; cuando se le rompa á tu marido un pantalón, en lugar de cosérselo. le pegas tres ó cuatro tiros y ya está arreglado.

MAR. Justo.

CLARA ¡Vaya una broma tonta! Como no pienso casarme con un hombre que necesite que yo le cosa los pantalones...

JUAN Hombre, bien; ¿tú qué sabes?

CLARA ¿No he de saberlo? ¡Pues me gusta!

JUAN ¿Sabes ya que tu marido ha de ser rico?

CLARA Sí, porque si no, no me casaré.

JUAN (Al oído á María.) (Malo, malo.)

MAR. Hija, no digas eso.

ENR. Tienes muchísima razón, Clarita; yo pienso lo mismo; como no sea muy rica no me pesca ninguna... (A don Juan.)

JUAN ¿Qué sabes tú, monigote?

ENR. (¡Monigote!)

MAR. (A Clara.) Hija mía; bien que no pienses en que tu esposo sea tan pobre que no pueda darte lo necesario, pero... Desengáñate, cuando tu padre y yo nos casamos no teníamos sino lo preciso, y hemos sido muy felices.

JUAN Muy felices.

CLARA Pasaron ya aquellos tiempos de contigo pan y cebolla. Yo estoy por lo positivo.

JUAN (Al oído á María.) (¡Malo, malo, malo!) Veo que si en el colegio no has aprendido á coser, te han enseñado en cambio máximas muy convenientes. ¿Y tú, que has aprendido? (Volviéndose de pronto á Enrique.)

ENR. Hombre, no sé á qué viene esa pregunta; me parece que ya sabes la nota que alcanzaba en todos los trimestres.

JUAN Sí, pero aún no me has dicho lo que sabes.

ENR. Pues sé gramática, historia universal, geografía, matemáticas, física, química, historia natural, retórica y poética, filosofía, francés, inglés, italiano, música, equitación, esgrima y baile.

JUAN Hijo, por lo visto eres una enciclopedia viviente. ¡Cuántos sabios hay que no saben tanto! Es verdaderamente un prodigio haber aprendido todo eso á tu edad.

MAR. ¡Hijo mío! (Abrazándole.)

JUAN (Cogiendo los papeles de la mesa.) Y buena letra, eso sí.. ¡y hasta sin h, y sociedad con z!—

¡Bendito sea ese colegio donde te han enseñado todo... menos lo que debías saber!

MAR. ¿Qué es eso?

JUAN Nada; que me ha echado á perder la memoria que debía presentar mañana mismo al Subsecretario.

ENR. Pero...

JUAN No, no es tuya la culpa, sino mía. No es extraño que habiéndote enviado á Francia no hayas aprendido el castellano. En cambio sabes equitación, y si yo no puedo sostener para tí un caballo, montarás en el palo de la escoba. No, no es tuya la culpa, sino mía, nuestra, mejor dicho. (Dirigiéndose á María.)

MAR. No te incomodes, Juan...

ENR. (¡Qué genio!... Me parece que me vuelvo con mi tío.) (Vase.)

ESCENA IV

DICHOS menos ENRIQUE. Después MARTÍN por la segunda derecha

JUAN ¡Ay, María! ¡Qué error tan grande ha sido el nuestro!

MAR. Todo se arreglará; no te preocupes. (Viendo á Martín que sale.) Aquí tienes á Martín que está contentísimo.

JUAN ¿Pues?

MART. Sí, tío, sí; muy contento; el doctor me ha encargado gran parte de sus visitas, y me ha recibido con el mayor afecto.

JUAN ¡Cuánto me alegro!

CLARA Yo también, primo, yo también me alegro mucho.

MART. Gracias, gracias.

CLARA Por supuesto que te echarás carruaje al momento...

MART. ¿Carruaje? ¡Qué atrocidad!

CLARA Pues lo que es un médico sin coche...

JUAN ¡Ah! ¡Es claro, un médico sin coche no puede curar á ningún enfermo! Veo, hija mía, que eres tonta de capirote...

MART. ¡No, tío, no! Clara tiene razón en parte. Dos

medios hay de ejercer la profesión que he elegido. El uno es no visitar sino á los enfermos que puedan pagar dos ó tres duros por cada visita, gentes que suelen suponer, como mi prima, que un médico sin coche es poco más que un curandero; frecuentar los altos círculos, hacer visitas de cinco minutos, aun á los enfermos mas graves; hacerse mucho de rogar para asistirles, y colgarse en el pecho una condecoración. Otro de los caminos es visitar á pie á toda clase de enfermos, cobrarles la asistencia según la posición que ocupan, ser el consuelo de la familia del paciente, hablar á cada uno en el lenguaje que él habla, y buscar con afán esa gloria oscura del médico que, junto al moribundo lucha con la muerte, que quiere arrebatarle su presa, la vence al fin y sale de casa del enfermo sin cobrar tal vez los honorarios, pero llevando sobre sí las bendiciones de las personas queridas de aquel á quien casi ha sacado del sepulcro. ¡Gloria desconocida por la generalidad, gloria que vierte sus resplandores sólo entre las cuatro paredes de un dormitorio; pero que satisface el espíritu y que ensancha el alma! Yo he elegido este camino.

JUAN Bien, Martín; así me gusta.

MAR. Muy bien dicho.

CLARA Sí. (Pues por ese camino se hará millonario, de seguro.)

MART. Esta tarde buscaré habitación, y mañana abandonaré á ustedes.

JUAN ¿Por qué?

MART. La casa es pequeña, y con la venida de Clara y Enrique yo tengo que ser molesto por fuerza

JUAN Si tu deseo es vivir más independiente, y para ello crees que necesitas no estar á nuestro lado, házlo así; pero te aseguro que sentiré no tenerte con nosotros.

MAR. Sí que lo sentiremos.

MART. ¿Para mí qué mayor gusto que vivir con ustedes?

JUAN Ah, pues entonces no se hable más de ello. Así como así necesitamos tener el médico en casa.

MART. ¿Pues? (Con gran interés.)

JUAN Porque, según veo, los dos señoritos están bastante malos de la cabeza.

CLARA (Ofendida.) ¡Vaya!

MAR. ¡Siempre tienes ganas de broma!

JUAN Sí; hoy sobre todo.

MAR. Os dejo; voy á ver si están calientes las planchas para empezar mi tarea.

CLARA ¿Qué tarea, mamá?

MAR. La plancha; hoy es viernes.

CLARA Pero, ¿tú planchas?

MAR. ¡Ya lo creo! ¿De qué te asombras? Y tú plancharás; yo te enseñaré si no sabes.

CLARA ¿Yo planchar?

JUAN Tú harás lo que te manden. ¡Caramba con la niñita.

MART. (¡Y extrañan todo esto!)

MAR. ¡No te incomodes, Juan; si no está acostumbrada!

CLARA ¡Justo; me hará daño!

JUAN ¡Lástima! ¡Qué delicada es la señorita!

CLARA Dicen que planchando se caen los dientes

JUAN ¡Te los pones postizos! Vé á ayudar á tu madre.

MAR. Déjala, déjala hoy. Ya me ayudará otro día. (Vase por el foro izquierda.)

JUAN Me tienen ya los señoritos hasta aquí. (Vase por la primera izquierda.) ¡Caramba con los señoritos!

ESCENA V

CLARA y MARTÍN

CLARA Primo, ¿tú ves?

MART. ¿Qué?

CLARA Las rarezas de papá.

MART. ¿Rarezas? No le he notado ninguna.

CLARA Si quiere que yo planche...

MART. No; no es eso.

CLARA ¿Cómo que no?

MART. Lo que quiere es que no extrañes que tu mamá lo haga Y aunque quisiera que tú lo hicieses, tampoco sería rareza.

CLARA ¡Ah! ¡Tú crees!...

MART. Creo que una mujer de la clase media debe saber todo aquello que sea necesario en una casa. A no ser que tengas la seguridad de ser la esposa de algún hacendado ó algún aristócrata...

CLARA ¡Ay, Martín! Ya no puedo contar con mi novio aristocrático.

MART. ¿Quién?

CLARA El Vizconde.

MART. ¡Ah! ¡Es claro! Después de lo que sucedió ayer. . (Riéndose.)

CLARA No es por eso.

MART. Pues, ¿por qué?

CLARA Porque hacía el amor á mi amiga Elvira. ¿Tú ves qué infame? Ayer, hablando las dos, se descubrió todo.

MART. ¡Ya!

CLARA Y hace un rato le he enviado una carta por la criada, en que le digo: «Caballero, todo ha concluído entre nosotros. Ahí va su correspondencia; devuélvame usted por la dadora todo lo que tiene mío.—Clara.»

MART. Muy bien. ¿Sabes que estás ducha en ese género epistolar?

CLARA Me enseñó en el colegio Elvira. Las llamaba á éstas cartas de trueno.

MART. Y dí: ¿sientes tu rompimiento con el Vizconde?

CLARA ¡Yo! ¡Maldito lo que me importa! Parece un tití con aquellos bigotes...

MART. (¡Qué chiquilla!) Voy, con tu permiso, á cerrar esta carta.

CLARA Escribes á tu amada, ¿eh?

MART. No; escribo á mi mejor amigo. Le hablo de ella precisamente.

CLARA ¿Y qué le dices?

MART. Que me ha hecho sufrir un desengaño.

CLARA ¿Como á mí el Vizconde?

MART. No; no es de esa clase. Pero hablemos de otra cosa.

CLARA Vaya, hijo, que eres reservado como tú sólo. Ni quieres que se hable de ella, ni quieres que vea su retrato... Anda, enséñamelo.

MART. No insistas en ello.

CLARA Cada vez me convenzo más de que es feísima.

MART. ¡Ojalá!

CLARA (¡Y de que mi primo es muy simpático!) (Vase por la segunda izquierda.)

ESCENA VI

MARTÍN. Luego ENRIQUE

MART. (Sentándose á la mesa.) ¿Habrá por aquí sobres? A ver... sí, aquí hay. (Coge uno y cierra la carta, escribiendo luego el sobre.)

ENR. ¿Qué haces?

MART. Cerrar esta carta, que voy á echar al correo

ENR. Saldremos juntos, á ver si se me pasa este mal humor.

MART. Pues, ¿qué te sucede? (Guardando la carta en la cartera-petaca de bolsillo.)

ENR. ¿Qué ha de sucederme? Que papá, por lo visto, no se hace cargo de las cosas, ni de las necesidades que uno tiene, y sospecho que vamos á tener muchos disgustos...

MART. No digas eso. Tu padre no ha de negarte nada que sea razonable.

ENR. Por de pronto, ya me ha dicho que no le pida dinero, y estoy hasta sin tabaco... Dame un cigarrillo.

MART. Toma todos los que quieras, hombre. (Dándole la cartera-petaca.)

ENR. ¡Anda, anda y vístete deprisa! Daremos una vuelta hasta la hora de comer.

MART. Vuelvo al instante. (Vase por la segunda derecha.)

ESCENA VII

ENRIQUE. Luego MARÍA y JUAN

ENR. (Saca un cigarrillo, que luego enciende, y tira sobre la mesa la cartera.) Yo necesito hacer comprender á papá que no es posible pasar sin que me asigne una cantidad para mis gastos. ¡Qué mal hice en no ahorrar algo de lo que me daba mi tío Antonio! ¡Aquél no me regateaba nada! (Acercándose al balcón.) ¡Vaya una callecita solitaria y fea! No pasa un alma. Como la vecindad no tenga algo de agradable... Hombre, sí. Allí hay una rubita cosiendo. ¡Qué mona es la rubita! (Abriendo el balcón y saliendo á él.)

MAR. (Saliendo por el foro derecha con caja de guantes y factura.) ¡Juan, Juan! ¿No está aquí? ¿Juan?

JUAN (Dentro.) Voy. (Sale.) ¿Qué quieres?

MAR. Toma; vienen á cobrar esta cuenta.

JUAN ¡Una cuenta! A ver, trae.—¿Qué es esto? (Leyendo.) «*El buen gusto.* Una caja de guantes, cincuenta pesetas.» Toma, esto no es para aquí. Se han equivocado sin duda.

MAR. Como preguntaron por el señor Fernández ..

ENR. (Saliendo del balcón.) ¡Eh! ¿Qué es eso? ¿Han traido ya mis guantes? A ver.

JUAN ¡Cómo!

MAR. ¿Qué?

JUAN ¿Son para tí esos guantes?

ENR. Sí. He comprado varias cosas; ya las traerán. A ver si os gustan los colores.

JUAN Este muchacho es tonto de remate. ¡Cincuenta pesetas en guantes! Pues no las he gastado yo en toda mi vida.

ENR. Pero papá...

JUAN ¡Pero demonio! ¿Tú quieres que pague diez duros por esto?

ENR. ¿Pues quién ha de pagarlos? Yo no llevaba dinero... por eso dije que trajeran la cuenta.

JUAN Los has comprado, los has hecho traer, debo

pagarlos. María, da el dinero al que los ha traido.

MAR. Pero Juan...

JUAN Págalos. (*Vase María.*)

ESCENA VIII

DON JUAN y ENRIQUE

JUAN Es tal nuestra posición, que un gasto extraordinario de cincuenta pesetas puede hacer que no baste mi sueldo para que comamos hasta fin de mes; si en este sucede eso, pondremos para almorzar un par de guantes a cada uno. ¿Te parece bien?

ENR. Papá, yo creía...

JUAN Tú creiste que podías gastar eso en una cosa superflua; pues no, hijo mío, no, no puedes.

ENR. ¡Ah! que no los paguen, yo los devolveré. ¿Cómo había yo de creer?...

JUAN Deja, ya están pagados; pero sírvate esto de regla para lo sucesivo. Haciendo grandes sacrificios os hemos tenido lejos de nosotros á tu hermana y á tí; cuando creíamos encontraros con una educación completa, os vemos llegar ignorando todo aquello que debíais saber, sabiendo mucho que debíais ignorar, con hábitos que no podéis seguir y con necesidades que no podemos satisfacer. Esto me aflige; mi error, cuyas consecuencias toco ahora, me hace temblar por vuestro porvenir y me estremezco ante la idea de que deseando haceros felices haya labrado vuestra desgracia.

ENR. Pero Papá...

JUAN No es tuya la culpa, ya lo sé.

ENR. Si se necesita en la casa lo que yo pueda ganar, no seguiré una carrera, que siempre cuesta mucho, sino que ganaré...

JUAN (¡Pobre hijo mío!) ¿Ganarás? ¿Cómo? ¿Dónde?

ENR. El tío tiene grandes relaciones... pueden darme un destino.

JUAN (Irritado.) Eso es, el recurso de la gente inútil. No sirvo para nada, no sé nada, que me mantenga la nación. ¡Así anda ella! No; si nada sabes aprenderás, y si cuando sepas quieres, prefiriéndolo á otra carrera, servir al Estado, lo harás como lo he hecho yo. ¡Harta gente inútil vive á su co-ta, para que vayas tú á aumentar el número! ¿Una sanguijuelita más al presupuesto? No seré yo quien se la ponga. ¡Pues hombre! (Vase.)

ESCENA IX

ENRIQUE. Después CLARA

ENR. (Que queda pensativo. Dando una patada en el suelo.) ¡Tiene razón! ¿Dónde encontraría yo diez duros?

CLARA (Entrando.) Enrique.

ENR. ¿Qué?

CLARA (Con misterio.) ¿Anda por ahí mamá?

ENR. No sé. ¿Tienes tú diez duros?

CLARA ¡Qué he de tener yo! Conque le he pedido á mamá para mis gastos de este mes y me ha dado dos pesetas .. ¿Y papá? ¿Anda por ahí?

ENR. ¡Qué sé yo!

CLARA Es que temo que descubran esto que acaba de traerme la criada. ¡Infame! Dice que las dió con la mayor indiferencia. ¡Quiera usted á los hombres para esto! (Sacando un gran paquete de cartas.) Deles usted estas pruebas de cariño. (Ocultándolo al ver á Martín.) ¡Ah!

ESCENA X

DICHOS. MARTÍN

MART. ¿Qué es eso?

CLARA ¡Creí que era papá, y me has dado un susto!...

MART. ¿Por qué?

ENR. (De pronto, levantándose.) Ya tengo los diez duros.

MART. ¿Dónde vas? ¿No vienes conmigo?

ENR. Sí, espera un momento. (Vase rápidamente por la segunda derecha.)

ESCENA XI

MARTÍN y CLARA

CLARA Mira. Aquí está toda mi correspondencia amorosa con el Vizconde. (Desenvolviendo el paquete.)

MART. ¿No es nada más que eso?

CLARA Ya ves, no hemos estado más que dos meses en relaciones.

MART. Pues si llegan á durar un año agotais los almacenes de papel.

CLARA Vas á ver, vas á ver... (Va á la mesa para abrir el paquete.) Ten cuidado no vengan papá ó mamá.

MART. No vienen.

CLARA (¡Ah! la cartera .. Aquí está el retrato... Se la pesqué.) (La guarda con prontitud.)

MART. (Viendo reir á Clara.) ¿De qué te ríes?

CLARA Ya lo sabrás. (¡Si él lo supiera!) Mira, mira la primera carta que le escribí. Perfumada con violeta. Todavía huele. ¡Ha durado más el perfume que su amor!

MART. Está bien puesta. (Después de leerla.)

CLARA Elvira me la dictó.

MART. ¡Siempre Elvira!

CLARA Como que éramos las inseparables. Por cierto que la he encontrado algo cambiada. Ayer se echó á reir cuando le dije que el Vizconde me hacía el amor; en vez de condolerse de que me hubiera engañado, parecía que le gustaba ser mi rival. Y luego, al oir que mamá me había dicho que no iríamos al teatro sino una vez al mes, porque costaba muy caro, se echó á reir á carcajadas, diciendo: «Pues, hija, nosotros tenemos palco á diario en el Real, y los días de moda en la Comedia, en el Español y en Lara...» Y así .. como con aire de protección,

ofreció llevarme algún día. Y me hizo saber que tenía carretela y berlina, y se pavoneaba por mi cuarto para que viese bien el vestido que traía. ¡Estaba insufrible! Creo que no voy á verla.

MART. (Mujer al fin.) Y todas estas cartas, ¿qué dicen?

CLARA Léelas, si quieres, y rómpelas luego, no vaya á verlas papá.

MART. (Cuando me las da ella...) (Las envuelve en el papel.)

CLARA Aquí está el rizo de pelo que le regalé el día de su santo.

MART. (Después de cogerlo.) (¡Ah, prenda mal apreciada!) (Lo besa á hurtadillas.)

CLARA Me alegro de habérselo dado del postizo. (Martín tira el rizo y se pasa la mano por los labios.)

ESCENA XII

DICHOS, ENRIQUE, ocultando detrás el neceser

ENR. Vamos cuando quieras, Martín.

MART. Sí, vamos. (Enrique da vueltas para ocultar el neceser á la vista de Clara.) ¿Dónde lo habré puesto?

CLARA (¡Adiós, se acordó de la cartera!)

ENR. ¿Qué buscas? Vamos...

MART. El sombrero. Aquí está. Cuando quieras.

CLARA (No se acordó.)

MART. Hasta luego.

CLARA Adiós, adiós. (Acompañándoles hasta la puerta, lo cual obliga á Enrique á ocultar el estuche delante y detrás alternativamente.)

ESCENA XIII

CLARA

(Viene riendo hasta el proscenio y saca la cartera.) ¡Pero qué lance tan graciosísimo! ¡Cómo ha de figurarse que voy á conocer á la incógni-

ta señora de sus pensamientos! (Abriendo al cartera.) De seguro es algún mamarracho de provincia. (Sorprendida.) ¡Eh, un retrato mío... ¡Y no hay más que este!—¡Soy yo; yo!—No puede ser.—Pero si no hay otro. ¿Será posible? ¿Y por qué no? ¿No soy ya una mujer?... ¡Pobre Martín! Pero .. ¿será verdad?—¡Sí, no hay duda!... Sus palabras de ayer... su manera de decirme lo que es amor... ¡Y por cierto que lo decía muy bien! Y su modo de mirarme, sí señor; aquellas miradas... Pero ¿cómo no lo habré yo conocido antes? Me quiere, me quiere; no hay duda. Ahora verá el Vizconde que maldita la falta que me hace su cariño —¡Ay! ¿Por qué le habré yo dicho á Martín lo del Vizconde? ¡Cuánto habrá sufrido el pobre! Así decía que había tenido un desengaño.—Pero, ¿por qué no me lo ha dicho? No se ha atrevido sin duda. ¡Y éste sí que me quiere de veras! Bien decía él, que el verdadero amor suele vivir oculto.—Pero, y si es una casualidad tener aquí mi retrato?. . ¿Si no seré yo? (Dando vueltas á la cartera.) ¡Ah! Esta es la carta que estaba escribiendo á su amigo... Y me dijo que le hablaba de *ella*. . ¿Si seré yo ella? ¿Qué puede decirle de mí?—La leería de buena gana... Está cerrada... ¡Si yo me atreviera á abrirla!... (Mirándola al trasluz.) ¿Qué le dirá?... (Procurando despegar el sobre.) No la abro, no. (Rompiendo el sobre.) ¡Ay, se rompió! Pues lo que es ahora, ya... (Observa en todas las puertas. Se acerca al proscenio vivamente agitada. Abre la carta, y al ir á leerla, la oculta creyendo que viene gente.) No. (Tranquilizándose) No es nadie. (Leyendo.) «Queridísimo Pepe.» (Leyendo entre dientes todos los párrafos que empiezan) «He llegado muy bien. .» «Mi entrevista con el doctor...» «Y, sin embargo, estoy triste.. »—(Dejando de leer.) Aquí está (Leyendo) «La he visto. Ha llegado á Madrid el mismo día que yo.» —Yo soy. (Con alegría. Leyendo.) Tú que conoces mis mas ocultos pensamientos, tú, que sabes cuanto la quiero, comprenderás lo

profundo de mi desencanto...»—Sí, «mi desencanto» dice;—«cuando pasado el primer momento feliz de volver á verla, he tenido ocasión de sondear su alma. Clara,»—yo; ya no hay duda—«Clara, (Continuando.) ha perdido en sentimientos todo lo que ha ganado en belleza. Yo dejé una niña cuyo corazón guardaba el germen de todas las virtudes; pero ¡ay! ese germen ha sido ahogado por una educación equivocada.»—¡Estoy sudando! (Se hace aire con la carta.)—«Clara tiene hoy necesidades que yo en mi posición no puedo satisfacer, ni son razonables en la suya.» ¡Que no son razonables!—«Ignora lo que una hija de familia no debe ignorar; para ella sería denigrante é imposible, (Muy marcado.) porque no sabe hacerlo, entrar en la cocina ó pegar un botón... Clara, en fin, no puede ser la madre de mis hijos.» (Dejando caer las manos y repitiendo lentamente.) ¡No puede ser la madre de mis hijos! Es decir, que... me cree indigna de él. . ¡Ah! (Estrujando la carta.) No, esto se lo ha dictado el despecho, el ver que no le quiero... Pero, ¿por qué supone que no le quiero?... Y sobre todo, ¿por qué me juzga tan inútil? Yo le probaré lo contrario. ¡Ah! (Ocultando la carta al ver á Martín.)

ESCENA XIV

CLARA y MARTÍN

MART. Se me ha olvidado una cosa.

CLARA (¡Ay, Dios mío!)

MART. Enrique me dijo que la había dejado sobre la mesa.. (Buscando.) ¿Dónde diablos la habrá puesto?—¿Has visto por aquí una cartera?

CLARA (Ya pareció aquello.) No, yo... no.

MART. Enrique dice que la dejó aquí...

CLARA (¿Qué hago yo ahora? ¡Ah!) Pues... mira, si la dejó ahí... ahí debe estar. (Aprovechando el momento en que Martín se vuelve para mirar sobre

la mesa, tira la cartera debajo del sillón de escritorio.)

MART. Pues no está.

CLARA ¡Ah!... Te ayudaré á buscarla. (Bajándose.) Mírala. (La coge.)

MART. (Vivamente.) Trae.

CLARA No; no te la doy si no me prometes antes enseñarme el retrato.

MART. Trae, trae acá.

CLARA Prométemelo ó la abro.

MART. No, por Dios.

CLARA ¿Te incomodas? (Como resentida.) Toma, toma. (Dándosela.) Pero te advierto que la reserva trae á veces muy malas consecuencias.

MART. ¿Por qué dices eso?

CLARA Por nada.

MART. No está la carta. (Después de abrir la cartera.)

CLARA (Esto es lo malo.)

MART. Juraría que la había metido aquí... ¿La habré dejado allá dentro? Voy á ver. (Vase por la segunda derecha.)

ESCENA XV

CLARA

¿Cómo salgo yo de este compromiso? Esta no la puedo tirar para que la encuentre. ¿Qué haré? ¡Ah, tiene escrito el sobre! Diré que la he mandado echar al correo: la quemo, y en paz.

ESCENA XVI

CLARA y MARTÍN

CLARA (Guardando rápidamente la carta.) ¡Ah!

MART. No la encuentro. Y lo siento mucho. Quería haberla puesto hoy mismo en el correo.

CLARA (¡Qué prisa tiene por decir á su amigo que yo no sé pegar un botón!) Pero, ¿qué buscas? ¿Una carta?

MART. Sí.

CLARA ¿Para Valladolid? La he mandado ya. La ví ahí encima cerrada y con el sobre puesto...

MART. ¡Acabaras!... Y yo que me estaba volviendo el juicio... Vaya, te dejo.

CLARA Ven acá. Tengo que consultarte un asunto importantísimo. (Le coge un botón de la levita y juega con él mientras habla.)

MART. Alguna niñería.

CLARA Por supuesto... Tú tienes formado de mí un concepto muy equivocado, pero muy equivocado.

MART. Hija, vas á arrancar el botón.

CLARA (Soltándolo.) No lo arranco.—Oye. Tú ya sabes que he tronado con el Vizconde. (Volviendo á coger el botón.)

MART. Sí..

CLARA (¡Qué bien cosido está el maldito!) (Continúa tirando del botón,)

MART. Estate quieta, mujer. (Clara deja por un momento el botón y vuelve á cogerlo.)

CLARA Estoy tan preocupada que no sé lo que hago.

MART. ¿Pues qué te pasa?

CLARA Verás... ¡Ay! Se arrancó.

MART. ¿Lo ves, lo ves?...

CLARA Vamos, hombre, no te apures. Yo te lo coseré. No creas que no sé coser un botón.

MART. (Sorprendido.) ¡Eh!

CLARA (Va al costurero por aguja, etc.: vuelve y se pone á pegar el botón.) Pues sí, estoy muy preocupada. Y como tú eres un muchacho formal y de mucho talento... y me quieres... digo... me parece.

MART. Sí. (No lo sabes tú bien.)

CLARA Deseo que me aconsejes. (Pausa.) Tengo otro novio. (De pronto.)

MART. ¡Otro! (Haciendo un vivo movimiento de sorpresa,)

CLARA ¡Ay!

MART. ¿Qué?...

CLARA Me he pinchado. ¡Como has hecho ese movimiento de sorpresa tan brusco!

MART. ¡No he de sorprenderme, si dejas un novio por la mañana y por la tarde tienes ya otro!

CLARA Si este no es de ahora. (Cosiendo otra vez.) Es decir, desde ahora le quiero yo, pero él me quiere hace mucho tiempo. Y no creas que es como el Vizconde. ¡Cá! Es un muchacho muy formal y de carrera.

MART. ¿Y rico?

CLARA No, no es rico. Pero me quiere mucho. Y yo quiero que me aconsejes. (Dando vueltas al botón con la hebra de la seda y mirando fijamente á Martín.)

MART. ¿Yo qué he de aconsejarte?

CLARA Ya está. (Concluyendo de pegar el botón.) ¿A que no se te arranca ahora?

MART. Gracias.

CLARA Conque, ¿no me dices nada?

MART. ¿Qué quieres que te diga al verte entusiasmada con lo que no será más que un nuevo pasatiempo?

CLARA No lo creas. Mira, cuando tenía amores con el Vizconde, los tenía porque mis amigas vieran que no estaba sin novio, y que me hacía el amor un muchacho elegante, y rico y título. Ahora lo conozco; le quería más bien por vanidad, porque si hubiera sido amor, no creo que se me hubiera pasado tan pronto.

MART. Cierto.

CLARA Pues bien... ahora... es muy distinto. El que me quiere, quizás no tiene tantas condiciones para halagar mi amor propio como el Vizconde; pero en cambio, sé que me quiere de veras y... te lo confieso: aunque él no me quisiera, no podría yo menos de amarle. Y esto no se lo digo más que á tí, porque sé que no has de burlarte, porque amas... Ya me libraría yo bien de contárselo á ninguna amiga. No sé por qué, este amor.. me gusta tenerlo guardadito, para mí sola.

MART. (¡Dios mío!)

CLARA Y él no me ha dicho todavía que me quiere. ¿Qué hago yo?

MART. Clara, no me pidas consejo en estas cosas... Sin querer me estás haciendo daño.

CLARA ¡Ah! ¿Te hago daño? (Me alegro.) Pues en-

tonces, no hablemos más de ello. Me callaré, sufriré sola... (Se sienta.)

MART. Sí, no hablemos... (Dirigiéndose á la puerta del foro.)

CLARA (No me dice nada...) Oye. (Levantándose.)

MART. ¿Qué?

CLARA Tengo que hablarte también de otra cosa.

MART. Habla.

CLARA (Mirando al suelo.) Ya sé quien es... la que tú querías.

MART. ¿Qué dices?

CLARA Que lo sé... positivamente.

MART. Imposible.

CLARA Te digo que lo sé.

MART. ¿Cómo?... ¿Quién te ha dicho?...

CLARA Nadie... pero lo sé.

MART. Habla, explícame...

CLARA Te dejaste la cartera...

MART. !Eh! ¿La has visto?...

CLARA Sí. (Cada vez más confusa.)

MART. ¡Clara!...

CLARA (Sacando la carta del bolsillo.) Y he leído...

MART. ¡Jesús! Trae, trae esa carta. ¿Cómo te has atrevido á abrirla?

CLARA La curiosidad... el interés... Como me dijiste que hablabas de ella..

MART. (Con gozo.) ¡Ah! Clara... Yo...

ESCENA XVII

DICHOS y MARÍA

MART. ¡Tía!

CLARA (Ya me pesa habérselo dicho.)

MAR. ¿Qué quieres?

MART. Anunciar á usted que esta misma tarde les dejo.

MAR. ¿Por qué?

CLARA (¡Dios mío!)

MAR. ¿Pero no habías dicho que te quedabas?

MART. Es imposible.

MAR. ¿Pues qué ha pasado aquí? ¡Juan! ¡Juan! (Llamando.)

ESCENA XVIII

DICHOS y JUAN

JUAN (Saliendo.) ¿Qué?

MAR. Martín, díselo á tu tío.

MART. Tengo ya casa y dejo á ustedes hoy mismo.

JUAN ¿Pero por qué?

MART. Ya es imposible mi permanencia aquí.

CLARA (Ahora que yo le qniero.)

MART. Volveré para no separarme de ustedes, si soy tan feliz que me creen digno de ser su hijo.

CLARA ¡Ah!

MAR.
JUAN } ¿Eh? ¿Cómo?

MART. Amo á Clara.

MAR. ¿Y ella? (Clara se tapa la cara con el pañuelo.)

JUAN Pero, hombre, aún es muy niña, y se puede decir que apenas la conoces.

CLARA ¡No, papá, eso no! ¡Me conoce, me conoce bastante! (Muy rápido.)

MAR. ¡Hija mía! ¡Con él serás feliz!

MART. ¡Oh, yo al menos procuraré que lo sea!

MAR. ¡Hijos míos! (Abrazándoles.)

JUAN (¡Madre al fin! ¡Ya se le está cayendo la baba!) (Acercándose.) Pues yo solo tengo un disgusto.

MAR.
MART.
CLARA } ¿Cuál?

JUAN Empezar á ser suegro en la flor de mi edad.

ESCENA ULTIMA

TODOS

ENR. (Entrando.) Papá... (Trayéndole al proscenio.) Aquí tienes los diez duros de los guantes.

JUAN ¿De dónde has sacado ese dinero?

ENR. (Casi llorando.) He vendido el estuche de afeitarme.

JUAN ¡Pobre hijo mío! Este sencillo rasgo revela toda la bondad que hay en el fondo de tu alma. Yo sabré aprovecharlo para deshacer mi error. (*A Martín y Clara.*) Y á vosotros sólo me resta daros un consejo. Cuando tengáis hijos, es decir, cuando yo sea abuelo, educadles para algo más útil que ser sencillamente unos SEÑORITOS.

FIN DE LA COMEDIA

OBRAS DRAMATICAS DEL MISMO AUTOR

Un sarao y una soirée [1], zarzuela en dos actos y en verso, original, música del maestro Arrieta. (Tercera edición.)

El figle enamorado, sainete original, música del mismo maestro

La mujer del prójimo, comedia en un acto y en verso, original.

De Madrid á Biarritz [2], zarzuela original, en dos actos y en prosa, música del maestro Arrieta.

Más vale tarde que nunca, proverbio original y en prosa, en un acto.

Perro, 3, 3.º izquierda [3], juguete cómico en un acto, original y en prosa.

¡Chitón! [3], ídem ídem.

Un palomino atontado, zarzuela en tres actos y en verso, arreglo del francés, música del maestro Rogel.

Un cuarto desalquilado, pasillo cómico, original y en verso.

Se continuará, juguete en un acto, escrito sobre un pensamiento francés.

Esperanza, zarzuela dramática en dos actos y en verso, original, música del maestro Cereceda.

Las medias naranjas [3], comedia en dos actos, en prosa, imitada del italiano.

Eva y Adán, juguete cómico, original y en verso.

La hoja de parra, juguete cómico-lírico, en verso, original, música del maestro Marqués.

La gallina ciega, zarzuela cómica, en dos actos y en prosa, imitada del francés, música del maestro Caballero. (Tercera edición.)

Levantar muertos [4], juguete cómico en dos actos y en prosa.

El domador de fieras [3], sainete lírico, escrito sobre el asunto de un vaudeville, música del maestro Barbieri.

Doce retratos seis reales, pasillo cómico, original y en verso. (Quinta edición.)

León y leona, entremés, en prosa, original.

Cada loco con su tema, juguete cómico, original, en un acto y en prosa.

Los señoritos, comedia en tres actos, original y en prosa.

Los señoritos, refundida en dos actos. (Segunda edición.)

La viuda del zurrador [5], parodia en un acto y en verso

La clave [3], zarzuela en dos actos, música del maestro Caballero.

La mamá política, comedia en dos actos, original y en prosa.

La Marsellesa, zarzuela en tres actos, original y en verso, música del maestro Caballero. (Quinta edición.)

La careta verde, comedia de gracioso, en dos actos, original y en prosa. (Cuarta edición.)

El siglo que viene [2], zarzuela cómico-fantástica, original, en tres actos y en prosa, música del maestro Caballero. (Segunda edición.)

El año sin juicio, revista cómica, original, en un acto.

Los madriles, revista cómica, original, en dos actos.

Los sobrinos del capitán Grant, novela cómico-lírico-dramática, en cuatro actos, música del maestro Caballero. (Sexta edición.)

El empresario de Valdemorillo, revista cómica en dos actos, original.

El diablo cojuelo, revista en tres actos, música del maestro Barbieri.

El noveno mandamiento, comedia en tres actos, original y en prosa.

Las dos princesas, zarzuela en tres actos, arreglada del francés con música del maestro Caballero. (Segunda edición.)

Esto, lo otro y lo de más allá, revista cómica, original, en un acto.

Periquito [5], zarzuela cómica en tres actos, en prosa y verso, escrita sobre un pensamiento francés, música del maestro Rubio.

La ocasión la pintan calva [5], comedia en un acto y en prosa, imitada del francés.

¡Adiós, Madrid! [5], boceto de costumbres madrileñas, en tres actos, en verso y prosa, original.

¡Adiós, Madrid! [5], refundida en dos actos.

De tiros largos [5], juguete cómico, arreglo del italiano, en un acto y en prosa. (Cuarta edición.)

La primera cura [5], comedia en tres actos y en verso, original.

La primera cura [5], refundida en dos actos.

La calandria [5], juguete cómico-lírico, en un acto y en prosa, original, música del maestro Chapí. (Cuarta edición.)

El hijo de la nieve [5], novela cómico-dramática, en tres actos, en prosa y verso, original.

Robo en despoblado [5], comedia de gracioso en dos actos y en prosa, original. (Quinta edición.)

La tempestad [4], melodrama, original, en tres actos, en verso y prosa, música del maestro Chapí. (Décima edición.)

La mujer del sereno, comedia original en un acto y en prosa. (Tercera edición.)

La criatura, humorada cómica original, en un acto y en prosa. (Tercera edición.)

La almoneda del 3.º [5], comedia en dos actos, original y en prosa.

Papeles son papeles..., proverbio en un acto, original y en prosa.

Coro de señoras [5], pasillo cómico-lírico, original, en un acto y en prosa, música del maestro Nieto. (Tercera edición.)

Golondrina, comedia en un acto y en prosa, original. (Segunda edición.)

El padrón municipal [5], juguete cómico en dos actos y en prosa, original. (Quinta edición.)

Los lobos marinos [5], zarzuela cómica en dos actos y en prosa, original, música del maestro Chapí. (Tercera edición.)

La bruja, zarzuela en tres actos, y en prosa, original, música del maestro Chapí. (Sexta edición.)

El señor gobernador[5], comedia en dos actos y en prosa, original. (Cuarta edición.)

El chaleco blanco, episodio cómico-lírico en un acto, en prosa, original, música del maestro Chueca. (Tercera edición.)

El rey que rabió[5], zarzuela cómica, original, en tres actos, en prosa y verso, música del maestro Chapí. (Octava edición.)

El oso muerto[5] comedia en dos actos y en prosa, original. (Segunda edición.)

Zaragüeta[5], comedia en dos actos y en prosa, original. (Séptima edición.)

El bigote rubio, comedia en un acto y en prosa, original. (Tercera edición.)

Agua, azucarillos y aguardiente. pasillo veraniego, original, en verso y prosa, música del maestro Chueca. (Cuarta edición.)

El espejo del alma, proverbio cómico en un acto y en prosa, original.

La muela del juicio, pasillo cómico, original y en prosa.

Circe, ópera en tres actos, música del maestro Chapí. (Sexta edición.)

LIBROS

Colorín colorao... Cuentos en prosa. Un tomo de 332 páginas.

Zarzamora, novela.

---

1 En colaboración con el Sr. Lustonó.

2 Idem íd., Coello.

3 Idem íd., Campo-Arana.

4 Idem íd., Blasco.

5 Idem íd., Vital Aza.

LOS SOBRINOS DEL CAPITAN GRANT

LOS SOBRINOS DEL CAPITAN GRANT

NOVELA CÓMICO-LÍRICO-DRAMÁTICA

BASADA SOBRE UNA DE **JULIO VERNE**

y escrita en prosa por

MIGUEL RAMOS CARRIÓN

MÚSICA DEL

MAESTRO FERNÁNDEZ CABALLERO

Estrenada en el TEATRO DEL PRÍNCIPE ALFONSO el 25 de Agosto de 1877

SEPTIMA EDICIÓN

MADRID

R. VELASCO, IMPRESOR, MARQUÉS DE SANTA ANA, 11 DUP.°

Teléfono número 551

—

1911

A LA SEÑORA

Doña Angela Rodríguez de Arderíus

Acepte usted, señora mía, la dedicatoria de este libro, como una muestra del respetuoso afecto que la profesa su amigo

M. Ramos Carrión.

REPARTO

PERSONAJES		ACTORES
SOLEDAD	SRA.	SABLÓ.
KETTY		RAGUER.
PORTERA		BARDÁN.
VECINA 1.ª		GÓMEZ.
IDEM 2.ª		SAMPELA.
UNA MUJER		ACEVEDO (M.)
EL DOCTOR	SR.	ARDERÍUS.
SIR CLYRÓN		ESCRIU.
DON MARCIAL MOCHILA		ROSELL.
ESCOLÁSTICO		OREJÓN.
JAIME		MANINI.
CAPITÁN GRANT		CUBERO.
GENERAL		ROCHEL.
PATAGÓN		JIMÉNEZ (D. P.)
COMANDANTE		JIMÉNEZ (D. J.)
POSADERO		ARVERÁS.
SOLDADO		ROMERO.
EMPLEADO DEL FERRO-CARRIL		TOSCANO.
BANDIDO 1.º		BARRAGÁN.
IDEM 2.º		TABERNO.
EL CAPITAN DEL «ESCOCIA»		CANCELA.
MOZO DEL MOLINO		LÓPEZ.
UN PESCADOR DE CORAL		RODRÍGUEZ.
VECINO 1.º		TOSCANO.
INTÉRPRETE		PRIETO.
MARINERO 1.º		ECHAPUY.
IDEM 2.º		POLÍN.

Vecinos y vecinas, murguistas, marineros y grumetes, chilenos y chilenas, fumadoras, bailadoras, soldados, bandidos, viajeros, empleados del ferro-carril, soldados maoríes, sacerdotes, gauchos, guerreros, caribes, monos, caimanes, etc. Coro general, cuerpo coreográfico, banda, acompañamiento y niños

Las decoraciones para esta obra han sido pintadas por los Sres. Busato, Bonardi y Valls



ACTO PRIMERO

CUADRO PRIMERO

El canuto

Patio de una casa de vecindad. Puerta grande al foro. Varias puertas numeradas en el patio y en la galería

ESCENA PRIMERA

Cuatro murguistas que entran de la calle empiezan á tocar con estrépito. Bajan las VECINAS

Música

Coro

Ya llegó la murga,
vamos á bailar,
aprovecharemos
la oportunidad.
Todas las mañanas
vienen á tocar
hace quince días
con puntualidad.
Ellos nunca piden,
tocan y se van,
esto es muy chocante;
¿quién los pagará?

—

(Bailando unos con otros.)
Tralaralará, tralaralará,
tralaralará, tralaralará.

—

No hay una persona
de la vecindad
á quien nadie tenga
que felicitar.
Y ellos, sin embargo,
con asiduidad,
todas las mañanas
vienen á tocar.
Si se les pregunta
quién los manda acá,
no responden nada,
tocan y se van.
Esto es una cosa
muy particular,
y ya va picando
mi curiosidad.

—

(Bailan.) Tralaralará, tralaralará,
tralaralará, tralaralará.

ESCENA II

DICHOS, el ALFÉREZ MOCHILA, que asoma por la puerta de su cuarto, dispara una pistola y se retira

Hablado

Todos ¡Ay!
(Los Murguistas salen huyendo. La Portera entra en el patio desde la portería. Las Vecinas escapan asustadas á sus respectivas habitaciones. Las Vecinas 1.ª y 2.ª se asoman á la galería.)

Port. ¿Qué ha sido eso?
Vec. 1.ª Un tiro.
Port. ¿Y quién ha sido capaz?...
Vec. 1.ª El retirao del catorce,
que es de lo más animal...
Port. Ya le compondré yo luego;

encima de no pagar...
¡Pues hombre! Ha puesto en alarma
á toda la vecindad.

Vec. 1.ª Y en parte tiene razón;
es ya mucho fastidiar.
Miusté que todos los días
está dale que le das...
¡El demonio de la murga
es una calamidad!

Vec. 2.ª Y sin saber quién la manda
ni á quién vienen á tocar.

Vec. 1.ª Dicen que á la bailarina.

Vec. 2.ª Se hace la disimulá,
pero yo creo lo mismo.

Port. Mañana no tocarán
ni á esa ni á nadie, pues yo
no los premitiré entrar. (Entra en la portería.)

Vec. 1.ª Hará usted bien.

ESCENA III

DICHOS, SOLEDAD, que sale de su cuarto á la galería, donde cuelga unas mallas de color de carne

Sol. Buenos días.

Vec. 1.ª / **Vec. 2.ª** Buenos días.

Sol. Oí sonar
un tiro: ¿qué ha sido eso?

Vec. 1.ª Pues ha sido... un tiro.

Sol. ¡Ya!
Pero pregunto que quién
lo ha tirao.

Vec. 1.ª El melitar
que vive ahí en el catorce.

Sol. ¡No es mala barbaridad!

Vec. 2.ª Le diré á usté; no le falta
razón pa eso y mucho más.
Se lo ha tirao á los músicos
que nos vienen á atronar
tóos los días.

Sol. ¡Pobrecillos!
Ellos qué culpa tendrán..

Vec. 1.ª Ahora dicen que es á usté
á quien tocan.
Sol. ¿Sí?
Vec. 1.ª Cabal.
Sol. Mirusté, pues no tendría
nada de particular.
Me gusta á mí despertarme
con música.
Vec. 1.ª Es natural.
Como usté vive con ella,
pa no perder el compás...
Sol. Yo al son que me tocan bailo,
¿sabe usted?
Vec. 1.ª Pues claro está.
Vec. 2.ª ¿Y en dónde baila usté ahora?
Sol. ¿Pues en dónde he de bailar?
Donde siempre, en *La Infantil.*
Vec. 1.ª Yo pensaba que en el Rial.
Sol. El año que viene, puede.
Creo que me ajustarán.
Vec. 1.ª
Vec. 2.ª ¡Puede!
Sol. Vaya, divertirse
y que no haiga novedad. (Entra en su cuarto.)

ESCENA IV

VECINAS 1.ª y 2.ª

Vec. 1.ª ¿A usté la parece bien
que se premita colgar
al público esos calzones
tan indecentes y tan... (Señalando las mallas.)
Vec. 2.ª Eso es una desvergüenza.
Vec. 1.ª Así ve la vecindad
si tiene las piernas gordas
ú flacas... y lo demás.
Vec. 2.ª Por supuesto, sabe Dios
con qué los rellenará,
que esta gente de treato
no sabe más que engañar.
Vaya, hasta luego, vecina.
Vec. 1.ª Agur, señá Trinidá.
(Entra cada una en su cuarto.)

ESCENA V

ESCOLÁSTICO, que viene de la calle y se detiene mirando las mallas. Después la PORTERA

Escol. Ya tiene puestos á secar los pantalones. Hermosa malla que ciñes sus bellísimas formas, ¡yo te envidio! ¡Portera! ¡Portera!

Port. ¿Quién me llama?

Escol. Un servidor.—Tome usted una peseta. (Dándosela.)

Port. Gracias. ¿Qué deseaba usted?

Escol. Que me escuche.

Port. Ya le oigo á usted.

Escol. Estoy enamorado de Soledad, de la bailarina.

Port. ¡Ya!

Escol. Y deseo que usted me sirva de mediadora.

Port. ¿Yo?

Escol. Tome usted otra peseta.

Port. Muchas gracias.

Escol. Y escúcheme usted, porque necesito desahogarme.

Port. Desahóguese usted.

Escol. Seis meses hace estaba yo estudiando en el seminario de Vergara. De repente me entró una tristeza horrible. No hacía más que llorar, llorar á todas horas. ¿Lo ve usted? ¡Solo al recordarlo se me saltan las lágrimas! Mi familia, es decir, mis tíos, porque toda mi familia se compone de tíos, sabiendo que mi tristeza iba en aumento, decidieron sacarme del seminario y traerme á Madrid con mi tía Transverberación. Consultamos con un médico y dijo que padecía de hipocondría, y que si seguía con la teología me moría. Y entonces mi tía...

Port. ¿Se desconsolaría?

Escol. Sí, señora, pero tuve una idea feliz. Me dijo: es necesario que te animes, que te diviertas, porque si continúas así no podrás seguir estudiando. Anda, vete por ahí á ver si te dis-

traes; toma, gasta todo lo que quieras... y me dió dos reales. Salgo á la calle y reparo en una casa donde entraba mucha gente. Miro y veo un letrero que dice: *Teatro de la Infantil*. Yo había oído decir á mis tíos que los teatros son centros de perversión y dudé si entrar; pero al ver el nombre del teatro, dije: vaya, este será un espectáculo propio para los niños; no habrá peligro en verlo, será alguna función de muñequitos. ¡No eran malos muñequitos! Ví primero una comedia con unos chistes tan graciosos que yo me moría de risa. Después había baile... ¡y qué baile! ¡El ole! Un baile español de pura sangre. La primera bailarina era ella. ¡Ella! Verla y quedarme con la boca abierta fué todo uno. Se acabó el baile y continué en el asiento hasta que me echó á la calle un acomodador. Aquella noche soñé con un batallón de pantorrillas de color de rosa y unos zapatitos blancos que bailaban el ole sobre mis narices. Volví todas las noches al teatro, y al poco tiempo llegué á ponerme más alegre que unas castañuelas. Mi tía al ver esto, dijo: Vaya, ya está curado el niño, al seminario con él. Y yo entonces, con una peseta que tenía, dije: ¿pies, para qué os quiero? y me escapé. Porque yo soy así, atroz.

Port. ¡Con una peseta!

Escol. Cuatro reales justos. De los cuales gasté la mitad en dos funciones de la Infantil y la otra mitad en un billete del Pardo que salió premiado ¡con diez mil reales!

Port. ¡Qué fortuna! Yo juego siempre y no me ha tocado más que el muslo de un pavo en la rifa de Navidad.

Escol. ¿El muslo de un pavo?

Port. Tomamos el billete entre varios vecinos.

Escol. Pues bien, cobré los diez mil reales, escribí á mi tía diciéndole que no quería ser cura y que me declaraba independiente, y me dediqué á pasar las noches viéndola bailar.

Port. ¿A su tía de usted?

Escol. No, á Soledad. Todos los días le envío al

teatro un regalo que tiene la bondad de admitir.

Port. ¡Ya lo creo!

Escol. Y todas las mañanas mando aquí una murga para que la divierta.

Port. Ya pareció aquello. ¿Conque era usted?

Escol. Yo mismo. Pero sin descubrirme; ella ignora que soy yo quien la obsequia. He querido preparar el terreno, y en prepararlo y vivir de ocultis para que no me descubran mis tíos, me he gastado los diez mil reales.

Port. (¡Qué lila!) ¿Y ahora?

Escol. Ahora, no sé lo que voy á hacer. La he escrito esta carta declarándola mi amor, y contándole mi historia. ¿Quiere usted entregársela?

Port. No tengo inconveniente.

Escol. ¿Quiere usted observar al mismo tiempo el efecto que le hace mi retrato?

Port. Así lo haré.

Escol. Tome usted otra peseta.

Port. Gracias. (Lástima que se haya gastado los diez mil reales.) Voy ahora mismo.

Escol. Volveré dentro de media hora, y si me dice que no, ¡cataplum! de cabeza por el viaducto.

Port. ¡Qué barbaridad!

Escol. Yo soy así. Hasta luego.

Port. Vaya usted con Dios. (Vase Escolástico por el foro y la Portera por la izquierda, viéndosela luego llamar á la puerta del cuarto de Soledad, en el cual entra.)

ESCENA VI

MOCHILA, con uniforme antiguo de infantería

Música

Soy un hombre que está desesperado,
soy un hombre que traga mucha hiel,
y si yo no me hubiera retirado
ya sería lo menos coronel.

¡No sé por qué
me retiré!
¿Por qué? ¿Por qué
me retiré?

—

Aun tengo fuerzas
para luchar,
aun tengo bríos
de militar.
Y cuando á veces
oigo un tambor,
revélose mi instinto
batallador.

—

(Como si mandara tropa.)
¡Flanco derecha!
¡Al hombro! ¡Mar!
¡Apunten! ¡Fuego!
¡Pim! ¡Pam! ¡Pim! ¡Pam!

—

Tengo más que motivo suficiente
para darme al demonio y renegar,
que encontrarse á mi edad de subteniente
no se puede con calma tolerar.
¡No sé por qué
me retiré!
¿Por qué? ¿Por qué
me retiré?

—

Con nueve duros
de paga al mes,
apenas puedo
ni mal comer.
Y al ver tan triste
mi situación,
se aumenta mi continua
excitación.

—

¡Flanco derecha!
¡Al hombro! ¡Marr!
¡Apunten! ¡Fuego!
¡Pim! ¡Pam! ¡Pim! ¡Pam!
(Se dirige á la puerta del foro.)

ESCENA VII

DICHOS y la PORTERA

Hablado

Port. ¡Señor de Mochila!
Moch. ¿Qué hay?
Port. Aquí ha estado el casero.
Moch. Basta; no me diga usté más.
Port. Sí, señor, tengo que decirle á usted que si mañana no deja desocupado el cuarto, se le pondrán los trastos en la calle.
Moch. ¡Ya se librará muy bien! Antes mataré al casero, á usted y á los vecinos.
Port. ¡Pero hombre! Yo cumplo con decirle lo que me mandan.
Moch. ¡Pues no faltaba más! ¡Caseritos á mí! Precisamente tengo ganas de matar á uno.
Port. Comprenda usted que no ha pagado hace dos meses...
Moch. ¿Y qué? Ya pagaré cuando pueda. A una persona decente no se le arroja de ninguna parte.
Port. Sí, sí, usted es muy decente, pero no paga.
Moch. ¿Cómo he de pagar sin dinero?
Port. ¿Y qué me cuenta usted á mí? Yo no puedo hacer más que estar despidiendo todos los días á los ingleses que vienen buscándole.
Moch. Y hace usted muy bien, porque si no los despediría yo á tiros. Como deje usted pasar á uno, hay aquí una desgracia.
Port. (¡Es muy capaz! ¡Qué bruto!)
Moch. Si yo tuviera dos mil duros, ya vería usted cómo no me tosía á mí nadie.
Port. Pero como no tiene usted un cuarto...

Moch. Ni uno. Ni ese, que me lo quita el casero.

Port. En fin, yo he cumplido, ya lo sabe usted. Tengo orden de no dejarle á usted vivir...

Moch. ¡Ya lo veo!

Port. En ese cuarto más que hasta mañana

Sol. (Saliendo á la galería.) ¡Portera!

Port. ¿Qué hay?

Sol. Ese joven, ¿era rubio ó moreno?

Port. Moreno.

Sol. Me alegro, es mi tipo, gracias. (Vuelve á entrar en su cuarto.)

Moch. (Volviéndose de pronto hacia la portera.) ¡Conque es decir, que mañana á la calle!

Port. Esa orden tengo.

Moch. ¿Sí? ¡Pues no será—Ya que solo no puedo realizar mi proyecto, llamaré al mundo entero para que me ayude. ¡Medio duro por persona! ¡No hay otro recurso! ¡A ello! ¡Vecinos! ¡Vecinos! (Gritando.)

Port. Pero, hombre, ¿qué hace usted, se ha vuelto loco?

Moch. ¡Vecinos! ¡Vecinos!

ESCENA VIII

DICHOS, VECINOS y VECINAS que bajan precipitadamente. Entre ellas SOLEDAD

Música

Moch. ¡Vecinos! ¡Vecinos,
al patio bajad!

Port. ¿Se ha vuelto usted loco?

Moch. Déjeme usté en paz.

—

Veremos si logro
que entiendan mi plan.
¡Vecinos! ¡Vecinos,
vecinos, bajad!

—

Coro ¿Qué pasa? ¿Qué ocurre?
¿Qué es ello? ¿Qué hay?
¿Por qué así alborota
á la vecindad?

Mujeres ¡Corramos, Dios mío!
¿Qué sucederá?
¿Qué es ello? ¿Qué pasa?
¿Qué ocurre? ¿Qué hay?

Port. Cuidado, vecinos,
tened precaución,
pues creo que este hombre
perdió la razón.

Coro ¡Loco! ¡Pobrecillo!
¿Y por qué le da?
Oigamos qué dice
por curiosidad.

—

(El Coro rodea á Mochila mirándole con atención.)

Moch. (Con solemnidad.)
¿Queréis ser ricos?

Coro Claro que sí.

Moch. Pues es muy fácil
de conseguir.

Coro (¡Que es fácil dice!
No hay duda, no,
se ha vuelto loco
el buen señor.)

Moch. Oiganme todos
con atención
una importante
revelación.

Coro Oigamos todos
con atención
esa importante
revelación.

—

Moch. Soy militar retirado
con nueve duros
de paga al mes.

Coro Bien poco es.

Moch. Y decir creo excusado

los mil apuros
que pasaré

Coro ¡Pues ya se ve!

Moch. Mas tengo en planta un negocio
que con millones
me podré hacer.

Coro Bien puede ser.

Moch. Y al que ser quiera mi socio
las condiciones
le haré saber.

Coro Vamos á ver.

Moch. Es un negocio seguro
que puede hacerse
en general.

Coro No está eso mal.

Moch. Sólo con dar medio duro
podrá obtenerse
un capital.

Coro ¡Un capital!

Sol. Si usted no se explica
con más claridad
no es fácil que nadie
le quiera ayudar.

Moch. Pues voy á explicarme
con gran claridad,
y todos ustedes
me comprenderán.

—

¡Oigan una historia
muy original,
que parece cuento
pero que es verdad!

Coro Oigamos la historia
tan original,
que parece cuento
pero que es verdad.

—

Moch. Por no hallar compañero
para mi cena,
triste estaba yo el día
de Noche-buena.
Mas hallé casualmente

á cierto amigo,
que aceptó muy gustoso
cenar conmigo.

—

Y á la plaza me fuí
y un besugo compré;
¡un besugo hasta allí!
El mayor que encontré.

—

Ya dispuesto á guisarle
le rasgo el vientre,
mas tropiezo con cierto
inconveniente.
En su tripa metido
¡sorpresa grata!
me encontré este canuto
de hojadelata. (Enseñando uno.)
Admirado quedé:
pero luego lo abrí
y encerrado encontré
un papel que está aquí.

—

(Sacando varios papeles del bolsillo y dándoselos á los vecinos.)

Hay varias copias;
leed, led
el documento
que me encontré.
Creo que no
lo entenderéis,
mas luego yo
lo explicaré.

—

Coro (Leyendo los papeles como si deletreara.)

Sin—esp—arroj—
est—doc—al má
3—7—y
11—min—lat.
El 7 'un—
gantín veló—

Sant—zozo—en—
cost—de la—gon
El hemisfe—
tral—3 mari—
Capitán G—
abord—conti—
Donde—celand—
ser pri—de los—
crüel indi—
si no—ge—os.
Qui—mos—hallá—
un tes—mensó—
repart—con el—
que ven—sal nos.—

Hablado

Moch. ¿No lo han comprendido ustedes?

Vec. 1.º Ni jota.

Vec. 2.º Ni una palabra.

Moch. Pues bien, repito lo dicho: al que por medio duro quiera ser accionista de mi negocio, le explicaré el contenido de ese misterioso documento.

Vec. 1.ª ¿Medio duro, eh?

Vec. 2.ª ¿Nada más que medio duro?

Vec. 1.º Él será loco, pero tonto no es.

Vec. 1.ª Bonita manera de sacar diez reales á cada quisque.

Vec. 1.º ¡El demonio del loco!

Moch. ¿Quién ha dicho que estoy loco? Al que lo piense siquiera le pego un sablazo. (Sacando la espada.)

Mujeres ¡Ay! (Echan á correr.)

Vec. 1.º ¡Se pone furioso! Lo mejor es dejarle. (Los hombres se retiran también.)

Port. ¡Cuando yo decía que estaba chiflao! (Se mete en la portería.)

ESCENA IX

MOCHILA y SOLEDAD, que se ha quedado atemorizada junto á la puerta de la izquierda

Sol. ¡Pobre hombre!

Moch. (Paseando muy agitado.) ¡Truenos y centellas! Toda lo gente cree que estoy loco. Esto es cosa para volverse de remate.

Sol. (¡Me da lástima! Voy á darle medio duro á ver si se calma un poco.) ¡Caballero!

Moch. ¿Qué hay?

Sol. Hágame usted el favor de tomar estos diez reales; yo quiero ser accionista de ese negocio.

Moch. ¡Usted!

Sol. Sí, señor.

Moch. Gracias á Dios que encuentro una persona con sentido común.

Sol. Tome usted.

Moch. No, señora; no los tomo. Yo no pienso coger el dinero hasta reunir el número suficiente de accionistas. Dos mil nada más.

Sol. ¡Es una friolera!

Moch. Pero ya que usted se fía de mí, y no sospecha como esa gente que estoy loco, voy á explicarle el caso en breves palabras.

Sol. Ya le oigo á usted.

Moch. Este canuto encontrado por mí tan casualmente en el vientre del besugo...

Sol. (¡Pobrecito!)

Moch. Fué sin duda alguna arrojado al mar por unos náufragos, como se comprende por la traducción del documento, que me ha costado cuatro meses de ímprobo trabajo.

Sol. ¡Ya lo creo!

Moch. He completado las palabras borradas en el papel por la humedad, y estoy segurísimo de que el documento decía lo siguiente... Vaya usted completando las medias palabras que he copiado en estos papeles. (Por el que Soledad tiene en la mano. Soledad escucha con atención mirando el papel, como si completase las pa-

labras.) «Sin esperanza arrojamos este documento al mar, á los treinta y siete grados y once minutos de latitud. El siete de Junio, el bergantín *Veloz* de Santander zozobró en las costas de la Patagonia, en el hemisferio austral.» —¿Se va usted enterando?

Sol. Sí señor, sí.

Moch. «Tres marineros y el Capitán G... abordaron el continente donde recelan ser prisioneros de los crueles indios, si no los protege Dios.»—¡Me parece que está bien claro!

Sol. ¡Vaya si lo está!

Moch. Ahora viene lo gordo.—«Aquí hemos halla do un tesoro inmenso, que repartiremos con el que venga á salvarnos.»

Sol. ¡Un tesoro!

Moch. Inmenso. Y que no hay duda, fíjese usted bien.— *Qui—mos halla,* aquí hemos hallado, *un tes menso,* un tesoro inmenso, *repart—con —el,* y repartiremos con él, *que ven,* que venga, *sal nos,* á salvarnos.—¿Eh? ¿Qué tal, estoy loco?

Sol. (Rematado el pobrecito) ¡Cá! No señor.

Moch. Pues bien, así que tuve la seguridad de que la traducción del documento era exacta, averigüé que en la matrícula de Santander había efectivamente un bergantín llamado *Veloz,* que salió del Callao el treinta de Mayo último, y que ocho días después debió perderse en las costas de la Patagonia, puesto que no se ha vuelto á tener noticias suyas.

Sol. ¡De veras!

Moch. Como usted lo oye. supe el nombre de su capitán, el Capitán Grant.

Sol. ¿El Capitán Grant?

Moch. El mismo.

Sol. (¡Querrá decir el Gran Capitán. El infeliz trastorna las palabras.)

Moch. ¿Le conoce usted acaso?

Sol. ¡Pues ya lo creo! (Le seguiré la manía!)

Moch. ¡Es posible! ¿Es acaso pariente de usted?

Sol. Tío.

Moch. ¡Tío! ¡Es usted su sobrina!

Sol. Naturalmente.

Moch. ¿E ignoraba que había naufragado?

Sol. Sí, señor.

Moch. ¿Y los demás parientes dónde andan, quiénes son?

Sol. No tengo ninguno.

Moch. Ahora comprendo por qué no se ha presentado nadie. ¿De modo que es usted sola en el mundo?

Sol. Sola.

Moch. ¿Y no tenía usted más amparo que su tío?

Sol. No tenía otro amparo.

Moch. Pues bien, ya que, gracias á mí, sabemos su paradero, unamos nuestros esfuerzos para ir en su busca.

Sol. ¿A dónde?

Moch. ¡A la Patagonia!

Sol. (¡Uy! ¡cómo se extravía!)

Moch. Ahora sepa usted los sacrificios que llevo hechos para salvar á esos desgraciados náufragos. Yo me he empeñado más de lo que estaba, poniendo en todos los periódicos este anuncio: (Sacando un periódico.) «Las personas interesadas en saber el paradero del bergantín *Veloz*, de Santander, mandado por el Capitán Grant, pueden dirigirse á don Marcial Mochila, Tabernillas, setenta y cuatro, principal interior, Madrid.»—A pesar de esto, no se ha presentado nadie.

Sol. (Lo comprendo.)

Moch. En vista de lo cual, dije: este hombre no tiene parientes; según el documento, es dueño de un inmenso tesoro, que repartirá con el que vaya á buscarle... Pues yo seré quien vaya.

Sol. Muy bien pensado, debe usted ir.

ESCENA X

DICHOS, la PORTERA, que viene apresuradamente

Port. ¡Señor Mochila!

Mohc. ¿Qué hay?

Port. Un caballero que parece inglés, se empeña en verle á usted sin remedio.

Moch. ¡Un inglés! ¡Si pasa lo divido!... (Sacando el sable.)

Port. Este es inglés de Inglaterra.

Moch. ¡Ah! (Allí no tengo ninguno.)

Port. Pero como usted me dió esa orden para todos...

Moch. Que pase.

Port. (Yendo al foro.) Caballero, pase usted. Aquí está el señor de Mochila.

ESCENA XI

DICHOS, SIR CLYRON y KETTY

Sir Clyron, desde que entra en el patio, y durante toda la eecena, olfatea de vez en cuando marcadamente

Moch. ¡Un extranjero!

Clyr. ¡¡Mi general!! (Saludándole.)

Moch. Gracias. ¿Qué deseaba usted?

Clyr. ¿Osté sor la personamienta que dice este anuncio? (Presentándole el periódico.)

Moch. ¡El mío! Sí, señor.

Sol. (¿Qué será esto?) (Deteniéndose cuando se va á marchar.)

Clyr. ¡E osted saber la paradera del Capitán Grant!

Sol. ¿Eh?

Moch. Sí, señor, sé su paradero á punto fijo. ¿Usted conoce al capitán?

Clyr. Ser moy amigo.

Sol. (¡Caramba! ¿Si no estará loco este hombre?)

Moch. ¡Muy amigo!

Clyr. Mí deberle la vida. El salvarnos á mí é mi sobrina (Señalando á Ketty.) en un naufragio.

Sol. (¿Será posible?...)

Ketty ¡Oh!

Clyr. El sacarnos del mar á costillas. ¿Dónde estar él ahora?

Moch. Naufragó el siete de Junio con su bergantín el *Veloz* en las costas de la Pata .. (Tapándose la boca.) (Ya metí la pata. Si se lo digo pueden ir solos y quedarme yo como estaba.)— Sé dónde está, pero no lo digo mientras no

se me asegure que he de ser yo quien vaya á buscarle.

Clyr. ¡Oh, filántropo! Vendrá conmigo. Mí ser sir Eduardo Clyron, é mí tener un buque de mi propiedad para ir donde quiera, un gran buque, un yaket que se llama *El Escocia.*

Sol. (¡Como el bacalao!)

Moch. ¿Y será usted capaz de llevarme?

Clyr. Mí llevar á todo quien se interese por el Capitán Grant. Sos amigos serlo míos, tam bién; mí querer boscarle, mí venir sólo á esto de Málaga.

Moch. (Volviéndose á Soledad.) ¡Somos felices!—Esta señorita es sobrina del Capitán.

Clyr. ¡Oh! Sobrina de nuestro salvador.

Ketty ¡Oh! (Se acerca á ella y la besa en la frente.)

Sol. (Pues señor, ruede la bola.)

Clyr. Señorita sobrina, osté disponer de todo lo mío. (Dándole la mano.)

Sol. Muchas gracias.

Moch. (¡Está hecho el gran negocio!)—Entremos, caballero, entremos en mi habitación y le explicaré cómo he averiguado el paradero del Capitán.

Clyr. Esperar un instante. ¡Portera!

Moch. ¿Qué quiere usted?

Port. ¿Quién me llama?

Clyr. ¿Haber por aquí una tabernamienta?

Port. ¿Una taberna? Sí, señor, en esta misma casa.

Clyr. ¡Oh! Mí no engañarme nunca. Desde mi llegada percibir el aroma de Valdepeñas.—Osté traerme dos botellas á la habitación de este caballero, con su permiso. (Dándola una moneda.)

Moch. Lo que usted quiera. (¡Estoy loco de alegría!)

Clyr. Cuando osté gostar. Señorita sobrina...

Sol. Entre usted, que yo vuelvo al instante.

Ketty Portera: chis, chis.

Port. Mande usted.

Ketty Traiga también una botella del pardillo.

Sol. Ella ha hablado poco, pero bueno. (Clyron, Ketty y Mochila entran en la habitación de éste.)

ESCENA XII

SOLEDAD. La Portera pasa luego á la habitación de Mochila llevando las botellas

Pues, señor, me he metido en un belén por seguirle la manía á ese buen señor. Y ahora resulta que no está loco, que ese capitán existe... ¿Por qué no ha de ser verdad también lo del tesoro?—Nada, yo no me vuelvo atrás; sigo siendo su sobrina, y si me quieren llevar con ellos, me voy. Gano cuatro pesetas diarias por bailar desesperada todas las noches... Mi porvenir es triste; y si un día doy un mal paso y me tuerzo un pie, la *bucólica* está comprometida... Veamos si por otro camino hago fortuna. Soy libre como el aire. ¡No tengo nadie que se interese por mí! —Miento, ese joven amable que me ha escrito esta carta tan expresiva, y que volverá por la contestación... ¡Ah! ya está ahí. (Viendo á Escolástico que entra por el foro.)

ESCENA XIII

SOLEDAD y ESCOLÁSTICO, Este se para al verla

Escol. ¡Ella! Señorita...

Sol. Caballero...

Escol. Usted dispensará mi atrevimiento.

Sol. No; no hay de qué.

Escol. Vengo... Vengo... Ya sabe usted á lo que vengo.

Sol. Sí, señor, lo sé. Su carta de usted me ha conmovido.

Escol. ¿De veras? ¿Y qué contesta usted?

Sol. ¿Qué he de contestar?—¡Yo soy muy franca, contesto que sí!

Escol. ¡Soy feliz! ¡Permítame usted que en prueba de amor deposite en su mano un ósculo!

Sol. ¡Un ósculo! (¡Será una sortija!) (Volviendo la cabeza se deja coger la mano que besa Escolástico.)

Escol. ¡Ay!

Sol. ¡Caballerito! Usted va pasando á mayores.

Escol. ¡A mayores! ¡A esto lo llama mayores, inocente!

Sol. Hablemos con toda franqueza.

Escol. Eso quiero yo.

Sol. ¿Usted es un caballero completo?

Escol. Creo que sí.

Sol. Enamorarse de mí, ocultármelo y obsequiarme gastándose hasta el último céntimo...

Escol. Hasta el último.

Sol. Y decirme luego: te amo, y si no me correspondes me mato, eso es muy de agradecer.

Escol. Bendita sea esa boca.

Sol. ¡Prudencia, joven! Dice usted en su carta que no posee más que un corazón ardiente.

Escol. Nada más, pero muy ardiente.

Sol. Y que por mí está usted decidido á todo.

Escol. A todo.

Sol. Pues bien, se nos presenta la ocasión de ser felices, de hacer acaso un capital.

Escol. ¡Un capital!

Sol. Para eso es necesario, primero: que me diga usted si está decidido á ser mi esposo.

Escol. Con toda mi alma.

Sol. Segundo. Si está usted dispuesto á seguirme hasta la Patagonia.

Escol. Hasta el fin del mundo.

Sol. Y tercero; si quiere usted pasar por sobrino del Capitán Grant.

Escol. Por sobrino del demonio.

Sol. En ese caso será usted primo mío por parte de padre.

Escol. Por la parte que usted quiera.

Sol. ¿Lo jura usted?

Escol. Lo juro.

Sol. Pues acostumbrémonos desde este momento á tutearnos. A mí me dará vergüenza, pero en fin, te tutearé.

Escol. Y yo á tí, tí, tí.

Sol. Basta, el tiempo urge. La fortuna nos aguar-

da detrás de aquella puerta. (Señalándole la del cuarto de Mochila.)

Escol. ¿De aquella?

Sol. Sí. Entremos.

Escol. Entremos. ¿Pero quieres al menos explicarme?...

Sol. Ya lo sabrás todo. Ven conmigo y dí á todo que sí.

Escol. Andando, y digo á todo que sí. (Entran.)

ESCENA XIV

El DOCTOR MIRABEL, que sale con bata, sombrero de copa y bastón. Viene por el foro

Doc. ¿Qué era lo primero que tenía yo que hacer? ¡Ah! sí, ya recuerdo, alquilar un coche para las visitas de despedida. Eso es. Aquí tengo la lista de las personas de quienes tengo que despedirme. Exactamente. Hoy creo que no se me ha olvidado nada. Ea, voy á buscar un coche. ¿Toma, pues no me he venido al patio en lugar de salir á la calle? ¡Qué cabeza la mía! ¡Ah! ¡Ya se me olvidaba hablar á la Portera! ¡Portera!

Port. ¿Qué quiere usted, señor Doctor? ¿A dónde va usted?

Doc. A hacer visitas.

Port. ¿Con ese traje?

Doc. ¡Toma! Pues es verdad que me he salido en bata. Tendré que volver á subir la escalera. Soy un desdichado.

Port. Yo le bajaré á usted el gabán, y se mudará en la portería si no quiere molestarse.

Doc. Tiene usted razón.

Port. Voy por él.

Doc. Espere usted un momento. Yo tenía que decirle á usted no sé qué cosa. ¿Qué tenía yo que decirla? ¿Usted no se acuerda?

Port. ¡Yo! Como usted no me lo diga...

Doc. Bueno, cuando me baje usted la capa se lo diré.

Port. ¿La capa ó el gabán? (Vase la Portera.)

Doc. El gabán, eso es, el gabán.

ESCENA XV

DOCTOR, solo

Estas distracciones han de darme muchos disgustos. Y eso que ahora ya me he corregido algo. Porque antes... antes era horrible. Un día entero me pasé pensando si me llamaba Benito ó Roque, y luego resultó que me llamaba Saturnino. Yo, doctor en ciencias y hombre de gran entendimiento, según dicen por ahí, tengo la peor de las memorias. Empecé mi carrera dedicándome á la medicina. Un día tuve que cortar una pierna á un enfermo, me distraje y le corté la sana. Y lo más extraño es que el enfermo se curó... pero yo no abandoné la medicina. El año pasado me llevé un susto atroz. Llego una noche á mi casa, me abre el sereno la puerta de la calle, abro la de mi habitación, y al entrar en ella me encuentro con que no hay un sólo mueble, ni uno. ¡Hasta las alfombras se habían llevado! ¡Ladrones! Empiezo á gritar: ¡Socorro! Se arma el gran escándalo, se alborotan los vecinos, sube la portera y me dice:—Pero, caballero, si se ha mudado usted esta mañana á la calle de las Tabernillas;—y era verdad, se me había olvidado la mudanza y entregar la llave del cuarto. Desde entonces vivo aquí en este barrio extremo y tranquilo, entregado á la botánica, mi ciencia favorita.

Port. ¡Aquí está el gabán! (Desde cerca de la portería.)

Doc. ¿Qué gabán? ¡Ah! ¡Sí! (Se quita la bata.)

Port. No se desnude usted ahí, que va á coger una pulmonía. (Viniendo apresuradamente. Le pone el gabán.)

Doc. No; está esto muy abrigado. Traiga usted la bata. A mí me gusta dejar todas las cosas en su sitio. (Hace como que la cuelga de un clavo y se cae la bata al suelo.)

Port. Se la subiré á su cuarto. (Recogiéndola.) ¿No ha

recordado usted todavía lo que tenía que decirme?

Doc. ¡Ah! ¡Sí! Si no me habla usted de ello, no le digo una palabra. Me marcho esta noche.

Port. ¿Fuera de Madrid?

Doc. Sí.

Port. ¿A dónde?

Doc. ¿A dónde? ¡Ah! Sí, á Filipinas.

Port. Es una friolera.

Doc. Voy comisionado por la Academia de Ciencias Naturales para estudiar la flora y la fauna de las regiones oceánicas.

Port. ¿Y deja usted el cuarto?

Doc. No, usted cuidará de él en mi ausencia, y dejará visitar mi biblioteca y colecclón de curiosidades científicas á cuantas personas traigan una tarjeta mía.

Port. Está bien. ¿Y se va usted esta noche?

Doc. Sí; voy á Málaga, donde me embarcaré. Vaya, hasta luego. (Da la mano á la Portera.) Beso á usted la mano, señora portera.

Port. Este señor acabará en Leganés. (Vase.)

ESCENA XVI

CLYRON, KETTY, MOCHILA, ESCOLÁSTICO y SOLEDAD

Clyr. No hay que hablar más. La explicación del documento no inspirar la duda de menor tamaño.

Moch. ¿Y dice usted que por su parte renuncia á lo que le pudiera tocar del tesoro?

Clyr. Mí ser inmensamente rico. Mí poseer un capital de veinte y cinco millones de libras.

Moch. (Este inglés debe ser andaluz.)

Sol. (A Escolástico.) (¿Cuánto son veinte y cinco millones de libras?)

Escol. (Un millón de arrobas.)

Sol. (¡Qué barbaridad!)

Clyr. E mí tener toda la fortuna en brillantes. Ser un capricho especial. Mí aborrecer las letras de cambio, é caminar por todo el mundo con una caja llena de piedras pre-

ciosas. Necesitar dinero, vender una piedra. Eso tener valor en todas partes.

Moch. ¡Ya lo creo!

Clyr. Mí poseer varios brillantes gordos como castañas.

Sol. (¡Si nos dará la castaña este caballero!)

Moch. Pues es capricho tener una fortuna empleada en piedras. Bien dicen, que los ingleses son ustedes estrambóticos.

Clyr. ¡Oh, caballero! Mí no ser inglés.

Moch. ¿No?

Clyr. Mí ser escocés.

Moch. Me alegro; aborrezco á los ingleses. Ya me es usted más simpático.

Clyr. Por supuesto, que ustedes no aceptarán viajar á mi costa sin pagarme de algún modo. Ustedes son personas delicadas.

Moch. (¡No se me había ocurrido!)

Escol. (Ni á mí.)

Sol. (Ni á mí.)

Clyr. Para evitar estos escrúpulos naturales, mí pensar darles una ocupación propia.

Escol. Usted dirá.

Clyr. (A Soledad.) Osté ser desde hoy la compañera de mi sobrina.

Sol. Con mucho gusto.

Clyr. (A Mochila.) Osté ser mi secretario.

Moch. ¡Tanto honor!

Clyr. Mí amar estos caracteres brutos...

Moch. ¿Cómo?

Clyr. No sé si me explico...

Moch. Y bien claro.

Clyr. (A Escolástico.) E osté, joven aplicable y estudioso, enseñarle la lengua á mi sobrina.

Sol. ¿Eh?

Clyr. Ella amar la lengua española é tener gran facilidad para el aprendimiento de ella.

Escol. Aceptado.

Clyr. Esta tarde á las seis, mí esperar á ustedes en el hotel de Rusia para comer juntos. Preparad los equipajes. Esta noche al ferrocarril, mañana en Málaga, é inmediatamente á bordo sin más impedimento. ¿Estás conforme, Ketty?

Ketty Yes.

Sol. Esta señorita no se perderá por hablar mucho.

Clyr. (A Soledad.) Señorita sobrina. Señorito sobrino... Señor. Hasta luego.

Moch. Hasta después, caballero.

Sol. Adiós, milord. (Va á despedirle hasta la puerta del foro. Allí Mochila coge á Soledad y Escolástico por las manos, y los tres hasta el proscenio.)

ESCENA XVII

DICHOS, menos CLYRON y KETTY

Música

Moch.

Vuestro tío se ha salvado
el negocio está logrado,
nos haremos poderosos,
no tenemos más que hablar:
preparad vuestro equipaje
y emprendamos el viaje
esta noche por la tierra
y mañana por la mar.

—

Escol.

Yo me encuentro atortolado.
yo no sé lo que ha pasado,
me parece todo un sueño,
pero un sueño singular;
mas preparo el equipaje,
y me lanzo á ese viaje,
pues feliz seré contigo
por la tierra y por el mar.

—

Sol.

Ven conmigo sin cuidado,
la fortuna hemos logrado,
libres somos como el viento
y podemos escapar;
tú prepara el equipaje,
porque al fin de este viaje
no podemos perder nada
y es muy fácil el ganar.

—

Moch. Para ir luego á la fonda
en busca del inglés,
en este mismo sitio
citémonos los tres.

Sol. ¡Eso es!

Escol. ¡Eso es!

Moch. ¡Hasta después!

(Abrazándolo. Entra en su cuarto.)

Sol.
Escol. ¡Hasta después!

(Abrazándose.)

(Vanse Escolástico por el foro y Soledad á su habitación.)

MUTACION

CUADRO SEGUNDO

A bordo de «El Escocia»

Sobre cubierta. Unos acostados, apoyados otros sobre las bordas, están todos los Marineros y Grumetes. La escena solamente alumbrada por los faroles del buque.

ESCENA XVIII

Una ronda de Marineros da la vuelta sobre cubierta y baja por la escotilla. Marineros y Grumetes tendidos junto á las bordas

Música

Coro Así escuchando de la mar
el melancólico rumor,
entre la luz crepuscular
bogando vamos sin temor.

—

No hay mayor placer
que el de navegar;
nunca en tierra se gozó
este dulce bienestar.

—

Del horizonte el denso tul
muy pronto el alba romperá;
del ancho espacio el claro azul
color de rosa toma ya.

—

Con mi amado bien
quiero navegar,
siendo el agua mi sostén
nunca temo vacilar.

(Los Marineros y Grumetes se retiran al foro.)

ESCENA XIX

SIR CLYRON, SOLEDAD y KETTY, que salen por la escotilla; luego ESCOLÁSTICO y MOCHILA

Hablado

Sol. ¡Uf! ¡Yo necesito respirar el aire libre! ¡Qué demonio de barco!

Clyr. ¿Osté no haber navegado nunca?

Sol. Sí señor, he hecho varias veces la travesía del estanque del Retiro.

Clyr. Mí gozar mucho en la navegamienta. Venid á contemplar el levantamiento del sol. (Vase hacia el foro.)

Escol. (Apareciendo por la escotilla; tras él Mochila.) ¿Por dónde anda Soledad? Yo estoy cada vez más atontado.

Moch. ¡Bombas y rayos! ¡Qué mareo tan horrible!

Escol. Allí creo que está. (Vase en busca de los otros á quienes se une con Mochila.)

ESCENA XX

MARINEROS, DOCTOR y CAPITÁN. Se abre la puerta del camarote de la derecha y sale el Doctor, que mira el reloj á la luz del farolillo

Doc. ¡Las cuatro! he dormido seis horas. Este es gran sistema para no marearse. Se mete uno en el barco, se acuesta y se queda dor-

mido. Ni siquiera sentí que echábamos á andar. Ya debemos estar cerca de Alicante. —¡Calle! ¿Qué faro es aquel que se divisa entre la oscuridad? —¡Eh! ¡Marinero! (A uno.) ¿Qué es aquello que se ve allí?

Mar. 1.º El faro de Tarifa.

Doc. ¡Tarifa! Este hombre está borracho. ¡Eh! (A otro.) ¿Qué es aquello?

Mar. 2.º El faro de Tarifa.

Doc. ¡Caracoles! ¿Si será tan distraido como yo el Capitán de este barco, y en lugar de tirar á la izquierda habrá tirado á la derecha? Es cosa de averiguar esto. ¿Dónde está el capitán?

Mar. 1.º ¡Allí está! ¡Mi Capitán!

Cap. ¿Qué hay?

Mar. 1.º Este caballero pregunta por usted.

Doc. Servidor. Usted dispense que anoche no tuviera el gusto de saludarle; pero deseando evitar el mareo me metí en el camarote y me acosté. Ahora me levanto y esta gente dice que aquella luz es el faro de Tarifa.

Cap. Y lo es en efecto.

Doc. ¡Cómo! ¿Hemos pasado el Estrecho?

Cap. Naturalmente.

Doc. ¡Entonces este buque va por el Cabo! Esto es un engaño; á mí me dijeron que iba por el Istmo y por eso tomé pasaje.

Cap. ¿Pasaje para dónde?

Doc. Para Filipinas.

Cap. Caballero, este buque va á Chile.

Doc. ¡A Chile!

Cap. Es propiedad de Sir Clyron y no sé con qué derecho se ha metido usted en él.

Doc. ¡Dios mío! ¿Cómo se llama este buque?

Cap. *¡El Escocia!*

Doc. ¡Horror! ¡Yo debía ir en el *Irlanda!* He confundido las Islas británicas.

Cap. El *Irlanda* salió de Málaga antes que nosotros.

Doc. ¿Y qué hago yo ahora, Capitán?

Cap. Enteraré á Sir Clyron de lo que sucede. (Se acerca al grupo que forman los otros con Sir Clyron.)

Doc. ¡No hay ser más desdichado que yo! ¡Encontrarme camino de América debiendo ir á Oceanía! ¡Esto es horrible! ¡Qué dirá la Academia de Ciencias Naturales cuando lo sepa! ¡Yo pierdo la cabeza! ¡Yo me pongo malo! (Cae desmayado.—Sir Clyron, Mochila y Escolástico se ríen.)

Sol. ¡Tiene mucha gracia!

Clyr. (Acercándose al Doctor.) Caballero...

Escol. ¡Se ha puesto malo sin duda!

Moch. La cosa no es para menos. ¡Valiente chasco! ¡Y yo conozco la cara de este hombre!

Sol. Yo también. Es un señor que vivía en nuestra casa, en el principal exterior: el Doctor Mirabel.

Clyr. ¡El Doctor Mirabel! ¡El célebre naturalista! Es un sabio muy respetado en toda Europa.

Sol. ¡Un sabio y no lo sabíamos!

Moch. Eso nos pasa siempre á los españoles.

Clyr. Llevadle al camarote. Avisad al médico. (Se llevan al Doctor dos Marineros.)

Cap. ¡Gente arriba! ¡Barco á proa! Es el *Almirante* de la escuadra inglesa.

Clyr. ¡Ya sale el sol! Saludemos al pabellón de Inglaterra que ondea sobre el buque *Almirante*. (Suena el pito del contramaestre.)

Música

Los Marineros y Grumetes trepan por los flechetes, coronando toda la parte que se ve de la arboladura del buque

Coro
La enseña de Inglaterra,
que enarbolada está
en el buque *Almirante*,
debemos saludar.

(Empavesan el buque é izan la bandera inglesa, saludando todos los Marineros que suben á la arboladura. Cañonazo.)

Todos ¡Hurra! ¡Hurra! ¡Hurra!

FIN DEL ACTO PRIMERO



ACTO SEGUNDO

CUADRO TERCERO

¡Viva Chile!

Una plaza en Talcahuano (Chile). Hombres y mujeres del pueblo pasean en ella vestidos con los trajes característicos del país

ESCENA PRIMERA

Música

Coro

Hoy celebra Chile
la fiesta esplendente
que al Santo Patrono
dedica anualmente.
Todo es regocijo
y óyense doquier
gritos de alegría,
cantos de placer.
Hasta las mujeres
lucen sus encantos
que recatan siempre
con los negros mantos.
Todo es regocijo
y óyense doquier
gritos de alegría,
cantos de placer.

(Varias mujeres fumando.)

Fumadoras

Si es en el hombre un vicio
el de fumar,
en la mujer es gracia
particular,
y con un cigarrito
¡válgame Dios!
cada mujer chilena
vale por dos.
Cuando á los aires
el humo sube,
parece hermosa
flotante nube.
Y si el tabaco
tiene poder,
se siente un mareíto
que da placer.

—

Entre dos que se quieren
¡qué gusto da
un cigarrito á medias
poder fumar!
Mas lo malo es que suele
á lo mejor
consumirse el cigarro
y el fumador.
Cuando cualquiera
mozo bonito
con su cigarro
me da *fueguito*,
yo tardo aposta
en encender,
y el dejarle sin lumbre
me da placer.

—

Coro

Oigan las guitarras,
vienen hacia acá
tocando el risueño
zamba que le da.

(Entra en escena la bailarina precedida de una gran banda de guitarras.)

Vaya una coplilla
de la alegre *cueca*,

de la *sanguaraña*
ó la *samacuaca.*
¡Samba que le da!
¡Samba que le dá!
El bonito baile
dé principio ya.

(Una joven baila la «samacuaca» con el paso del pañuelo, y en tanto el Coro canta la copla y estribillo.)

Mi corazón á tus pies,
¡samba que le da!
lo ves y no lo levantas;
pobrecito corazón
¡samba que le da!
qué de desprecios aguantas.
¿Qué es esto de mama Chunga
que viene con su matraca,
que si ella me dice triqui
yo le digo triqui-traca?
¡Tondoro, ja, ja!
¡Tondoro, ja, ja!
dale aire á tu cuerpo,
y acércate acá.
¡Samba que le da!
¡Que le da, que le da, que le da!

Hablado

Uno ¡Viva Chile!
Todos ¿Y cómo no? ¿Y cómo no? ¿Y cómo no?

Música

Coro
Bulle alegre el libre
pueblo soberano;
en amor y fiestas
arde Talcahuano.
Todo es regocijo
y óyense doquier
gritos de alegría,
cantos de placer.

(Vanse.)

ESCENA II

SIR CLYRON, SOLEDAD y ESCOLASTICO; KETTY que sale con ellos, se queda copiando una casa en el album que lleva siempre consigo

Hablado

Escol. Esta es la plaza donde debemos esperar á nuestros compañeros.

Clyr. Mí gostar mocho este país. Mojeres bonitas.

Sol. ¡Y que fuman como un cabo de gastadores! ¡Qué manera de echar humo! ¿Te gustan á ti también, primo?

Escol. (Aparte.) ¡A mí no me gusta nadie más que tú!

Sol. Y la escocesa; ya te compondré yo.

Escol. ¡Soledad!

Sol. (A Clyrón.) ¿Y usted sabe á qué viene todo este jaleo y estos bailes?

Clyr. Solemnizar así la fiesta de su santo patrono este país, que pertenecer á España en otro tiempo.

Sol. ¿Sí?

Clyr. Y ellos declararse independientes.

Sol. ¡Habráse visto los muy... mamarrachos, por no decir otra cosa!

Clyr. En la penitencia llevar ellos el pecado. Ostedes no tener buenos gobiernos, pero ellos tenerlos peores.

Sol. ¡Peores! ¡Parece imposible! ¿Y Miss, dónde se ha quedado?

Clyr. Allí tomando apuntes en el album. Ella ser ante todo artista de corazón. Ketty, Ketty, enséñanos lo que has dibujado. ¡Oh! Estar perfectamente. (Ketty se acerca á ellos.)

Sol. Es verdad. Mira, Escolástico, mira qué mono.

Ketty No es mono, es un perro.

Sol. Pero es un perro muy mono.

Clyr. Aquí las casas tener las rejas como en An-

dalusía. En una como esta mí en Jerez con una linda niña *pelar el pavo.*

Sol. ¡Ay qué pillín!

Ketty Yo estoy contentísima. Este país me encanta. (Sin expresión, con exageradísima frialdad.)

Sol. (Remedándola.) (Este país me encanta. Y lo dice como si dijera: ¡este país me revienta! ¡Ay! Dios me dé personas que lo expresen toda con la cara y con los ojos como la gente de mi tierra.)

ESCENA III

DICHOS, MOCHILA

Moch. ¡Bombas y rayos!

Escol. Aquí está el señor de Mochila.

Clyr. ¿Qué hay? ¿qué noticias ha adquirido usted?

Moch. Ninguna: vengo desesperado. En toda la costa de Chile no se ha perdido un barco español desde hace diez años.

Clyr. ¿Y entonces?

Moch. Que no es aquí donde debemos buscar al Capitán Grant.

Sol. ¡Pobre tío! (A Escolástico.) (¡Conmuévete, hombre!)

Escol. (¡Ah! sí.) ¡Pobre tío!

Clyr. En ese caso, usted debe haber traducido mal el documento, haber algún error.

Moch. ¡Error! Imposible. Ya han oído ustedes como yo al doctor Mirabel, que es un sabio, que mi traducción es la única posible. Lo cual prueba que yo soy otro sabio.

Sol. ¿Y qué hacemos?

Escol. Ahí viene el Doctor, veremos lo que dice.

ESCENA IV

DICHOS, el DOCTOR

Moch. ¿Qué hay, Doctor?

Doc. (Que viene distraído y tropieza con Escolástico.) ¡Ah! ¡son ustedes! nada. Que no puedo embarcarme. No hay pasaje directo á Filipinas. ¡Me he divertido con meterme en el barco de ustedes! ¡Y la Academia de Ciencias que me creerá á estas horas camino del Archipiélago! ¿Cómo voy á justificarme escribiendo desde la América del Sur?

Moch. No escriba usted.

Doc. Eso he decidido... ¿Y qué hay de investigaciones? ¿Se tiene alguna noticia de los náufragos?

Moch. Sabemos positivamente que no fué en estas costas donde se perdió el bergantín *Veloz*.

Doc. (Dando una patada en el suelo y pisando á Mochila.) ¡Bien sospechaba yo!

Moch. ¡Bombas y truenos!

Doc. Usted dispense. En la interpretación del documento hay un error.

Moch. ¿Cuál?

Clyr. Mí decirlo antes.

Doc. (Sacando el documento.) Aquí donde dice *serán* prisioneros debe leerse *son.*

Moch. ¿Y qué?

Doc. Que en ese caso el Capitán está en el interior de Chile y no en la costa.

Moch. Pero al interior no llega el mar y es imposible hayan arrojado á él el canuto donde estaba el documento.

Doc. Cierto que el mar no llega allí; pero hay ríos que desembocan en el mar.

Escol. Es verdad.

Moch. Me aplastó.

Clyr. Luego osté creer...

Doc. Que los náufragos están en el interior, en poder de los indios.

Sol. Que acaso se los habrán comido. ¡Pobre tío! (Conmuévete.) (Aparte á Escolástico)

Escol. ¡Pobre tío!

Doc. No, no son antropófagos y suelen ser hospitalarios.

Moch. ¡En ese caso, á buscarlos al interior!

Doc. Me gusta este hombre por lo decidido. Justamente, á buscarlos, ¿no es verdad, Sir?

Clyr. Claro que á buscarlos.

Doc. ¿No indica bien claro el documento el grado treinta y siete? Pues sigamos ese paralelo hasta el punto en que hallemos el Atlántico. Atravesemos Chile, pasemos la cordillera de los Andes; ¡qué sublime espectáculo! Crucemos las Pampas, veremos el río Negro y el río Colorado...

Moch. Los ríos de todos los colores.

Doc. Y acaso en sus orillas encontremos vestigios que nos hagan dar con los náufragos.

Moch. Y con el tesoro.

Clyr. Osté pensar demasiado en el tesoro.

Moch. Alguna vez. (Siemprre lo tengo aquí.) (En la nariz.)

Escol. ¿Y usted viene con nosotros, Doctor?

Doc. ¿Qué voy á hacer? Me embarcaré en el Atlántico acompañando á ustedes forzosamente en su filantrópica excursión. Además esta travesía ofrece atractivos poderosos para un hombre de ciencia. Estudiaré la flora americana ya que por ahora no puedo estudiar la filipina.

Clyr. ¡Hurra por el Doctor! Ser providencial vuestro metimiento en *El Escocia*. Osté sernos preciso con su sabiduría.

Doc. Muchas gracias, Milord.

Clyr. Atravesaremos Chile.

Doc. En ese caso *El Escocia* debe esperarnos en la costa Argentina.

Clyr. Allí esperará.

Doc. Y estas señoras nos aguardarán á bordo.

Ketty ¿A bordo?

Moch. Es claro. Sería una locura exponerlas á los peligros de una travesía.

Ketty Una escocesa no retrocede ante los peligros.

Sol. Ni una española tampoco. ¿Usted qué se ha figurado? Voy con ustedes, veremos las Pampas.

Doc. Después de todo no se trata sino de un viaje de trescientas leguas escasas.

Escol. Un paseíto.

Doc. Por un país que conozco á palmos. He recorrido ese trayecto varias veces, y es hermosísimo.

Escol. ¡Ah! ¡conque usted había estado antes aquí!

Doc. No, lo he recorrido en el mapa.

Escol. ¡Ya! De ese modo ando yo todas las leguas que usted quiera.

Clyr. Vamos á bordo.

Doc. Tendremos que llevar provisiones.

Moch. Eso es, comestibles.

Clyr. Y bebestibles; no faltará nada á bordo, y esta noche se emprende la marcha.

Doc. ¡Cómo vamos á gozar, señor Cartuchera!

Moch. Mochila.

Doc. Es verdad, usted dispense; nunca recuerdo bien su apellido.

Moch. Ni nada. (Vanse todos.)

Música

CUADRO CUARTO

Vamos subiendo

Desfiladero al pie de los Andes

ESCENA V

El PATAGÓN. Música en la orquesta. El Patagón sale con el fusil preparado mirando á la altura

Ya se ocultó, ya no le veo. Vuela, vuela hasta el sol, que no por eso la bala de mi fusil dejará de penetrar bajo tus alas. Condor, rey de los aires, si las nubes te ocul-

tan, el Patagón te acecha. (Oyese el ruido de campanillas de caballerías que se acercan. Cesa la música.) ¡Viajeros! Veamos si necesitan guía para escalar los Andes.

Moch. ¡Alto! pie á tierra, atad las caballerías y descansemos un rato.

ESCENA VI

El PATAGÓN, que se retira al ver llegar á SIR CLYRON, KETTY, ESCOLÁSTICO y MOCHILA

Moch. Nuestros compañeros vienen muy rezagados. Esperémosles aquí. ¡Bombas con mi caballería! ¡Tiene un trote insufrible!

Ketty Voy á tomar la vista de este desfiladero.

Clyr. Ketty, tu aficionamiento al dibujo te obliga á abandonar el estudio de la lengua española. Ostedes no dar lección hace tres días.

Escol. ¡Ah, señor! Esta señorita aventaja á su maestro, tiene facilidad portentosa para los idiomas. De las cuatro partes de la Gramática sabe las tres primeras con toda perfección.

Clyr. ¿Y la otra?

Escol. La otra es la Ortografía. Esa no ha logrado aprenderla ninguna mujer, y es inútil enseñarla.

Clyr. Haber otra Gramática en España que yo desearía aprender.

Escol ¿Cuál?

Clyr. La gramática parda.

Escol. Para esa no se necesita maestro.

Pat. (Presentándose y hablando siempre con tono dramático.) Señores viajeros.

Moch. ¿De dónde sale este hombre?

Pat. Bajo de la cumbre de las montañas. Yo soy la Providencia del caminante, yo le enseño la senda oculta por las malezas, le guío entre las rocas, le aparto de los abismos, busco claro manantial que apague su sed y lecho de blandas hojas para que repose mientras lucen las estrellas.

Moch. Vamos, éste por lo visto es un guía.
Clyr. ¿Osté dedicarse á guiar á los viajeros?
Pat. Ya lo he dicho, soy su Providencia.
Clyr. Es muy modesto.
Pat. Yo conozco los riscos de los Andes y los senderos de las Pampas. La bala de mi fusil hiere al condor en su vuelo y al guanaco en su rápida carrera.
Escol. Este guía parece una novela por entregas.
Pat. Si así lo deseais, mi planta guiará vuestros pasos por tres pesetas diarias.
Escol. ¡Adiós, poesía!
Clyr. Está bien; desde ahora quedar por nosotros: cuide nuestras cabalgamientas.
Pat. Así lo haré, reposad tranquilos. (Vase.)
Moch. (Imitándole.) Vaya usted con Dios.

ESCENA VII

DICHOS menos el PATAGÓN

Clyr. Debíamos sacar los alforjos y disponer una merienda para cuando lleguen esa señorita y el Doctor.
Moch. Muy bien pensado.
Escol. (Valiente humor traerá la señorita. Lo menos creerá que me he adelantado por venir solo con la escocesa.)
Moch. ¿Disponemos en este sitio la comida?
Clyr. Mejor será á la sombra de aquellos árboles. (A la izquierda.) Cuidado con las botellas, señor Mochila; romperse una sería una desgracia.
Moch. No hay cuidado.
Clyr. Traigo oculta una sorpresa compatriota de ustedes.
Moch. ¿Cómo?
Clyr. Una sorpresa de Chinchón. (Saca del bolsillo una botella.)
Moch. Aguardiente. Cuidado, no vaya usted á coger una pítima.
Clyr. ¿Y qué ser esó de pítima?

Escol. Uno de los varios nombres que tiene en nuestro país la borrachera.

Clyr. ¡Ah! ¡Tener varios nombres!

Escol. Sí, señor, mona, chispa, turca, papalina.

Clyr. (Yendo hacia donde está Mochila.) ¡Papalina! Hacerme gracia eso de la papalina. (Vase.)

Escol. Ya llegan Soledad y el Doctor.

Clyr. Pues andando, á la merienda. Ketty, vamos. (Ketty le sigue: óyese el ruido de las campanillas que se acercan.)

ESCENA VIII

ESCOLÁSTICO; luego SOLEDAD y el DOCTOR

Escol. Dejad ahí las caballerías, ese hombre las cuidará. ¿Cómo se han retrasado ustedes tanto?

Sol. Porque mi borrico no quería andar. En cambio, el tuyo tenía mucha prisa.

Escol. (¡Ya pareció aquello!)

Doc. (Que trae á cuestas un enorme haz de hierbas y en la mano un cucurucho de papel.) A mí me ha convenido la detención para herborizar un poco. ¡Qué país para un naturalista! ¡Que diversidad de especies!

Escol. ¿Y qué lleva usted en ese cucurucho?

Doc. Unos coleópteros curiosísimos.

Escol. Pues allí nos espera la gente para merendar.

Doc. ¡Santa palabra! Vengo desfallecido.

Escol. ¿Pero va usted á almorzar con esto eso?

Doc. Tiene usted razón, lo dejaré allí. (Entra y sale al momento sin el haz y sin el cucurucho.)

Escol. ¿Y tú tienes apetito?

Sol. No me hables.

Escol. Pero mujer...

Doc. ¿Vamos?

Sol. Yo no tengo ganas, me quedo aquí descan sando.

Doc. Entonces vamos nosotros.

Sol. (Aparte á Escolástico.) No vayas.

Escol. No, yo tampoco tengo apetito. (Bosteza.)

Doc. Pues yo comeré por los dos.

ESCENA IX

ESCOLÁSTICO y SOLEDAD

Sol. Tenemos que hablar, señor don Escolástico.
Escol. Hablemos cuanto quieras.
Sol. Te advierto que he caído de mi burro.
Escol. ¡Ay! ¿Te has hecho daño?
Sol. No es eso, es otra clase de caída.
Escol. ¡Ya!
Sol. Es que me he convencido que tú no me quieres.
Escol. Soledad...
Sol. Y de que quieres á la escocesa.
Escol. ¡Qué disparate!
Sol. Y de que esas lecciones de Gramática van á acabar muy mal.
Escol. Pero si hace ya tres días que no damos lección.
Sol. Y no se la vuelves á dar, ó armo el gran escándalo.
Escol. Está bien, no la enseñaré más.
Sol. Ya sabe bastante.
Escol. Eso le he dicho á su tío para que no te incomodes.
Sol. Me alegro. Pues hombre, tú pareces tonto y te metes en casa.
Escol. Muchas gracias.
Sol. Os pasábais el día conjugando el verbo amar. Presente de indicativo, yo amo, tú amas, él ama... Y yo me escamo Y ella, siempre que nombraba la tercera persona, me miraba á mí.
Escol. Aprensiones.
Sol. Te digo que esa señora, cada vez me carga más.
Escol. Calla, que viene y puede oirte.
Sol. ¿Viene? Pues dame un abrazo para que lo vea y rabie.
Escol. Por mí no hay inconveniente. (Le abraza. Miss Ketty se detiene al verlos.)

ESCENA X

DICHOS, KETTY

Sol. (Como avergonzada.) ¡Ay, usted dispense, miss.
Ketty ¿Se aman ustedes?
Sol. Con toda el alma, ¿verdad, primo?
Escol. Sí señora, con toda el alma. (Me voy á ver si ha quedado algo de merienda.) (Vase.)
Sol. Me quiere mucho, muchísimo. ¿Lo ha oído usted?
Ketty Ya lo he oído. Los amantes españoles son muy expresivos.
Sol. No lo sabe usted muy bien. Los escoceses no son así, ¿eh?
Ketty Los escoceses aman con mucha tranquilidad.
Sol. Por eso no sirven para las españolas.

Música.—Duetino

Ketty
En Inglaterra los amantes,
con una calma sin igual,
en dos palabras se declaran
y ya no tienen más que hablar.

Sol.
Pues en España los amantes,
si se lo pueden expresar,
para decirse «yo te adoro»
no encuentran hora de acabar.

Ketty
En Inglaterra las mujeres
no piensan nunca en el amor,
y al novio ven de tarde en tarde
ó no lo ven á lo mejor.

Sol.
Pues en España las mujeres
pasan la vida en el balcón,
y el novio quieto en una esquina
lo mismo que un guarda-cantón.
Allí los amantes,
nos dicen así.

Ketty
Pues así nos dicen
los de mi país.

PRONUNCIACIÓN

—

Yes you love mi	Yes yu lof mi,
yes you love mi	yes yu lof mi
very, very,	vere, vere,
morning star,	Moneng star,
my dear.	mai diar.
Yes I love you,	Yes ai lof yu
very, very,	vere, vere,
my dear.	mai diar.

Sol. Viva tu salero,
cuerpo sandunguero,
alma de mi alma,
cara celestial.
Ven, que yo te adoro,
tú eres mi tesoro,
tú eres mi alegría,
tú eres mi pesar.

II

Ketty En mi país, cuando algún hombre
hace el amor á una mujer,
se acerca al punto á la familia
y la visita muy cortés.
Sol. Pues en España si le dicen
consulte usted con mi mamá,
queda en volver al otro día
y no le vuelven á ver más.
Ketty Si se hallan lejos dos amantes
se escriben cartas cada mes
para decirse solamente:
yo de salud me encuentro bien.
Sol. Pues en España estando juntos
se escriben tantas ella y él,
que al devolvérselas, si riñen,
las lleva un mozo de cordel.
¡Qué cosas nos dicen
los hombres allí!
Ketty Pues así nos dicen
los de mi país.
Yes yu lof mi, etc.
Sol. Viva tu salero, etc.

ESCENA XI

DICHOS, ESCOLÁSTICO, SIR CLYRON, MOCHILA y el DOCTOR

Hablado

Doc. Vamos, que ya es muy tarde.
Moch. A montar, y en marcha.
Clyr. Paréceme que me he puesto un poco de papalina.
Doc. ¡Cielos, las caballerías se han comido mi herbolario! (Entran y salen á poco. El Patagón lleva la cuerda que une á los seis borricos en que van montados, por el orden siguiente: Ketty, Soledad, Escolástico, Sir Clyron, Mochila y el Doctor. Los borricos llevan colleras con muchas campanillas y alforjas y mantas de colores muy vivos. El Doctor va montado al revés y leyendo un periódico.)

MUTACIÓN

CUADRO QUINTO

A 20.000 pies de altura

La cumbre de los Andes

ESCENA XII

Aparecen sucesivamente detrás del picacho todos los VIAJEROS y el PATAGÓN; KETTY se sienta y dibuja

Clyr. ¡Mí estar á veinte mil pies de altura! ¡Viva Escocia!
Moch. (Subiendo algo más que Sir Clyron.) Yo estoy un poco más alto. ¡Viva España!
Todos ¡Viva!
Escol. ¡Ay, qué frío! Estoy tiritando.
Sol. ¿Sí? Pues júntate conmigo.
Escol. Con muchísimo gusto.

Sol. ¡Alto, caballerito!

Escol. Me parece que más alto que á veinte mil pies...

Sol. Allí tienes á la escocesa pintando la mona.

Doc. Debemos buscar un sitio en que refugiarnos para pasar la noche.

Moch. (Empieza á andar muy de prisa y pegándose puñetazos) Por aquí no veo ninguno.

Sol. ¿Qué hace usted?

Moch. Entrar en calor.

Sol. Este hombre todo lo hace de golpe y porrazo.

Moch. Vayamos más arriba.

Sol. Yo no subo más.

Moch. (Al guía y al Doctor.) Subamos nosotros, y si hallamos lugar á propósito les llamaremos.

Doc. Andando. Cuando vean ustedes brillar una hoguera, suban sin cuidado. (Van subiendo por la izquierda.)

Sol. ¡Ay! Nosotros, sentémonos. Yo estoy que no puedo más.

Clyr. Cuidado con dormirse.

Sol. ¿Por qué?

Clyr. En este país es fácil quedarse sorbete, y además, puede bajar un condor y llevárselo á uno por los aires.

Sol. ¿Y qué bicho es ese?

Clyr. Un pajarito que se lleva en las garras una persona como un tordo un par de aceitunas.

Sol. ¡Caramba con el pajarito! Ya no me siento. (Ruido subterráneo.)

Clyr. Esto ser grave. (Música en la orquesta.)

Escol. ¡Ay! parece que se mueve el suelo.

Clyr. Moverse efectivamente. Esto anunciar un terremoto.

Sol. ¡Un terremoto!

Todos ¡Huyamos! (Echan á correr por detrás del picacho y desaparecen. Inmediatamente después se transforma la decoración á la vista del público. Gran estrépito; las montañas se truncan perdiendo su forma primitiva, y de la izquierda se desprende la gran roca con la cual se precipitan Mochila y el Patagón.)

MUTACION

CUADRO SEXTO

El condor

Las llanuras argentinas

La música va apianando poco á poco hasta terminar

ESCENA XIII

SIR CLYRON, KETTY, SOLEDAD y ESCOLÁSTICO, yacen sin sentido en el suelo. Se ve caer á MOCHILA y al PATAGÓN, que quedan como aquellos

Escol. ¡Ay! (Levantándose.)
Clyr. ¡Ay!
Escol. Soledad.
Sol. Escolástico, ¿estamos vivos?
Escol. (Abrazándola.) ¡Yo creo que sí!
Sol. ¡Sí, sí estás vivo, estás vivo!
Clyr. Esta bacada ser demasiado violenta.
Ketty ¡Deliciosa!
Sol. A esta mujer todo le parece delicioso. ¡Ay! Mochila. (Reparando en él.)
Escol. (Se acerca á Mochila, que se levanta y le da un golpe.) ¡Si estará muerto! ¡Ay!
Moch. ¡Rayos y centellas! Debo haberme roto cincuenta y siete costillas.
Pat. Contemplad las llanuras argentinas. Hemos descendido desde la cumbre al valle sin sentirlo.
Moch. ¡No, lo que es eso de no sentirlo! ¡Ay!
Escol. ¡Valiente terremoto!
Sol. Ni el de doña Martinica, que ví yo representar en el café del Sur.
Moch. ¿Y el Doctor?
Escol. Es verdad. ¿Dónde está el Doctor?
Sol. ¡El Doctor se ha perdido!

Todos ¡Doctor! ¡Doctor! (Gritando.)

Ketty Lo habrá aplastado alguna peña.

Sol. ¡Y con qué tranquilidad lo dice!

Escol. ¡Si nosotros estamos aquí de milagro!

Clyr. Es necesario buscarlo, no podemos irnos sin él.

Moch. ¡Pues es claro, hombre, qué hemos de irnos!

Escol. Sepamos al menos si efectivamente ha perecido en el descenso. Veamos por estos alrededores.

Todos ¡Doctor! ¡Doctor!

Sol. (Mirando al cielo hacia la derecha.) ¿Qué es aquello?

Pat. ¡El condor! ¡el que yo persigo hace tres días! (Se le ve cruzar por el aire.)

Moch. ¡Ya se ocultó detrás de las rocas!

Sol. Vuelve á salir. ¿Qué es lo que lleva entre las garras? ¡Ah!

Moch. ¡El cuerpo del Doctor!

Sol. ¡Muerto sin duda! (Aparece el condor á la vista del público llevando entre las garras la contrafigura del Doctor. Aletea saliendo.)

Pat. No se llevará la presa. (Monta el fusil, apunta y dispara. Música en la orquesta hasta el fin del cuadro. El condor da vueltas, y sin soltar la presa, cae detrás de los árboles.)

Todos ¡Ah!

Moch. ¡Veamos dónde ha caído!

Todos ¡Vamos!

Sol. Yo no tengo valor para verlo. (Cuando van á salir aparece el Doctor.)

Doc. ¡Compañeros!

Moch. ¡El!

Todos ¡Vivo!

Doc. ¡Vivo y sano! Las alas de ese pajarraco me han servido de paracaídas.

Todos ¡Doctor! ¡Doctor! (Se abrazan con grandes muestras de cariño.)

MUTACION

CUADRO SEPTIMO

¡Cuatro tiros!

Exterior de un fuerte militar

ESCENA XIV

Suena una corneta tocando llamada. Después un tambor; luego aparecen por la izquierda los soldados con el Comandante al frente; cuatro tambores y un corneta de órdenes. El COMANDANTE, CORO DE SOLDADOS. Estos visten solamente una camisa rayada sujeta por un cinturon de cuero, del cual pende un sable. Vienen armados con fusiles

Música

Coro

Marchemos de frente
con aire marcial,
al son de la caja
llevando el compás.
Y así, cuando llegue,
verá el General,
que todos sabemos
lo más principal.
Con brío y soltura
los brazos moved,
mirando de frente
con noble altivez.
Marchemos con fuerza
fijando los pies,
que nuestros zapatos
no se han de romper.

Hablado

Después de hacer algunos ejercicios á la voz de mando del Comandante con la menor precisión posible, descansan armas con toda desigualdad

Com. (Vamos, no ha salido tan mal como otras veces.) Soldados; ya sabéis que nuestra ama-

da república se halla en guerra con el Paraguay, y esta es la causa de que os instruya en el manejo de las armas con toda precipitación desde hace tres años, por si fuera preciso defender este fuerte contra los enemigos. Hoy aguardamos la visita del General, que viene á ponerse al frente del cuerpo de ejército á que pertenecemos, y espero que en su presencia os luciréis como lo habéis hecho en la mía. El General es muy bruto (con perdón sea dicho y sin ofenderle) y sería capaz de arrimar una paliza al que se descuidara en el cumplimiento de su deber. Conque mucho ojo, y en cuanto aparezca gritad todos el viva que os he enseñado. ¡Viva el General Archiparraguirreberrigorrigurrea! ¡Y vaya un viva dificultoso!

ESCENA XV

DICHOS un SOLDADO, luego SIR CLYRON, KETTY, ESCOLÁSTICO, el DOCTOR y SOLEDAD

Sold. ¡Mi Comandante!

Com. ¿Qué ocurre?

Sold. Los centinelas avanzados acaban de sorprender á unos extranjeros que deben ser espías de los paraguayos, porque estaban sacando los planos de las fortificaciones.

Com. Que me los traigan inmediatamente.

Sold. Aquí los conducen con todas las precauciones necesarias. (Entre dos soldados entran con los ojos vendados los personajes indicados antes, cogidos unos á otros por los faldones ó las faldas. El último el Doctor.)

Com. ¡Alto! (Se detienen. El Doctor suelta el faldón de Mochila á que viene agarrado. Todos van á quitarse la venda.) Al que se quite la venda le pego un tirito.

Escol. ¿Qué irán á hacer con nosotros?

Sol. Alguna barbaridad.

Moch. ¡Esto es un abuso; detener á unos viajeros pacíficos!...

Com. ¡Silencio! (Suena una corneta.) ¡El General se acerca! Conducidlos al fuerte y después se resolverá.

Sold. ¡Andando!

Moch. ¡Rayos y centellas! Yo protesto contra esta detención. (Se los llevan. El Doctor se agarra á las faldas del Comandante, que es quien tiene más cerca, y cuando éste echa á andar va tras él.)

Com. ¿Qué es esto? ¡Suelte usted!

Doc. ¡Ay! Usted dispense, creí que era otro.

Com. ¡Llevaros este hombre! (Le coge un Soldado.)

Doc. Pues señor, hasta con los ojos vendados he de cometer torpezas. (Vanse.)

ESCENA XVI

DICHOS, á poco el GENERAL, que viste casaca azul con bordados y trae los faldones de la camisa por fuera; faja, banda y sombrero de tres picos con plumas

Com. ¡Batan marcha! ¡Presenten armas!

Música

Aparece el General

Coro
Viva el General Archiparraguirre-
berrigorrigurrea! ¡Viva! ¡Viva! ¡Viva!
¡Viva! ¡Viva! ¡Viva! ¡Viva!
Bien venido sea.
Viva el General Archiparraguirre, etc.

Gen.
Basta, basta ya de vivas,
que me voy cargando yo,
y veamos cómo marcha
esta gente en la instrucción.

Com. (¡Dios nos coja confesados!)

Gen. Que maniobren á mi voz.

Com.
Va á mandaros su excelencia;
mucho oído y atención.

(Marcha durante la cual los soldados, á la voz del General que manda lo que juzgue oportuno el director de escena, ejecutan varios movimientos, siempre mal, y acabando á la voz de descansen por descansar armas

con la menor precisión posible. El General se vuelve irritado hacia el Comandante.)

Esta vez les ha salido
un poquito desigual.

Gen. ¿Y es usted quien los instruye?

(El Comandante se queda cabizbajo.)

¡Es usted un animal!
De los gauchos de mi escolta
pueden éstos aprender;
los soldados que yo instruyo
al momento vais á ver.

(Vase hacia el sitio por donde salió y grita.)

¡Firmes! De frente, paso redoblado, marchen.

(Música. Gran marcha. Salen los gauchos y maniobran con la mayor precisión y exactitud. Al último acorde descansan armas con toda precisión.)

¡Al hombro, flanco derecho! ¡Marchen!

(Los gauchos salen de escena.)

Hablado

Gen. Debíais estar muertos de vergüenza. Ahí teneis unos soldados, unos verdaderos soldados, y no vosotros, adoquines. En castigo de vuestra torpeza os condeno á veinticinco palos por barba.

Com. Dad las gracias al General porque se contenta con veinticinco.

Todos Muchas gracias.

Gen. ¿Me tenéis preparado alojamiento en el fuerte?

Com. Sí señor.

Gen. Está bien: lo ocuparé desde mañana; hoy tengo que marchar inmediatamente. ¿No ocurre por aquí ninguna novedad?

Com. Ninguna. Digo, sí, una ocurre.

Gen. ¿En qué quedamos?

Com. Dispense vuecencia; quedamos en que hay una novedad.

Gen. ¿Cuál?

Com. Tengo presos á seis extranjeros que sospecho sean espías de los paraguayos. Estaban copiando el exterior del fuerte.

Gen. ¿Y no se les ha juzgado todavía?

Com. Acababan de ser cogidos cuando llegó su excelencia.

Gen. Que se presenten al momento. A juzgarles en el acto. Que se constituya el consejo de guerra; yo le presidiré. Que traigan á esos extranjeros. (Sale un cabo.) A ver, uno que sepa escribir para que haga de secretario: tres pasos al frente. (Todos permanecen quietos.) ¿Ninguno de vosotros sabe escribir?

Todos No, señor.

Gen. Valientes sinvergüenzas: en ese caso servirá usté de secretario, señor Comandante.

Com. Mi General...

Gen. ¿Qué?

Com. Que no sé escribir tampoco.

Gen. ¡Está bien!

Com. Yo lo siento, porquo tendrá que molestarse vuecencia.

Gen. ¿Yo? Pues si yo supiera escribir no molestaría á nadie. De todos modos usté es el secretario y lo apuntará todo.

Com. Está bien, lo apuntaré. (¿Cómo lo apuntaré?)

ESCENA XVII

DICHOS. SIR CLYRON, KETTY, SOLEDAR. DOCTOR, ESCOLÁSTICO y MOCHILA, aún con las vendas y conducidos por cuatro soldados

Sol. Seguimos jugando á la gallina ciega.

Com. ¡Alto!

Gen. Podéis descubriros. (Se quitan la venda.)

Moch. ¡Rayos y truenos! Ya me iba yo cargando.

Sol. ¡Ay, qué soldados tan indecentes!

Doc. ¡Tendrá que ver este ejército en un día de viento!

Moch. Conste que protestamos enérgicamente contra esta detención injustificada y que somos unos viajeros pacíficos.

Gen. ¡Silencio!

Doc. Yo suplico á ustedes que me devuelvan los instrumentos de que me han despojado sin razón ni motivo.

Gen. Silencio, repito. Estais delante del consejo

de guerra que va á juzgaros como espías enviados por la república del Paraguay.

Sol. ¡Jesús!

Escol. ¡Qué barbaridad!

Moch. Hombre, no sé cómo me contengo.

Gen. Os mando, por tercera vez, que calléis.

Sol. Ya nos apeó el tratamiento. ¡Qué francote es este tío!

Com. ¿Quiere interrogarlos vuecencia ó lo hago yo?

Gen. Yo les interrogaré.

Com. Está bien, mi General.

Escol. Es un general.

Sol. (¡Ay, qué general tan particular!)

Gen. Vosotros sois espías de los paraguayos.

Moch. ¡No es cierto!

Gen. ¡Silencio! Sois espías de los paraguayos enviados para sacar los planos de nuestras fortificaciones. Y la prueba de ello es que estabais dibujando la vista de este fuerte.

Clyr. Esta señorita lo copiaba para su album sin ninguna intención.

Gen. Mentira.

Sol. ¡Qué bien educados están aquí los generales!

Gen. ¿De dónde venís?

Moch. De Chile.

Gen. Presentad vuestros pasaportes.

Moch. Usted los tiene, Doctor.

Doc. ¿Yo? ¡Ah! Sí... Pues... (¡Dios mío!) Señores, siento decirlo, pero me es imposible presentarlos.

Moch. ¿Cómo?

Escol. ¿Por qué?

Doc. Porque no los tengo.

Moch. ¿Cómo es eso?

Doc. Anoche, al encender la hoguera en el camino de Tandil, creyendo que eran papeles inútiles, los quemé.

Moch. Hombre, es usted una calamidad.

Doc. Una distracción cualquiera la tiene.

Moch. Pero no cada cinco minutos.

Gen. Basta; no tienen papeles, anotadlo. Empecemos á interrogar por las mujeres y vaya apuntando, señor secretario. ¿Su nombre?

(El Comandante apunta sobre la mano izquierda con el dedo índice de la derecha.)

Sol. Soledad González.

Moch. González y Grant.

Sol. No, González y López.

Moch. ¿Pero no se apellida usted Grant?

Sol. ¡Ah! Sí, sí. (Ya no me acordaba.) González y Grant y luego López.

Gen. Oculta su apellido. Anote esta circunstancia agravante.

Sol. (Me parece que lo he echado á perder.)

Moch. Se ha lucido usted.

Doc. (¿Pero dónde demonios lo escribe el secretario?)

Gen. Vayan todos diciendo sus nombres, apellidos y nacionalidades.

Ketty Ketty Clyron, escocesa.

Clyr. Sir Eduardo Clyron, escocés.

Escol. Escolástico Bonnete.

Sol. Y Grant.

Escol. Y Grant. Natural de Ciempozuelos, provincia de Madrid.

Gen. Basta: á ver ese otro. (Al Doctor, que está distraído.)

Moch. Doctor, á usted le preguntan.

Doc. ¡Eh! ¿A mí?

Gen. Su nombre.

Doc. Me llamo... me llamo.

Gen. Duda al contestar. . Apúntelo.

Moch. ¿Pero hombre, es posible?...

Doc. ¡Ah, sí! Saturnino Mirabel, español.

Gen. Ya está. ¡El otro!

Doc. A usted le preguntan, señor Morral.

Moch. ¡Mochila!

Doc. Es verdad, hombre; usted dispense.

Moch. Marcial Mochila, español y subteniente retirado.

Gen. Espere, espere un poco. El señor le ha llamado á usted Morral.

Moch. ¿Y á usted qué le importa? Yo me llamo Mochila.

Gen. Anote que todos ocultan su apellido.

Com. Ya está.

Moch. Este interrogatorio es nulo.

Gen. Silencio, retirémonos á deliberar. (Se retiran el General, el Comandante y el Sargento á un extremo de la escena.)

Moch. (Al Doctor.) Por culpa de ustedes vamos á tener un disgusto, nos van á tener presos aquí sabe Dios cuánto tiempo.

Clyr. Mí reclamar al cónsul inglés.

Escol. Y si no nos tratan mal, descansaremos de las fatigas del viaje, que bien lo necesitamos.

Sol. ¡Ya lo creo!

Ketty Yo copiaré esta vista pintoresca.

Sol. ¿Pero, señora, después de lo que nos pasa todavía quiere usted meterse en dibujos?

Gen. Es necesario hacer un escarmiento.

Com. Son extranjeros y habrá reclamaciones.

Gen. No nos importa nada. En cuanto que yo me marche, usted cumpla con su deber.

Com. Como guste vuecencia.

Gen. El Consejo de guerra, en vista de que estáis convictos y confesos de ser espías de los paraguayos, os condena á ser inmediatamente pasados por las armas.

Escol. ¡Qué horror!

Sol. ¡Dios mío!

Moch. ¡Qué barbaridad!

Com. (A Soledad en voz baja.) No tengáis cuidado ninguno.

Sol. (A Escolástico.) Que no tengamos cuidado.

Escol. (A Mochila.) Que estemos sin cuidado.

Moch. (A Clyron.) Que no hay cuidado

Clyr. (Al Doctor.) Que no haber cuidado.

Doc. (Al General que èstá á su lado.) Que no hay cuidado.

Gen. ¿Eh?

Doc. Nada, hombre, nada.

Gen. Señor Comandante, que se cumpla la sentencia. Yo presenciaré la ejecución desde aquella altura. (Saliendo afuera.)

Com. Así será, mi General.

Sol. ¡Virgen de la Paloma!

Moch. ¡Pero hombre! Esto no puede tolerarse.

Clyr. Esto es una barbaridad.

Com. Presenten armas. (Baten marcha. Vase el General.)

ESCENA XVIII

DICHOS menos el GENERAL

Com. No tengan ustedes cuidado, señores, su excelencia es un salvaje.

Todos ¡Amigo mío! (Todos van á dirigirse á él mostrándole reconocimiento. El los separa.)

Com. Alto, que puede vernos. Yo, en cumplimiento de mi deber, y por precaución además, pues él quiere presenciarlo, me encuentro en la dura necesidad de fusilarlos á ustedes.

Escol. ¡Cómo!

Sol. ¿Eh?

Clyr. ¿Qué dice este hombre?

Com. Pero los fusilaré con pólvora sola.

Todos ¡Ah!

Moch. Usted falta á su deber, señor Comandante, y á la ordenanza y á la disciplina; un superior se lo ha mandado, y usté debía fusilarnos de veras.

Com. Si tiene usted gusto en ello...

Escol. ¡No!

Sol. ¡Por Dios!

Clyr. No le haga usted caso.

Doc. Pero, hombre, ¿usted se ha vuelto loco?

Moch. ¡No puedo tolerar que se falte á la disciplina!

Com. (A los soldados.) A ver, cargad los fusiles con pólvora sola.

Escol. Tenga usted cuidado, no vayan distraídos á meter una bala y nos diviertan.

Com. No hay cuidado. En cuanto oigan ustedes el disparo, á tierra todos.

Sol. Yo no tendré que tirarme; me caeré del susto.

Com. El General nos está mirando.

Sol. ¡Qué bruto!

Com. Señores, colocaos ahí en enfrente. (Se colocan de pie y en fila á un extremo del escenario. Los soldados al otro.)

Sol. Diga usté, ¿no sería mejor que apuntaran al otro lado por si acaso? (Se vuelven todos de espaldas menos Mochila, que se abre la casaca presentando el pecho en actitud bizarra.)

Com. Silencio, ó los fusilo de veras. Preparen, apunten, fuego.

Sol. ¡Ay! (Disparan. Caen á tierra todos excepto el Doctor.)

Com. ¡A tierra! ¡A tierra! ¡A tierra!

Doc. Es verdad, ya no me acordaba. (Se echa en el suelo.)

Com. Quieto todo el mundo. (Mira hacia donde se supone que está el General.) El General se pone en marcha. Ya desaparece detrás del cerro. Podéis levantaros y marchar inmediatamente. (Se levantan.)

Todos ¡Gracias!

Doc. Mil gracias, amigo mío.

Com. Andando, andando pronto y tomen ustedes el camino contrario al que lleva su excelencia.

Doc. Precisamente es el nuestro.

Com. Oigan ustedes. Si los vuelvo á ver por estos alrededores los fusilo.

Escol. Descuide usted, que no volveremos.

Moch. Muchas gracias; pero conste que debía usted habernos fusilado. (Vanse.)

Com. (Al Doctor que se va en dirección contraria.) ¿A dónde va usted?

Doc. ¡Ah! Sí, tiene usted razón.

Moch. (Desde dentro.) Doctor.

Doc. ¡Allá voy! Me había distraído, usted dispense. (Vase.)

Com. ¡Flanco izquierdo, paso regular, marchen!

Música

Marchemos de frente
con aire marcial, etc.

MUTACION

CUADRO OCTAVO

Vida de pájaros

País inundado. Un ombú gigantesco en primer término. Todos los viajeros subidos en las ramas

ESCENA XI

SIR CLYRON, KETTY, SOLEDAD, ESCOLASTICO, el DOCTOR y MOCHILA

Moch. Me parece que el agua ha dejado de subir.
Sol. Dichosa inundación; esto es el diluvio.
Escol. Sin arca.
Clyr. Y sin Noé.
Moch. Gracias que nos ha sorprendido cerca de estos árboles.
Escol. ¿Y qué río será éste que ha salido de madre?
Clyr. Este haberse salido de toda la familia.
Moch. Doctor, ¿qué río es éste?
Doc. Déjenme ustedes, déjenme ustedes, por Dios. (Está leyendo un papel.)
Moch. Este hombre está muy preocupado.
Escol. ¿Y qué vamos á hacer si esto dura mucho?
Moch. Esperar á que baje el agua.
Sol. ¡Sí, pues ya baja!
Escol. No te apures, haremos vida de pájaros.
Sol. ¡No estás tú mal pájaro!
Escol. Viviremos en un nido.
Sol. Sí, y nos moriremos de hambre.
Clyr. Y de sed.
Sol. Hombre, eso no, lo que es por falta de agua...
Clyr. Mí morir por falta de vino.
Doc. ¡Señores! ¡Ay! (Bajando de la rama superior.)
Moch. ¿Qué es eso?
Clyr. ¿Qué pasa?
Doc. Por poco me caigo al agua. Señores, tengo que decir á ustedes una cosa horrible.
Sol. ¡Dios mío!

Moch. ¿Qué es ello? ¡Pronto!

Doc. Que todo nuestro viaje ha sido inútil, que el documento no está bien traducido.

Moch. ¡Rayos con el hombre!

Doc. El Capitán Grant no está en las Pampas, y no estando aquí ni en la costa, no está en América.

Escol. ¡Es posible!

Doc. Y el documento dice bien claro dónde está.

Moch. ¡Cómo!

Doc. ¡Lo dice terminantemente y no lo hemos visto hasta ahora! ¡Austra!... ¡Australia!

Moch. Puede que tenga razón.

Doc. Es evidente.

Moch. Iremos á buscarle donde se halle. (Saltando á otra rama.)

Sol. Me parece que como no venga á buscarnos á nosotros...

Clyr. Iremos. (Trueno lejano.) ¡Un trueno!

Moch. Eso me ha parecido á mí.

Doc. Pues si arrecia la tempestad, somos perdidos. Este es el árbol más alto, y aquí vendrán á parar todos los rayos.

Sol. Valiente consuelo. (Música.)

Moch. ¡Rayos y centellas!

Sol. No nombre usted la soga en casa del ahorcado. (Trueno.) ¡Santa Bárbara bendita!

Moch. Nadie se acuerda de Santa Bárbara hasta que truena.

Todos ¡Ah! (Estampido. Se acurrucan en el centro del árbol, cae el rayo y empieza á arder una rama del ombú.)

Ketty ¡Fuego en el árbol!

Doc. Vamos á morir abrasados.

Escol. ¡No! ¡Al agua! (Se dispone á deslizarse, cuando aparecen los caimanes.)

Todos ¡Al agua!

Escol. ¡Los caimanes! ¡Los caimanes!

Todos ¡Ah! (Los caimanes rodean el árbol, queriendo trepar por el tronco. Todos los personajes, aterrados, se colocan agrupados en el centro. En este momento el ombú vacila y se inclina hacia el agua. Telón rápido.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

CUADRO NOVENO

Un molino en Australia

ESCENA PRIMERA

JAIME, TOM, FRANK y CORO DE BANDIDOS

Música

Coro
Aquí nos tienes reunidos,
ordena y manda sin temor,
que estamos todos decididos
á obedecerte con valor.
Si el plan es nuevo y arriesgado
ninguno atrás se volverá;
sepamos, pues, lo que has pensado;
comienza ya, comienza ya.

Jaime
Estando á mi lado
no teman jamás,
que á golpe seguro
me lanzo no más.
Ya que ingrata la fortuna
su favor nos ha negado,
del destino despiadado
el desdén hay que vengar;
si la suerte le abandona
á los que haya protegido,
sin temor debe el bandido
de sus dones despojar.

Y oculto en la sombra,
cual tigre en acecho,
al hierro enemigo
no muestre su pecho,
su vida en peligro
no ponga jamás,
y á golpe seguro
se lance no más.

Coro Y oculto en la sombra,
cual tigre en acecho, etc.

Jaime Las entrañas tiene de oro
esta tierra que pisamos,
pero el oro no buscamos
donde oculta su filón,
que es mejor y más seguro
el robárselo al minero
convertido ya en dinero
y doblón sobre doblón.
Estad sin cuidado,
mi plan es seguro,
aquí nuestra mina
será de oro puro.
Escarben la tierra
los otros allá
buscando el tesoro
que nuestro será.

Coro Dejad el cuidado,
su plan es seguro,
aquí nuestra mina
será de oro puro.
Escarben la tierra, etc.

Hablado

Ban. 1.º Pero á todo esto no sabemos aún cuál es tu plan.

Jaime Ahora lo sabréis. Desde que tuve el honor de que me nombrárais vuestro capitán, bullen en esta cabeza varios planes. Me he decidido por el más sencillo.

Todos ¿Cuál es?

Jaime Paciencia. Lo llaman el más sencillo, por ser de todos el que menos producto puede darnos; solamente unos dos millones.

Ban. 2.° ¡Dos millones!

Ban. 1.° ¿Y eso es poco?

Jaime Yo no comprendo hacerse bandido sino para hacerse poderoso.

Ban. 2.° Tienes razón.

Jaime En la Australia, en el país del oro, dos millones no significan nada. Pero este negocio se presenta fácil, y por esa razón lo antepongo á los demás. Todo os lo tengo preparado. Salís de aquí inmediatamente, los caballos están dispuestos, y mañana por la tarde llegais á Camden-Brige. El tren que para en aquella estación á media noche conduce dos millones en oro. El guardavía habrá quitado para esa hora media docena de tornillos del puente de hierro, y al llegar el tren...

Ban. 1.° Comprendido. ¡Viva el Capitán!

Todos ¡Viva!

Jaime Estáis apostados, salís á prestar auxilio á los viajeros que hayan quedado vivos...

Ban. 1.° Y cargamos con el botín.

Jaime Exactamente. Así que lo hayáis cogido, montáis de nuevo á caballo. Este (Señala á Tom.) sabe el itinerario que debéis seguir y dónde habéis de aguardarme.

Ban. 1.° Qué, ¿tú no vienes?

Jaime Yendo éste con vosotros estoy tranquilo.

Ban. 2.° ¿Eh?

Jaime No os ofendáis; ya sé que todos vosotros sois unos caballeros, pero sería fácil que os marchárais con los dos millones. Basta de conversación, y andando. Buena suerte.

Todos Adiós.

Jaime Adiós.

ESCENA II

JAIME y FRANK

Jaime ¡Brava gente! Con esta compañía no tardaré en retirarme honradamente de los negocios. Ya van que vuelan. La fortuna les acompañe.

Frank ¿Y cómo tú no vas á dirigirles en esa operación?

Jaime Estoy mejor en este molino. El golpe ha de dar qué decir: ya han hablado mucho los periódicos australianos del bandido español. y conviene que por ahora no tome parte activa en las operaciones. Las pesquisas de la policía se dirigen hacia mí; es preciso desorientarla.

Un Mozo ¿Mi Capitán?

Jaime ¿Qué hay?

Mozo Siete viajeros acaban de desembarcar de un bote junto á la roca negra, y se dirigen hacia acá. Son pasajeros del *yact* con bandera inglesa que estaba á la vista y que ha fondeado á una milla de la costa.

Jaime ¿Vienen hacia acá? Déjalos venir. Y cuidado con llamarme Capitán. Soy un colono pacífico que vivo aquí con mi familia. Mucho cuidado con lo que se habla.

Frank Aquí están ya.

ESCENA III

DICHOS, SIR CLYRON, MOCHILA, ESCOLASTICO, el DOCTOR y el CAPITÁN, TOM, SOLEDAD y KETTY

Moch. ¿Se puede entrar?

Jaime ¡Adelante! (Son españoles.) Adelante, compatriotas.

Doc. ¡Cómo! ¡Es usted español!

Jaime Catalán.

Doc. ¡Un catalán en la Australia!

Jaime Hay muchos. El oro atrae á las gentes de todos los países. Muchacho, trae cerveza.

Moch. Muchas gracias.

Jaime ¿Y ustedes vienen también en busca de fortuna?

Clyr. Nosotros tenerla ya hecha.

Sol. Sí, nosotros la tenemos ya hecha. (Traen una mesa con jarros de cerveza y ponen dos bancos en los cuales se sientan todos. El Doctor en un extremo.)

Jaime ¿Y vienen directamente desde España?

Escol. No; venimos de la América del Sur. Allí nos han ocurrido aventuras horribles. Hemos estado á punto de perecer cincuenta veces, y la última, en medio de una inundación espantosa, nos salvamos de milagro por haber arrastrado la corriente el árbol á que nos acogimos, yendo á salir al mar en el punto donde nos esperaba el buque.

Jaime Milagroso parece en efecto.

Moch. Nos embarcamos en él, y después de tres meses de navegación, hemos arribado felizmente á la Australia. ¿Usted cuánto tiempo hace que habita este molino?

Jaime ¡Dos años!

Doc. En ese caso, tal vez puede darnos alguna noticia que nos interesa. Hará ese tiempo que debió perderse en esta costa un bergantín español.

Jaime ¡Español!

Moch. ¡Sí, el *Veloz!*

Jaime ¡El *Veloz!* (Levantándose agitado.)

Moch. ¿Tiene usted acaso noticia de sus náufragos?

Jaime Ustedes buscan...

Doc. Al Capitán Grant.

Jaime ¿Y sólo para eso han hecho tan largo viaje?

Clyr. Solamente por eso. Mí ser dueño de un *yact*, y venir en él para buscarle.

Jaime (¡Oh, qué idea!)

Moch. ¿Pero usted tiene noticia del naufragio, ó no?

Jaime Yo sé dónde está, si vive, el Capitán Grant.

Todos ¡Cómo! ¿Eh? (Se levantan todos del banco menos el Doctor, que cae al suelo al levantarse los otros.)

Doc. ¡Es posible!

Sol. (A Escolástico.) ¡Ya pareció nuestro tío!

Moch. Hombre, explíquese usted.

Jaime ¡Soy el contramaestre del *Veloz!*

Todos ¡El contramaestre!

Jaime Naufragamos en esta costa; el Capitán fué hecho prisionero por los indígenas, y yo tuve la fortuna de salvarme. Me he de-

dicado á la agricultura, y tengo este molino.

Doc. ¡Qué felicísima casualidad!

Escól. Providencial parece.

Sol. Pero, señora, ¿no se asombra usted? (A Ketty.)

Ketty Yo no me asombro de nada.

Jaime ¿Y cómo ha llegado á noticia de ustedes el naufragio del *Veloz?*

Doc. Por un documento del Capitán arrojado al mar, en el cual pide socorro.

Jaime Pues si vive, repito, seguramente se halla en el centro de la Australia. Los indígenas, con la esperanza de un buen rescate, no matan á sus prisioneros.

Moch. (Sospecho que este hombre nos está engañando.)

Doc. Es decir; ¿que para encontrarle sería preciso internarnos mucho?

Jaime Acaso atravesar todo el país. Yo, por carecer de medios, no he intentado buscar al Capitán; pero con dinero se logra todo.

Clyr. ¡Oh! Por dinero no abandonar nada. En esta caja llevo brillantes por valor de algunos millones.

Jaime (Bueno es saberlo.)

Doc. En ese caso, lo mejor es cruzar la Australia como atravesamos la América del Sur, lo cual no nos será tan penoso. Este país está lleno de poblaciones inglesas y cruzado por ferrocarriles importantísimos.

Jaime Es verdad.

Doc. El viaje puede hacerse cómodamente, y estas señoras no sufrirán tanto como en el otro, si quieren acompañarnos.

Sol. ¡Pues ya lo creo!

Ketty Siempre.

Moch. ¿Y *El Escocia?*

Doc. Nos esperará en el Océano Pacífico, como antes nos esperó en el Atlántico.

Clyr. Entonces podemos emprender desde aquí la marcha por tierra.

Jaime Es lo mejor.

Clyr. Para eso necesitar bastante dinero, y ya

que el buque ha de ir á Melbourne á reparar sus averías, vaya cualquiera de nosotros con él, venda un brillante, y por el ferrocarril puede ir á punto determinado á unirse con nosotros.

Jaime A Santhurs, por ejemplo, es donde deben ustedes dirigirse, y saliendo de Melbourne en el tren de la tarde, puede encontrar á ustedes en aquella estación mañana á las doce de la noche.

Doc. No está mal pensado. De esa manera averiguamos si en el trayecto que media de aquí á ese punto se tiene alguna noticia de los náufragos.

Jaime Fácil será.

Clyr. ¿Y quién va á Melbourne?

Moch. ¡Yo!

Jaime (Uno menos.)

Doc. Nosotros emprendemos la marcha esta misma tarde.

Moch. Pero dejando á bordo esa caja.

Clyr. ¿Por qué?

Moch. En este país abundan los ladrones.

Jaime Ahora no.

Moch. Sin embargo, no conviene llevar con nosotros un peligro como ese.

Clyr. Tiene razón. Capitán, tomadla. El señor Mochila cogerá de ella lo que calcule necesario.

Moch. Así lo haré.

Doc. Ahora sólo nos falta para el viaje un guía inteligente que conozca bien el país.

Jaime Tratándose del Capitán Grant, sería yo un ingrato si no ayudase á los que vienen á buscarle. Yo seré vuestro guía.

Clyr. Ese rasgo le honra. (Dándole la mano.)

Moch. (Cada vez me gusta menos este hombre.)

Doc. Vamos á dejar á estos señores á bordo, y volvamos luego para ponernos en camino.

Jaime Tengo buenos caballos para todos. Mientras vuelven, los dispondré.

Clyr. Hasta después.

Jaime Hasta luego. (Vanse. Así que han salido, Jaime lle

va á Frank hasta la salida, y señalando hacia fuera dice:) ¿Ves aquel barco?

Frank Sí.

Jaime ¡Será mío!

Música

MUTACION

CUADRO DÉCIMO

El tren de las doce

Paisaje montañoso. Al fondo el puente del ferrocarril. A la derecha la estación. Es de noche

ESCENA IV

Sale un mozo, toca la campana y llama á los viajeros. Viajeros que salen de la estación al toque de campana. Entre ellos SIR CLYRON, KETTY, SOLEDAD, ESCOLÁSTICO, el DOCTOR y JAIME. Música en la orquesta todo el cuadro

Mozo Viajeros de la línea de Santhurs... (Se oye un silbido de la locomotora.)

Viajero Ya llega el tren

Jaime Estoy tranquilo. (Aparece el tren en el puente: al llegar á la mitad se hunde. Grito general de espanto. Por la ventanilla del único vagón que no se hunde, asoma Mochila agitando un pañuelo.)

Moch. ¡Compañeros!...

Doc. ¡Mochila!

Todos Sí.

Sol. ¡El es! ¡Se ha salvado!

Jaime (¡Bah! ¡Importa poco!)

MUTACION

CUADRO UNDÉCIMO

La sorpresa

Interior de una posada. Noche: un farolillo ilumina la escena.

ESCENA V

CORO dentro, JAIME y el POSADERO

Música dentro

Coro

En tanto que con gozo
repártese el botín,
bebamos y brindemos,
la vida es un festín.
Al choque de las copas
se alegra el corazón,
bebamos sin descanso
brandy, ginebra y ron.

(Mientras cantan el coro anterior, Jaime habla con el Posadero en voz baja. Este entra después por la derecha y sale acompañando á Tom.)

Tom ¡Jaime!

Jaime Llego en este momento. ¿Qué hay?

Tom Se hizo el negocio redondo, sólo esperábamos tu llegada para repartir el dinero. Voy á avisarles.

Jaime Déjalos. Se nos presenta la ocasión de hacernos ricos y hay que aprovecharla. Vengo guiando á unos viajeros que llegarán dentro de pocos momentos. Me he adelantado con pretexto de prepararles hospedaje en esta posada. Sacad todos los caballos inmediatamente y tenedlos preparados para marchar, en sitio donde no puedan verse desde aquí.

Tom Está bien.

Jaime ¿Sabes cuanta gente hay en la posada?

Tom El dueño, que es ese, y dos mozos.

Jaime ¿Nada más?

Tom Creo que no.

Jaime ¡Posadero!

Pos. ¿Qué me mandan?

Jaime Están al llegar los viajeros para quienes te he pedido habitaciones.

Pos. Ya las tienen dispuestas.

Jaime Te pedirán caballos, cuesten lo que cuesten.

Pos. Y yo se los venderé. Tengo cuatro.

Jaime No se los venderás.

Pos. ¿Cómo?

Jaime Aunque te los paguen á peso de oro. Quedan comprados por mí desde ahora.

Pos. Lo mismo me da.

Jaime Cuando te pregunten si podrán encontrar otros por estas inmediaciones, les dirás que no.

Pos. Bueno.

Jaime (A Tom.) Llevaos los caballos á la orilla del arroyo que hay á la izquierda de esta casa. Sacadlos por la puerta del corral. Y dí á esos que no armen ruido y que estén dispuestos por si los necesito.

Tom ¿Quieres más?

Jaime Nada más. (Vase.)

Pos. (¿Qué gente será esta?)

Jaime Tú harás cuanto yo te mande. Tengo ahí treinta hombres míos; si por ti sospechan algo los viajeros que van á llegar, te levanto la tapa de los sesos y prendo fuego á la posada.

Pos. Yo...

Jaime Lo dicho.

Pos. (¡Valiente huesped se me ha metido en casa!)

Jaime ¿Eh?

Pos. Nada, que estoy conforme.

Jaime ¿Cuántos criados tienes?

Pos. Dos.

Jaime Hazles saber lo que te he dicho. (Suenan dos aldabonazos. Jaime mira por la ventana del foro.) Abre la puerta, que son mis viajeros. Pronto. (Vase el posadero.)

ESCENA VI

JAIME, luego SIR CLYRON, KETTY, SOLEDAD, ESCOLÁSTICO y el DOCTOR

Jaime Adelante, señores, ya tienen preparados los cuartos y pueden descansar, que bien lo necesitan.

Doc. ¡Ya lo creo!

Clyr. ¡Mí no poder más!

Sol. Estoy hecha pedazos.

Escol. Y yo me muero por ellos, á pesar del cansancio.

Ketty Yo estoy perfectamente.

Sol. Cuándo no es pascua. (Esta mujer es de corcho.)

Doc. ¿Y aquí, hay caballos?

Jaime Desgraciadamenre ninguno, ¿verdad, posadero?

Pos. Ninguno.

Clyr. ¿Pero no se encontrarán á cualquier precio por aquí cerca?

Pos. No señor. (Dominado por la mirada de Jaime.)

Doc. ¿Y qué vamos á hacer?

Sol. Hoy por de pronto descansar; me parece lo más oportuno.

Doc. Tiene razón, que duerman tranquilas esta noche y mañana en cuanto amanezca, decidiremos lo que ha de hacerse.

Jaime Es verdad, condúcelas á su habitación. (Al Posadero.)

Pos. Vengan conmigo.

Sol. Buenas noches y descansar. Adiós, primo.

Ketty Buenas noches. (Vanse Ketty, Soledad y Posadero.)

ESCENA VII

JAIME, SIR CLYRON, ESCOLÁSTICO y el DOCTOR

Jaime Nosotros refrescaremos. Mozo, ¡un jarro de brandy!

Clyr. Un jarro no; dos.

Doc. Cuanto más lo pienso más extraña me parece la muerte de nuestros caballos. (**Beben sentados.**)

Clyr. Efectivamente, no parece cosa natural.

Escol. Uno tras otro haber muerto los seis, y todos de repente.

Jaime Es muy común en este país.

Doc. Las aventuras que nos están pasando son dignas de una novela.

Escol. Y á todo esto sin parecer mi tío.

Clyr. Eso es lo peor.

Escol. (A fuerza de repetirlo he llegado á creer que es mi tío de veras.)

Doc. Y usted que conoce bien el país, ¿qué cree que debemos hacer?

Jaime No encuentro más que un medio para salir de este apuro.

Doc. Sepamos cuál es.

Jaime Ante todo es preciso que comprendan bien lo angustioso de la situación.

Escol. De eso ya estamos convencidos.

Jaime No podemos retroceder en busca del ferrocarril más próximo, que está á doscientas millas, porque el puente de tablas que hemos atravesado, con la crecida del río no existirá ya probablemente. El vado es impracticable. Para llegar al punto de la costa donde el buque nos espera hay que cruzar la provincia de Victoria, un desierto donde se carece de todo. Atravesarlo sin caballo es imposible.

Doc. Tiene razón.

Jaime Deternos aquí, si el río no vuelve á su cauce, lo cual es difícil después de la lluvia de

estos días nos pone en incomunicación completa, que durará Dios sabe cuánto.

Doc. Bien, pero todo eso no es sino decirnos lo que ya sabemos desgraciadamente. Se trata de encontrar el remedio.

Jaime No hay más que uno sencillísimo.

Escol. ¿Cuál?

Jaime Ir una persona hasta el punto donde espera el *Escocia*, coger á bordo lo necesario para proporcionarnos caballos en la costa y venir con ellos y unos cuantos hombres de la tripulación, que allí, anclado el buque, son inútiles y que á nosotros nos servirán de mucho.

Doc. ¡Es verdad!

Clyr. Tiene razón.

Escol. ¿Pero quién va á llegar á la costa sin disponer de un caballo?

Jaime Es cierto. (¡Torpe de mí!)

Escol. ¿No debe llegar aquí el señor de Mochila á reunirse con nosotros?

Clyr. Esta misma noche.

Doc. Sabe Dios si podrá. Detenido para las averiguaciones del hecho que ocasionó la catástrofe del ferrocarril, puede no llegar en dos ó tres días.

Clyr. De todas maneras aquí tener que esperarle.

Escol. Y él traerá caballo.

Doc. Si no se le ha muerto también.

Jaime Se me ocurre otra idea. Encontrar seis caballos es imposible. Uno puede ser fácil. Hablaré con el posadero, le ofreceré una gruesa suma y tal vez nos lo proporcione.

Clyr. Darle todo lo que pida.

Jaime De esa manera no esperaremos á ese caballero y puedo marchar esta misma noche con la orden para que el capitán del *Escocia* entregue lo necesario

Doc. ¿Pero es usted quien va?

Jaime No tengo empeño en ser yo. Pero una persona que no conozca el país es difícil que vaya y vuelva en poco tiempo; mejor dicho: es fácil que no vuelva.

Clyr. El señor decir perfectamente.

Jaime Escriba la orden mientras veo si me proporciono un bagaje cualquiera. Haré que traigan recado de escribir. (Vase.)

ESCENA VIII

DICHOS menos JAIME. Luego POSADERO y DOS MOZOS

Doc. Sin saber por qué este hombre me tiene muy escamado.

Escol. Y á mí.

Clyr. No haber razonamiento ninguno para desconfiar. El ser un hombre complaciente que se presta á todo.

Doc. Sí, demasiado.

Posad. (Que trae papel, pasando rápidamente.) Mucho ojo. (Pone el papel sobre la mesa.)

Mozo 1.º (Con tintero. Lo mismo.) Mucho oído.

Mozo 2.º (Con carpeta. Lo mismo.) Mucho olfato.

Clyr.
Doc.
Escol. } ¿Eh?

Los tres (Posadero, Mozo 1.º y 2.º desde la puerta con misterio.) ¡Chis!

Doc. ¿Qué quiere decir todo esto?

Escol. ¿Oyen ustedes?

Clyr. ¿Qué?

Escol. El trote de un caballo que se acerca.

Doc. Es cierto.

Clyr. Acaso será Mochila. (Aldabonazo.)

Escol. Tal vez. No se ve bien.

Moch. (Dentro.) ¡Abrid, voto á cien mil infiernos!

Doc. ¡El es! (Vanse Clyron y Escolástico que entran luego con Mochila.)

Escol. Por aquí, por aquí.

ESCENA IX

DICHOS, MOCHILA que entra cubierto con un capotón. Trae á la espalda un saco, dentro del cual hay un objeto que abulta bastante

Doc. ¡Bien venido, señor Canana.

Moch. ¡Señor demonio! Bonito humor traigo yo para que me pongan motes.

Doc. Usted dispense, amigo mío.

Moch. ¡Valiente viaje! He tenido que vadear un río; ¡por poco me ahogo! ¡Achís! (Estornuda.)

Doc. Ya me constipé. (Se suena. Sale Jaime y se detiene escuchando.)

Escol. ¿Y se ha averiguado si la catástrofe del tren fué casual?

Moch. ¡Qué había de ser casual! Una partida de bandoleros que ha robado el último vagón, debió de ser la que quitó los travesaños del puente. Ya han enviado numerosos destacamentos de gendarmería en su persecución.

Jaime Estaremos prevenidos. (Deja las armas donde estaban antes.)

Moch. Aquí traigo un periódico de Melbourne que, según me han dicho, da detalles del caso. (Sacando un periódico.)

Doc. ¡Un periódico australiano! Lo leeré y lo conservaré. *La Gaceta de Australia y Nueva Zelanda.*

Escol. ¿Qué lleva usted ahí metido? (Por el saco que deja Mochila.)

Doc. En efecto, ¿qué es eso?

Moch. Esto es... (Reparando en Jaime que se acerca.) Esto es una cosa que he comprado en el camino y que puede sernos muy útil.

Doc. ¡A ver!

Moch. No puede verse. (Bruscamente.)

Doc. Basta, hombre, basta. Veamos lo que dice *La Gaceta de Australia.* (Se sienta junto á la mesa y lee. Cuando lo indica el diálogo, en lugar del vaso dē Brandy toma el tintero y bebe.)

Jaime (A Clyron.) No creo que debe perderse el tiempo. Ya que tenemos el caballo de este señor, puedo partir inmediatamente si usté me da esa orden escrita.

Moch. ¿Qué orden es esa?

Escol. Usted no sabe lo que nos ha pasado. En el viaje se nos han muerto todos los caballos; no podemos movernos de aquí; y Jaime, aprovechándose del de usted, va á ir hasta la costa para que del *Escocia* nos envien auxilio.

Moch. ¡Muertos los caballos!

Escol. Todos, de repente, como heridos por un rayo. ¿Verdad que es extraño eso?

Moch. ¡Y tan extraño! (Va á salir cierto lo que yo sospechaba.) A ver, ¿tengo yo habitación preparada?

Jaime Sí, señor, en el piso de arriba. ¡Posadero! (Sale el Posadero.) Conduce á este caballero á su cuarto.

Moch. Bajaré luego.

Escol. Voy con usted, le diré lo que sospecho. (Vanse Mochila, Escolástico y el Posadero.)

Doc. ¿Qué es esto? ¡Si estoy bebiendo tinta!

ESCENA X

JAIME, SIR CLYRON y el DOCTOR

Jaime Vamos, decida usté pronto si me da la orden. El tiempo apremia y el caballo está dispuesto.

Clyr. No haber otro remedio. Voy á escribirla.

Doc. Esto es horrible. (Sigue leyendo.)

Clyr. (Escribiendo.) «Capitán Jhon: el dador de esta, nuestro guía, á quien usted ya conoce, le explicará nuestra angustiosa situación. Facilítele cuanto sea necesario, así de hombres como de dinero.» Creo que esto será bastante.

Jaime Sí; no estará de más que añada algunas palabras, diciéndole que soy persona de toda su confianza.

Clyr. Se lo diré así.

Doc. (Leyendo y levantándose poco á poco.) «Se tiene la seguridad de que la partida de malhechores que hizo derrumbarse el tren de Melbourne está compuesta de desertores de presidio y capitaneada desde hace poco por el contramaestre de un bergantín español, que, habiéndose insubordinado dos años hace, fué abandonado por su capitán en la costa Norte de Australia.» (Es él, no hay duda, nos

ha engañado.) (Vase hacia el sitio donde están las armas y coge una carabina.)

Clyr. (Cerrando la carta.) ¡Ya está, en marcha pronto! (Jaime se apodera rápidamente de la orden.)

Doc. ¡Suelta ese papel ó te mato! (Le apunta.)

Clyr. ¡Eh! (Levantándose.)

Jaime He tenido la precaución de descargarla.

Doc. ¡Ah! (Silbido. Entran en escena cuatro bandidos.)

Jaime Somos dueños del buque. (En este momento se oye fuera un toque de tambor y corneta que se acerca.) ¡La gendarmería! ¡Huyamos! ¡A caballo todos! (Salen escapados. Algunos saltan por la ventana. Aparecen por la izquierda Mochila tocando la corneta y Soledad el tambor.)

Moch. Mi compra ha hecho su efecto Les hemos hecho huir.

Doc. Sí; pero se han llevado la orden.

Moch. ¡La orden! ¡Nos hemos perdido! ¡Basta de redoble!

MUTACIÓN

CUADRO DUODÉCIMO

¡Al agua!

Una cabaña de pescadores de coral

ESCENA XI

PESCADOR y su MUJER, contando dinero sentados en el suelo. Después MOCHILA y el DOCTOR

Mujer ¡Doscientos francos!

Pesc. Con un par de negocios así hacemos nuestra suerte, mujer.

Mujer Y dejamos de pescar corales.

Pesc. Ya lo creo.

Moch. Buenas noches.

Pesc. Buenas las tengan. ¿Qué se ofrece?

Moch. ¿Habéis visto en estos últimos días bordear por esa costa un *yatch* con bandera inglesa?

Pesc. Sí, señor, junto al arrecife le vimos hasta ayer por la mañana. ¿No se llamaba el *Escocia?*

Doc. Sí; ¿sabéis qué rumbo tomó?

Pesc. El peor de todos.

Moch. ¿Cómo?

Pesc. ¡Se fué á pique!

Doc. ¡Dios mío!

Moch. ¿Cómo ha sido eso?

Pesc. En la madrugada de ayer llegaron aquí veintitantos hombres. Hicieron señales desde la playa y el buque envió un bote en el cual se fueron á bordo. No quedó en tierra más que uno. Al poco tiempo sonaron algunos tiros, después una explosión horrible, y el barco se hundió por completo en el mar.

Moch. ¡Han volado el *yatch!* ¡Rayos y truenos!

Doc. Siga, buen hombre, siga.

Pesc. El que quedó en tierra se puso desesperado. Le hicimos algunas preguntas y no nos contestó. Hasta hace poco ha estado aquí con nosotros sin hablar palabra. Hará cosa de una hora me dió un bolsillo con dinero, me pidió una escafandra y se la puso.

Doc. ¡Ah!

Pesc. Le pregunté si quería que le acompañase, comprendiendo que quería bajar al fondo del mar. Ese es mi oficio, soy pescador de coral y creí que podría serle útil; pero él se negó bruscamente y salió de aquí sin que hayamos vuelto á verle.

Moch. ¿Qué señas tiene ese hombre?

Pesc. Moreno; una gran cicatriz en la frente...

Doc. ¡El es! ¡Ha bajado en busca de la caja!

Moch. Yo también bajaré.

Doc. ¡Cómo!

Moch. Necesito una escafandra, ahora mismo, vamos, toma todo el dinero que me queda. Ponte otra y acompáñame.

Pesc. No hay inconveniente.

Doc. Pero, hombre reflexione usted...

Moch. ¡Mil truenos! Basta de observaciones. Este hombre es práctico, con él voy seguro. Y si no vuelvo *requiescant in pace,* se lo avisa usted á nuestros compañeros y se acabó la función.

Doc. ¡Hombre valeroso! (Abrazándole.)

Moch. No hay más remedio; en esa caja está toda la fortuna de Sir Clyron. Si puedo evitar que se la lleve el bandido, lo evitaré.

Pesc. (Desde la salida derecha.) Ya están las escafandras.

Moch. Andando.

Doc. Se me ocurre una idea. Yo esperaré en la playa, y si el bandido sale del mar antes que ustedes le vean, pum, le pego un tiro.

Moch. No, que con los trajes de buzo no se ve la cara y puede usted confundirme con él.

Doc. Es verdad. Renuncio á ese rasgo de valor. (Vanse.)

MUTACION

CUADRO DECIMOTERCERO

Un drama en el fondo del mar

Música descriptiva

El mar agitado. Lejos se ven dos barcas. En una Mochila y el Pescador con trajes de buzo, atando á un costado una escala. Otra barca sola. El mar empieza á subir, serenándose á medida que se ve mayor profundidad. Espacio inmenso de agua clara. En el centro pende la escala, por la cual baja poco á poco Jaime, que lleva á la espalda un hacha de combate. Algas marinas. A la vista del espectador van pasando las distintas capas de agua, con alguna vegetación marina, peces, corales, etc. El hombre continúa bajando. —El fondo del mar. Un lecho de arena sobre la cual descansan los restos del «yacht» «El Escocia». Mastiles rotos, la máquina, pedazos de la cubierta, etc. El cadáver del Capitán John sobre un resto de la toldilla. Tiene entre los brazos crispados la caja de Sir Clyron,

dos Marineros muertos y uno de los bandidos. Un pulpo enorme reposa inmóvil en segundo término. Jaime llega por fin á la arena, se orienta y se dirige hacia donde se halla el Capitán Jhon, apoderándose de la caja. Apenas la ha cogido, aparecen por la izquierda el Pescador y Mochila con las escafandras, y hacha en mano se acercan á Jaime cuando éste se dispone á trepar por la escala. Le atacan á hachazos, él se defiende retrocediendo. De pronto el pulpo avanza uno de sus tentáculos y ciñe con él el cuerpo de Jaime. Retuércese éste violentamente, y suelta la caja que cae sobre la arena. La coge Mochila, y con el Pescador empieza á subir por la escala. El pulpo arrastra á Jaime haciéndole desaparecer á la vista del público.

FIN DEL ACTO TERCERO

ACTO CUARTO

CUADRO DÉCIMOCUARTO

Prisioneros

Una cabaña maorí

ESCENA PRIMERA

SIR CLYRON, SOLEDAD, ESCOLÁSTICO y MOCHILA dormidos en el suelo. Varios maories armados de lanzas pasan sigilosamente mirándolos

Música

Coro Los prisioneros duermen,
¡duerman en paz!
Es el ultimo sueño
que gozarán.
(Vanse, quedando dos que guardan la entrada.)

Hablado

Escol. (Entre sueños.) ¡Que me ahogo! ¡Socorro! (Agarrándose con fuerza á Mochila, que se despierta.)

Moch. ¡Mil rayos! ¿Qué es esto? ¡Suelte usted, hombre!

Escol. ¡Ay! estaba soñando. ¡Qué pesadilla!

Moch. ¡Por mala que fuera es peor la realidad!

Escol. Tiene usté razón.

Moch. (Mirando á los otros.) ¡Qué tranquilos duermen! Y acaso dentro de algunos horas...

Escol. ¿Pero usté cree que estamos en peligro próximo?

Moch. ¡Y tan próximo! Ya recordará usté lo que dijo el Doctor; si nos cogen los maoríes no hay remedio, nos comen. Son los antropófagos más terribles del globo. Ahora están en guerra con los ingleses, y en cuanto cogen algún europeo, para ellos siempre es inglés.. ¡Ham! y se lo zampan.

Escol. ¡Qué barbaridad!

Moch. ¡Y para acabar en la barriga de un salvaje hemos sufrido tanto! ¡Truenos y centellas! ¡Más nos valiera haber perecido en el naufragio! ¡De valiente cosa han servido nuestros sacrificios! Bajo al fondo del mar, salvo la fortuna de ese buen hombre, fletamos un barco para seguir buscando al Capitán Grant, y el Capitán no parece y el barco se lo llevan los demonios y venimos á dar á la Nueva Zelanda, al país más inhospitalario del mundo.

Escol. Nosotros, después de todo, nada hemos perdido, pero el pobre Sir, que se ha arruinado por filántropo...

Moch. Para lo que le espera, lo mismo le da ser rico que pobre.

Escol. ¡Eso es cierto! ¿Y que habrá sido del Doctor?

Moch. Peor que nosotros no ha de estar. Una víctima menos.

Escol. Si no le han cogido después.

Moch. Lo cual es probable.

Clyr. Traer el chocolate. (Dormido.)

Moch. Sí, no es mal chocolate el que te van á dar. (Empieza á oirse, cada vez más cercana, la banda que toca dentro una marcha fúnebre característica.)

Escol. ¿Oye usté? ¡Qué será eso!

Moch. Que nos matarán con música para dar más importancia al asunto.

Clyr. (Despertando.) ¡Música! (Se levanta.)

Sol. ¡Dios mío! ¡Soñaba que estaba bailando en la Infantil!

Escol. ¡Ay, Soledad! ¡Me parece que ya echaste el último baile!

Sol. Eso es una marcha fúnebre.

Clyr. Ahora todo parecernos fúnebre á nosotros.

Ketty ¡Qué melodía tan extraña!

Sol. Para pensar en melodías estamos ahora.

Moch. (A uno de los maoríes.) ¡Eh! ¡Salvaje! ¿Qué pasa por ahí fuera?

Maori *¡Malaku, malaki!*

Moch. ¡Quedamos enterados! (Cesa la marcha.)

Sol. Diga usted, señor Mochila, ¿será verdad que esta gente se come los prisioneros?

Moch. No tardaremos en salir de la duda. Yo me temo mucho que mañana un maorí almorzará chuletas de subteniente retirado, que deben ser más duras que un demonio.

Sol. O unos desperdicios de bailarina retirada.

Escol. ¡No, eso no, que tú no tienes desperdicio!

ESCENA II

DICHOS, CORO DE MAORÍES que rodean á los prisioneros

Música

Coro

Karateté Ratarabaka
were-Atuá tukarabú
duruganey paparanaka
taupocatí mauganamú.
Salabaka, Salabaka
kuribigin, kuribiki,
mataraba, mataraba,
degolliquí, degolliquí. (Vanse.)

ESCENA III

DICHOS menos los MAORÍES

Hablado

Moch. ¿Y qué querrá decir todo esto?

Intér. Yo soy el intérprete que entiende las lenguas europeas, y os diré lo que han cantado.

Nuestro jefe ha muerto en la batalla, su cuerpo ha sido llevado á la montaña sagrada, donde ningún vivo puede pisar desde ahora; y vosotros seréis por su muerte sacrificados hoy mismo.

Sol. ¡Pobre de mí!

Moch. Más valía que no nos lo hubiese usted traducido.

Intér. Cumplo con mi deber.

Sol. Nos comen, nos comen.

Ketty A mí me es indiferente.

Sol. ¡Ya lo creo! ¡como á usted no la han de comer!

Ketty ¿Por qué?

Sol. Por sosa.

Intér. ¿Deseais algo? ¿Tenéis alguna cosa que pedir?

Escol. La verdad es que yo estoy muerto de debilidad. Tantas horas sin probar bocado...

Intér. Os traerán comida de la que hay preparada para el nuevo jefe. ¡Tenemos un alemán en salsa!

Escol. No, que no la traigan, nos moriremos de hambre.

Sol. Mejor es.

Intér. ¿No queréis nada?

Todos Nada, nada.

Intér. (A Soledad.) ¡Qué pié tan bonito!

Sol. ¡Pues no se atreve á echarme flores este salvaje!

Intér. ¡Me lo comeré. (Vase.)

ESCENA IV

DICHOS menos el INTÉRPRETE

Sol. ¡Esto es horrible!

Clyr. ¡Espantoso!

Escol. ¡Feroz! (Se sienta en el suelo.)

Moch. ¡De esta no escapamos! ¡Mil rayos en la muerte!

Escol. (Que ha levantado un poco la trampa que hay en el suelo.) ¡Dios mío! (Vuelve á dejarla caer; mira si

observan los centinelas. Mochila, Soledad, Ketty y Sir Clyron están de espaldas; Escolástico se levanta, une á todos y con gran misterio les dice:) ¿Qué dirían ustedes, si yo les dijera que tengo una trampa?

Moch. Que no la pagase usted.

Escol. ¡No es eso! Es que he descubierto en el suelo una trampa.

Todos ¿Eh?

Escol. ¡Allí! ¡Véala usted! (Mochila va al sitio, los otros observan si alguien los mira.)

Moch. ¡Es cierto! (Yendo á ellos, y en voz baja.) Señores, el fondo es muy oscuro, pero á sitio más peligroso que éste no hemos de ir: las ocasiones y las trampas son para aprovecharlas. Bajemos por ahí, y sea lo que Dios quiera.

Sol. El centinela está hablando con otro. Vamos. (Música hasta el final del cuadro. Abren la trampa, y con gran precaución van deslizándose todos. Soledad se santigua antes de bajar. Apenas ha desaparecido el último, el centinela entra en la cabaña; corre hacia la trampa; mira, da un grito salvaje y acuden los maoríes, que gritando bajan en persecución de los fugitivos.)

MUTACIÓN

CUADRO DÉCIMOQUINTO

La montaña sagrada

La montaña de Maunganamú. En el centro una peña enorme cubre el cráter del volcán. Continúa la música hasta el fin del cuadro

ESCENA V

SIR CLYRON, MOCHILA, KETTY, SOLEDAD y ESCOLÁSTICO

Moch. ¡Animo! arriba, que nos persiguen.

Escol. Se han detenido.

Clyr. ¡Oh! Esta ser la montaña sagrada donde en-

terrar á su jefe. Este ser el sepulcro, aquí no poder pisar ellos.

Sol. De manera que estamos en sagrado.

Moch. Y seguros.

Escol. Sí, seguros de morirnos de hambre, porque ellos no se mueven de ahí, se relevarán y nos cazarán al cabo.

Clyr. Si nosotros desprender ese peñón que parece estarse cayendo, matar alguno de los que hay abajo y acaso huir los otros.

Moch. De perdidos no pasamos. Probemos. (Se dirigen á la peña, hacen esfuerzos para arrancarla de su base apalancando con estacas que arrancan de la cerca del sepulcro.)

Clyr. Apretar fuerte.

Moch. ¡Ya cede! ¡Otro poco más! (El peñón se desprende y rueda. El cráter queda descubierto y empieza á salir humo. Los personajes retroceden aterrados. De pronto se desarrolla la erupción y brotan llamas y piedras incandescentes. La lava inunda la escena.) ¡Un volcán! (Huyen despavoridos.)

MUTACION

CUADRO DÉCIMOXESTO

El jefe maorí

Una gruta en la orilla del mar

ESCENA VI

El DOCTOR, vestido de jefe maorí con gran lujo de plumas, entra en la gruta, se echa y se duerme. Preludio en la orquesta. Aparecen luego en una piragua SIR CLYRON, MOCHILA, KETTY, SOLEDAD y ESCOLÁSTICO. Cesa la música

Moch. Basta, descansemos en esta gruta.

Escol. Es lo mejor. (Saltan á tierra) Yo estoy muerto de hambre.

Clyr. ¡Y yo!

Sol. ¡Y yo!

Ketty ¡Y yo!

Escol. Si pudiéramos pescar algo para comer...
Moch. ¡Valiente país de pesca es este!
Clyr. En esas peñas haber seguramente mariscos.
Escol. ¡Mariscos! ¡Ostras acaso! Vamos á cogerlas.
Ketty Yo no como ostras sin limón.
Sol. Pues vaya usted á comprar uno á la plazuela. ¡Al demonio se le ocurre!
Escol. (Reparando en el jefe maorí.) ¡Caracoles!
Moch. Qué, ¿hay caracoles?
Escol. ¡No, mire usted!
Moch. Un maorí. Está dormido.
Escol. Acaso no esté solo. Van á pescarnos otra vez.
Moch. A la piragua. (Tropieza y cae sobre el Doctor.)
Doc. ¡Ay!
Moch. ¡Cogedle y al agua con él!
Doc. ¡No! (Levantándose.)
Todos ¡El Doctor!
Moch. ¡Vestido de salvaje!
Doc. ¡Vestido no, desnudo!
Moch. ¿Pero cómo está usted así?
Doc. A esto le debo la vida. ¿Qué ha sido de ustedes?
Moch. Nos hemos escapado de la prisión.
Doc. Pues yo, cuando les ví en poder de los zelandeses, les juzgué muertos, y aunque sin esperanza, huí. Presencié oculto la batalla perdida por los maoríes y la muerte de su jefe superior. Llegó la noche, el campo estaba cubierto de cadáveres. Me acerqué á uno, le despojé de su traje (si esto es traje), y me lo puse. En un bolsillo, ¡usan bolsillos!—empiezan á civilizarse—encontré varios frascos con pintura y una plumita; me pinté el cuerpo, y dije: vaya, cátate maorí. De esta manera me será fácil llegar sin peligro á cualquier parte en que haya europeos. Me puse en marcha. De repente me encuentro con un verdadero ejército de salvajes. Me aterré. Pero cuál sería mi sorpresa, cuando les veo arrodillarse á mis plantas y empezar á hablarme en un idioma que me era conocido.
Moch. ¿Cómo?
Doc. Sí señores, ¡en chino!

Moch. ¡En chino!

Doc. Es decir, en el idioma que yo aprendí creyendo que era el chino. Me equivoqué sin duda de gramática y he aprendido el zelandés. Una distracción me ha salvado la vida.

Moch. ¡Gracias á Dios que le han servido para algo!

Doc. Los salvajes, prosternados, me dicen: Ware-Atán, ha muerto Kara-teté y tú eres su sucesor, jefe de la tribu. Ellos ignoraban seguramente que Ware-Atuá había muerto también, y viéndome de su misma estatura, con su propio traje, sus insignias y hablando el zelandés de corrido, me tomaron por el sucesor de Kara-teté.

Moch. ¡Si tendrá suerte este hombre!

Doc. Cogiéronme en triunfo, lleváronme al campamento, y desde allí trajéronme á esta gruta, donde debo estar solo, meditando, según exige el ritual, hasta mañana, que vendrán para conducirme al templo y consagrarme como jefe de la tribu, haciéndome en el acto dueño y señor de vidas y haciendas.

Moch. ¡De veras!

Doc. Pero yo renuncio á tanto honor y me voy con ustedes.

Escol. ¿A dónde?

Moch. Eso digo yo, ¿á dónde?

Doc. A cualquier parte, lejos de aquí. Por mar ó por tierra, importa poco. El caso es evitar que me conviertan en salvaje definitivo.

Moch. ¡Nosotros hemos venido en esa piragua!

Doc. Vámonos en ella; cerca de aquí hay un islote deshabitado, nos refugiaremos en él. ¡Ah! se me olvidaba decirles á ustedes que puedo ejercer el *Tabou*.

Moch. ¿Y qué es eso?

Doc. Hacer sagradas las personas y las cosas sólo con esa palabra. Lo que yo toque diciendo *Tabou*, será sagrado para los zelandeses. De manera que vuestras vidas no corren ya peligro aunque nos vuelvan á hacer prisioneros. *Tabou*. (Tocando á todos.)

Moch. Como no haya usted equivocado la palabra y sirva esa para que nos degüellen...

Doc. ¡Hombre!... Me hace usté dudar... se parecen mucho efectivamente. Una es Taboú y otra Taboí... ¡Señores, ya no estoy seguro!

Sol. No diga usted ninguna, si llega el caso...

Moch. Para que no llegue, lo mejor es escapar.

Escol. Señoras, no cuenten ustedes conmigo para que reme, no puedo más. Voy á morirme de hambre.

Moch. Todos estamos lo mismo y no nos quejamos.

Doc. ¡Yo tengo provisiones! Me han traído para que coma durante la meditación, y aun quedan restos de un solomillo riquísimo.

Escol. ¡Solomillo!

Moch. ¡Lo que tenían para el nuevo jefe! (**Deteniendo al Doctor, que trae una cesta.**) ¡Desgraciado! Se ha comido usté un alemán en salsa.

Doc. ¡Ah! (**Tira la cesta. Los otros se alejan. Entran todos en la piragua. Vanse.**)

MUTACION

CUADRO DECIMOSÉPTIMO

El Capitán Grant

Exterior de una cabaña. A un lado, sobre una estaca, un cartel con este letrero: «Capitán Grant.»

ESCENA VII

Sale de la Cabaña EL CAPITÁN GRANT

C. Grant ¡Cangreja! ¡Dominguito! ¿Por dónde andarán esos tunantes? Sin duda buscando frutas para el desayuno. ¡Y la verdad es que tengo hambre! ¡Quién me dijera hace dos años, cuando yo mandaba el bergantín *Veloz*, que había de serme grata la soledad de una isla deshabitada y no tener otra compañía que la de unos séres, muy inteligentes por cierto, pero que no hablan! ¡Yo creo que á esto debo mi delicia! ¡Oh! ¡Un barco en estas aguas! ¡Es el primero que veo hace dos años! ¡Y es español! ¡Le haré señas! No,

¿para qué? ¡Volver tan pobre como vine!... ¡Jamás! ¡Si tuviera yo familia en España!... ¡Compañeros! ¡Llevad á mi patria el último adiós del Capitán Grant! Vaya, vaya, á almorzar. ¡Cangreja! ¡Dominguito! (Aparecen dos monos.) A servirme el almuerzo. (Entra en la cabaña, y los monos trás él.)

ESCENA VIII

SIR CLYRON, KETTY, SOLEDAD, ESCOLÁSTICO, MOCHILA y el DOCTOR

Moch. Esta isla está habitada.
Doc. Indudablemente. ¿Si será de maoríes?
Escol. ¡Señores! (Reparando en el cartel.)
Clyr. ¿Qué?
Escol. ¡Lean ustedes!
Todos El Capitán Grant. (Leyendo el cartel.)
Doc. ¿Estamos soñando?
Moch. El Capitán Grant, dice, no hay duda.
Doc. ¡Ya ha parecido!
Clyr. ¡Donde menos lo esperábamos saltar el conejo!
Moch. ¡Y el tesoro estará también aquí! ¡Un abrazo! (Abrazando á Sir Clyron.)
Doc. ¡Qué felicidad tan inesperada! (Abrazando á Soledad.) ¡Ah! usted dispense.
Moch. ¡Ya pareció vuestro tío! ¡Alegraos!
Sol. Sí. (Preocupada.)
Escol. Sí, ya nos alegramos. (Idem.)
Moch. Acaso viva en esta choza. Entremos. ¡Capitán! ¡Capitán!

ESCENA IX

DICHOS, el CAPITÁN GRANT

C. Grant ¿Quién llama?
Clyr. ¡Amigo mío! (Abrazándole.)
C. Grant ¡Sir Clyron! ¡Ketty! ¿Cómo es esto?
Clyr. La documenta que usté arrojar al mar encontrarla este caballero y venir todos á buscarle.

C. Grant Gracias, señores.
Clyr. Esperarle otra sorpresa. Aquí tener á sus sobrinos.
Sol. (¡La gorda!)
C. Grant ¿Los sobrinos de quién?
Clyr. ¡Los de usté!
C. Grant Si yo no tengo sobrinos.
Moch. ¡Eh! (Volviéndose á Soledad y Escolástico.)
Doc. ¿Cómo?
Clyr. ¿Qué?
C. Grant A no ser que hayan nacido después de estar yo aquí.
Clyr. ¿Ostedes haber nacido después?
Sol. No señor, nacimos antes.
Escol. Un poco antes.
Sol. (Se lleva á un lado al Capitán Grant.) Caballero, por venir á buscar á usted hemos dicho que éramos sus sobrinos; no nos desmienta usted, por Dios. Somos novios, necesitamos la portección de Sir Clyron, y si supiera que le habíamos engañado, tal vez se incomodaría.
C. Grant Por mí no hay inconveniente.
Sol. ¡Tío! Ven, Escolástico.
Escol. ¡Tío! (Se abrazan.)
C. Grant ¡Sobrinos de mi corazón! (Siguen abrazándose.)
Moch. Pero, ¿por qué negaría este hombre su parentesco?
Clyr. En cuestiones de familia mí no mezclarme nunca.
Moch. (A Sir Clyron.) (¿Por qué no le pregunta usté por el tesoro?)
Clyr. (Ser poco delicado hablar ahora de intereses.)
Moch. (Bueno, esperaremos un rato.)
Clyr. Nosotros vivir en esta isla hasta encontrar ocasión de regresar á Europa. ¿Osté ya desear mucho volver á España?
C. Grant ¿Yo? No pienso en semejante cosa.
Moch. ¿Cómo?
Doc. ¿Eh?
Clyr. ¿Qué dice?
C. Grant Estoy aquí perfectamente.

Moch. Entonces, ¿por qué diablos echó usté al mar aquel papel pidiendo que vinieran á buscarle?

C. Grant Porque al principio creí morirme aquí solo; pero luego me he acostumbrado de tal manera, que la gente me es odiosa.

Todos Muchas gracias.

C. Grant No lo digo por ustedes, á quienes estoy muy agradecido. Pero reflexionen un momento. Yo soy el dueño absoluto de esta isla; nadie me manda, nadie me molesta, soy dichoso, ¿y en España, qué me espera?

Moch. No insistamos, señores, si es su gusto quedarse, que se quede. (Así tocaremos á más del tesoro.) Casi tiene usted razón, aquello está muy malo.

C. Grant Siempre lo mismo, ¿eh?

Moch. Lo mismo ó peor.

C. Grant Decididamente me quedo.

Sol. Lo siento mucho, tío.

C. Grant Gracias, sobrina mía. (Haciéndola una caricia.)

Escol. ¡Tío!

C. Grant Tan decidido estaba á no marchar de aquí, que poco antes de llegar ustedes ví un barco español por aquella parte de la costa, y ni siquiera procuré hacerme presente.

Moch. ¿Un barco español?

C. Grant Una goleta.

Doc. ¿Ha desaparecido?

C. Grant Debe haber anclado detrás de aquel promontorio.

Moch. ¡Hagámosle señales! ¡Es nuestra salvación!

Todos ¡Sí!

C. Grant Pero oigan ustedes; si no tenían donde embarcarse, ¿cómo me animaban á volver á España?

Doc. Tiene razón.

Moch. Porque con dinero se consigue todo, y como contábamos con el tesoro de usted... (Me parece que más oportunamente no he podido nombrárselo.) (A Sir Clyron.)

C. Grant ¡El tesoro! ¡me lo han robado!

Todos ¿Eh?

C. Grant Pues si tuviera el tesoro, ya lo creo que volvería á España. Con dinero se está bien en todas partes.

Moch. ¡Esto ha sido una farsa para que viniéramos á buscarle!

C. Grant Juro á ustedes que hasta hace dos días fuí dueño de un tesoro inmenso que me ha sido robado no sé por quién, pues ninguna persona que yo haya visto ha pisado esta isla.

Doc. ¡Los maoríes! ¡Ellos han sido!

Moch. ¡Es posible!

Doc. Es seguro. Por eso, al decirme que en la consagración me entregarían todas las riquezas de la tribu, hablaron de una adquisición que habían hecho recientemente.

Moch. ¿Y qué hacemos?

Doc. Volver á la gruta de las meditaciones, dejar que me consagren, coger el tesoro y huir en ese barco español, si conseguimos que vengan en nuestro auxilio.

C. Grant Entonces me voy con ustedes.

Todos ¡A llamarle! ¡A llamarle! (Vanse todos agitando los pañuelos. Los dos monos que han estado observando, los siguen haciendo lo mismo.)

MUTACIÓN

CUADRO DÉCIMOOCTAVO

El tesoro

Un gran templo maorí

ESCENA ULTIMA

MOCHILA, el DOCTOR y el CAPITAN. A poco de levantarse el telón van saliendo Sacerdotes y Guerreros, que se colocan ocupando todo el templo. El Doctor, vestido de jefe maorí con rico traje de ceremonia. Consagración del jefe maorí. Baile. Golpe de campana chinesca. Movimiento general. Entran varios marineros y cogen el tesoro. Sir Clyron, Mochila, Escolástico y el Capitán Grant

Moch. ¡A la cárcel todo el mundo!

Doc. Taboí. (Todos los maoríes agitan sus armas contra

Mochila.) Taboú. (Todos se inclinan de rodillas.) ¡Me había equivocado! ¡Si no rectifico á tiempo les degüellan! Capitán, ¿es este tesoro el de usté?

C. Grant El mismo.

Doc. Entonces es nuestro; andando con él. (Cogen el cofre los marineros y se lo llevan.)

Moch. Lo ocultaré por si acaso. (Suena un cañonazo.)

Doc. ¡La señal! El buque nos espera, volvamos á España.

Moch., **Escol.**, **C. Grant** ¡A España!

Música

A España ricos ya por fin
volvemos hoy cruzando al mar;
(Al público.)
si es que al partir aplaudes tú
no habrá temor de naufragar.

FIN DE LA NOVELA

Obras dramáticas de Miguel Ramos Carrión

Un sarao y una soirée [1], zarzuela en dos actos y en verso, original, música del maestro Arrieta. (Tercera edición.)

El figle enamorado, sainete original, música del mismo maestro.

La mujer del prójimo, comedia en un acto y en verso, original.

De Madrid á Biarritz [2], zarzuela original, en dos actos y en prosa, música del maestro Arrieta.

Mas vale tarde que nunca, proverbio original y en prosa, en un acto.

Perro, 3, 3.° izquierda [3], juguete cómico en un acto, original y en prosa. (Tercera edición.)

¡Chitón! [3], ídem ídem.

Un palomino atontado, zarzuela en tres actos y en verso, arreglo del francés, música del maestro Rogel.

Un cuarto desalquilado, pasillo cómico, original y en verso.

Se continuará, juguete en un acto, escrito sobre un pensamiento francés.

Esperanza, zarzuela dramática en dos actos y en verso, original, música del maestro Cereceda.

Las medias naranjas [3], comedia en dos actos, en prosa, imitada del italiano.

Eva y Adán, juguete cómico, original y en verso. (Segunda edición.)

La hoja de parra, juguete cómico-lírico, en verso, original, música del maestro Marqués.

La gallina ciega, zarzuela cómica, en dos actos y en prosa, imitada del francés, música del maestro Caballero. (Cuarta edición.)

Levantar muertos [4], juguete cómico en dos actos y en prosa. (Sexta edición.)

El domador de fieras [3], sainete lírico, escrito sobre el asunto de un vaudeville, música del maestro Barbieri.

Doce retratos seis reales, pasillo cómico, original y en verso. (Sexta edición.)

León y leona, entremés, en prosa, original.

Cada loco con su tema, juguete cómico, original, en un acto y en prosa.

Los señoritos, comedia en tres actos, original y en prosa.

Los señoritos, refundida en dos actos. (Segunda edición.)

La viuda del zurrador [5], parodia en un acto y en verso.

La clave [3], zarzuela en dos actos, música del maestro Caballero.

La mamá política, comedia en dos actos, original y en prosa

La Marsellesa, zarzuela en tres actos, original y en verso, música del maestro Caballero. (Quinta edición.)

La careta verde, comedia de gracioso, en dos actos, original y en prosa. (Quinta edición.)

El siglo que viene [2], zarzuela cómico-fantástica, original, en tres actos y en prosa, música del maestro Caballero. (Segunda edición.)

El año sin juicio, revista cómica, original, en un acto.

Los madriles, revista cómica, original, en dos actos.

Los sobrinos del capitán Grant, novela cómico-lírico-dramática, en cuatro actos, música del maestro Caballero. (Séptima edición.)

El empresario de Valdemorillo, revista cómica en dos actos, original.

El diablo cojuelo, revista en tres actos, música del maestro Barbieri.

El noveno mandamiento, comedia en tres actos, original y en prosa.

Las dos princesas, zarzuela en tres actos, arreglada del francés con música del maestro Caballero. (Segunda edición.)

Esto, lo otro y lo de más allá, revista cómica, original, en un acto.

Periquito [5], zarzuela cómica en tres actos, en prosa y verso, escrita sobre un pensamiento francés, música del maestro Rubio.

La ocasión la pintan calva [5], comedia en un acto y en prosa, imitada del francés.

¡Adiós, Madrid! [5], boceto de costumbres madrileñas, en tres actos, en verso y prosa, original.

¡Adiós, Madrid! [5], refundida en dos actos.

De tiros largos [5], juguete cómico, arreglo del italiano, en un acto y en prosa. (Sexta edición.)

La primera cura [5], comedia en tres actos y en verso, original.

La primera cura [5], refundida en dos actos. (Segunda edición.)

La calandria [5], juguete cómico-lírico, en un acto y en prosa, original, música del maestro Chapí. (Cuarta edición.)

El hijo de la nieve [5], novela cómico-dramática, en tres actos, en prosa y verso, original. (Segunda edición.)

Robo en despoblado [5], comedia de gracioso en dos actos y en prosa, original. (Séptima edición.)

La tempestad, melodrama, original, en tres actos, en verso y prosa, música del maestro Chapí. (Duodécima edición.)

La mujer del sereno, comedia original en un acto y en prosa. (Tercera edición.)

La criatura, humorada cómica original, en un acto y en prosa (Cuarta edición.)

La almoneda del 3.° [5], comedia en dos actos, original y en prosa. (Tercera edición.)

Papeles son papeles..., proverbio en un acto, original y en prosa.

Coro de señoras [5], pasillo cómico-lírico, original, en un acto y en prosa, música del maestro Nieto. (Tercera edición.)

Golondrina, comedia en un acto y en prosa, original. (Segunda edición.)

El padrón municipal [5], juguete cómico en dos actos y en prosa original. (Séptima edición.)

Los lobos marinos [5] zarzuela cómica en dos actos y en prosa original, música del maestro Chapí. (Tercera edición.)

La bruja, zarzuela en tres actos, y en prosa, original, música del maestro Chapí. (Sexta edición.)

El señor gobernador [5], comedia en dos actos y en prosa, original. (Sexta edición.)

El chaleco blanco, episodio cómico-lírico en un acto, en prosa, original, música del maestro Chueca. (Tercera edición.)

El rey que rabió [5], zarzuela cómica, original, en tres actos, en prosa y verso, música del maestro Chapí. (Octava edición.)

El oso muerto [5] comedia en dos actos y en prosa, original. (Cuarta edición.)

Zaragüeta [5], comedia en dos actos y en prosa, original. (Novena edición.)

El bigote rubio, comedia en un acto y en prosa, original. (Quinta edición.)

Agua, azucarillos y aguardiente, pasillo veraniego, original en verso y prosa, música del maestro Chueca. (Cuarta edición.)

El espejo del alma, proverbio cómico en un acto y en prosa, original.

La muela del juicio, pasillo cómico, original y en prosa. (Cuarta edición.)

Circe, ópera en tres actos, música del maestro Chapí. (Sexta edición.)

Los lobos marinos [5], zarzuela cómica, refundida en un acto y dos cuadros, en prosa, original, música del maestro Chapí.

Pasacalle [6], sainete lírico madrileño en un acto y en prosa, dividido en cuatro cuadros, original, música del maestro Valverde (hijo).

Defectos íntimos, paso cómico, original y en prosa.

La crónica escandalosa, comedia en tres actos y en prosa, original.

El pan nuestro de cada día, pasillo cómico en un acto y en prosa, original.

La joroba [6], cuento cómico-lírico en un acto, dividido en tres cuadros, en prosa y verso, original, música del maestro Chapí.

Pepe Botellas, zarzuela en dos actos, divididos en ocho cuadros, música de los maestros A. y C. Vives.

Mi cara mitad, moraleja cómica en dos actos y en prosa, original.

LIBROS

Colorín colorao... Cuentos en prosa. Un tomo de 332 páginas.

Zarzamora, novela.

---

1 En colaboración con el Sr. Lustonó.
2 Idem íd., Coello.
3 Idem íd., Campo-Arana.
4 Idem íd., Blasco.
5 Idem íd., Vital Aza.
6 Idem íd., Ramos Martín.

LA BRUJA

LA BRUJA

ZARZUELA

en tres actos, en prosa y verso

ORIGINAL DE

MIGUEL RAMOS CARRIÓN

MÚSICA DEL

MAESTRO CHAPÍ

Estrenada en el TEATRO DE LA ZARZUELA el 10 de diciembre de 1887

SEXTA EDICIÓN

MADRID
R. Velasco, impresor, Marqués de Santa Ana, 11 dup.
TELÉFONO, M 551
1919

A Pablo Sarasate,

orgullo de Navarra, gloria de España
y admiración de Europa.

Dedica esta obra su amigo afmo.,

El Autor.

REPARTO

PERSONAJES		ACTORES
LA BRUJA	Srta.	Soler Di-Franco.
ROSALÍA		González (E.)
MAGDALENA	Sra.	Guerra.
SUPERIORA		Bardán.
INÉS	Srta.	Vega.
CÁNDIDA		Aceves.
ANA	Sra.	Sierra.
VALENTINA		Fernández.
LEONARDO	Sr.	Berges.
TOMILLO		Guerra.
INQUISIDOR		Soler.
CURA		Loitia.
OFICIAL 1.º		Rodríguez.
IDEM 2.º		Bellver.
IDEM 3.º		García (L.)
UN SOLDADO		Valle.
ALDEANO 1.º		Peral.
IDEM 2.º		Beut.
IDEM 3.º		Asensio.
IDEM 4.º		Romero.

Aldeanas y aldeanas, jugadores roncaleses y vizcaínos, esbirros, arcabuceros, religiosas, educandas, bandas de guitarras y bandurrias, tambores y cornetas, coro general y acompañamiento

La acción de esta zarzuela se supone en los tres últimos años del siglo XVII. Los actos 1.º y 2.º en el valle del Roncal, el 3.º en Pamplona

La obra ha sido dirigida y puesta en escena por D. Miguel Soler.

Se han estrenado cinco decoraciones pintadas por los Sres. Busato, Bonardi y Amalio.

Los figurines han sido dibujados por D. Luis Taberner.

El vestuario construido por el Sr. Villa.

Director de orquesta: Maestro Jiménez.



ACTO PRIMERO

Cocina de una casa de pueblo en Navarra. A la derecha, ocupando todo el ángulo y con una campana muy volada que llega casi hasta el primer término de la decoración, el hogar anchísimo en que arden carrascos y troncos de robles esparciendo viva claridad. Puerta grande y ventana al foro. Puertas laterales en primer término. Es de noche, y luce un candil suspendido de la campana de la chimenea.

ESCENA PRIMERA

Mujeres jóvenes y viejas delante del hogar, dando la espalda al público e iluminadas por la lumbre, hilan acompasadamente, sentadas en taburetes de nogal. Entre ellas están ROSALIA y MAGDALENA entregadas a la misma labor. A la izquierda, sentados alrededor de una mesa, juegan a las cartas EL CURA, TOMILLO y HOMBRES 1.º y 2.º. Les rodea el coro de hombres del pueblo, que de pie ve jugar y bebe del jarro que pasa de mano en mano cuando el diálogo lo indica

Música

MUJERES Al amor de la lumbre
que nos presta calor,
la velada pasemos
en la gracia de Dios.
Ya la blanca guedeja
de sedoso vellón,
en finísimos hilos
nuestra mano cambió.

—

Hilemos todas
el copo suave
y dando vueltas
el huso baile,
que entretenidas
con la labor,
las horas corren
mucho mejor.

HOMBRES Teniendo el jarro lleno,
jugando cuatro al mus,
la noche alegre pasa
en un decir Jesús.

UNOS En tanto que estos juegan
bebamos los demás.

OTROS No echarse tan encima,
hacerse un poco atrás.

(Abrese el grupo que rodea a los jugadores de modo que el público los vea.)

TOM. Ahora verás, ahora verás.

CORO *Hacerse* un poco atrás.

(Todo lo que sigue es hablado, con la rapidez que lo hacen los que juegan al mus.)

TOM. Mus.

HOMB. 1.º Mus.

HOMB. 2.º Mus.

CURA No hay mus.

TOM. Paso.

HOMB. 1.º Paso.

HOMB. 2.º Paso.

CURA Envido la chica.

TOM. Quiero. Pares tengo.

HOMB. 1.º No.

HOMB. 2.º No.

CURA Sí. Envido.

TOM. Siete.

CURA Me achicó.

TOM. Tengo juego.

HOMB. 1.º Yo no.

HOMB. 2.º Yo no.

CURA Yo sí.

TOM. Ordago.

CURA No puedo.

TOM. Una porque no.

CORO (Acercándose con interés.)
El juego ha sido fuerte,
veamos el tanteo;
de fijo que es Tomillo
quien ha ganado el juego. (Viendo las cartas.)

TOM. La grande pasada. (Hablado.)
HOMB. 2.º Dos de chica y tres de duples, cinco.
CURA (Dándole un tanteo que vale cinco.)
Amarraco limpio.
TOM. Pues yo de juego gano dos.
¡Estoy de suerte como hay Dios!
CORO Teniendo el jarro lleno,
jugando cuatro al mus,
la noche alegre pasa
en un decir Jesús.

(Continúan jugando, mientras las mujeres cantan la estrofa siguiente:)

MUJERES Al volver de los campos,
cuando el día se va,
con la luz de la llama
nos alumbra el hogar.
Demos gracias al cielo
que en invierno nos da
secos troncos de roble
y blanquísimo pan.

—

De la alta rueca
bajando el copo,
se forma el hilo
poquito a poco.
Seguid, muchachas,
sin descansar,
que aquí el descanso
es trabajar.

TOM. Los veinte tantos ya saqué;
también en esta les gané.

(Dando un puñetazo sobre la mesa con alegria.)

CURA Basta ya de vino y juego, (Levantándose.)
y dejad las ruecas luego.

(Levantándose todos; las mujeres dejan la rueca en un rincón.)

Como siempre, la más vieja
que nos cuente una conseja.
ROS. ¿Una vieja? No. ¿Por qué?
Yo también contarlas sé.
CORO Que la cuente Rosalía.
MAG. Anda, hija mía.
ROS. Sí que lo haré.
Formad la rueda
y oído atento;
mucho cuidado
que va de cuento.

TODOS Pongamos todos
oído atento;
silencio, amigos,
que va de cuento.

ROS. Contaré el del moro, (*Aparte a Tomillo.*)
ponte aquí detrás:
si algo se me olvida
tú me apuntarás.

TOM. Anda ya sin miedo
y empezando vé;
si algo se te olvida,
yo te apuntaré.

(*Les rodean todos menos el Cura, que se sienta en el sillón junto a la mesa. Los demás personajes demuestran vivo interés durante la relación, entusiasmándose a medida que avanza.*)

ROS. Pues señor, este era un rey,
un rey moro de Granada,
que tenía una hija moza,
que Zulima se llamaba.
Ocultábala su padre
en la torre de la Alhambra,
temeroso de que un día
un cristiano la robara.
Mas de estar siempre a la sombra
enfermó de cuerpo y alma,
y volviéronse azucenas
las dos rosas de su cara.

CORO Y volviéronse azucenas
las dos rosas de su cara.

ROS. Cuidadoso el rey, su padre,
ordenó, para animarla,
grandes fiestas de torneos
y de toros y de zambras.
Un cristiano que lo supo
quiso allí medir sus armas,
y vistiéndose de moro
penetró por Biba-rambla.
Sale audaz a la palestra,
y al empuje de su lanza,
ruedan moros por el suelo
como en campo de batalla.

CORO Ruedan moros por el suelo
como en campo de batalla.

ROS. Sale un toro, y el cristiano
del primer rejón le mata,
y con vítores le atruenan,
y por vencedor le aclaman.

Era el premio, rica joya
de rubíes y de plata
que Zulima, del turbante,
se quitó para entregarla.
Para recibir el premio
el cristiano se adelanta,
y Zulima, al ver su rostro,
de él se queda muy prendada.

CORO Y Zulima, al ver su rostro,
de él se queda muy prendada.

ROS. Ocasión de hablar a solas
ella busca, y al fin halla;
mas sorpréndela el cristiano
al decir estas palabras:
«Hay un medio, linda mora,
de que yo te dé mi alma;
hay un medio solamente,
que es haciéndote cristiana.»
El rey moro los descubre
cuando platicando estaban,
y en mazmorra obscura y triste
los sepulta sin tardanza.

CORO Y en mazmorra obscura y triste
los sepulta sin tardanza.

ROS. El cristiano, que los salve
pídele a la Virgen Santa,
y la Virgen milagrosa
les dejó salida franca.
Los amantes van huyendo,
van huyendo de Granada,
él, en su caballo blanco,
y a la grupa ella montada.
Muchos moros van tras ellos,
ya se alejan, ya se escapan.

CORO Ya se alejan, ya se escapan.

ROS. Mas los moros, bien montados,
les persiguen, les alcanzan...

CORO Les persiguen, les alcanzan...

ROS. De repente, ¡oh, maravilla!
al caballo nacen alas,
y se pierde por los aires
la pareja enamorada.

CORO Y se pierde por los aires
la pareja enamorada.

ROS. Mudos quedan los infieles,
que el milagro les espanta,
y Zulima y el mancebo
llegan a tierra cristiana.

Y bautizan a la mora,
que con el cristiano casa,
¡y por el amor bendito,
el demonio pierde un alma!

CORO — ¡Y por el amor bendito,
el demonio pierde un alma!

ROS. — Y colorín, colorín, colorao,
este cuento se ha acabao.

TODOS — ¡Ah, qué poco, qué poco ha durao!
¡Colorín, colorao,
este cuento se ha acabao!
¡Colorín, colorao,
colorín, colorao!

Hablado

TOM. — ¡Y muy bien que lo ha contao! Pero a todos esos romances y cuentos, prefiero yo una conseja de duendes y aparecidos y brujas y ánimas del otro mundo. Eso sí que me gusta.

CURA — ¡Duendes y aparecidos!... Ya sabes, Tomillo, que la doctrina prohibe creer en tales cosas.

TOM. — Ya lo sé, señor cura; pero aunque la dotrina lo mande, cuando uno lo ve...

CURA — ¿Eh? ¿Qué dices? ¿Qué has visto tú, mastuerzo?

TOM. — ¡No he visto ná, como quien dice ná! (*Con ironía.*)

CURA — Pues entonces...

TOM. — ¡Si no ha de creer uno lo que ve con sus propios ojos!...

MAG. — Dí, ¿qué es lo que has visto?

TOM. — ¡La bruja!

TODOS — ¡Eh!

TOM. — Así, como suena.

CURA — No le hagais caso.

MAG. — ¿Pero dónde?

ROS. — ¿Cómo?

HOM. 1.º — ¿Cuándo?

TOM. — Hoy mismo.

CURA — Ea, basta; te prohibo hablar de semejante asunto.

TOM. — Pues... punto en boca.

HOM. 1.º — Señor Cura, que nos lo cuente.

ROS. — No lo creeremos, pero que nos diga lo que ha visto.

TODOS — ¡Que lo diga, que lo diga!

MAG. Lo oiremos como se oye un cuento.

UNOS Eso es.

CURA Está bien: refiérenos esa conseja que tú has soñado.

TOM. ¿Soñar, eh? Pues, señor... (*Pausa.*) Pues, señor... como íbamos diciendo...

MAG. Pero si no íbamos diciendo ná.

TOM. Bien, pero se dice así. Pues, señor, hoy volvía yo del campo con mis ovejas, y como me había entretenido y ya era tarde y se hacía noche, tomé por el atajo, y al llegar al barranco del soto me encontré con que estaba tóo lleno de agua por la lluvia de la noche anterior. Quedéme pensando un momento si volver atrás o vadear el arroyo, que venía muy crecido; y en estas dudas estaba, cuando... ¡María Santísima del Carmen! veo en la otra orilla, apoyándose en el báculo, toda arrugadita y como un fantasma negro, a la mismísima bruja en persona.

TODOS ¡Ah!

CURA ¡Qué disparate! Basta de cuentos y de...

TOM. Ya lo oís. (*Como resignándose a callar.*)

ROS. Déjelo, señor Cura, que no lo creemos.

VARIOS No, no lo creemos.

CURA Sigue, hombre, sigue, que todo lo sobrenatural tiene para vosotros un encanto irresistible.

ROS. Vamos, habla.

TOM. Pues, señor, que yo me quedé con los pelos de punta, y como si estuviese pasmao. Ni ánimos tuve para echar a correr. En esto, oigo que me dice...

HOM. 1.º ¿Quién?

TOM. La bruja.

ROS. ¿Pero las brujas hablan?

TOM. Sí, con una voz como de un ánima o cosa del otro mundo. Pero va y me dice: «Necesito pasar a ese lado; ¿quieres vadear el arroyo y llevarme ahí? No te pesará, y si te niegas has de llorarlo.» Yo, al oir esto, me metí en el agua, llegué junto a la viejecilla temblando de miedo y de frío, y para no verla, cerré los ojos. Ella entonces me volvió de espaldas, montó sobre mí, y como quien va a caballo, me hizo entrar en el arroyo... no le faltó más que decirme: ¡arre! (*Haciendo el sonido que suelen los que arrean.*) Llegué a la

orilla, se dejó caer y... ella dijo que no me pesaría, pero fué verdad, porque pesaba bien poco. Es tan ligera como una pluma.

HOM. 1.º ¡Claro, como que son espíritus!...

ROS. Y después...

TOM. Después... sacó de entre el manto en que se envolvía una mano toda acartonada y rugosa y seca, y me dió este doblón. (Sacándolo.)

TODOS ¡Un doblón!

TOM. Aquí está. Y que yo no se lo he quitado a nadie; conque a ver de dónde me ha venido, si no es cierto lo que he contado.

HOM. 1.º ¡Pues es verdad!

MAG. ¡Un doblón! (Yendo a cogerlo, lo cual evita Tomillo guardándolo vivamente.)

TOM. Y de nuevo cuño, y más reluciente que un lucero.

ROS. Entonces, esa no es de las brujas que hacen daño, y que roban los niños y chupan el aceite de la iglesia y hacen mal de ojo.

TOM. ¡Qué ha de ser! Después de darme la moneda, me dijo: «sigue tu camino sin mirar atrás.» Y yo marché por la orilla hasta un sitio por donde podía pasar el ganado, sin volverme ni una vez siquiera y como alma que lleva el diablo.

HOM. 1.º Y entonces se montaría en la escoba y desaparecería por los aires, como dicen que hacen todas ellas.

UNA De seguro.

CURA ¡Claro! ¡Qué cúmulo de disparates!

TOM. (Con energía.) Yo digo y afirmo que...

CURA (Con severidad.) Basta; ¿no comprendéis, insensatos, que si tuviera ese poder sobrenatural de viajar por los aires, no necesitaba que este mostrenco la llevara a cuestas para vadear el arroyo?

HOM. 1.º Eso es mucha verdad.

TODOS Sí...

TOM. Pues también es verdad que yo la he visto.

ROS. ¿La has visto volar?

TOM. No, eso no; y para que no la viera, sin duda, me prohibió volver la cara.

HOM. 1.º Eso sería.

MUJER De seguro.

HOM. 1.º Yo ya la veo por los aires.

CURA Os prohibo terminantemente hablar de tales cosas. Ni hay semejante bruja, ni...

TOM. Lo que es eso...

CURA ¿Eh? Sería alguna mendiga la que has encontrado.

TOM. Sí, ¡una mendiga que da doblones! ¡Je, je! Y además, ésta es la misma que a la luz de la luna vimos todos por la primera vez entrar en el castillo la última Noche Buena, cuando salíamos de la Misa del Gallo. Siempre se dijo que en tal castillo habitaban duendes y fantasmas, aunque nadie los había visto; pero esa noche todo el pueblo vió a la bruja, que se colaba por una puerta. ¿No es verdad?

VARIOS Sí que la vimos, sí!

TOM. Y además, cuando el chico de los Camuños se rompió la pierna y estuvo tan malo del golpe, que ni los médicos de Pamplona ni nadie acertaban a curarlo, sus padres se encontraron una noche sobre la mesa de la cocina un unto amarillo envuelto en un papel, en que había escritas estas palabras: «Aplicad esto al niño y se curará.» Y por ahí anda el muchacho tan robusto, jugando al chito. Y a la bruja se lo debe, que si no es por el unto ya tenía cojera pa toa la vida. (**Cojeando cómicamente.**)

CURA Basta; ya he sido demasiado complaciente al permitir esta conversación, que no debo autorizar con mi presencia.

MAG. Punto en boca. ¡A callar, Tomillo, que el señor Cura se incomoda!

TOM. Pero, ¡si no digo palabra!...

MAG. Haces lo que debes.

TOM. Pues si su mercé supiera lo que dicen por el pueblo de su mercé..

CURA (**Alarmado.**) ¿Qué, qué dicen?

MAG. Vaya, vaya, tengamos la fiesta en paz; ¡a callar, he dicho!

CURA No, por cierto; ahora sí que le obligo yo a que hable. Mis actos son públicos y notorios, y yo quiero saber cómo se juzgan.

TOM. No, si no es nada malo.

CURA Sea lo que quiera, dilo.

TOM. Pues dicen que la capilla de ese castillo de Acevedo, abandonado hace tantos años, se ha compuesto con dinero que a su mercé le ha proporcionado la bruja.

CURA (**Santiguándose.**) ¡Jesús!

TOM. Y que la misa que todos los domingos y fiestas de guardar dice allí su mercé, aplicándola siempre por el alma del difunto conde, la oye la bruja, escondida en la tribuna alta, detrás de las celosías.

CURA. ¡Válgame Dios!

TOM. Ello será invención, pero así lo dicen.

CURA Es claro; y como lo dicen, hay que creerlo. Yo os ruego, hijos míos, que no deis crédito a las hablillas de los tontos.

MAG. Eso de tonto lo ha dicho por ti.

TOM. Bueno, bueno; yo no creeré lo que no vea, pero lo demás...

ROS. No seas terco. ¿Querrás saber más que el señor Cura!

TOM. De brujas, sí. (Se oye la campana de la queda.)

Música

CORO La triste queda ya sonó,
con Dios quedad;
hasta que brille el nuevo día,
descansad.
Para el trabajo hay que dormir,
vamos allá;
con su reposo el blando lecho
brinda ya.

UNOS Con Dios quedad.

OTROS Dormid en paz.

(Vanse por el foro.)

ESCENA II

ROSALIA, MAGDALENA y TOMILLO, que se han sentado junto al hogar

Hablado

MAG. Tan tarde ya y Leonardo sin venir. Todas las noches me tiene intranquila.

ROS. Y a mí.

TOM. Y a mí también.

MAG. ¡Ah! ¿Te has quedado tú?

TOM. Por esperar a Leonardo hasta que venga.

MAG. ¡Ya, ya; por esperar a Leonardo!... Oye, Tomillo, es menester que hablemos con toda franqueza y sin tapujos ni rodeos. No me

conviene que sigas haciendo arrumacos a la muchacha.

TOM. ¡Señá Madalena!...

MAG. ¡Que no me conviene, ea! Y estoy decidida a ponerte de patitas en la calle si persistes en tu propósito.

TOM. ¡Señá Madalena!...

MAG. ¡Pues no faltaba más! Mi hija ha de casarse con un hombre bien acomodado y no con un zagalón sin oficio ni beneficio.

TOM. Pero...

MAG. No hay pero que valga. Vas a dar lugar a que coja una vara de fresno, y a ti y a ella os ponga como merecéis.

TOM. (¡Armate de paciencia, Tomillo!)

MAG. ¡Vaya! Sin duda creéis que como estoy sola en el mundo, sin un hombre que me defienda, podéis burlaros de mí; ¡pues no ha de ser! Si Leonardo, que es quien debiera evitar todo esto y prohibirte venir a su casa, como está medio tonto y no sé en lo que piensa, no defiende a su segunda madre, a la que le crió a sus pechos y le quiso como a un hijo propio, yo me bastaré para no tolerar tus amoríos. ¡Vaya, si me bastaré!

TOM. (Ya lo creo. Ella se basta y se sobra para esto y mucho más.)

MAG. Conque, ya lo sabes; renuncia de grado a lo que, si no, tendrás que renunciar por fuerza.

ROS. (¡Pobrecita de mí!)

TOM. Señá Madalena, tenga compasión de nosotros. Yo no como, ni duermo, ni sosiego, ni descanso, ni hago cosa a derechas pensando en Rosalía Si hoy no tengo un dote que ofrecerle, quién sabe, andando el tiempo, lo que sucederá; y sobre todo, ella y yo estamos conformes con el refrán que dice: «Contigo pan y cebolla.» ¿Verdad, Rosalía?

ROS. (Sollozando.) Sí, Tomillo, sí; y pan solo.

MAG. Cuando digo que vais a comprometerme a hacer una que sea sonada...

TOM. Si viviera vuestro marido, que en Gloria esté, no me despreciaríais de esa manera.

ROS. ¡Ya lo creo!

MAG. Mi Pedro era un pobre hombre que no sabía de la misa la media, y que no tenía nunca genio para nada, y que se ablandaba con cualquier cosa.

TOM. (Y que se murió por no aguantarte.)

MAG. Yo sé hacer lo que conviene, y se acabó.

TOM. No, no se acabó, seña Madalena. Mientras Rosalía siga queriéndome, yo seguiré adorándola, y aunque se oponga el mundo entero, ni ella ni yo dejaremos de amarnos.

MAG. ¡Tomillo!

TOM. Juntos desde chicuelos hemos andado por esos campos; juntos hemos crecido, ella mirándose en mis ojos y yo en los suyos. Si no soy rico no es culpa mía, que yo bien quisiera serlo para ofrecerla montes de oro; pero renunciar a ella... ¡eso no! antes me llevarán al hoyo más tieso que un palo... (Echándose a llorar cómicamente.) ¿Lo véis?... También ella está haciendo pucheros.

MAG. ¡Rosalía! ¡Y ese Leonardo sin venir! Yo os aseguro que esta misma noche he de decirle lo que conviene. Su casa es esta, y por consecuencia, yo no puedo arrojar de ella a nadie; pero si consiente en que sigas viniendo para atormentarme y sorber el seso a esta tontuela, yo seré quien salga de aquí y viviré en una choza donde no pondrás los piés; eso te lo juro. Y cuidado no coja a la chica y me la lleve a Pamplona y la haga entrar en un convento para toda su vida. Si tantas ganas tiene de casarse, que se case con Dios, que mejor esposo no ha de encontrar en el mundo.

TOM. (Sí, y será el único yerno que pueda sufrirte.)

MAG. Y basta de conversación. Dame la rueca. Ya arreglaré yo todo esto con Leonardo. (Se sienta a la lumbre.) Y tú hila también; la ociosidad es madre de todos los vicios. (Bosteza.) Hoy, por lo visto, Leonardo va a venir más tarde que nunca. No sé qué diablos andará cazando por el monte a estas horas y en una noche oscura como boca de lobo. ¡Aaah! Ese mozo tiene también algo que le preocupa... (Mientras hilan bosteza ruidosamente. Empieza la música en la orquesta.)

TOM. (Sentado en el sillón.) Nada; esto no puede seguir así. No espero más... ¡Ay, Rosalía de mis ojos, yo necesito ser tu marido, aunque sea a costa de... a costa de lo que sea! ¡Con qué gracia hila! ¡Con qué primor lo

hace todo!... Quisiera ser copo de lana para que me fuera adelgazando entre sus deditos de nieve... ¡Borrega mía! (Tirándole un beso. Ella le corresponde con otro, cuando su madre no lo ve.)

Música

ROS. (Chito, que ya mi madre
da cabezadas.)
TOM. (¡Cuándo estaremos lejos
de sus miradas!)
ROS. (¡Ojo, que se despierta!)
TOM. (¡Ay, qué tormento!)
MAG. Dame el rosario, chica.
ROS. Voy al momento.
(Lo coge de un clavo donde está colgado.)
TOM. (Ahora sí que se duerme
entre oraciones,
y ya no se despierta
ni a tres tirones.)
ROS. Tome el rosario, madre.
TOM. (Ya lo cogió.) (Con alegría.)
MAG. Ven a rezar conmigo. (Levantándose.)
TOM. (¡Nos fastidió!)
MAG. (Corre el sillón hasta frente y cerca de la concha del apuntador.)
Con el calorcillo
se me aumenta el sueño
y me voy quedando
lo mismo que un leño.
Deja que me siente
lejos del fogón;
aquí rezaremos
con más devoción. (Se sienta.)
ROS. (¡Ay, madre del alma,
(Sentándose en su taburete a la derecha de Magdalena. Tomillo a su izquierda algo más separado.)
no es buena ocasión,
que tendré por fuerza
poca devoción.)
TOM. (¡Ay, ay, Rosalía
de mi corazón,
tú sí que eres santo
de mi devoción!)
MAG. En el nombre del padre
y del hijo... (Persignándose.)
ROS. (Antes de dos dieces
se duerme, de fijo.)

MAG. Padre nuestro,
que estás en los cielos...
TOM. (¡Dame a mí paciencia
para estos desvelos!)
MAG. Hágase tu voluntad...
TOM. (Si hiciera la mía,
¡qué felicidad!)
ROS. El pan nuestro de cada día
dánosle hoy.
TOM. (¡Ya lo creo que te lo daría,
y no es culpa mía
si no te lo doy!)
ROS. Perdonamos
(Rosalía hace señas a Tomillo de que Magdalena se duerme.)
a nuestros deudores.
TOM. (¡Esto marcha bien!)
ROS. Mas líbranos de mal...
TOM. Amén.
MAG. Amén. (Medio dormida.)
ROS. ¡Amén, amén!
(Magdalena deja caer el rosario al suelo.)
Mira, Tomillo,
ya se durmió.
TOM. Del primer Padre nuestro
(Acercándose a Rosalía por detrás de Magdalena:)
nunca pasó.
ROS. Ahora que en calma (En voz muy baja)
mi madre duerme,
no metas ruido
no se despierte,
ya que logramos
tan pocas veces
hablar a solas
tranquilamente.
TOM. Ya que tu madre
no se despierte,
bajo, bajito,
di si me quieres.
Dilo, mi dueño,
una y mil veces
que embelesado
lo escucho siempre.
ROS. Habla más quedo,
sé más prudente.
TOM. Pues anda, y pronto
di si me quieres.
¿Me quieres, di?

Ros. ¡Qué pesadez!
Te quiero, sí.
Tom. Dilo otra vez.
¿Me olvidarás?
Ros. ¡Ay, eso no!
Tom. Que otra vez más
lo escuche yo.
La última vez.
¿Me quieres, di?
Ros. ¡Qué pesadez!
cien veces sí.
Tom. ¿Sí?
Ros. ¡Sí!
Tom. ¿Sí?
Ros. ¡Sí!
Tom. Tú eres mi encanto;
mírame así.
Ros. Quiéreme tanto
como yo a ti.
Tom. ¿Sí?
Ros. ¡Sí!

(Apianando hasta casi no oirse. Magdalena ronca muy fuerte.)

Tom. ¡Ay, qué susto me ha dado!

(Soltando la mano de Rosalía, dando un salto y viniendo a sentarse en su taburete.)

Ros. ¡Buena señal!
cuando ronca tan fuerte
bien dormirá.

(Otro ronquido)

Tom. ¡Agua va! ¡Pues ya escampa!
¡Qué atrocidad!
En la iglesia el piporro
no suena más.

(Rosalía pasa al lado de Tomillo y juntos avanzan hacia el proscenio.)

Ros. Ahora ya puedes
estar tranquilo,
que tiene el sueño
muy bien cogido.
Mas por si acaso,
habla bajito,
sé más prudente,
no metas ruido.
Tom. ¡Ay, Rosalía!
Tú eres mi hechizo,
por ti no duermo,
por ti no vivo.

Y si no logro
ser tu marido,
me ves un día
colgao de un pino.
Dame un abrazo.

ROS. Quieto, Tomillo.

TOM. No te me escapas.

(Persiguiéndola por delante de Magdalena.)

ROS. ¡Ya me ha cogido!

TOM. ¿Di si me quieres?

ROS. ¡Vuelta a lo mismo!

TOM. ¡Yo no me canso
nunca de oirlo!
¿Me quieres, di?

ROS. ¡Qué pesadez!
Te quiero, sí.

TOM. ¡Dilo otra vez!
¿Me olvidarás?

ROS. ¡Ay, eso no!

TOM. ¡Que otra vez más
lo escuche yo!
¡La última vez!
¿Me quieres, di?

ROS. ¡Qué pesadez,
cien veces sí!

TOM. ¿Sí?

ROS. ¡Sí!

TOM. ¿Sí?

ROS. ¡Sí!

TOM. Tú eres mi encanto,
mírame así.

ROS. ¡Quiéreme tanto
como yo a ti!

TOM. ¿Sí?

ROS. ¡Sí! (Con el aliento.)

MAG. (Estornudando ruidosamente.)
¡Achís!

(Rosalía se deja caer sobre el taburete y Tomillo viene rápidamente a sentarse en el suyo.)

Hablado

MAG. ¡Achís! ¡Achís! ¡Achís!

ROS. / TOM. Jesús.

MAG. Vaya, me he constipado; dejemos el rezo por hoy.

ROS. Como su mercé disponga.

MAG. Creo que para acabar el rosario faltaba algo todavía, ¿verdad?

ROS. Sí, algo faltaba...

TOM. Sí, faltaba algo.

MAG. Bueno, pues mañana lo rezaremos demás. Hoy no puedo tenerme ya en pie. (Levantándose.)

TOM. (Ni sentada.)

MAG. Y puesto que Tomillo se empeña en esperar a Leonardo, vamos a acostarnos nosotras.

TOM. (¡Maldita sea tu estampa!) Bueno; sí, yo le aguardaré aquí solito.. (y llevado de los demonios.)

MAG. Enciende el candil, Rosalía. (Mientras esta la obedece, encendiendo en el que pende de la chimenea otro más pequeño que está colgado de un clavo en la pared, Magdalena recoge el huso y la rueca cuidadosamente y los coloca en un rincón.)

TOM. (Acercándose al taburete en que Rosalía está de pie.) (Luego vendré a darte música con todos los mozos, que estamos citados en la plaza. No dejes de salir a la puerta.)

ROS. (¿Y si mi madre lo oye?)

TOM. (Anda y que rabie, que bastante saliva trago yo por ella.)

MAG. ¿Eh, qué es eso? ¿Otra vez de palique? Mira, Tomillo, que estoy harta de contemplaciones...

TOM. Señá Magdalena, si la quiero mucho.

MAG. (Remedándola.) ¡La quiero mucho, la quiero mucho! Con tu querer sacará ella bastante... Cuando tengas cien doblones como ese que te ha dado la Bruja, vente por aquí y hablaremos. Hasta entonces, perdona por Dios, hijo...

TOM. ¡Cien doblones!

MAG. Ni más ni menos. En eso ha de dotarla el que se case con ella. Andando, chica.

ROS. Vamos, madre.

MAG. Buenas noches.

TOM. Felices, señá Magdalena, que durmais bien. (Así tengas una pesadilla que te dure toda la noche.)

ROS. (¡Adios!)

TOM. (Junto a la puerta de la izquierda.) (Adiós. ¿Me quieres?)

ROS. (Sí.)

TOM. (¿Mucho, mucho?)

ROS. (Mucho.)
TOM. (Dímelo otra vez.)
ROS. (¡Que sí!)
TOM. (¿Mucho?)
MAG. ¡Vamos, muchacha!
ROS. Mucho, mucho, mucho. (Desde la puerta.)

ESCENA III

TOMILLO solo

¡Cien doblones! ¡Ya lo creo que los vale! Y un millón de ellos. ¡Pero facilillo es buscar tanto dinero! ¡Si yo lo tuviese!... Alquilaba el molino del tío Salvao y quién me tosía a mí entonces... Con Rosalía y con mi molino... ya había yo de moler, ya. (Leonardo fuera y lejos, acercándose. Canta.)

Noche oscura que amedrentas
al perdido caminante,
aun más negras son las nubes
en el alma de un amante.
¡Ay, de mí,
que en vano por buscarte
el mundo recorrí!
¡Ay, de mí!

—

TOM. Vamos, ahí está Leonardo. Siempre con canciones tristes. No comprendo que haya quien cante eso habiendo una jota que sólo de oirla parece que le nacen a uno castañuelas en el corazón. (Abre la puerta.)

ESCENA IV

TOMILLO y LEONARDO, éste con arcabuz, avíos de caza y una bocina pendiente de un cordón y colocada a la bandolera

LEON. Buenas noches, Tomillo.
TOM. Felices las tengas.
LEON. ¿Y Magdalena y Rosa?
TOM. A la cama se fueron cansadas de esperarte, y con cuidado por tu tardanza.
LEON. ¡Bah! Pues ya debieran haberse acostumbrado. (Colgando el arma en la panoplia.)
TOM. ¿Y qué tal la caza, ha sido buena? ¡Toma!...

¡Pues si vienes con el zurrón vacío! (Mirándolo.)

LEON. Más que lo fué a la madrugada, porque entonces llevaba las provisiones para el día.

TOM. ¿Sabes que si continúas de este modo, bien pronto has de perder la fama de buen cazador que tienes en el pueblo?

LEON. Me cuido poco de ella. (Sentándose en el sillón.)

TOM. Antes no había corzo ni jabalí seguro en esos bosques cuando salías con tu arcabuz, y ahora dices que vas a perseguirlos y por lo visto pasan por delante de ti sin tenerte ya miedo, y vuelves a casa sin una triste liebre, ni cosa que se le parezca.

LEON. Es verdad.

TOM. ¿Pero qué diablos te sucede hace algún tiempo? Enamorado no lo estás, porque tú no sales de estos contornos, y yo conozco todas las mozas en diez leguas a la redonda y en ninguna fijas tus miradas, por lo cual andan ellas muy mustias y cariacontecidas.

LEON. ¿Sí, eh? (Distraído.)

TOM. ¡Vaya, pues qué más quisieran sino que un mancebo gallardo, como tú, las requebrara! ¡Y que al cabo y al fin eres hidalgo!

LEON. Sí, ¡hidalgo de gotera! Mi hidalguía no se extiende más allá de los límites de este pueblo. Saliendo de él soy tan plebeyo como tú. En esta casa que me dejó mi padre, donde él vió la luz, como mis abuelos, conforme con la suerte humilde, dueño de escaso patrimonio, pero suficiente para mis cortas necesidades, pasaré mi vida.

TOM. Pues si yo estuviera en tu caso, ya había volado por esos mundos a probar fortuna ¡Qué diantre! Un hidalguillo tan pobre como tú era, según dicen, D. Fernando de Valenzuela, y a la corte se fué, y gracias a la protección de la augusta madre de nuestro Rey D. Carlos II, que Dios guarde, llegó a ministro y marqués y qué sé yo qué más en bien poco tiempo.

LEON. Y cayó luego y fué desterrado a las Filipinas y nadie se acuerda ya del santo de su nombre.

TOM. Sí, pero él hizo su suerte.

LEON. Y su desgracia; vale más no alimentar sueños de ambición, que difícilmente habrán

de realizarse, y vivir tranquilo y ateniéndose cada cual a lo que tiene. Hidalgo pobre nací, hidalgo pobre moriré. (Se levanta.)

TOM. Sí, pero hidalgo dado a todos los diablos. Porque a lo que se ve, tú no estás muy resignado con tu suerte.

LEON. Por completo.

TOM. Entonces, ¿cuál es la causa de tu tristeza; qué es lo que te pasa? Vamos; hombre, dímelo, confíame tus penas, que aunque no sepa tanto como tú, porque no haya tenido un tío cura que me haya enseñado de letras y sea un rústico pastor, no dejo de tener alguna luz natural y quién sabe si se me ocurrirá algo que te consuele.

LEON. Gracias, Tomillo, gracias. Estimo en lo que vale tu buena intención y...

TOM. Vaya, vaya, déjate de tonterías; dime lo que te sucede, que debe de ser cosa muy grave.

LEON. ¡Y tanto!

TOM. ¿Eh? Ya lo decía yo y lo decíamos todos.

LEON. Voy a confiarte mi secreto; pero con la condición de reservarlo siempre.

TOM. Soy un pozo.

LEON. Estoy enamorado.

TOM. ¡Ya pareció aquello! ¿Y de quién?

LEON. De un fantasma.

TOM. ¡Caracoles! (Retrocediendo.)

LEON. ¡No, no estoy loco. Escucha y sabe la causa de esta melancolía que hace ya un año me devora.

Música

LEON.

En una noche plácida
del ardoroso estío,
y al pie de un sauce lánguido
que presta sombra al río,
tranquilo yo aguardaba,
durmiendo en la ribera,
del día ya cercano
la dulce luz primera.
De pronto me despierto
y miro allí asombrado
que una mujer bellísima
cruzaba el río a nado.
Envuelta en blanca túnica
que apenas la cubría,

a mis pasmados ojos
la hermosa se ofrecía.
Su espalda tersa y pura
de blanco mármol era;
caía en sueltas hondas
la rubia cabellera;
y al sostenerla a flote
con su corriente fría,
en torno acariciarla
el agua parecía.
Yo absorto contemplándola
suspenso me quedé
y con mirada atónita
sus formas admiré.

—

TOM. Pues si yo estoy allí,
aunque no sé nadar,
me zambullo de fijo en el agua
sin vacilar.

—

LEON. De mi estupor saliendo
me adelanté imprudente
y ella asustada entonces
hundióse en la corriente.
Me lanzo al agua loco
dispuesto a perseguilla
y aparecer la veo
allá en la opuesta orilla.
Medrosa recatándose
de la mirada impura,
desaparece rápida
en la floresta oscura.
Yo nado, llego, busco,
recorro el bosque entero,
sin perdonar ramaje,
sin olvidar sendero;
mas todo, todo en vano,
buscando el bien que huía
me sorprendió rendido
la luz del nuevo día.
¡Y aun dudo, triste y mísero,
si fué aquella beldad
aparición fantástica
o hermosa realidad.

TOM. Sueño fué, sueño fué;
yo también, ¡ay de mí!
entre sueños mil veces he visto
mujeres así.

Hablado

TOM. Vaya, Leonardo, déjate de bobadas y cree que todo ello fué una ilusión y nada más. Estarías adormilado, viste en el río a cualquier moza del pueblo que se bañaba como suelen y...

LEON. No; era un ser desconocido, ideal...

TOM. Calla, tonto; aunque fuera alguna chica de por acá, tú la desconocerías, y no tiene nada de extraño; como no acostumbramos a verlas en ese traje...

LEON. Esa mujer misteriosa existe solo para mí. ¿Sabes quién me lo ha dicho?

TOM. ¿Quién?

LEON. La bruja.

TOM. ¿Eh? ¿Cómo?

LEON. Sí. Ella me lo ha asegurado. Ella, echándome las cartas aquí mismo, me ha repetido; «Ten fe, ten esperanza y ese ser realizará tus sueños de amor y de ventura.»

TOM. Oye, oye: ¿y cuándo te ha dicho todo eso?

LEON. Muchas veces.

TOM. ¿Pero tú la ves?

LEON. Sí.

TOM. ¡Y luego dice el señor Cura que son ilusiones mías y paparruchas!

LEON. Tu ignoras, como todos, que fué a consecuencia de aquella misteriosa aparición el caer yo gravemente enfermo el año pasado.

TOM. ¡Ah! ¿Con que fué de eso?

LEON. Sí, la excitación que me produjo el dudar si era realidad o sueño aquella imagen que me robó los sentidos, me puso en un estado tal, que todos temieron por mi vida.

TOM. Ya lo creo; como que más estuviste en el otro mundo que en este.

LEON. Pues bien; ella veló mi sueño muchas veces.

TOM. ¿Quién, la bruja?

LEON. Sí.

TOM. ¿Y entraba por la chimenea?

LEON. No sé por dónde entraba. Varias noches, al despertar la ví a la cabecera de mi lecho, cuidándome con cariño de madre. El asombro que la primera vez me inspiró trocose

bien pronto en gratitud y afecto, y ella, que siempre venía cuando yo estaba solo, me dió no sé qué filtros y bebidas en lugar de los que el médico mandaba, y curé pronto, gracias a sus cuidados. ¡Oh! ¡No lo dudo; le debo la vida!

TOM. ¡Canastos con la brujita! ¡Si vale más oro que pesa!

LEON. Ella me ha asegurado que la mujer aparecida flotando sobre las aguas del río será la dulce compañera de mi hogar, pero que para conseguirlo es necesario que pase mucho tiempo. Siempre me dice lo mismo: «Ten fe y espera.»

TOM Y tú...

LEON. Espero y tengo fe; pero a veces mi ánimo se abate, y desesperado y medio loco recorro esos bosques en busca de aquel ser ideal.

TOM. Vaya, ahora me explico que vuelvas con el morral vacío. ¿Y tú tienes confianza en lo que la bruja te asegura?

LEON. ¡Ya lo creo! Es mi protectora. Si hubiese querido dinero lo tendría. Mil veces me lo ha ofrecido con insistencia; pero yo lo he rehusado siempre.

TOM. ¡Qué bobo! (Pausa corta.) ¿Y la ves muy a menudo?

LEON. No tanto como yo desearía. Pero me ha dicho. «Siempre que para algo me necesites, llámame y acudiré en seguida. Al oir el toque de tu bocina repetido tres veces, volaré a tu lado.»

LEON. ¿Y la has llamado así?

LEON. Y siempre ha acudido.

TOM. (Bueno es saberlo.) ¿Con que tres toques?

LEON. ¿Comprendes ahora mi desesperación, mi tristeza? ¡Oh! no hay un hombre más desgraciado. (Se sienta junto al hogar, meditabundo, casi de espaldas a Tomillo.)

TOM. Así son las cosas de este mundo; se cree más infeliz que nadie, porque está enamodo de un fantasma y no lo encuentra... Más desgraciado soy yo, que quiero con toda mi alma a un ser de carne y hueso, y para mí... como si fuera un duende.

ESCENA V

DICHOS y ROSALIA, que se detiene al ver a LEONARDO

ROS. ¡Ah! ¡Leonardo! (Se detiene al verle.)

TOM. (Acercándose a ella con sigilo.) ¿Y tu madre?

ROS. Duerme, y yo venía a decirte que no vuelvas aquí, que ella lo ha prohibido y que me amenaza con llevarme a un convento...

TOM. No te llevará. ¿Tienes valor para afrontar un peligro muy grande?

ROS. Todo lo que quieras.

TOM. ¿Te atreves a pedir conmigo protección a la bruja?

ROS. Me atrevo a todo.

TOM. ¿Sí? Pues espera. (Coge la bocina de Leonardo, abre de pronto la ventana, y volviéndose hacia ella, toca tres veces. A la primera, Leonardo sale de su abstracción, poniéndose en pie violentamente; luego se acerca con rapidez a Tomillo, y sin poder evitar que dé el último toque, le arrebata la bocina.)

LEON. ¿Eh, qué es esto? ¡Desgraciado! ¿Qué haces?

TOM. Llamo a la bruja.

LEON. ¡Por qué te lo habré dicho!

TOM. Perdóname, Leonardo; ¡yo necesito protección! ¡Yo soy más desgraciado que tú!

LEON. ¡Te has hecho indigno de mi aprecio!

TOM. ¿Pero crees que vendrá?

LEON. ¡Mira! (Abrese la puerta del foro y aparece en ella la Bruja. Rosalía y Tomillo, aterrados, retroceden hasta cerca del hogar, de modo que ella, al entrar, no los vea. Es una vieja octogenaria y muy caduca. Viste falda y manto negro y se apoya en un alto báculo.)

ESCENA VI

DICHOS y LA BRUJA

Música

TOM. }
ROS. } (¡Oh, ya está ahí!)

BRUJA ¡Ya estoy aquí!
Cual siempre a tu llamada
solícita acudí.
¿Qué quieres? Dí.

LEON. ¡Ah, perdonad!
No os llamé yo.
BRUJA El son de tu bocina
el viento a mí llevó.
¿Quién me llamó?
LEON. Un mozo, cuya audacia
castigaré. (Yendo amenazador hacia Tomillo.)
BRUJA ¿Qué es esto? ¿No estás solo?
(Reparando en Rosalía y Tomillo.)
TOM. ¡Ay, Dios! ¿Qué haré? (Temblando.)
¡Perdón, yo fuí (Arrodillándose.)
quien os llamó!
BRUJA ¿Quién eres tú?
TOM. ¡Pues yo... soy yo! (Llorando.)
BRUJA ¡Je, je! ¡Je, je!
Ya sé, ya sé.
LEON. ¡Tanta osadía
castigaré!
BRUJA ¡No, déjale! (Obligándole a levantarse.)
Esta tarde en el campo,
me hiciste un favor
y yo quiero pagarte
con otro mayor.
Cuando tú me has llamado
por algo será.
¿Qué deseas? ¿Qué pides?
Vamos, dilo ya.
TOM. (Como tú no me ayudes (A Rosalía.)
nada le diré.)
ROS. (Pues yo estoy que no puedo
ni tenerme en pie.)
BRUJA Nunca a nadie hice daño,
no tembleis así.
¿A qué viene ese miedo?
¿Qué queréis de mí?
TOM. (¡Basta ya de temores
y vacilación.)
Pues queremos, señora,
vuestra protección.
ROS. Por favor, concedednos
vuestra protección.
BRUJA Di si son dignos de ella. (A Leonardo.)
LEON. Cierto que lo son.
BRUJA ¿Para que necesitan
de mi protección?
ROS. } Por favor, concedednos
TOM. } vuestra protección.
TOM. Soy un pastor de ovejas

muy desgraciado,
y estoy de esta muchacha
enamorado.
Mas como soy tan pobre,
su madre fiera
me ha dicho que no quiere
que yo la quiera,
Y aunque suplico y lloro,
dice que nones,
si no doto a la novia
en cien doblones.
Ciento lo menos pide,
¡válgame Dios!
como éste que esta tarde
me disteis vos.

LEON. } BRUJA } ¡Válgate Dios!

ROS. } TOM. } ¡Válgame Dios! (Gimiendo.)

TOM. Vos que teneis ungüentos
para mil cosas,
y polvos que hacen curas
maravillosas,
¡por Dios, señora bruja,
dadnos un unto,
que el pecho de las suegras
ablande al punto!
Porque si no permite
que nos casemos,
esta y yo de tristeza
nos moriremos.
Si la madre no cede,
¡válgame Dios!
que el entierro preparen
para los dos.

LEON. } BRUJA } ¡Válgate Dios!

ROS. } TOM. } ¡Válgame Dios! (Llorando a lágrima viva.)

BRUJA Yo un talismán poseo
y te lo voy a dar,
que ablanda, cual ninguno,
pechos de pedernal.

TOM. ¿De veras?

BRUJA Sí; no hay otro
conque se logre más.
Al golpe de mi báculo
le vais a ver brotar.

¿Cifrais en cien doblones
vuestra felicidad?
Pues bien, en esta bolsa
tenéis algunos más.
(Da en el suelo un golpe con el báculo y cae un bolsón.)

TOM. ¡Oh, qué decís!
BRUJA ¡Cógelo ya!
TOM. Soñando estoy. (Cogiéndole.)
BRUJA No; que es verdad.
TOM. ¿Y es para mí?
BRUJA ¡Pues claro está!
TOM. ¡Y es oro, vé! (Enseñándole a Rosalía.)
LEON. (¡Cuánta bondad!) (Aparte a la Bruja.)
BRUJA Yo, desgraciadamente,
no puedo por mi edad;
mas ya que no me case,
¡cásense los demás!
TOM. No es bruja, es una santa,
debémosla adorar.
ROS. / TOM. A vuestros pies de hinojos...
BRUJA ¡Muchachos, levantad!
ROS. ¡Tomillo!
TOM. ¡Rosalía!
Lo cierto es que me dan
deseos de reir
y ganas de llorar.
BRUJA El oro siempre ha sido
soberbio talismán;
no hay magia en este mundo
con que se alcance más.
¡Dichoso el que lo tiene
sabiéndolo emplear,
y pródigo lo siembra
en bien de los demás!
LEON. (¡Se ve en los hondos surcos
de su arrugada faz,
un resto de hermosura
que aumenta su bondad!)
TOM. (¡No sé lo que me pasa,
no sé lo que me da!
¡Señor, si esto es un sueño
no quiero despertar!)
ROS. (Si es el creer en brujas
un pecado mortal,
de fijo, de esta hecha,
me voy a condenar.)

Hablado

TOM. ¡Ah, señora bruja, ¿qué podremos hacer para demostraros nuestra gratitud y nuestro?...

BRUJA Guardar la mayor reserva, y ni más ni menos. En el momento mismo en que el secreto se divulgue, veréis convertirse esos doblones en víboras que os morderán sin que podais evitarlo.

TOM. ¡Cáspita! ¡Pues al momento le digo yo a nadie ni una palabra!

ROS. ¿Ni a mi madre tampoco?

BRUJA Si es capaz de guardar el secreto...

TOM. Cuando sepa que en hablando desaparecen las monedas, ya está más callada que mi abuelo, que se murió hace treinta años.

BRUJA En ese caso, os autorizo para que se lo digáis, pero a ella sola.

TOM. Pues ahora mismo; las cosas así, en caliente.

ROS. ¡Si está durmiendo!

TOM. ¡En cuanto oiga sonar esta bolsa, abrirá cada ojo... así! Vamos, Rosalía. ¡Ah, señora!...

ROS. ¡Señora!... (Haciendo cortesías.)

BRUJA Basta, basta; id adentro.

TOM. (¡Rosalía!)

ROS. (¡Tomillo!)

TOM. (¿Me quieres mucho?)

ROS. (¡Más que nunca!)

TOM. (¡Bendita sea tu boca!)

ROS. (¡Anda, tonto!) (Vanse.)

ESCENA VII

LEONARDO y LA BRUJA

LEON. ¡Oh, qué buena sois, qué buena!

BRUJA Así mi alma se alboroza;
desgraciado el que no goza
al mirar la dicha ajena.
Y hecha su felicidad,
la tuya me resta hacer:
¡hora es de satisfacer
tu justa curiosidad!
Para que la oigas atento
y guardes en la memoria,

te voy a contar mi historia,
que va a parecerte un cuento.
(Se sientan en dos taburetes junto al hogar.)
Yo era una joven hermosa,
muy hermosa... y puedo hacer
mi elogio sin parecer
a tus ojos presuntuosa;
porque tal como yo era
de joven, audaz y osado,
me viste, mal de mi grado,
una noche en la ribera.

LEON. ¡Erais vos!

BRUJA Yo misma, sí.

LEON. ¡Ah! (Yendo a cogerla la mano.)

BRUJA Respétame o me voy;
no me viste como soy,
que me viste como fuí. (Pausa.)
Allá en la corte vivía
entre el fausto y la grandeza,
y otra corte mi belleza
de adoradores tenía.
Disputábanse mi amor,
sin conseguir sus afanes,
entre otros, cuatro galanes
muy dignos de mi favor.
Mas yo a ninguno quería;
loca en sueños adoraba
a un hombre que no encontraba...
porque entre ellos no existía.
¡Un hombre que fuera así,
como tú, a quien luego hallé,
todo bondad, todo fe,
y todo amor para mí!
Con vil saña vengadora,
los amantes desdeñados
fueron a ver despechados
a una bruja encantadora.
Ella convencer se deja,
pone en mi contra su hechizo,
y les vende un bebedizo
para transformarme en vieja.

LEON. ¡Qué horror!

BRUJA Así, desgraciada,
empezó mi desventura.
¡Adiós, preciada hermosura,
adiós juventud preciada!
Se arrugó mi tersa tez,
perdí belleza y salud

y fuí de la juventud
a la caduca vejez.
Para privarme de amores
aquella vieja zahorí,
la edad echó sobre mí
de mis cuatro adoradores.

LEON. ¡De los cuatro! ¿Y sostenéis
de tantos años el peso?

BRUJA Por fuerza.

LEON. Mas, según eso,
decidme, ¿qué edad tenéis?

BRUJA Contando como se debe
los propios y los extraños,
tengo ciento dieciocho años...
(Leonardo se separa asustado.)
Voy para los diecinueve. (Riendo.)
No lo debes extrañar,
que estoy bien envejecida.

LEON. No escuché en toda mi vida
historia más singular.

BRUJA Por lo nueva y por lo varia
(Levantándose y avanzando hacia el proscenio.)
comprendo que ha de asombrarte:
oye la segunda parte,
que es la más extraordinaria.
En la ruin transformación
que por mi mal he sufrido,
quedó el cuerpo envejecido,
mas joven el corazón.
Anheloso, palpitante,
con el amor se extasía:
éste es joven todavía...

LEON. (¡Con eso tengo bastante!)

BRUJA Cuando tan vieja me ví,
desesperada lloré,
mas mi encanto averigüé
y a deshacerlo corrí.
Vi a la maldita hechicera,
que tan infeliz me hizo,
y le pedí un contrahechizo,
pagando cuanto quisiera.
Pero... ¡ay! la desgracia mía
era irreparable ya.
«Lo hecho, me dijo, hecho está;
no vale mi brujería.»

LEON. (¡Oh!)

BRUJA «Por mucho que me ofrezcas,
no encontrarás el remedio.»

Y añadió: «Solo hay un medio
para que rejuvenezcas.»

LEON. ¡Un medio! ¿Es posible?

BRUJA Sí.

LEON. ¿Y cuál es, dime? (Con ansiedad.)

BRUJA ¡Qué tonto!
no te entusiasmes tan pronto.
La bruja me dijo así:
«Para volver a tu estado
de diez y seis primaveras,
preciso es que consiguieras
un imposible soñado.
Un galán a quien adores,
y que, aun mirándote así,
haga atrevido por ti
los sacrificios mayores;
que se lance con ardor
a una conquista que asombre,
que adquiera fortuna y nombre,
sólo por lograr tu amor.
Y con su mano te dé,
ya alcanzada la victoria,
¡nombre, amor, fortuna y gloria!»

LEON. Basta; ¡yo ese hombre seré!

Música

BRUJA ¡Así, así te quiero yo!
Mi corazón no me engañó.

LEON. ¡Confía en mí, no dudes más,
tu juventud recobrarás!
Fortuna, gloria y nombre
por ti he de conquistar.

BRUJA Laureles mil te ofrece
la vida militar.

LEON. Luchando por la patria
tu dicha lograré.

BRUJA La alcanzarás si tienes,
amor, constancia y fe.

LEON. ¡Sí los tendré!

BRUJA Hoy luchan en Italia
las armas españolas;
la guerra allí te brinda
honor, fortuna y gloria.
Un general invicto,
el duque de Saboya,
las españolas huestes
conduce a la victoria.

Con este anillo sólo...
(Quitándose uno del dedo.)
que al duque mostrarás,
en sus gloriosas filas
un puesto lograras.
(Le da el anillo, que él se pone en la mano izquierda.)
Y si combates con valor
serás el dueño de mi amor.

LEON Allí luchando con valor,
digno me haré de tanto honor.
Será este anillo el talismán
conque se logre mi hondo afán.

BRUJA Tanto como ese talismán
tus propios hechos te valdrán.

LEON. Mañana mismo partiré.

BRUJA Yo aquí tu vuelta esperaré.

—

LEON. Adiós risueños campos,
que nunca abandoné;
adiós feraz ribera
donde morir pensé.
Adiós mi humilde casa;
adiós tranquilo hogar;
sin nombre y sin fortuna
no me veréis tornar.

BRUJA Sí volverás, que tienes fe;
yo aquí tu vuelta esperaré.

LEON. ¡Sí, volveré!

BRUJA (¡Cuánto me halaga el verle así
buscando gloria para mí!
¡Un hombre así soñaba yo;
mi corazón no me engañó!)

LEON. Me veo ya logrando allí
honor y gloria para ti.
Confía en mí, no dudes, no;
tu corazón no se engañó.

Hablado

LEON. Todo cuanto es de valía
sin esfuerzo no se gana;
a Italia parto mañana
en cuanto despunte el día.

BRUJA ¿Estás decidido?

LEON. Sí.

BRUJA Piénsalo bien.

LEON. Lo he pensado.

De lauros vuelvo cargado
o en la lucha muero allí.
Yo ofreceré a vuestras plantas
lo que conquiste arrogante.

BRUJA. ¡Vé, mi caballero andante,
a ver si me desencantas!

LEON. ¡A quien no inspiráis valor!

BRUJA ¡Ojalá no desfallezcas!..

LEON. ¡No!

BRUJA Para que así merezcas
el ser dueño de mi amor.
Aunque si bien se repara,
poco a la verdad merece
un amor que se te ofrece
con tal cuerpo y con tal cara. (Ríe)
Pero lucha decidido;
ya sabes que esta envoltura
humilde, triste y oscura,
guarda el gusano dormido;
y al calor de tus amores,
a tu vuelta venturosa,
¡nacerá la mariposa
con sus alas de colores!

LEON. ¡Oh, sí, sí, renacerá!
(Oyese música lejana.)

BRUJA Escucha, ¿qué es eso? ¡Calla!

LEON. Es el son de una rondalla
que viene alegre hacia acá.

BRUJA Quiero que nadie me vea,
y ya salir me precisa.

LEON. ¡Tan pronto!

BRUJA Sí, tengo prisa. (De pronto.)
Me iré por la chimenea.

LEON. ¿Cómo? (Asustado)

BRUJA ¡Je, je! ¡No me voy!
Pero tu asombro no creo
natural; por lo que veo,
te olvidas de lo que soy.

LEON. ¡Es verdad!

BRUJA Más vale así;
yo prefiero no asustarte.
Llévame por otra parte.

LEON. Venid, venid por aquí. (Derecha.)
Al campo hallaréis salida.

BRUJA Y mañana...

LEON. Partiré...

BRUJA ¿Y no perderás la fe?

LEON. ¡Antes perderé la vida! (Vanse.)

ESCENA ULTIMA

Desde poco antes de acabar la anterior, óyese un pasacalle de guitarras que van acercándose hasta llegar junto a la puerta del foro.

TOMILLO, MAGDALENA y ROSALIA que salen por la izquierda

Música

TOM. ¡Señá Madalena,
venid por acá;
sepa todo el mundo
mi felicidad!

MAG. (Mentira parece,
más no hay que dudar,
pues de un modo u otro
la bolsa es verdad.)

—

TOM. (Abriendo la puerta del foro.)
¡No estéis en la calle,
amigos, entrad!

CORO H. ¿Qué es esto? ¿qué pasa?
¿Qué ocurre? ¿qué hay?

OTROS ¿Por qué a tales horas
nos mandas entrar?

TODOS ¿Qué es esto? ¿qué pasa?
¿Qué ocurre? ¿qué hay?

TOM. Pues hay... ¡que me caso!

CORO ¿De veras?

TOM. Sí tal.
Aquí está mi novia, (Presentando a Rosalía.)
mi suegra aquí está. (A Magdalena.)
¡Y aquí estoy yo loco
de felicidad!

CORO ¿La madre consiente? (Con extrañeza.)

MAG. ¿Por qué lo extrañáis?
Es mozo y honrado... (Haciéndole una caricia.)
nunca pedí más.

TOM. (¡En mi vida he visto
desvergüenza igual!)

CORO (Cuando ella le quiere
por algo será.)

TOM. (Al fin, Rosalía,
te puedo abrazar.)

ROS. (¡Que mira mi madre!)

TOM. No me importa ya.

(La da un abrazo cuando mira Magdalena, que finge no verlo.)

LEON. (Que ha entrado en escena cuando el Coro, se acerca en este momento a Rosalía y Tomillo.)
Yo mañana mismo
parto del lugar,
y Dios sabe cuándo
vendré por acá.
En tanto que vuelvo,
aquí continuad,
que vuestros son siempre
mi casa y mi hogar.

CORO ¿Te marchas?

MAG. }
ROS. } ¿De veras?

TOM. Y ¿a dónde te vas?

LEON. ¿A dónde? ¡Quién sabe!
yo voy al azar...
por el mundo... ¡en busca
de un sueño quizás!

CORO (¡Siempre misterioso!
¿A dónde se irá?)

TOM. Para apadrinarnos,
como es natural,
tu marcha unos días
puedes retardar.

LEON. ¡Imposible!

TOM. ¡Basta! (Aparte.)
(No me digas más.
Esto es que la bruja (A Rosalía.)
le manda marchar.)

CORO (¡Siempre misterioso!
¿A dónde se irá?)

LEON. Hoy tanta alegría
no quiero turbar;
de vuestras guitarras
las cuerdas templad,
y hasta que la aurora
empiece a brillar
de la jota a los sones alegres
¡reid y bailad!

TODOS ¡Reid y bailad!

(Jota. Durante el preludio, Tomillo habla a Leonardo como instándole a que cante, a lo cual accede.)

PRIMERA COPLA

LEON. No extrañéis, no, que se escapen
suspiros de mi garganta,
la jota es alegre o triste
según está quien la canta.

¡Ay, canto alegre
de mi país,
tal vez ya nunca
te vuelva a oir;
pero si acaso
no te oigo más,
siempre en el alma
resonarás!

TODOS Esta es la jota
de mi país,
que a todas horas
me gusta oir;
sigue con ella
y ya verás;
al fin y al cabo
te alegrarás.

Hablado

TOM. ¡Viva la alegría
y vivan las suegras!
Y venga un abrazo, (Abrazándola.)
señá Madalena.

MAG. ¡No aprietes, borrego!

TOM. Tengo poca fuerza. (Sin soltarla.)
(¡Por eso te libras,
que si la tuviera!...)

SEGUNDA COPLA

LEON. Como los pájaros cantan
las penas de sus amores,
así canto yo la jota
para aliviar mis dolores.
¡Ay, canto alegre
de mi país, etc.!

TODOS Esta es la jota
de mi país, etc,

(Durante el estribillo, Tomillo obliga a bailar con él a Magdalena. Risas y alegría de todos. Leonardo se deja caer en el sillón en actitud de profunda melancolía, contrastando con lo alegre del cuadro, que debe ser animadísimo.)

FIN DEL ACTO PRIMERO



ACTO SEGUNDO

CUADRO SEGUNDO

Plazoleta a la entrada del pueblo. A la derecha, en primer término, la casa del Cura, con emparrado sobre la puerta. En segundo término la iglesia, que hace esquina a una calle. Formando la entrada de ésta, otra casa y detrás el bosque. Al foro camino real. A la entrada de éste una cruz de piedra. Al foro izquierda la montaña, con un camino practicable. En la cima, el castillo. A la izquierda la casa de Leonardo, exterior de la decoración del acto primero y llegando hasta el primer término la tapia del corral, cuya puerta da frente al público.

ESCENA PRIMERA

Antes de levantarse el telón se oye el repique alegre de las campanas de la iglesia. ALDEANOS en traje de fiesta

Música

CORO

Hoy todos celebran
la Virgen de Agosto
y hay fiesta en el pueblo
con ríos de mosto;
las uvas doradas
espera el lagar;
no hay pena ni duelo
en todo el lugar.

—

La gente del campo
está satisfecha,

que en trigo abundante
se ve la cosecha.
Los días de invierno
alegres serán,
pues ya están seguros
el vino y el pan.
(Repique de campanas.)

ESCENA II

DICHOS y TOMILLO, que sale de la iglesia

UNOS — Allí sale Tomillo. (Reparando en él.)
OTROS — ¡Qué triste viene!
TODOS — Vamos a preguntarle
qué es lo que tiene. (Acercándose a él.)
¿Por qué tan caviloso
vienes de allí?
TOM. — Yo tengo mis motivos,
oid, oid.
CORO — (¿Qué le pasará?
¿Por qué vendrá así?)

—

TOM. — A los nueve meses
de haberme casado
un niño nació;
y aunque fué tan pronto,
la verdad, amigos,
no me sorprendió.
CORO — ¡Claro está que no!
TOM. — A muy poco tiempo
en cinta mi esposa
volvióse a encontrar:
mas el caso entonces
no tenía nada
de particular.
CORO — ¡No era de extrañar.
TOM. — Yo al saberlo dije:
—Otro hijo tenemos,
¡bendito de Dios!
Pero llega el trance
yo esperaba un chico...
y nacieron dos
CORO — ¡Todo sea por Dios!
TOM. — Esto ya me asusta,
pues mi amada esposa
tan fecunda es,

que me estoy temiendo
que dentro de un año
me regale tres.

CORO ¡Harto fácil es!

TOM. ¡Vaya si lo es!

ESCENA III

DICHOS, ROSALIA y MAGDALENA y CORO DE ALDEANAS. Cada una de aquellas trae en brazos un niño en mantillas

ALDEANAS Ya presentó a la Virgen
la madre cariñosa
los vástagos que el cielo
le concedió:
que muchos años vivan
y sean muy cristianos,
y ricos y felices
los vea yo.

—

MAG. / ROS. ¡Gracias!

TOM. ¡Mil gracias!

CORO Reciban, pues,
abuela y padres
el parabién.

TOM. / MAG. / ROS. ¡Gracias, mil gracias!

ALDEANOS ¡Cómo ha de ser! (A Tomillo.)
Ya tendrás cuatro,
si hoy tienes tres.

—

(Magdalena, con uno de los niños, queda en el centro del grupo de mujeres; una de éstas con el otro niño entre el grupo de hombres, y en medio de estos y el de mujeres. Tomillo y Rosalía, que miran entusiasmados cómo hacen caricias a sus hijos.)

CORO ¡Ved qué hermosotes
y qué rollizos;
son dos mantecas
los dos mellizos!

HOMBRES ¡Qué ojazos negros
tan habladores,
y qué carrillos
y qué colores!

(Haciéndoles fiestas.)

¡Ajito al nene,
ajito, ajito!
¡Qué gracia tiene
el angelito!
¡Ajito, ajito,
ajito, ajó!
¡Ven, chirriquitito,
que te quiero yo!

MUJERES En lo robusto
sale a su madre;
pero los ojos
son de su padre.

HOMBRES No niega el chico
la parentela,
pues las narices
son de su abuela.
¡Ajito al nene,
ajito, ajito!
¡Qué gracia tiene
el angelito!
¡Ajito, ajito,
ajito, ajó!
¡Ven, chirriquitito,
que te quiero yo!

TOM. (Aparte a Rosalía.)
Dos años hace
que nos casamos,
y como entonces
nos adoramos.

ROS. Yo aun más te quiero
que el primer día,

TOM. Tú eres mi gloria,
esposa mía.

ROS. Nunca me falte
tu cariñito.

TOM. También el tuyo
lo necesito.

LOS DOS ¡Ajito, ajito,
ajito, ajó,
ajó, ajó!

ROS. ¡Ven, mi maridito,
que te quiero yo!
(Abrazándose.)

TOM. ¡Ven, cuerpo bonito,
que te quiero yo!

CORO ¡Ajito, ajito,
ajito, ajó!

Hablado

ALD. 1.º (A Magdalena.) ¡Abuela, que se le cae la baba!

MAG. ¡Claro que sí y a mucha honra; que nietos más hermosos no los ha tenido nadie en el mundo! ¡Huy, qué ricos! (Haciéndoles fiestas y cogiendo a los dos en brazos.)

TOM. ¡Gracias a este prójimo!

ROS. ¡Miren el presumido!

TOM. ¡Y a esta Rosa de Mayo! (Dando cariñosamente con la mano en la cara a Rosalía.)

ROS. ¡Déjame, tonto!

MAG. ¡Ea, ea; a casa todos, que ya nos espera el agasajo! Chocolate y panales para las mujeres y para los hombres un tinto de la Rioja que tiene más años que yo.

TOM. ¡Pues ya será viejo!

MAG. ¡Andando, andando!

ALD. 4.º Nosotros aceptamos el ofrecimiento; pero después del partido. Para lanzar bien la pelota se necesita tener la cabeza fresca y el pulso sereno. ¿Es verdad, muchachos?

VARIOS ¡Verdad, verdad!

TOM. Bueno, pues beberéis después a la salud de esos dos muñecos, para que se críen sanos y robustos, y, andando el tiempo, no tengan miedo en el frontón a los que vengan de Vizcaya y Guipúzcoa para medir sus fuerzas con los del Roncal.

MAG. Pues a casa nosotras.

(Las mujeres viejas y algunas jóvenes, con Magdalena y Rosalía, entran en la casa de la izquierda.)

ALD. 4.º ¡Y nosotros a la plaza!

TOM. (Que se ha acercado a la casa del Cura) ¡Señor Cura, dese prisa, que ya le esperan!

(Vase el coro de hombres y el resto de las mujeres por la derecha, menos los Aldeanos 1.º, 2.º y 3.º)

ESCENA IV

TOMILLO y ALDEANOS 1.º, 2.º y 3.º

ALD. 1.º Oye, Tomillo.

TOM. ¿Qué hay?

ALD. 1.º Tú que tienes confianza con el señor Cura,

¿por qué no le preguntas si es cierto lo que se cuenta por ahí?

TOM. ¿Y qué es lo que se cuenta?

ALD. 1.º Pues también debes haberlo oído, porque en Pamplona has estado, y en toda la ciudad no se habla de otra cosa.

TOM. Pero, ¿qué es ello?

ALD. 2.º Que el Rey, que Dios guarde, está hechizado.

TOM. ¡Toma, toma; pues si eso lo saben en todas partes!

ALD. 1.º ¿Y has hablado de ello con el señor Cura?

TOM. ¡Claro que sí!

ALD. 3.º ¿Y qué dice?

TOM. No dice nada.

ALD. 2.º Pues no puede decir menos.

TOM. Cuando he querido hablarle del asunto, me ha contestado siempre lo mismo: «Pide a Dios por el Rey en tus oraciones y compadécele, porque es muy desdichado.»

ALD. 1.º Ayer en la ciudad se decía que había ido a la corte desde luengas tierras un fraile capuchino, para sacarle los demonios del cuerpo a su Majestad.

ALD. 2.º Pero, ¿será verdad que los tiene dentro?

ALD. 1.º Eso aseguran, y que todo ello ha sido obra de una hechicera bruja.

ALD. 3.º (Mirando con temor hacia la montaña.) Acaso la del castillo, porque dicen que los maleficios alcanzan a muy lejos.

TOM. ¡No digas disparates! Esa no hace daño.

ALD. 1.º ¡Claro! ¿Tú qué has de decir?

ALD. 2.º Como a ti no te ha hecho más que favores...

TOM. ¿A mí?

ALD. 3.º Y te proteje siempre que la necesitas.

TOM. Si yo ni la oigo, ni la veo, ni la entiendo desde antes de casarme.

ALD. 1.º Anda, anda, díselo a quien te crea.

TOM. Os aseguro que... (Yendo a la casa.) ¡Señor Cura, que se enfría el chocolate!

ALD. 2.º Se conoce que no te agrada la conversación.

TOM. Como que no decís más que simplezas. (De pronto.) Y aunque fuera cierto que la tal bruja siguiera en el castillo, debiérais todos en el pueblo no mentarla sino con respeto. Cuando ha poco se incendiaron las dos casas de la ribera, sin que de ellas quedase más

que escombros, bien sabeis que sobre las ruinas se encontró un bolsón con escudos bastantes para reedificar cuanto se había quemado.

ALD. 1.º Eso es cierto.

TOM. Y ¿quién sino ella podía haberlos dejado de una manera tan misteriosa?

ALD. 1.º Tal creímos todos.

TOM. ¿Y cuando el año pasado la peste azotó la comarca? Solos quedaron los vecinos enfermos con el señor Cura y los médicos que vinieron de la ciudad, y ya sabéis que los apestados dicen que la bruja les curó con sus propias manos.

ALD. 1.º Eso es mucha verdad.

TOM. Así, pues, punto en boca, y si es cierto que sigue en el castillo, allá se las haya y no hablemos mal de ella, que algún día podemos necesitarla.

ALD. 2.º Tiene razón Tomillo.

TOM. Señor Cura... (Yendo hacia la casa.)

ESCENA V

DICHOS y el CURA

CURA ¡Aquí estoy ya, hombre, aquí estoy ya! Buenas tardes, muchachos.

ALDEANOS Buenas nos las dé Dios.

CURA Vamos cuando quieras.

ALD. 1.º ¿No faltará su merced al partido, eh?

CURA ¡Qué he de faltar! Pues si yo tuviese veinte años menos... ya veríais lo que era un jugador. En mis tiempos, manejando la barra o haciendo botar la pelota, no había quien me aventajara; pero ya... Vamos a tomar el chocolate.

ALDEANOS Hasta luego, señor Cura; adiós, Tomillo.

TOM. Venid a casa, echaréis un trago y después nos iremos todos juntos.

ALD. 1.º Por mí, andando.

ALD. 1.º / ALD. 2.º Vamos allá. (Entran todos en la casa de la izquierda.)

ESCENA VI

SIETE JUGADORES de pelota roncaleses por la derecha, con los brazos arremangados. Después otros SIETE VIZCAINOS, que salen por el foro

Música

JUG. RON. En la plaza ya la gente
grita y bulle y alborota,
que aguardando está impaciente
el partido de pelota.
Jugadores de Vizcaya
han venido desde allá;
mas sabrán poner la raya,
como siempre, los de acá.

JUG. VIZ. ¡Eso allí (Presentándose.)
se verá!

RON. ¡Eso sí,
claro está!

VIZ. De Vizcaya hemos llegado
sin temor a la derrota,
que jamás nos han ganado
en el juego de pelota.
Ya se cruzan las apuestas
que dan brío al jugador,
y las manos están prestas
a aplaudir al vencedor.

RON. ¡A ganar
sin temor!
¡A jugar
con ardor!

(Avanzan de cada uno de los grupos dos jugadores. Los bandos siguen con interés el partido. Los cuatro jugadores figuran hacer botar la pelota sobre el suelo y recogerla en el aire, lanzándola sobre la pared de derecha a izquierda. Vizcaínos y roncaleses, cuando juegan los de su bando, siguen con la vista la marcha ilusoria de la pelota. El ruido que producen los golpes de ésta, debe simularse desde la concha del apuntador y entre bastidores a la izquierda, y oirse clara y distintamente.)

RON. ¡Saca ya!
¡Buena va!

VIZ. ¡Rebotó!

RON. ¡No se irá!

VIZ. ¡Cógela!
¡Firme da!
RON. ¡La alcanzó!
RON. y VIZ. ¡Ganará!
RON. ¡Ande la pelota!
¡Mira cómo bota!
VIZ. ¡Vaya un sotamano!
¡Dale otro revés!
RON. ¡Buen botiboleo!
¡Sigue con deseo,
prueba que no en vano
eres roncalés!
VIZ. ¡Siéntale la mano;
vence al roncalés!
RON. Si le das
ganarás.
VIZ. ¡No pasó
del *escás!*
RON. ¿Dónde vas?
¡Paso atrás!
VIZ. ¡La ganó!
RON. ¡Quince más!

(Cada uno de los jugadores se incorpora a su bando.)

TODOS ¡Se comprende que haya
entusiasmo igual
por los de Vizcaya
y los del Roncal!

(Unidos de cuatro en cuatro, interpolados, vizcaínos y roncaleses, abrazándose por la cintura vanse por la derecha.)

ESCENA VII

ALDEANO 1.°, que asoma a la puerta. Después Aldeanos, ROSALIA, MAGDALENA y el CURA. Luego TOMILLO

Hablado

ALD. 1.° ¡Ya van los jugadores a la plaza! ¡Salid todos!

ALD. 2.° Vamos allá, no lleguemos tarde.

(Vanse por la derecha los hombres y las mujeres que entraron antes en la casa, menos las viejas.)

ALD. 3.° Apuesto dos blancas por los del pueblo.

CURA (Yendo tras ellos.) ¡Si yo tuviera veinte años menos, ya se lo diría a los vizcaínos!

TOM. ¡Hasta luego, Rosalía!

ROS. ¡Espérate, que ahora haces falta en casa!

TOM. ¿Para qué? ¿Para ver hartarse de bizcochos a esas viejas tragonas? ¡Ya les daría yo chocolate! Rejalgar...

MAG. Es preciso que prepares el refresco para los mozos, que vendrán luego. (Con amabilidad.) Y además, habiendo en casa gente de fuera, no parece bien que el amo se vaya. (Entra en la casa.)

TOM. (A Rosalía.) Sólo en ocasiones como ésta, es cuando dice tu madre que yo soy el amo.

ROS. Ya sabes tú que lo eres de todo.

TOM. Con serlo tuyo tengo yo bastante, cordera mía.

ROS. Anda, borrego. (Empujándole hacia la casa.)

TOM. (Cada día la quiero más.) (Entrando en la casa.)

ESCENA VIII

LEONARDO, de capitán de los tercios de Italia. Aparece por el camino real y se detiene a la entrada de la plaza

Música

Todo está igual. Parece que fué ayer
el día que partí.
¡Con qué placer
te vuelvo a ver,
risueña aldea
en que nací!

—

Allí la cruz donde me fuí a postrar
con santa devoción;
allí la iglesia en que aprendí a rezar
la primera oración.
El campo allá que ufano recorrí
alegre en mi niñez;
allí la senda que cruzar la ví
por la postrera vez.
El bosque allá que encantos me ofreció
de plácida quietud;
allí el hogar donde feliz soñó
mi ardiente juventud.

—

Todo está igual. Parece que fué ayer
el día que partí.

¡Con qué placer
te vuelvo a ver,
risueña aldea
en que nací!

ESCENA IX

DICHO y TOMILLO que sale de la casa

Hablado

TOM. ¿Qué es lo que ven mis ojos? Pero, ¿no es un sueño? ¡Leonardo! Sí, es él. (Llamándole.) ¡Leonardo!

LEON. ¡Tomillo!

TOM. ¡Tú capitán!

LEON. De arcabuceros de los tercios de Italia.

TOM. No vuelvo de mi asombro.

LEON. Ven a mis brazos y estrecha entre los tuyos a un verdadero amigo.

TOM. ¡Con toda mi alma! (Se abrazan.) Pero... la verdad, me infundes respeto.

LEON. Cariño quiero sólo inspirarte.

TOM. Sabes que siempre te lo tuve.

LEON. Ya lo sé.

TOM. ¡Ven, ven a tu casa! Están ahí la familia y unas vecinas... ¡qué sorpresa va a ser para todos!

LEON. Quiero no ser visto de nadie. La impaciencia y el deseo de visitar estos sitios que me son tan queridos, que están para mí tan llenos de dulces memorias, me han impulsado, contra mi voluntad, a venir antes de la noche.

TOM. Vamos, que te estoy mirando y me parece un sueño. No extrañes el verme con la boca abierta.

LEON. Dime en pocas palabras todo lo que ha ocurrido durante mi ausencia. ¿Te casaste?

TOM. ¡Pues ya lo creo!

LEON. ¿Y tienes algún hijo?

TOM. Tres.

LEON. ¡Cómo es posible! En este tiempo...

TOM. Si te retrasas un poco más, me hallas con media docena... Primero uno, luego dos y luego... lo que Dios disponga.

LEON. ¿Y eres feliz?

TOM. Hasta con mi suegra. Esa casa es el nido de la felicidad. Compré el molino, trabajé con fortuna y hoy ya no guardo ovejas, sino que me las como.

LEON. Me llenas el alma de regocijo.

TOM. Hasta la señá Madalena ha dejado de gruñir. ¿Querrás creerlo? Sus nietos la han domesticado. Son tres capullos de rosa, tres angelitos del retablo de la iglesia. Hoy, cumplidos los cuarenta días del nacimiento, ha presentado Rosalía los dos mellizos a la Virgen y ahí están las vecinas festejando el caso. ¡Anda, entra y conocerás a mis tres retoños!

LEON. Ya los veré, déjame ahora.

TOM. ¿Y tú? ¿Por dónde has andao todo este tiempo? Viendo que pasaban los meses y los años sin saber de ti, por muerto te dimos, rezamos un Padre nuestro por tu alma y... se llenaron de lágrimas muchos ojos.

LEON. Sí lo creo.

TOM. Los míos no quedaron enjutos.

LEON. ¡Pobre Tomillo! (Abrazándole.)

TOM. Con que, vamos, dime lo que ha sido de ti, que aún no me doy cuenta de ese uniforme y de esa banda.

LEON. Antes contesta a una pregunta.

TOM. (Después de una pausa y de mirar al castillo.) Sin novedad.

LEON. ¿Cómo?

TOM. En el castillo; no baja más que cuando la llamo.

LEON. ¡Me has adivinado!

TOM. ¡Pues podía no comprenderte!

LEON. El son de mi bocina...

TOM. Es la llamada a que siempre acude. Ni una vez ha faltado; es mi protectora, mi bien, mi guía.

LEON. ¿Habéis hablado de mí?

TOM. Cuantas veces la he visto. «¿Tienes noticias de Leonardo?» me pregunta, y al oirme contestar negativamente, no habla más de ti. Ya sabes que ella gasta pocas palabras. «¿Qué deseas?» Tal cosa. «Toma, agur y se acabó.» Cuando nació mi primer chiquillo, la dije: «Señora, yo deseo que seais su madrina.» Soltó una carcajada y contestó: «Eso no puede ser.» ¿Por qué? «Porque el nom-

bre de la madrina ha de escribirse en la fe de bautismo, ¿y qué nombre pondrías?» Me quedé sin saber qué contestarle, y entonces me dijo: «Lo que sí quiero, es que el niño se llame Leonardo.»

LEON. ¿De veras? (Con alegría.)

TOM. Y así se llama. Ya le verás; colorado como una manzana, y con unos carrillazos, que parece estar siempre tocando la trompeta.

LEON. ¿De modo que ella, por lo visto, no se olvida de mí?

TOM. ¡Qué ha de olvidarse!

LEON. ¡Bendita sea! Le debo mi suerte.

TOM. ¡Me lo figuraba! Cómo yo la mía.

LEON. Llegué a Italia; presenté al duque de Saboya el anillo que ella me dió y en el acto tuve lugar honroso en las filas del ejército. No hubo acción de guerra en que yo no ocupase el puesto de mayor peligro; combatía con el arrojo del que todo lo espera y nada teme, y al conseguir cada victoria, el general, concediéndome el premio merecido, me repetía siempre estas mismas palabras: «Bien, Leonardo; así se logra todo en el mundo: tú alcanzarás lo que te ha prometido la Bruja.» Y al nombrarla se sonreía.

TOM. ¿De modo que le contaste la historia?

LEON. Tal como te la referí en secreto el día de mi marcha.

TOM. Y tal como la he guardado, sin que en el mundo la sepa nadie más que yo.

LEON. Las heridas que llenan mi cuerpo atestiguan el valor con que me he lanzado a la pelea. Todo me parecía poco para merecer el amor de aquel ser ideal cuya imagen no se borra de mi memoria. Al fin, pocos días hace, el duque de Saboya me llamó a su presencia y cruzando con esta banda mi pecho, así me dijo: «Vuelve a España; ya eres digno de la mujer por quien has combatido; vé a deshacer su encanto y que el cielo os conceda a los dos toda la ventura que merecéis» Y aquí me tienes.

TOM. ¿Pero... tú esperas que el hechizo se deshaga y que ella?...

LEON. Lo espero todo. La fe que me ha sostenido en la lucha, no ha de abandonarme cuando más la necesito.—¿Dudas tú acaso?

TOM. Yo... la verdad, como la veo así tan viejecica y tan encorvada, me parece mentira que pueda echar de sí el peso de tantísimos años. ¡Porque cuidado que está consumida! Más que cuando te fuiste. Ella es muy buena, una santa, un ángel; pero... parece una castaña pilonga.

LEON. ¡Mi amor, mi constancia y mi fe, le volverán la juventud y la belleza!

TOM. ¡Dios lo haga... y de salud te sirva!

LEON. ¿Ella continuará no apareciendo más que por las noches?

TOM. De día, aunque la haya llamado, no ha venido nunca.

LEON. Pues yo he de verla hoy mismo. Dame la bocina, subiré al castillo y en cuanto anochezca la llamaré.

TOM. Pero antes ven a casa. No necesitas ver a la gente. Entraremos por la corralada y pasas a tu habitación que está tal como la dejaste. Así coges tú mismo la bocina.

LEON. ¡Sea; vamos!

TOM. Y verás a mis chiquillos; tres terneros, aunque sea mala comparación.

LEON. ¡Sí los veré, hombre, sí los veré!

TOM. Entra, entra. (Pues señor, le estoy viendo con ese traje y me parece mentira. ¡El poder de la bruja es mucho más grande de lo que todos creíamos.) (**Vanse por la puerta del corral que da frente al público.**)

ESCENA X

ROSALIA, después TOMILLO

ROS. ¡Tomillo! ¡Tomillo! De seguro se ha ido a la plaza.—Ha hecho bien. El pobrecillo no se divierte nunca; justo es que aproveche un día de fiesta como el de hoy. Siempre metido en casa; siempre trabajando. Es más bueno que el pan... En fin, ¡cuándo hasta mi madre lo reconoce!... (**Se ha acercado hablando hasta el primer término. Tomillo, que sale por la puerta de la corralada, la llama en voz baja.**)

TOM. ¡Rosalía!

ROS. ¡Tomillo! ¿Qué haces ahí?

TOM. ¡Chist! ¡Ven acá! (En voz muy baja toda esta escena y la siguiente.)
ROS. ¿Qué quieres? (Acercándose.)
TOM. ¿Dónde está tu madre?
ROS. Con las vecinas.
TOM. ¿Todavía están tomando chocolate?
ROS. Charlando en la cocina y bebiendo limonada.
TOM. Esas, por tragar...
ROS. ¿Pero qué pasa?
TOM. Prepárate para una gran sorpresa.
ROS. ¿Yo?
TOM. Sí. No vayas a asustarte y lo paguen luego los chiquillos.
ROS. ¿Pero qué sucede?
TOM. Que vas a ver a una persona que... ¡en fin... mira!

ESCENA XI

DICHOS, LEONARDO que aparece en la puerta. Lleva la bocina colgada a la bandolera como en el primer acto. Empieza a anochecer

ROS. ¡Jesús! ¡El! ¡Tú! ¡Leonardo!
LEON. ¡Rosalía! (Abrazándola.)
ROS. ¡Tú aquí y en ese traje!
LEON. ¡Yo mismo, yo!
ROS. ¡Oh, qué alegría! ¡Madre, madre! (A voces.)
TOM. (Tapándole con la mano la boca.) ¡Calla, mujer, que no quiere que le vean!
LEON. (A Tomillo con rapidez.) Voy al castillo por el atajo. Volveré a la noche. ¡Adiós! (Vase por el primer término izquierda.)

ESCENA XII

DICHOS, menos LEONARDO; luego MAGDALENA

ROS. Pero...
TOM. Calla; yo te explicaré lo que pasa.
MAG. (Saliendo.) ¿Qué es eso? ¿Por qué me llamabas?
ROS. Porque... (Turbada.)
TOM. Porque... Ya vuelve la gente de la plaza. (Yendo hacia la derecha.) Vamos a ver quién ha ganado.

MAG. ¡Válgame Dios! Creí que pasaba algo.
ROS. No vuelvo de mi asombro. (Se acerca a Tomillo, y mientras entra el coro, habla con él.)

ESCENA XIII

DICHOS y CORO GENERAL

Música

CORO
Al cabo los del pueblo
salieron vencedores,
y vuélvense a Vizcaya
los otros jugadores.
No cabe la alegría
que el noble triunfo da;
en danza, pues, muchachos,
el baile empiece ya.

(Colócanse en primer término el tamborilero y el que toca la dulzaina.)

TOM.
Yo de pareja con mi mujer,
otra no encuentro que haya mejor;
tal vez por eso llegan a ser
tantas las pruebas de nuestro amor.

ROS.
Yo su pareja prefiero ser,
no hay aquí mozo más bailador;
anda, Tomillo, que tu mujer
contigo siempre baila mejor.

(Bailan Rosalía y Tomillo. Zortzico)

ESCENA XIV

DICHOS, el INQUISIDOR y SEIS ESBIRROS que aparecen al foro. Suspéndese el baile. Los aldeanos se agrupan sorprendidos y atemorizados

INQ.
Seguid, seguid bailando.
No interrumpáis la fiesta.
¿En dónde la morada
del señor Cura está?

CORO Ahí vive el señor Cura. (Señalando a la casa.)

INQ. Seguid, seguid la danza.

(Entra con los esbirros en casa del cura)

CORO
¡Qué miedo! ¡El Santo Oficio
aquí ¿qué buscará?

—

TOM. No os asustéis, muchachos,
que en este pueblo todos
somos cristianos viejos
y nada hay que temer.
De fijo va de paso,
y a descansar un poco
y ver al señor Cura
si quiso detener.

—

ELLAS Eso es verdad.
ELLOS No hay que temer.
TODOS Siga el zortzico.
En baile, pues.

—

ROS. / ELLAS } Siempre mi mozo lleva a compás
el arrogante cuerpo gentil,
anda, moreno, muévete más,
cansa a la gaita y al tamboril.

—

TOM. / ELLOS } Cuando se enciende roja la tez,
son tus mejillas rosas de Abril;
anda, morena, vuelve otra vez,
cansa a la gaita y al tamboril.

(Baile general. Anochece por completo.)

ESCENA XV

DICHOS, el INQUISIDOR, el SEÑOR CURA y los ESBIRROS, que salen de la casa. El Cura hablando con el Inquisidor señala al castillo

Hablado

INQ. No me digáis más, señor Cura. Comprendo que la edad y los achaques no os permitan hacer tan penosa ascensión. Basta con que alguno del pueblo me sirva de guía.

CURA Yo lo buscaré. Muchachos, ¿quién de vosotros quiere acompañar al señor Inquisidor hasta el castillo? (Los aldeanos retroceden como asustados.)

TOM. (¡Al castillo! ¡Vienen a prenderla! (Aparte a Rosalía.)

ALD. 1.º A estas horas...

ALD. 2.º Pronto será noche cerrada.

INQ. Llevamos linternas.

CURA No extrañéis su temor...

ALD. 1.º Subir de noche allá...

INQ. Basta. Venid todos. Así será menor su miedo y verán algo que les sirva de provechoso ejemplo en bien de nuestra santa religión. Aguardadme ahí dentro, señor Cura. ¡Vamos al castillo!

CURA ¡Hijos míos, obedeced! (¡No puedo salvarla! ¡Rogaré a Dios por ella!) (Entra en la casa.)

ESCENA XVI

DICHOS menos el CURA

Música

CORO (Siguiendo al Inquisidor y los esbirros, que empiezan a subir por la montaña. Tomillo detiene a Rosalía que va a seguirlos.)

Marchemos todos
sin dilación,
que así lo ordena
la Inquisición.
Andando, andando,
vamos allá;
la noche oscura
cayendo va. (Desaparecen.)

Hablado

ROS. ¡Tomillo!

TOM. ¡No hay que dudar!

ROS. Nosotros...

TOM. Silencio ahora.
Hoy a nuestra protectora
es necesario salvar.
A escape vamos los dos;
ellos por el monte bajo,
nosotros por el atajo,
¡y que nos proteja Dios!
(Echan a correr y vanse por donde antes Leonardo.)

Música

MUTACION A LA VISTA

CUADRO TERCERO

Meseta en la cima de la montaña. A la izquierda el castillo. A la derecha ruinas. Al fondo el horizonte. Luz de luna que se oscurece al primer toque de la bocina de Leonardo.

ESCENA XVII

LEONARDO por la derecha

LEON. (Deteniéndose.)
¡Por fin llegué! ¡No hay nadie!
¡Qué triste soledad! (Pausa.)
¡Ay, Dios! ¿Por qué mi pecho
tan agitado está?
Tranquilo en cien combates
buscó la muerte audaz,
y hoy tímido lo siento
medroso palpitar.
¿Qué es esto? ¡Yo cobarde!
¡Valor, no dudo más!
(Cogiendo la bocina que trae colgada a la bandolera.)
A ver, si al fin, mi sueño
se cambia en realidad.
(Toca la bocina. El eco repite el sonido dos veces.)
El eco a la llamada
responde nada más.
Mi fe, tan viva siempre,
empieza a vacilar.
(Toca otra vez. Abrese la puerta del castillo y aparece la bruja.)
¡Ah!

ESCENA XVIII

DICHO y la BRUJA

BRUJA ¿Qué miro? ¡Sí, Leonardo!
LEON. ¡Rendido a vuestros pies! (Arrodillándose.)
BRUJA ¡Tu pecho con tal banda! (Acercándose a él.)
LEON. Por vos la conquisté.
BRUJA ¡Por mí!
LEON. Por vos tan sólo.
Mi gloria vuestra es. (Levántase.)

BRUJA (No en vano su esperanza
mi amor cifraba en él.)

LEON. Por vos en el combate
cien veces y otras cien,
luchando valeroso,
victorias alcancé.
Aquí a buscaros vengo,
a mi palabra fiel:
veremos si la vuestra
sabéis cumplir también.

BRUJA ¿Lo dudas?

LEON. Yo no dudo;
mas pienso que tal vez
lograr aún no merezca
el anhelado bien.

BRUJA ¡Oh, sí! Tu fe consigue
mi encanto deshacer;
al fin, del negro hechizo
hoy libre me veré.

LEON. ¿De veras?

BRUJA Sí, Leonardo.

LEON. ¡Oh, Dios, no me engañéis!

BRUJA Por ti rejuvenezco,
por ti vuelvo a mi ser.
Hoy mismo, ante tus ojos
huyendo la vejez,
como me viste en sueños
me volverás a ver.

—

Circula en mis venas
la sangre ya hirviente,
prestándome grato
su vivo calor;
el cuerpo caduco
brioso se siente
y agitan mi pecho
latidos de amor.
En olas de fuego
me inunda la vida,
de doble ventura
gozando a la par;
en mí se despierta
el alma dormida,
y alegre me dice:
¡ya puedes amar!

LEON. Así de vos ausente
se realizó mi sueño,

fingido por la mente
con pertinaz empeño.
Yo os ví en gentil doncella
mil veces transformada,
esplendorosa y bella
mirarme enamorada.
Mas, ¡ay! que presto huía
la mágica ilusión,
y el nuevo sol desvanecía
la celestial visión.

BRUJA No alimentaste en vano
esa ilusión hermosa,
verás como el gusano
se trueca en mariposa.
Verás cual se desprende
la ninfa entre las flores,
y ufana al aire tiende
sus alas de colores.
Buscando el bien que adora
sir ser dueña de sí,
como a luz que la enamora
irá volando a ti.

LEON. Buscando el bien que adora
sin ser dueña de sí,
como a luz que la enamora
vendrá volando a mí.

—

BRUJA ¡Oh, juventud, florida primavera
llena de amor, de aromas y de luz;
vuelve a mi ser, alegre mensajera
de dicha y paz, ¡bendita juventud!
El corazón, que suspiraba esclavo,
late otra vez con juvenil ardor.

LOS DOS Ya soy feliz, porque se torna al cabo
en realidad el sueño de mi amor.

BRUJA ¡Je, je, je, je, je! (Riendo burlonamente.)

LEON. ¿Reís? ¿Por qué?
No deshagais mi encanto;
¡por Dios, no me engañeis!

BRUJA ¡Como me viste en sueños
me volverás a ver!

LEON. ¡La juventud ansiada
recobre vuestro ser!

—

BRUJA ¡Ese rumor! (Escuchando.) ¡Silencio!

LEON. Gente se acerca. (Mira desde la derecha.) ¡Sí!
¡Tomillo y Rosalía!

LOS DOS ¿A qué podrán venir?

ESCENA XIX

DICHOS, TOMILLO y ROSALIA, que, jadeantes, aparecen por la derecha

TOM. ¡Leonardo!
ROS. ¡Señora!
LEON. ¡Vosotros aquí!
TOM. / ROS. Sin fuerza ni aliento
llegamos al fin.
LEON. ¿Por qué tal espanto?
BRUJA ¿Qué ocurré, decid?
TOM. / ROS. (A la Bruja.) ¡Que estais en peligro!
¡Que vienen ahí!
ROS. ¡Que suben!
TOM. ¡Que os buscan!
ROS. ¡Salvaos!
TOM. ¡Huid!
LEON. ¿Quién llega?
BRUJA ¿Quién viene?
LEON. / BRUJA ¿Qué pasa, decid?
TOM. / ROS. ¡Oid!
LEON. / BRUJA ¡Hablad!
TOM. / ROS ¡Oid, oid!
ROS. / TOM. De la ciudad al pueblo,
al ponerse el sol,
llegó con seis esbirros
un Inquisidor.
Que vienen a prenderos
lo sabemos ya,
por bruja y hechicera
y no sé qué más.
Pensadlo bien, señora,
¿qué va a ser de vos
cogida entre las gorras
de la Inquisición?
¡Montaos en la escoba
que tendreis ahí,
y a escape, antes que lleguen,
por el aire huid!

—

CORO INT. Andando, andando,
llegamos ya;
la noche triste
y oscura está.

—

TOM. ¡Ya suben!
ROS. ¡Ya vienen!
TOM. ¡Ya llegan!
ROS. ¿Oís?
LEON. En defensa vuestra
sabré yo morir.
(Yendo a desenvainar el acero.)
BRUJA ¿Quieres, insensato, (Deteniéndole.)
perderte por mí?
Contra el Santo Oficio
no oses combatir;
yo sabré salvarme.
Aguardad aquí.
(Entra en el castillo, cuya puerta se cierra.)

ESCENA XX

LEONARDO, TOMILLO y ROSALIA

LEON. ¡Qué hará, santo cielo!
ROS. ¡Ya llegan, oid!
TOM. Mejor observamos
ocultos allí.
(Ocúltanse detrás de las ruinas de la derecha, primer término.)

ESCENA XXI

DICHOS y el INQUISIDOR. CORO GENERAL y los ESBIRROS, que traen encendidas las linternas, única luz que alumbra la escena. Aparecen por el foro, subiendo del foso, y avanzan lentamente

CORO (En voz muy baja.)
Nada se oye,
nadie aparece.
todo es silencio,
sombra y horror;
yo no venía
sólo a este sitio
si me valiera
la salvación.

—

¡Qué triste aspecto
tiene el castillo,
sólo el mirarlo
miedo me da!
Trasgos y duendes
a media noche
de entre las piedras
deben brotar.

INQ. ¡Ah del castillo! (Pausa.)

CORO Nadie responde.

LEON. / TOM. / ROS. (¡Si dan con ella
no hay salvación!)

INQ. ¡Al santo oficio
las puertas abra,
que aquí la busca
la Inquisición! (Pausa.)

CORO Nadie contesta.
No se oye nada.
Tal vez la bruja
durmiendo está.

INQ. ¡Ah del castillo!
(Aproximándose a él.)

CORO ¡Callad, silencio!
¡La puerta se abre!
(Retrocediendo aterrorizados.)
¡Ahí sale ya!

(La luna, que sale en este momento, ilumina la escena completamente. La bruja, transformada en bellísima joven, con blanca vestidura, aparece y se detiene a la puerta del castillo.)

TODOS ¡Ah!

(A un tiempo.)

LEON. (¡Es ella! ¡El ángel
de mi ilusión!)

CORO (¡Qué peregrina
aparición!)

INQ. (¡Qué inesperada
transformación!)

TOM. (¡Yo quedo mudo
de admiración!)

BRUJA Soy Blanca de Acevedo,
de este castillo dueña,
hija del noble anciano
que desterrado fué;
huérfana, triste y sola
bajo un disfraz vivía;
por no ir a tierra extraña
refugio aquí busqué.

INQ. Las gentes os acusan
de horribles sortilegios
y pactos que condena
la santa religión;
de mágicos conjuros,
hechizo y brujería,
y a su presencia os llama
por mí la Inquisición.

BLANCA Señor, soy inocente;
yo no hice a nadie mal.

INQ. ¡Os prendo aquí en el nombre
del Santo Tribunal!
(A los esbirros señalando a la Bruja.)
Apoderaos de ella
y en marcha todos ya.

LEON. (Desenvainando la espada y presentándose.)
¡Quien toque a esa doncella
muerto a sus piés caerá!

CORO ¡Es él! (Retrocediendo sorprendido.)

INQ. ¡Desventurado!
¡El arma con furor
alzáis contra un sagrado
ministro del Señor!

LEON. ¡Justicia sólo os pido
o a hacerla voy por mí!

CORO (¿De dónde habrá venido?
¿Por qué aparece así?)

INQ. (Cogiendo a Blanca por un brazo.)
¡Quien defenderla intente
no alcanzará perdón,
que atrae sobre su frente
la eterna maldición!

ROS.
TOM.
CORO
¡Atrae sobre su frente (Aterrados.)
la eterna maldición!

BLANCA Humilla ya tu acero; (A Leonardo.)
yo absuelta volveré.

LEON. (Dejando caer al suelo la espada.)
¡Morir contigo quiero!

BLANCA ¡En Dios y en mí ten fe!
(Se coloca entre los esbirros que la sujetan.)
¡Veremos realizado
el sueño de los dos!
(Se la llevan hacia el foro.)

LEON. ¡Adiós, mi bien amado!

BLANCA ¡Leonardo mío, adiós! (Volviéndose.)

LEON. ¡Adiós!

BLANCA ¡Adiós!

CORO (En voz muy baja y marchando tras el Inquisidor y Blanca.)

(¡Quien defenderla intente
no alcanzará perdón,
que atrae sobre su frente
la eterna maldición!)

BLANCA ¡Adiós!

LEON. ¡Adiós!

(Leonardo, para no caer, se apoya sobre las ruinas. Tomillo y Rosalía contemplan con temor a los que se van. Cuadro.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

CUADRO CUARTO

Sala baja en la Ciudadela de Pamplona. Puertas laterales. A la derecha una mesa. Sentados a ella varios oficiales beben. Leonardo, separado de ellos y meditabundo. Es de noche y alumbra la escena un farol.

ESCENA PRIMERA

LEONARDO y OFICIALES

Música

CORO — En tanto que la guerra
nos deje descansar,
tranquilos disfrutemos
los goces de la paz.
En alto, pues, las copas
que convidando están,
y el vino y los licores
alegres apurad.

—

¡Leonardo, fuera pena!

LEON. — Dejadme por favor,
que tengo el alma llena
de angustia y de dolor.

—

CORO — Razón de más
para beber,
que en el fondo del vaso
se encuentra el placer.

LEON. Quien no es feliz
no ha de beber,
que en el fondo del vaso
no encuentra el placer.

CORO ¡A beber! ¡a beber! (Le obligan a que beba.)

LEON. Un tiempo yo
que era dueño soñé
de una ninfa ideal
que al alma dió
el consuelo y la fe
de un amor celestial.
Al despertar,
la ventura de ayer
para siempre voló;
sólo pesar
el mentido placer
como huella dejó.

—

Así el alma mía
no puede gozar
y toda alegría
se trueca en pesar.
La dicha y la calma
no vuelve el licor,
que toda mi alma
la inunda el dolor.

CORO La dicha y la calma
te vuelva el licor,
y arroja del alma
tan fiero dolor.

—

LEON. Por siempre aquí
el recuerdo de amor
sólo puedo guardar;
ya no hay en mí
más que pena y dolor;
mi destino es llorar.

—

Dicha de ayer
pasajera y fugaz,
halagüeña ilusión,
no has de volver,
y robaste la paz
de mi fiel corazón.

—

Así el alma mía, etc.

CORO La dicha y la calma
te vuelva el licor, etc.

Hablado

OFIC. 1.º Ea, bebed, capitán, bebed y animaos. Desechad esa melancolía que os devora y pensad sólo en que sois joven y en que tenéis delante un porvenir glorioso.

OFIC. 2.º Y más ahora que la guerra parece próxima a encenderse.

OFIC. 1.º En efecto; las noticias que han llegado de la Corte no pueden ser más alarmantes. Se espera de un momento a otro la muerte del rey.

LEON. ¿Y quién ceñirá al cabo la corona de España?

OFIC. 1.º El duque de Anjou: todas las influencias cortesanas están en favor suyo.

LEON. ¡Dios lo haga!

OFIC. 1.º Poco partidario sois, por lo visto, de los Austrias.

LEON. Con ellos seguiría imperando en nuestra patria la Inquisición, y el nieto de Luis XIV viene de una tierra donde no se ha implantado ese tribunal odioso.

OFIC. 3.º ¡Tanto aborrecéis al Santo Oficio!

LEON. Un mandato suyo desvaneció mis sueños de ventura, arrebatándome la mujer que era todo mi encanto.

OFIC. 1.º ¿Luego es cierto lo que dicen de vuestros amores con una hechicera?

LEON. Así la juzgaron la superstición y la ignorancia, hoy por desdicha tan arraigadas en nuestro pueblo.

OFIC. 1.º ¿Es decir que no era tal bruja?

LEON. No era sino un ángel de bondad. (Levantándose.) Murió en la emigración su padre, el conde de Acevedo, desterrado por conspirar contra el despótico poder de María Ana de Austria, y al encontrarse sola en país extraño, sintió el deseo de volver a su patria. Un abandonado castillo de su padre la sirvió de albergue. Rodeóse de misterio para evitar el ser conocida, sembró desde allí el bien por toda la comarca, fué la providencia de los desgraciados; pero la Inquisición juzgó hechicerías sus bondades, y se apoderó de ella para imponerla el castigo.

OFIC. 1.º ¿Y la han condenado?

LEON. A reclusión perpetua. No encontrando causa bastante para pena más dura, el Santo Oficio la ha encerrado en un claustro, obligándola a que profese para probar su fe cristiana.

OFIC. 2.º Ahora me explico vuestros paseos nocturnos junto a las tapias del convento vecino. ¿Está allí?

LEON. Allí está.

OFIC. 1.º ¿Y os resignáis con vuestra desgracia?

LEON. No, por Dios.

OFIC. 2.º ¿Qué proyecto tenéis?

LEON. Antes de que sus votos hagan imposible nuestra unión, procuraré salvarla.

OFIC. 1.º Si para algo podemos serviros, contad con nosotros.

LEON. Gracias, compañeros. Tengo mi plan y pronto espero realizarlo.

UN SOLD. (Por la puerta izquierda.) Mi capitán, dos mujeres desean hablaros.

LEON. ¡Ah, por fin! Hazlas pasar. (A los oficiales.) Os ruego que me dejéis solo.

OFIC. 1.º Con Dios quedad, y no olvidéis nuestro ofrecimiento.

LEON. Gracias, compañeros, gracias. (Vanse por la derecha.)

ESCENA II

LEONARDO, MAGDALENA y ROSALIA

LEON. Veremos si por fin salgo de esta angustiosa incertidumbre. Pasad, pasad pronto. (Yendo a la puerta de la izquierda.)

MAG. ¿Estamos solos?

LEON. Sí. Podéis hablar. ¿Venís del convento? ¿La habéis visto? ¿Leyó mi carta?

MAG. Calma, hijo, calma. Déjanos siquiera respirar.

ROS. Venimos del convento, pero no hemos podido verla.

LEON. ¿Y a la Superiora?

MAG. Tampoco.

LEON. Entonces...

MAG. Hemos quedado en volver.

ROS. Y la suerte nos favorece.

LEON. ¿Cómo?

ROS. ¿Sabes quién es el sacristán de las monjas?

LEON. ¿Yo? no.

MAG. Pues como nosotros le conoces. Ambrosio, el sobrino de los Camuños.

LEON. ¡Ambrosio!

MAG. El mismo. Ya recordarás que su familia fué en el pueblo una de las más protegidas por la bruja.

LEON. No la llaméis así.

MAG. Tienes razón; por nuestra bienhechora, por Blanca. Pues bien; Ambrosio nos ha prometido que hoy mismo veremos a la Superiora. Con él se ha quedado Tomillo para convencerle de que nos ayude.

ROS. Y Ambrosio nos ha contado todo lo que pasa en el convento.

LEON. ¿Qué pasa?

MAG. La comunidad está aterrada.

ROS. Y las educandas muertas de miedo.

MAG. Desde que Blanca entró allí, como todas la tienen en opinión de bruja, huyen de ella espantadas, y no hay quien se acerque siquiera a la celda que ocupa.

ROS. Cuentan cosas horribles.

MAG. Por las noches aseguran que se oye ruido de cadenas.

ROS. Que la campana suena sin que nadie la toque.

MAG. Que andan por el claustro fantasmas y duendes.

ROS. Y que de la celda de Blanca, han visto salir llamaradas rojizas.

MAG. Y que huele a azufre.

LEON. ¡Cuánto fanatismo!

MAG. De todo lo cual sacan en limpio, y lo creen a ojos cerrados, que la infeliz Blanca tiene los diablos en el cuerpo.

ROS. Y hasta que se los saquen, no le permiten que se ponga el hábito de novicia.

LEON. Pero, ¡piensan acaso!...

MAG. ¡Ya lo creo! Tienen avisado a un fraile, que, según dicen, es un prodigio para esas cosas, y que no ha ido ya porque anda muy ocupado sacando demonios por esos pueblos de Dios.

LEON. ¡Cuánta ignorancia! Pero no importa, felizmente esa ceguedad viene en nuestro auxilio. No lo dudeis: Blanca será mía.

MAG. ¡Quiéralo Dios!

LEON. La superstición la ha perdido, la superstición la salvará.

MAG. (Bajando la voz.) Si antes no nos perdemos todos.

LEON. ¿Por qué?

MAG. Yo no he vacilado en atender a tu súplica y en venir a la ciudad para ayudarte; pero cree que no las tengo todas conmigo. Si la Inquisición se entera de lo que tramamos, sabe Dios lo que será de nosotros.

LEON. No temáis nada: el golpe ha de ser decisivo y yo os aseguro que no hay para vosotros el menor peligro.

ROS. De todas maneras, puedes agradecer lo que estamos haciendo. Bien es verdad que ella se lo merece todo.

MAG. Ella... y éste, a quien he criado a mis pechos. ¡Nunca creí que de aquel arrapiezo saliera un día nada menos que un capitán de los tercios españoles!

LEON. ¡Mi cariñosa Magdalena! (Abrazándola.)

ESCENA III

DICHOS, UN SOLDADO

SOLD. Mi capitán.

LEON. ¿Qué hay?

SOLD. Un padre franciscano desea veros.

LEON. ¡A mí! (Aparte a Magdalena.) ¡Dios mío! ¿Habrán descubierto algo?

MAG. (El Señor nos proteja.)

ROS. (El cielo nos ampare.)

LEON. Hacedle entrar.

SOLD. Pasad, venerable padre. (Vase.)

ESCENA IV

DICHOS, TOMILLO, de fraile franciscano. Cuando se va el Soldado, bájase la capucha

TOM. (Volviéndose de pronto hacia los que están en la escena.) ¡Padre, sí... pero venerable, no!

LEON. ¡Tomillo!

MAG. ¡Él!

ROS. ¡Tú!

TOM. ¡Silencio!

MAG. Pero, ¿qué significa?

TOM. ¿Qué significa? Pues significa que este es el único medio de entrar en el convento como Pedro por su casa.

ROS. ¿Eh?

MAG. ¿Cómo?

TOM. Entre Ambrosio y yo lo hemos arreglado todo. Lo que no se le ocurre a un sacristán, no se le ocurre a nadie. Ya ha subido al convento a anunciar a la Superiora mi próxima llegada.

LEON. Pero...

TOM. ¿No están esperando a un fraile para que a la pobre Blanca le saque los diablos del cuerpo? Pues para diabluras aquí estoy yo. Hablaré con ella, le entregaré tu carta y sabrá lo que tenemos proyectado para salvarla.

LEON. Nunca te creí tan atrevido.

TOM. Cuando llega el caso me atrevo a todo. (Leonardo y Magdalena hablan aparte.)

ROS. (Con tristeza.) ¡Ay, Tomillo! Me pareces un fraile de verdad.

TOM. Todos pueden decir eso menos tú.

ROS. Tienes razón.

TOM. Pero que lo parezco es indudable. Por esas calles he venido echando bendiciones a diestro y siniestro, aunque supongo que no habrá aprovechado ninguna. Y... mira. (Enseñándole un escudo.)

ROS. ¿Qué?

TOM. Un escudo. Ahí cerca me lo ha dado una dama para que diga una misa por el alma de su difunto. «Id con Dios, señora, le dije, que ya os lo dirán de misas.»

ROS. Pero, hombre...

TOM. El señor Cura del pueblo se encargará de sacar ese ánima del purgatorio. Mañana mismo le haré entrega de esta limosna. (A Leonardo, que ha estado hablando con Magdalena en voz baja.) Porque supongo que para mañana ya estaremos allá.

LEON. ¿Dónde?

TOM. En el pueblo.

LEON. Lo espero así.

ROS. ¡Quiéralo Dios! Dos días ha que estamos en Pamplona y me parece que estoy separada de mis hijos hace ya un año.

TOM. Y a mí un siglo.

ROS. ¿Te acuerdas mucho de Leonardo?

TOM. ¿Y de Tomasín?

ROS. ¿Y de Periquillo?

TOM. ¡Hijos de mi corazón!

ROS. ¡Hijos de mi alma! Los quieres mucho, ¿verdad?

TOM. Tanto como a ti, ¡cara de cielo! ¡Boquita de claveles, pichona mía! Y basta, que estos requiebros no sientan bien con estos hábitos. (Redoble interior de tambores.)

MAG. (Que ha seguido hablando bajo con Leonardo.) ¿Qué es eso?

LEON. Los golpes para la retreta. Vosotras no podéis permanecer por más tiempo en la ciudadela. Salid y esperad a Tomillo. Tú, ven conmigo a mi pabellón; tengo que hablarte.

MAG. Adiós, Leonardo. Confía en nosotros.

TOM. Adiós.

ROS. Hasta después.

TOM. Hasta luego. (Vanse por la izquierda Magdalena y Rosalía. Esta se vuelve desde la puerta a mirar a Tomillo que la tira un beso, cambiando luego de actitud al ver a dos soldados que salen y a los que echa la bendición. Vase con Leonardo por la derecha.)

ESCENA V

Retreta interior. Aparecen por la izquierda los Arcabuceros sin armas, que se forman en ala frente al público

Música

CORO Retírase el soldado
al toque de retreta,
que dan sonoro al viento
el parche y la corneta.
Ya suenan por aquí;
llamándonos están;
tararí-tararí,
rataplán-plán, rata-plán.

—

La negra noche
con misterio y placidez
del tierno amante
protectora siempre fué;
que amor prefiere
a la luz la oscuridad,
porque entre sombras
se consigue mucho más.

(Unos cantan la copla; otros acompañan con el rataplán.)

Todo enamorado,
menos el soldado,
logra por la noche
realizar su plan,
pues cuando él ya lista
tiene su conquista,
fuerte y despiadado
suena el rata-plán.

TODOS Rataplán, plán, plán,
rata-plán.

—

Al cuartel, al cuartel,
que llamando están;
rata-plán.
quedan *ella* y *él*
con el mismo afán.
Rata-plán.

—

El dulce beso
que una boca nos negó,
por ser pedido
a la clara luz del sol,
al fin lo alcanza
el que fué menos audaz,
si le proteje
misteriosa oscuridad.

(Como antes.)

Pero si el soldado
no es bastante osado,
y de día toma
lo que no le dan,
fácil es que luego
no aproveche el fuego
y él encienda el horno
y otro coma el pan.

TODOS Rataplán-plán-plan,
rata-plán.

—

Al cuartel, al cuartel,
que llamando están,
rata-plán;

si ella me es infiel
ya me vengarán.
Rata-plán.
(Entran por la izquierda y cruzan la escena, marchándose por la derecha, sin detenerse, los tambores y cornetas, tras de los cuales vanse los soldados.)

MUTACION

CUADRO QUINTO

Claustro alto, en un convento de monjas. A la derecha las celdas: de la primera se ve el interior. A la izquierda puerta grande. Partiendo desde el segundo término, y formando escuadra desde la izquierda al foro, los arcos, por los cuales se ven las copas de los árboles del patio. Al fondo, izquierda, el campanario con una ventana grande. Al fondo, derecha, la prolongación del claustro con entrada hacia el campanario y otra en dirección contraria. Es de noche. Una lámpara alumbra el claustro y una lamparilla la celda primera.

ESCENA VI

Oyese órgano interior. La SUPERIORA, que sale por la izquierda, entra en la primera celda, después de santiguarse, y luego en el interior de la misma. A poco salen por la izquierda las MONJAS profesas, seguidas de las EDUCANDAS. Aquéllas vanse por el foro derecha, y éstas quedan en escena junto a la puerta izquierda

Música

PROF. *Et ne nos inducas intentationem.*
EDUC. *Sed liberanos a malo.*
TODAS *¡Amén!*
(Las profesas, al pasar por delante de la primera celda, hacen la señal de la cruz, atemorizadas.)
EDUC. ¡Ay, qué miedo me da
el pasar por ahí;
si la bruja estará
acechándome a mí!
¡Ay, Jesús! ¡Ay, Jesús!
Al mirar esa celda
hagamos la cruz.

—

La madre tornera,
que es poco miedosa,
anoche a este claustro
ya tarde salió,
y allí en la escalera
que va al campanario,
un duende y tres brujas
bailando encontró.
Y cuando al verlas
se santiguó,
por los aires huyeron...
y se acabó.

—

Yo no he visto nada;
mas tengo tal susto,
que suelo las noches
en vela pasar,
y observo en la sombra
mil luces extrañas
y ruidos cercanos
escucho sonar.
Y hasta que el alba
veo asomar,
¡ay, de mí! no me puedo
tranquilizar.
¡Ay, de mí! no me puedo
tranquilizar.
¡Ay, Jesús! ¡Ay, Jesús!
¡Ay, Jesús! ¡Ay, Jesús!
¡Al mirar a esa celda,
hagamos la cruz!

Hablado

ANA — Yo estoy que no me llega la camisa al cuerpo.

INÉS — Yo he escrito a mi señor padre para que cuanto antes venga a sacarme del convento.

ANA — Desde que llegó esa mujer no hemos tenido un día de tranquilidad.

INÉS — Ni una noche de dormir con reposo.

CÁND. — Yo tengo unas pesadillas horribles.

ANA — Yo esta mañana, al ir a coro, noté por el claustro un olor como a grasa quemada. (Las educandas se estremecen.)

INÉS — Estarían friendo las tostadas para la madr superiora.

VAL. — Pues yo, la verdad, no estoy tan asustada

como vosotras, y hasta me he atrevido a mirar por el agujero de esa cerradura.

INÉS ¡Ay, qué valor!

ANA ¿Y qué has visto?

TODAS
CÁND. } ¿Qué has visto?

VAL. Una joven muy linda y muy pálida, vestida de negro.

CÁND. ¿Y qué hacía?

VAL. Lloraba.

INÉS ¡Pobrecita!

VAL. ¿Queréis verla?

CÁND. Yo no me atrevo.

ANA Ni yo.

INÉS Además, nos está prohibido acercarnos a esa celda.

VAL. No tiene para qué saberlo la madre superiora.

INÉS ¿Dónde está?

CÁND. En la iglesia creo que se quedó rezando.

INÉS Entónces...

VAL. ¿Os atrevéis?

VARIAS Vamos.

ESCENA VII

DICHAS. La SUPERIORA que sale a la celda y se supone que habla con Blanca desde la puerta del dormitorio

SUP. Rezad con fervor, hija mía. Pronto os devolverán la salud al cuerpo y la paz al espíritu. (Las educandas se han acercado a la puerta. La Superiora llega hasta allí, y de espaldas a la puerta, se santigua repetidas veces)

CÁND. ¡Ay, yo no me atrevo!

INÉS Pues yo sí. (Mirando por la cerradura.)

VARIAS ¿Ves algo?

INÉS Sí, veo.

TODAS ¿Qué?

INÉS Una cosa muy negra. Parece que se mueve. (La Superiora abre la puerta.)

TODAS (Retrocediendo.) ¡Ay! (Gritando con terror.)

SUP. ¡Ay!

INÉS
CÁND.
VAL. } ¡La madre superiora!

SUP. ¡Ay! (¡Qué susto me han dado!) ¿Qué hacéis aquí, niñas?

VAL. Nosotras...

SUP. ¿No os tengo prohibido terminantemente acercaros a esa celda? (Cierra la puerta.) La curiosidad es la madre del sobresalto, como dijo San Crisóstomo. Y no curiosidad, sino lástima, debiera inspiraros esa pobre joven, víctima de los espíritus malignos que se han posesionado de ella.

INÉS Y decid, madre, ¿eso no tendrá remedio?

SUP. Sí, hijas mías; esta misma noche llegará el padre exorcizador, y en cuanto la haya purificado y huyan los malos de su cuerpo, volverá a esta santa casa la tranquilidad que tanto necesitamos.

INÉS ¿Y entonces podremos ver a esa infeliz?

SUP. Entonces sí; pero antes de ninguna manera. Es preciso evitar el contagio. Yo misma no me atrevo a penetrar en ese recinto sin rociarme copiosamente con agua bendita. Tal vez por eso se me ha recrudecido el reuma. Vaya, pasad al refectorio, que ya es la hora de la colación.

VAL. Vamos a comer las espinacas.

VARIAS / INÉS Quedad con Dios, madre superiora.

SUP. Id con él, hijas, mías (Vanse por el foro derecha.)

ESCENA VIII

SUPERIORA

Están aterradas, lo comprendo. Yo misma no puedo vencer este miedo que me acobarda. Y cuando me veo sola, como ahora, en medio de estos claustros, ¡ay! se me pone la carne de gallina. Y esto es muy grave, sobre todo en días de abstinencia. (Aldabonazo. Asustada.) ¡Ay! ¿Quién será?

ESCENA IX

DICHA, MAGDALENA, ROSALIA y TOMILLO

MAG. (Dentro.) ¡Ave María Purísima!

SUP. Sin pecado concebida santísima. (Abriendo la puerta.)

MAG. ¿Se puede ver a la madre superiora?
SUP. Pasad. Yo soy.
MAG. Santas y buenas noches.
SUP. Santas y buenas.
ROS. Ave María.
SUP. *Gratia plena.*
TOM. *Ora pro nobis.*
SUP. ¿Qué deseais, hermanos?
MAG. Traemos una carta para vuestra maternidad.
SUP. Seais bien venidos.
MAG. Tomad, señora, y enteráos. (Dándosela.)
SUP. Aguardad un momento. (Se dirige por el claustro hasta colocarse bajo la lámpara.)
TOM. (Aparte a Rosalía.) (Se la traga, vaya si se la traga.
SUP. ¿Dónde tendré yo los espejuelos? ¡Ah! Aquí están.
ROS. (Aparte a Magdaléna y Tomillo.) (Por lo que ha dicho Ambrosio, aquella debe de ser la celda.) (Señalando a la primera,)
TOM. (Y por allí es la bajada del campanario.)
SUP. (Leyendo con la voz muy gangosa a causa de lo que le oprimen la nariz los anteojos.) *Pax Christi*, etc
ROS.
MAG. } Amén.
TOM.
SUP. «Reverenda madre: os ruego encarecida»mente que atendáis la petición de los da»dores de estas letras, personas de toda mi »estimación y dignas de que se les atienda. »Viva mil años como la deseo. El padre Ce»lestino.» Pues no sé quién es.
TOM. (Ni nosotros tampoco.)
SUP. ¿Con que venís de parte del padre... (Volviendo a mirar con disimulo la firma.) Celestino? ¿Y cómo está el buen padre? (Acercándose a los otros personajes.)
TOM. (A Rosalía.) (Ya se la tragó.)
MAG. Tan bueno.
TOM. ¡Y tan gordo!
SUP. (¿Gordo? Debe ser de los Jerónimos.) ¿Y en qué puedo serviros?
MAG. Pues, señora, esta hija que Dios me dió, desengañada del mundo y de sus pompas y vanidades, desea entrar en este convento, aunque sea en clase de hermana lega.
SUP. Muy bien me parece, si es que tenéis verdadera vocación religiosa.

TOM. Sí, señora; esta siempre ha tenido vocación de madre.

SUP. Sólo en la paz del claustro puede encontrarse la tranquilidad del alma. El mundo está perdido.

TOM. Completamente perdido. No lo sabéis bien.

SUP. Sí lo sé, hijo mío, sí lo sé. Del mundo vienen aquí buenos ejemplos de tal perdición. Sin ir más lejos, en esa celda hay una desdichada víctima de las sugestiones del demonio.

MAG. ¿En qué celda?

TOM. ¿En cuál?

SUP. En esa.

TOM. Bien decíamos nosotros.

SUP. ¿Qué es lo que decíais?

TOM. Pues decíamos... que el mundo está perdido, madre superiora.

MAG. Sí, eso decíamos. ¿Con que esa desgraciada?...

SUP. Felizmente, poco tiempo le queda de sufrir.

TOM. (Aparte a Rosalía.) (¡Y tan poco!)

SUP. Muy poseída está de los malos espíritus, pero confío en el poder del padre exorcizador que debe llegar de un momento a otro.

TOM. (Con la mayor naturalidad.) Pues el exorcizador que venga a exorcizarla, buen exorcizador será.

ESCENA X

DICHOS y las EDUCANDAS

INÉS ¡Madre Superiora, Madre Superiora!

SUP. ¿Qué hay? ¿Qué pasa?

INÉS ¡Ah! ¡Hay gente! (Deteniéndose al ver a Tomillo.)

TOM. Gente de paz.

SUP. Decid lo que sucede.

INÉS Que por el claustro bajo hemos visto cruzar un fraile franciscano.

SUP. Será el que espero. (Va hacia la puerta izquierda.) Sí, ya sube la escalera. El debe ser. Niñas, recogimiento. ¡Que el cielo le ilumine!

ESCENA XI

LA SUPERIORA, TOMILLO, MAGDALENA, ROSALÍA y las EDUCANDAS. Después LEONARDO con habito franciscano, cuya capucha le oculta el rostro por completo

Música

TODOS — Aquí ya está el padre
exorcizador.
LEON. — Paz y gloria a todos
dénos el Señor.
TODOS — Sea bien venido;
pase por acá.
Dentro de esa celda
la endiablada está.
Entrad, entrad,
a ver si los malos
la podeis sacar.
LEON. — (A la Superiora que va a seguirle.)
Aquí aguardad,
que a solas con ella
me habré de quedar.
SUP. — Si quereis hisopo
con agua bendita...
TOM. — (Interponiéndose.)
Dice que trae todo
lo que necesita.
Pase el buen hermano,
pase por ahí.
(¡Si esto se descubre
que va a ser de mí!)
(Entra Leonardo en la celda y cierra la puerta.)
TODOS / CORO — Entrad, entrad,
a ver si los malos
le podeis sacar.

ESCENA XII

DICHOS, y luego BLANCA que sale a la celda

LEON. — (Que ha arrojado lejos de sí el hábito.)
¡Blanca, mi Blanca!
BLANCA — ¡Oh, Dios! ¡Tú aquí!
LEON. — Vengo a salvarte;
vengo por ti.

BLANCA — Es imposible
ya nuestro amor.

LEON. — No será en tanto
que viva yo.

TOM. — Nada temamos,
que es de esperar
que el exorcismo
la salvará.

TODOS — Nada temamos, etc.

BLANCA — Nada, Leonardo,
puedes hacer.
De Dios la esposa
pronto he de ser.

LEON. — Yo contra todos
tendré valor:
no hay imposibles
para el amor.

—

CORO — Nada se oye.

TOM. — Atisbaré. (Acercándose a la celda.)

MAG., ROS., CORO — ¡Qué pasará, Dios mío!

TOM. — Yo os lo diré. (Mira por la cerradura.)

LEON. — Ven, que mi amor inmenso
guía y amparo
nos ha de dar;
mi corazón te espera,
que late henchido
con ansiedad.
Alma del alma mía,
prenda adorada,
bella ilusión;
ven, porque en ti tan solo
tendrá consuelo
mi corazón.

BLANCA — Lejos de ti, Leonardo,
juzgué la dicha
perdida ya;
mas hoy al lado tuyo
me inunda inmensa
felicidad.
Trueque piadoso el cielo
en dicha cierta
nuestra ilusión;
siempre do quier que vayas
irá contigo
mi corazón.

TOM. / ROS / MAG. (Como acompañamiento del dúo, así como lo que canta el coro.)
Buena, por Dios, la hacemos
si estos embrollos
nos salen mal;
quiera el Señor que al cabo
su dicha logren
en santa paz.
Si de tales embustes
llega a enterarse
la Inquisición,
no será gran milagro
que nos conviertan
en chicharrón.

—

CORO / SUP. Quiera piadoso el cielo
dejar su alma
libre del mal;
pueda la sin ventura
gozar de eterna
felicidad.
Todos elevaremos
porque se salve,
santa oración;
sea nuestra plegaria
dulce consuelo
de su aflicción.

—

LEON. Ven que te espera
mi pecho amante.

TOM. (Que ha mirado.)
Ahora principia
lo interesante.

LEON. A tierra extraña
te llevaré.
¿Vendrás conmigo?

BLANCA (Después de vacilar un momento.)
¡Contigo iré!

LEON. Benditas seas,
bien de mi vida;
bendita el alma
que a ti va unida.

BLANCA / LEON. ¡Benditas fueron
mis ilusiones!

TOM. Ya le está echando (Después de mirar.)
las bendiciones.

—

LEON. } BLANCA } Al fin mi dueño
te he de llamar:
tú eres mi sola
felicidad.

—

TODOS El es un santo;
no hay que dudar
que los demonios
le ha de sacar.

Hablado

LEON. Nada temas, bien mío. Tu salvación es segura. (Poniéndose el hábito.)
BLANCA Mi felicidad depende de vosotros.
LEON. Está prevenida. Tres golpes dados junto a esta puerta serán la señal para que salgas.
SUP. (En voz muy baja.) No se oye nada.
INÉS (Idem.) Decid, hermano, ¿habéis visto salir algún demonio?
TOM. Unos cuantos, unos cuantos.
(Se santiguan todas.)
LEON. Adiós, Blanca.
TOM. Ahora va a salir el último.
SUP. } EDUC. } ¡Jesús!
BLANCA Adiós, Leonardo. En ti sólo confío.
(Se retira Blanca de la celda.)

ESCENA XIII

DICHOS, menos BLANCA

TOM. (Separándose de la puerta.) Ya ha terminado.
SUP. Gracias a Dios.
LEON Madre superiora, podéis estar tranquila. Esa infeliz está ya en el camino de la salvación.
SUP. Gracias, padre mío. A vos deberá su felicidad.
LEON. Así lo creo.
SUP. Y ahora, ¿qué necesitamos hacer con ella?
LEON. Dejarla a solas en su meditación. Que la paz sea con vosotros.
SUP. El Señor os acompañe.

TODAS ¡Id con Dios!

TOM. Adiós, padre.

MAG. (Adiós, hijo.)

(Aparte y bajo a Leonardo, que se va por la izquierda acompañado de la Superiora. Cesa la música.)

ESCENA XIV

DICHOS, menos LEONARDO y SUPERIORA

INÉS ¡Ay, qué gusto! Esta noche podremos al cabo dormir tranquilamente.

CÁND. Es verdad.

TOM. ¡Al contrario!

VARIAS ¿Eh?

TOM. Por lo mismo que los demonios han salido de esa celda, es probable que anden sueltos por aquí.

TODAS (Con terror.) ¡Ay!

INÉS Tiene razón.

VAL. ¿Pero de veras los habéis visto?

TOM. Ya lo creo.

INÉS ¿Serían horribles?

TOM. Muy horribles: azules, verdes, encarnados, de todos colores.

VARIAS ¿Sí?

TOM. Y con unos rabos... espantosos. (Aparte a Magdalena, que le tira del capotillo para que no exagere.) (Conviene asustarlas.)

MAG. (Dices bien.) Ay, hijas mías; pues esto que ha pasado aquí no es nada, comparado con lo que ocurrió hace poco en un convento de Vitoria.

VARIAS ¿Qué ocurrió?

MAG. Un sábado por la noche a una pobre novicia se la llevaron...

INÉS ¿Los demonios?

MAG. No; las brujas.

VARIAS ¡Ay qué horror!

TOM. Por los aires desaparecieron.

ROS. Y no se ha vuelto a saber de ella.

INÉS El Señor nos libre.

ESCENA XV

DICHOS y SUPERIORA

SUP. Vaya, vaya, es hora ya de recogerse. (A Tomillo.) Hermanos, bajad a la portería. El sacristán os dará alojamiento por esta noche. Mañana decidiremos acerca de vuestra pretensión. Basta que vengáis recomendados por el padre... el padre...

TOM. Celestino.

SUP. Eso es, el padre Celestino... (Nada... que no sé quién es ese padre) para que yo haga por él todo lo que se merece.

MAG., ROS., TOM. Gracias, señora.

SUP. Podéis retiraros.

MAG. ¡Hasta mañana!

TOM. ¡Si Dios quiere! (Con intención.)

SUP. ¡Buenas noches!

TODAS ¡Buenas noches! (Vanse.)

ESCENA XVI

SUPERIORA y EDUCANDAS. La Superiora cierra la puerta de la izquierda

INÉS ¡Cualquiera coge el sueño después de lo que hemos oído.

CÁND. Yo voy a soñar con las brujas.

ANA Y yo,

TODAS Y yo.

SUP. ¡Ea, niñas, a vuestras celdas! ¡Que el Angel de la Guarda os acompañe!

CÁND. ¡Falta nos hace compañía!

TODAS ¡Felices noches, madre Superiora! (Van entrando de dos en las celdas.)

SUP. ¡Hasta mañana, hijas mías, hasta mañana si Dios quiere! (Después de mirar a todos lados.) Nada, que en cuanto me veo sola me entra un miedo que no lo puedo remediar. (Echa a correr y vase por el foro derecha.)

ESCENA XVII

La escena sola. BLANCA, dentro

Música

BLANCA Inquieto late el pecho mío
en esta horrible soledad
¡Con cuánto afan que llegue ansío
la suspirada libertad!
¡Triste de mí, triste de mí!
Si a salvarme no vienen
yo muero aquí.
¡Triste de mí!

(Pausa larga. Sigue la música. De pronto suena un toque extraño en la campana de la torre. Abrense a un tiempo las puertas de las celdas de las Educandas y se asoman éstas, mirando con sorpresa y curiosidad.)

EDUC. ¡La campana ha sonado!
¿Qué pasará?

(Mirando hacia el campanario, en cuya ventana aparecen las tres brujas.)

¡Ay, Dios mío! *¡Las brujas!*
¡Ahí están ya!

(Cierran las puertas a un tiempo. De la precisión del movimiento depende el efecto en absoluto.)

ESCENA XVIII

TOMILLO, ROSALÍA y MAGDALENA, como tres reproducciones exactas de la figura de Blanca en el primer acto

LOS TRES ¡Zahorá! ¡Zahorí!
¡Zahorí! ¡Zahorá!

(Desaparecen de la torre, apareciendo en el extremo del claustro.)

Ya tres veces el gato maulló,
la lechuza tres veces cantó;
la veleta en la torre vecina
con sonido estridente rechina.
La campana la hora da,
callandito vamos ya. (Avanzan un poco).
Una bruja encerrada está allí,
a buscarla venimos aquí:

con nosotros saldrá muy ligera
la endiablada y feroz compañera.
Esperándonos está,
callandito vamos ya. (Avanzan más.)

—

Hasta mí tienden el vuelo
la corneja y el mochuelo,
cuando viene de la noche
la siniestra oscuridad.
Ignoradas y dichosas
habitamos silenciosas
con murciélagos y buhos
en medrosa vecindad.

—

¡Ande la rueda;
(Cogiéndose de las manos y levantando los báculos.)
mi mano agarre;
suene ya el canto
del *aquelarre*!
¡Vuelve acá; torna allí! (Danzando.)
¡Zahorí, zahorá,
zahorá, zahorí!
¡Torna allí, vuelva acá!
Zahorí, zahorá!

EDUC. (Que entreabren las puertas, miran y se retiran espantadas.)
¡Aún están ahí!
¡Qué miedo me da! (Cierran a un tiempo.)

ROS. TOM. MAG. En furioso torbellino,
en revuelto remolino,
cabalgando sobre escobas
nos arrastra el huracán;
en la iglesia nos metemos,
el aceite nos bebemos
de la lámpara del santo
y lo paga el sacristán.

—

Ande la rueda, etc.
(Como antes y repitiéndose la danza y el mismo juego escénico. Se acercan a la celda de Blanca y dan tres golpes en el suelo con los báculos. Blanca, que saca largo manto negro, abre la puerta y al ver a las brujas se sorprende; pero al reconocer quiénes son se coloca entre ellas, que levantando los mantos la oculten a la vista de las Educandas.)
Sal de tu lóbrega
fúnebre cámara,

la hora del sábado
pronto dará.
Al conciliábulo
juntas marchémonos
¡vámonos,
rápida
síguenos
ya!
(Marchando cómicamente al compás de la música.)

—

¡Síguenos,
vámonos
rápidas
ya! (Vanse.)

ESCENA XIX

Apenas desaparecen las brujas y BLANCA, salen de las celdas todas las EDUCANDAS. Luego la SUPERIORA y MONJAS

Hablado

UNAS ¡Favor!
OTRAS ¡Socorro!
OTRAS ¡Auxilio!
OTRAS ¡Madre superiora!
UNAS ¡Socorro!
OTRAS ¡Aquí!
SUP. ¿Qué es eso? ¿Qué pasa?
INÉS ¡Que se la han llevado!
SUP. ¿A quién?
CÁND. A ella.
SUP. ¡Jesús! ¡La celda vacía!
ANA ¡Se la han llevado las brujas!
SUP. ¡María Santísima!
INÉS Las hemos visto.
CÁND. Eran tres.
ANA ¡Y han bajado de la torre!
INÉS ¿No habéis oído las campanas?
SUP. Sí, he oído campanas, pero no sabía dónde.
VARIAS ¡Ay, madre superiora!
SUP. (Temblando.) ¡Valor, valor!—Es preciso hacer algo. Subir al campanario y tocar a rebato.
INÉS Llamaremos al sacristán.
CÁND. Eso es lo mejor. (Yendo hacia la puerta izquierda.) ¡Ambrosio! ¡Ambrosio!
(Suena un cañonazo próximo.)

TODAS ¡Jesús!

SUP. ¡El cañón de la ciudadela! ¿Qué pasará? (Otro cañonazo.) ¡Santa Bárbara bendita!...

TODAS Que en el cielo estás escrita... (Otro.)

SUP. ¡Y van tres! (Oyese toque de tambores que se alejan.) ¿Oís?

CÁND. ¡Tambores!

INÉS ¡Sí!

VAL. (Que ha quedado cerca de la puerta.) ¡Sube gente por la escalera! ¡Son soldados!

SUP. ¡Jesús! (Retroceden todas.) ¡Dios nos ampare!

ESCENA ULTIMA

DICHOS, LEONARDO, TOMILLO y seis ARCABUCEROS con armas

LEON. ¿La madre superiora?

SUP. Servidora vuestra. (Temblando.)

LEON. Nada temáis. El estampido de los cañones anuncia la muerte del rey Carlos II. Rogad a Dios por su alma y por la salud del nuevo rey Felipe V.

SUP. Pero, señor capitán, yo imploro vuestro auxilio. La reclusa que ocupaba esta celda acaba de desaparecer; la han robado las brujas.

TOM. Yo la he visto: ¡por los aires se la han llevado!

LEON. (A Tomillo.) Basta. (A la Superiora.) No temáis desde ahora a los duendes ni a las fantasmas. Mis arcabuceros aseguran la paz de este claustro. Con el rey hechizado, desaparecen de España la superstición y el fanatismo. Creedme, madre superiora; la reclusa que ocupaba esa celda será *la última bruja.*

SUP. ¡Así sea! (Volviéndose hacia las Educandas.) Hijas mías, roguemos a Dios por el desgraciado monarca. (Se arrodilla, como toda la comunidad y las Educandas. Los Arcabuceros presentan las armas. El Capitán se descubre. Tomillo se arrodilla. Empiezan a rezar el «Pater noster».—Cuadro.—Telón rápido.)

FIN DE LA ZARZUELA

Obras dramáticas de Miguel Ramos Carrión

Un sarao y una soirée [1], zarzuela en dos actos y en verso, original, música del maestro Arrieta. (Tercera edición.)

El figle enamorado, sainete original, música del mismo maestro.

La mujer del prójimo, comedia en un acto y en verso, original.

De Madrid á Biarritz [2], zarzuela original, en dos actos y en prosa, música del maestro Arrieta.

Mas vale tarde que nunca, proverbio original y en prosa, en un acto.

Perro, 3, 3.° izquierda [3], juguete cómico en un acto, original y en prosa. (Tercera edición.)

¡Chitón! [3], ídem ídem.

Un palomino atontado, zarzuela en tres actos y en verso, arreglo del francés, música del maestro Rogel.

Un cuarto desalquilado, pasillo cómico, original y en verso.

Se continuará, juguete en un acto, escrito sobre un pensamiento francés.

Esperanza, zarzuela dramática en dos actos y en verso, original, música del maestro Cereceda.

Las medias naranjas [3], comedia en dos actos, en prosa, imitada del italiano.

Eva y Adán, juguete cómico, original y en verso. (Segunda edición.)

La hoja de parra, juguete cómico-lírico, en verso, original, música del maestro Marqués.

La gallina ciega, zarzuela cómica, en dos actos y en prosa, imitada del francés, música del maestro Caballero. (Cuarta edición.)

Levantar muertos [4], juguete cómico en dos actos y en prosa. (Sexta edición.)

El domador de fieras [3], sainete lírico, escrito sobre el asunto de un vaudeville, música del maestro Barbieri.

Doce retratos seis reales, pasillo cómico, original y en verso. (Sexta edición.)

León y leona, entremés, en prosa, original. (Segunda edición.)

Cada loco con su tema, juguete cómico, original, en un acto y en prosa. (Segunda edición.)

Los señoritos, comedia en tres actos, original y en prosa.

La viuda del zurrador [5], parodia en un acto y en verso.

Los señoritos, refundida en dos actos. (Segunda edición.)

La clave [3], zarzuela en dos actos, música del maestro Caballero.

La mamá política, comedia en dos actos, original y en prosa

La Marsellesa, zarzuela en tres actos, original y en verso, música del maestro Caballero. (Quinta edición.)

La careta verde, comedia de gracioso, en dos actos, original y en prosa. (Quinta edición.)

El siglo que viene [2], zarzuela cómico-fantástica, original, en tres actos y en prosa, música del maestro Caballero. (Segunda edición.)

El año sin juicio, revista cómica, original, en un acto.

Los madriles, revista cómica, original, en dos actos.

Los sobrinos del capitán Grant, novela cómico-lírico-dramática, en cuatro actos, música del maestro Caballero. (Séptima edición.)

El empresario de Valdemorillo, revista cómica en dos actos, original.

El diablo cojuelo, revista en tres actos, música del maestro Barbieri.

El noveno mandamiento, comedia en tres actos, original y en prosa. (Tercera edición.)

Las dos princesas, zarzuela en tres actos, arreglada del francés con música del maestro Caballero. (Segunda edición.)

Esto, lo otro y lo de más allá, revista cómica, original, en un acto.

Periquito [5], zarzuela cómica en tres actos, en prosa y verso, escrita sobre un pensamiento francés, música del maestro Rubio.

La ocasión la pintan calva [5], comedia en un acto y en prosa, imitada del francés. (Cuarta edición.)

Adiós, Madrid! [5], boceto de costumbres madrileñas, en tres actos, en verso y prosa, original.

¡Adiós, Madrid! [5], refundida en dos actos.

De tiros largos [5], juguete cómico, arreglo del italiano, en un acto y en prosa. (Séptima edición.)

La primera cura [5], comedia en tres actos y en verso, original.

La primera cura [5], refundida en dos actos. (Segunda edición.)

La calandria [5], juguete cómico-lírico, en un acto y en prosa, original, música del maestro Chapí. (Sexta edición.)

El hijo de la nieve [5], novela cómico-dramática, en tres actos, en prosa y verso, original. (Segunda edición.)

Robo en despoblado [5], comedia de gracioso en dos actos y en prosa, original. (Octava edición.)

La tempestad, melodrama, original, en tres actos, en verso y prosa, música del maestro Chapí. (Décimatercera edición.)

La mujer del sereno, comedia original en un acto y en prosa. (Cuarta edición.)

La criatura, humorada cómica original, en un acto y en prosa. (Cuarta edición.)

La almoneda del 3.º [5], comedia en dos actos, original y en prosa. (Tercera edición.)

Papeles son papeles..., proverbio en un acto, original y en prosa.

Coro de señoras [5], pasillo cómico-lírico, original, en un acto y en prosa, música del maestro Nieto. (Tercera edición.)

Golondrina, comedia en un acto y en prosa, original. (Segunda edición.)

El padrón municipal [5], juguete cómico en dos actos y en prosa, original. (Octava edición.)

Los lobos marinos [5] zarzuela cómica en dos actos y en prosa, original, música del maestro Chapí. (Tercera edición.)

La bruja, zarzuela en tres actos, y en prosa, original, música del maestro Chapí. (Sexta edición.)

El señor gobernador [5], comedia en dos actos y en prosa, original. (Séptima edición.)

El chaleco blanco, episodio cómico-lírico en un acto, en prosa, original, música del maestro Chueca. (Tercera edición.)

El rey que rabió [5], zarzuela cómica, original, en tres actos, en prosa y verso, música del maestro Chapí. (Octava edición.)

El oso muerto [5] comedia en dos actos y en prosa, original. (Cuarta edición.)

Zaragüeta [5], comedia en dos actos y en prosa, original. (Décima edición.)

El bigote rubio, comedia en un acto y en prosa, original. (Quinta edición.)

Agua, azucarillos y aguardiente, pasillo veraniego, original, en verso y prosa, música del maestro Chueca. (Cuarta edición.)

El espejo del alma, proverbio cómico en un acto y en prosa, original. (Segunda edición.)

La muela del juicio, pasillo cómico, original y en prosa. (Quinta edición.)

Circe, ópera en tres actos, música del maestro Chapí. (Sexta edición.)

Los lobos marinos [5], zarzuela cómica, refundida en un acto y dos cuadros, en prosa, original, música del maestro Chapí.

Pasacalle [6], sainete lírico madrileño en un acto y en prosa, dividido en cuatro cuadros, original, música del maestro Valverde (hijo).

Defectos íntimos, paso cómico, original y en prosa.

La crónica escandalosa, comedia en tres actos y en prosa, original.

El pan nuestro de cada día, pasillo cómico en un acto y en prosa, original.

La joroba [6], cuento cómico-lírico en un acto, dividido en tres cuadros, en prosa y verso, original, música del maestro Chapí.

Pepe Botellas, zarzuela en dos actos, divididos en ocho cuadros, música de los maestros A. y C. Vives.

Mi cara mitad, moraleja cómica en dos actos y en prosa, original.

LIBROS

Colorín colorao... Cuentos en prosa. Un tomo de 332 páginas.

Zarzamora, novela.

---

1 En colaboración con el Sr. Lustonó

2 Idem id., Coello.

3 Idem id., Campo-Arana.

4 Idem id., Blasco.

5 Idem id., Vital Aza.

6 Idem id., Ramos Martín.



